



GONZALO GUMA

EQUINOCCIO

SUSURROS DEL DESTINO

Equinoccio

Susurros del Destino

Gonzalo Guma

Equinoccio
Susurros del Destino

elaleph.com

Gonzalo Guma

Equinoccio: Susurros del Destino. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Elaleph.com, 2014.
294 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1701-80-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Para comunicarse con el autor:
gonzalogumaescritor@gmail.com, Facebook y Twitter.

© 2014, Gonzalo Guma
© 2014, Elaleph.com S.R.L.

contacto@elaleph.com
<http://www.elaleph.com>

Primera edición

ISBN 978-987-1701-80-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en el mes de noviembre de 2014
en Bibliográfika, de Voros S.A.
Barzana 1263, Buenos Aires, Argentina.

A mis amados viejos, *Quena* y *Quique*,
a los cuales les debo ser lo que soy.

A mis Tres Soles, que iluminan con su amor mi vida.

A mis tres queridos hermanos, que siempre están presentes,
de alguna forma u otra...

A mis incondicionales lectores, por el apoyo y el cariño.

Y a todos los que se aventuraron a creer en mí como Escritor.
En particular, a Genoveva y a mi Editor.

ÍNDICE DE PERSONAJES

Ajay (Daxxus): Chico de once años que vive en Nueva Delhi. Norx lo está investigando porque cree que en algún momento de su vida va a participar de algo importante para la Humanidad. Su personaje no tiene mayor relevancia en esta historia. (C.14)

Alfredo: Padre de Tomás. (C.12)

Charly: Amigo de salidas de Tomás en su etapa de soltero previa al accidente. (C.1)

Cieng: Profeta obsesionado con Albert Einstein. (C. 21)

Dess: Profeta especializado en predicciones de índole amorosa. Es conocido como el “Profeta del Amor” y es rival del Profeta Orak (Maestro de Simo). (C.21)

Dremont: Omnipotente Supremo del Consejo de Profetas de Equinoccio. (C.14)

Dru: Alma acusada de terrorismo. Exasistente de Norx. (C.4)

Edwin (Exer): Joven arqueólogo guatemalteco. Durante la historia se va a convertir en el descubridor de la Pirámide de los Aros y va a tener una relación sentimental con Irina. (C.17)

El Centurión (Titus Celsus Papia): Valiente centurión romano. Es una de las vidas pasadas de Tomás (Yaem). (C.8)

El Enano (Leno): Responsable de las conexiones entre la Tierra y Equinoccio. (C.2)

El Valenciano (Rodrigo): Hombre español que fue objeto de Entrenamientos con el Navegador. (C.22)

Francisco (Jasón/Pancho): Amigo de la infancia de Tomás (Yaem) a quien encuentra en Equinoccio. (C.4)

Graciela: Madre de Tomás. (C.12)

Gran Maestra: Autoridad de Equinoccio que orienta la evolución de las almas. (C.5)

Hunah: Alma ancestral que maneja el funcionamiento de Kámalkut. (C.45)

Ilive: Ayudante del Profeta Norx (forma parte de su *team*). Se especializa en Estadísticas y Sistemas. (C.14)

Irina: Joven bióloga norteamericana asignada por la UNESCO en la protección de la Reserva de la Biósfera Maya. Va a descubrir junto a Edwin la Pirámide de los Aros. Durante la historia va a tener una relación sentimental con Edwin. (C.17)

Isis Oliveira (Anju): Joven brasileña objeto de una predicción formulada por Norx. (C.20)

Jairo Petersen: Médico prestigioso, amigo de la familia de Josefina. (C.8)

Jennifer (Mei): Joven mujer que vive en San Francisco (Estados Unidos). Norx la está investigando porque cree que en algún momento de su vida va a participar de algo importante para la Humanidad. Su personaje no tiene mayor relevancia en esta historia. (C.14)

Jonatan: Fanático del equipo de fútbol uruguayo Nacional de Montevideo, que fue objeto de Entrenamientos con el Navegador. (C.22)

Josefina: Ex esposa de Tomás. (C.1)

Julián: Hermano menor de Tomás. (C.12)

La Bisa (Mamama Tza): Ancestral Bisabuela de Edwin. Se rumorea que es descendiente de los dioses mayas. (C.24)

Letus: Ayudante del Profeta Norx (forma parte de su *team*). (C.14)

Lexetu: Profeta de quien se dice que habría abusado de los Susurros con Juana de Arco. (C.21)

Lorena: Plan B de Tomás en el día del accidente. (C.1)

Lox: Discípulo de Dremont. Pertenece a la especie enkky y mide casi tres metros de altura. (C.22)

Lyam: Enigmático chico de Equinoccio con el cual Tomás tiene una inexplicable y especial conexión. Cumple funciones en la Biblioteca y en los Sistemas de Equinoccio. (C.6)

Mario: Hermano mayor de Tomás. (C.6)

Mía: Plan A de Tomás en el día del accidente. (C.1)

Norx: Maestro de Yaem en Equinoccio. Miembro más antiguo del Consejo de Profetas. (C.10)

Orak: Profeta especializado en predicciones de índole amorosa. Se

dice que su fama habría comenzado con la predicción del casamiento entre Lady Di y el Príncipe Carlos. Maestro de Simo. (C.19)

Oswaldo (el Abu): Abuelo de Tomás a quien extraña en demasía. (C.9)

Rádhamus: Ex Supremo del Consejo de Profetas de Equinoccio y ex Maestro de Norx. Fue expulsado de Equinoccio a raíz de denuncias impulsadas por allegados de Dremont. (C.20)

Rocío (Querú): Misteriosa camarera de origen ruso con quien Tomás (Yaem) entabla una extraña relación. Asistente de Dremont. (C.4)

Sasha: Hija de Rocío (Querú) que vive en Rusia. (C.15)

Simo: Particular asistente del Profeta Orak. Compañera de Tomás (Yaem) en Entrenamientos con el Simulador. (C.19)

Tiago Da Silva (Mutn): Joven brasileño objeto de una predicción formulada por Norx. (C.20)

Tomás (Yaem): Es el protagonista principal. (C.1)

Nota: Entre paréntesis figura el capítulo de su primera aparición.

PRÓLOGO

¿ALGUNA VEZ TUVISTE la sensación de que algo o alguien estaba jugando con tu destino? Si tu respuesta fue afirmativa: ¡Este libro es para vos!

El *Destino* es, sin dudas, uno de los temas preferidos de la gente. A cada paso escuchamos a alguien que lo menciona o que enuncia algún dicho que intenta develar sus misterios.

Si analizamos un poco la actitud que las personas adoptan frente al mismo, enseguida advertimos que, en un extremo, se encuentran aquellos quienes creen que, en la vida, todo está planeado por una fuerza superior y que, por lo tanto, *las cosas siempre suceden por algo*, por más que nuestra limitada y humana comprensión no pueda llegar a entender las razones.

En este contexto, todo está predestinado, sin importar demasiado lo que hagamos o dejemos de hacer.

En el otro rincón, hallamos a los cultores del *¡Yo puedo!* Estos ponen el foco de atención en sí mismos: todo es posible si se hacen las cosas con convencimiento, dentro del plan que uno mismo se ha trazado, en calidad de *arquitecto de su propio Destino*.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que todo sucede por “algo”. Ya sea que fuere por decisiones que hayamos tomado o porque las circunstancias lo hayan determinado, siempre en la vida hay más causalidades que casualidades. Sin embargo, ¡a veces las cosas ocurren con tanta extrañeza! El hecho o la decisión más insignificante pueden desencadenar los futuros más insospechados.

Y por qué no, quizás, ese hecho sea que hoy vos estés leyendo mi Libro. ¿Tenés idea de la cantidad de eventos, circunstancias y decisiones que tuvieron que haberse dado para que yo lo haya escrito y para que vos lo estés leyendo ahora? Son tantas las coincidencias que

debieron complotarse, que hasta parecería un capricho del Destino que hoy nos estemos comunicando a través de estas líneas. Un infinitésimo cambio en ese aglomerado de circunstancias y todo hubiese sido muy diferente...

Todos estos interesantísimos dilemas se hacen presentes en “Equinoccio”.

Disfruto mucho de la Literatura Fantástica por todo lo real que involucra. El Lector está relajado, con las defensas bajas, tratando de disfrutar de una aventura desestructurada. Este particular contexto es el ambiente ideal para que te dejes transportar hacia un mundo imaginario que, paradójicamente, te dejará reflexionando sobre cuestiones de la vida que, por más que no podamos llegar a comprenderlas del todo, poco tienen que ver con la ficción.

Gonzalo Guma

CAPÍTULO 1

TOMÁS

TOMÁS COMENZABA A sentirse bien. Su estado de ánimo mejoraba o, al menos, trataba de convencerse de eso. Tenía cuarenta y un años y su vida nunca había estado tan incierta como hasta ese entonces. Sin embargo, comenzaba a disfrutar de esa inacostumbrada incertidumbre. Era el hijo del medio de una familia acomodada, que siempre se encargó de “solucionarle” todos sus pequeños contratiempos y de indicarle cuál era su camino.

Hacía más de un año de su traumático divorcio con Josefina. Habían estado juntos, prácticamente, todas sus vidas. Sus padres eran íntimos amigos y socios; por lo tanto, la separación fue por demás dolorosa.

Tomás se sentía a gusto con su aspecto físico. Sin embargo, había comenzado a cuidarse, consciente de que nada es eterno en la vida. Incluso creía que sus incipientes canas lo hacían más interesante o, al menos, eso es lo que le había sugerido una de sus últimas conquistas. Tenía montado un mini gimnasio en su departamento de “soltero” y se jactaba de que sus abdominales nunca habían lucido tan impactantes.

Estaba sorprendido del éxito que todavía lograba con las mujeres de todas las edades. Podía comprender fácilmente que una chica cercana a los treinta estuviera muy interesada en él; al fin y al cabo, era lo que llamaban “un muy buen partido”: tenía buen aspecto, dinero, lucía joven y, sobre todo, no tenía hijos. Sin embargo, lo que más le llamaba la atención era cómo podía acceder tan fácilmente a las veinteañeras. *¿Qué buscarán cuando están conmigo?*, se preguntaba con una pícaro sonrisa. Algunas solían decirle que se sentían seguras

con él y que se aburrían con los chicos de su edad. Otras, simplemente, le respondían que les gustaban sus llamativos ojos verdes, que resaltaban en contraste con su oscuro cabello lacio. Mucho no le importaban las razones y trataba de disfrutarlo como podía. Rotaba las chicas para que no se creyeran con derechos. Cuando concretaba con una, no la volvía a buscar por un buen tiempo, aunque tuviera ganas y, después, la llamaba como si nada. Ellas, así, entendían su mensaje claro y subliminal: diversión, ¡toda!; compromiso, ¡ninguno!

Había aprendido de su legión de recientes conquistas que, prácticamente, no existía mujer imposible. Solo era cuestión de una adecuada estrategia. Por supuesto que también sufrió numerosos fracasos, algunos incluso memorables. Sin embargo, paradójicamente, los disfrutaba más que a sus éxitos. A Tomás le encantaban los desafíos. Cuanto más difícil e imposible, ¡mejor! A menudo, sostenía que los fracasos eran estadísticamente necesarios para llegar al preciado éxito final y que no tenía nada que perder con sus locos intentos. *¡Soy todo un experto en dar vueltas los NO!*, solía jactarse orgulloso. *Nada se compara con estar en la cama junto a una linda chica difícil. ¡Qué sensación de triunfo total, por Dios!*

Sus cambios de hábitos fueron elocuentes. Se fue a vivir solo a un departamento con una increíble vista al río y se compró la moto que siempre había soñado. Modernizó su vestimenta de acuerdo con “los nuevos tiempos que corrían” y cambió forzosamente su círculo de amigos.

Obviamente que recibió toneladas de críticas y consejos. A sus espaldas se decía que sufría el famoso “viejazo” y que se veía ridículo haciéndose “el pendejo”. Todo su entorno familiar hacía hasta lo imposible para que volviera con Josefina; pero, si de algo estaba seguro, era de que ya no la amaba y, además, necesitaba urgente un rotundo cambio en su vida.

Desde que no habían podido tener un hijo, la convivencia se había transformado en una verdadera tortura, con peleas y reproches permanentes. A partir de entonces, vivieron un calvario de angustiosos tratamientos, que incluyó una sufriente y aflictiva pérdida de un embarazo avanzado.

A Tomás le gustaba trabajar en lo que hacía: era asesor financiero y también agente de bolsa. No tener en claro la perspectiva de su futuro había afectado un poco la calidad de su servicio profesional y sus clientes ya no lo veían tan confiable. *Su trabajo tiene mucho que ver con predicciones y cuesta más hacerlas con tanta incertidumbre en la vida personal.*

Era muy curioso, observador, analítico y lógico. Para él, todo tenía que tener una explicación racional y, cuando no la encontraba, no paraba hasta obtenerla. Fanático de la tecnología, disfrutaba estar en la cresta de la ola cibernética.

Esa noche había planeado ir a un asado en la quinta de un amigo y, después, bailar hasta el amanecer... En relación con las mujeres, tenía un Plan A, un Plan B y un Plan C.

El Plan A se llamaba “Mía” y esperaba encontrarla en el asado. Le costaba reconocer que le gustaba demasiado esa chica, ya que estaba fóbico con todo lo que implicara compromiso. Igualmente, pensaba que todas las alternativas posibles lo favorecían: *si se da, ¡genial! Es verdaderamente hermosa. Si no se da, ¡mejor todavía!, no quiero engancharme con nadie...*

El Plan B era “Lorena”. Con ella no tenía riesgos ya que estaba loca por él y solo tendría sexo. Especulaba con esperar hasta último momento para poder concretar el difícil Plan A, porque a Lorena la tenía siempre dispuesta. Si fracasaban los planes A y B, tenía planeado ir con sus nuevos amigos a un boliche que se inauguraba esa noche. *De última, está bueno que la vida te sorprenda...*, pensaba.

Tomó su casco y se encaminó hacia la puerta de su departamento. *Parezco más “ganador” si no lo uso, como si no le tuviera miedo a nada...*, pensó. Dudó un instante y lo dejó sobre una mesa. Se montó a su moto de un salto y aceleró a fondo. Estaba preparado para la guerra: jeans rotos, camisa blanca impecable, botas y campera de cuero negras, más un infaltable toque de *Le 01 Homme*, la exclusiva fragancia de Laurencio Adot. *¡Esta noche me siento irresistible!*

Cuando se dirigía hacia la quinta por la ruta, recibió un llamado a su celular de su gran y reciente “amigo” Charly.

—Tomás, se suspendió el asado. Venite para mi casa que estamos todos acá tomando unas cervezas.

—¡Ya mismo voy para allá! ¡Manténganlas bien frías que en un segundo llego! —contestó con tono de fiesta de egresados.

Dobló en U en la ruta y aceleró al máximo. Su moto gemía, impetuosa, su enorme poder de fuego. Se sentía totalmente identificado con ella: era el símbolo que sintetizaba esta incipiente etapa de su vida, la de un Tomás nuevo, renovado, libre e incierto, que el viento lo llevaba hacia ninguna parte.

Luego de varias rondas de exquisitas cervezas, todos fueron a la inauguración de la nuevo disco. *¡Al diablo con Mía y Lorena! ¡Esta noche, no me esclavizo con nadie!*

Durante más de tres horas, Tomás sobreactuó una noche descontrolada: bailó desaforado, tomó mucho alcohol e iba de un lado al otro mostrando su lado más histriónico. En un momento, sintió la necesidad de apartarse a un reservado alejado y se calmó un poco. *Me parece que es hora de irse, esto ya no me divierte... Son casi las seis y no tengo nada de sueño... ¿Será muy tarde para llamarla a Lore? Debe estar furiosa porque la dejé plantada... Yo le mando mensaje igual, si se enoja, problema suyo, ¡je!*

Tomó el celular y escribió: “Linda, ¿dónde estás? ¡Te estuve buscando por todas partes!”.

Apenas dos minutos después, recibió un mensaje. *¡Qué rápido respondió! ¡La tengo muerta!*

Sin embargo y, para su sorpresa, no era un mensaje de Lore...

Remitente: “Mía”.

“¿Estás por la calle todavía? Me quedé con ganas de verte hoy. Si querés pasame a buscar por el Bar del Río”.

—¡Mordió! ¡Dale, campeón! ¡Dale, campeón! ¡Soy un monstruo! —gritó al viento, descontrolado. *Igualmente, me parece que lo mejor es no ir, me voy a hacer desear un poco, así pronto la tengo comiendo de mi mano. Humm, pero... tengo muchas ganas de ir a verla. Además, las mujeres son como las chapas, si no las clavás cuando podés, ¡se vuelan! ¿Qué hago? ¿Voy o no voy?,* pensaba dubitativamente.

Salió del boliche sin despedirse de nadie y se montó en su moto. Justo cuando iba a responderle a Mía, recibió otro mensaje:

“¿Dónde estás, cosita? Recién me meto a la camita, vení a mi depto... Lore”.

¿Y ahora qué hago?

Iba por la ruta raudamente, con el pelo al aire de la madrugada y disfrutando de su indecisión. Se sentía orgulloso de que su estrategia con Mía comenzara a funcionar. Ella había sido muy agresiva en un primer momento y, prácticamente, había agotado todas las estrategias conocidas; de allí que ese mensaje era ya en sí mismo todo un éxito. *¿Y si voy con Lore? A lo mejor me conviene hacerme desear un poco con Mía y, de paso, me divierto con Lore...*

A cien metros, la ruta se bifurcaba. Si decidía ir con Lore, tenía que doblar a la derecha; si optaba por buscar a Mía, a la izquierda. Sus pensamientos estaban confundidos. Al fin y al cabo, no era una decisión tan importante como para estar dudando tanto. Sesenta metros y aún no había tomado una decisión. Cuarenta: *¡Voy a lo de Mía!* Treinta: *¡Voy con Lore!* Veinte: *¡Sí!* *¡Voy con Lore y la paso genial!* Diez: *Voy con Mía...* Cero: **¡FINALMENTE DOBLÓ!**

Hizo cincuenta metros en pocos segundos y todavía no estaba del todo convencido de la decisión tomada. Eran las 06:01 AM.

A trescientos metros, un camión, imprevista y peligrosamente, se pasó de carril. Intentó esquivarlo, pero su moto derrapó y chocó violentamente contra un árbol. Tomás no tenía su casco...

—*¡Gané mil puntos! ¡Bien! ¡GANÉ MIL PUNTOS!*—se escucharon extraños gritos de júbilo que sonaban como una *voz en off* y que provenían de algún lugar indeterminado.

CAPÍTULO 2

EL PASILLO

TOMÁS SENTÍA COMO si estuviera en caída libre y su mente no paraba de repasar, a velocidad vertiginosa, imágenes entremezcladas de su vida: sus padres, Josefina, el colegio, la universidad, su moto, su perro Casú, Mía...

De repente, se detuvo.

Abrió sus ojos confundido. *¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?*, se repetía una y otra vez. A pesar de su estado somnoliento, pudo advertir que se encontraba recostado en el medio de un largo corredor de infinitas puertas. Se incorporó y frotó fuertemente sus ojos, como queriendo sacar esa inverosímil imagen de su retina; pero el pasillo permanecía ahí, intacto. Desorientado completamente, dio tímidamente unos pasos. Su reloj marcaba las 06:05 AM.

Todas las puertas eran exactamente iguales y se encontraban separadas en forma equidistante por, aproximadamente, un metro de distancia. El piso estaba cubierto por una impecable alfombra roja y la luz ambiente era de una oscura calidez. A pesar de los reiterados intentos, Tomás no podía advertir el final del pasillo. Era exasperadamente infinito.

El tiempo transcurría lento. Intentó abrir algunas puertas; no obstante, no pudo. Caminó en forma incesante sin encontrar respuestas ni diferencias. El silencio lo aturdió.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien por ahí? —gritó con vehemencia en varias oportunidades; pero... nada, ni siquiera un amigable eco aparecía. Caminaba y caminaba; sin embargo las respuestas no llegaban.

Decidió sentarse y esperar. Su reloj seguía marcando las 06:05. Le dio unos golpecitos sin comprender qué pasaba, como queriendo que arrancase, para que así todo volviera a ser comprensible y lógico.

Después de varias horas —¿o días?— se sorprendió al percibir pasos a sus espaldas. A lo lejos pudo distinguir una silueta humana. Apresuró su marcha hacia esta persona, quien, seguramente, le traería las ansiadas respuestas.

Se acercó con timidez hacia un distinguido hombre canoso, de unos sesenta años, que estaba por abrir una de las puertas. Se cruzaron miradas. El hombre lucía más desorientado que él, lo cual le hizo temer que no iba a poder obtener mucha información con el encuentro. En el preciso momento en que Tomás se disponía a saludarlo, se escuchó el sonido de otra puerta, unos metros detrás. Ambos dirigieron, instantáneamente, sus miradas hacia el ruido y vieron, con sorpresa, que se les acercaba con parsimoniosa elegancia un simpático y diminuto hombrecito, a los que vulgarmente se les dice *enanos*.

El Enano sonrió con calidez al sujeto canoso, ignorando completamente la presencia de Tomás. Después de unos eternos segundos, el señor tomó el picaporte de la puerta más cercana con su mano derecha, dispuesto a abrirla. El Enano lo interrumpió agarrándole la mano izquierda mientras le decía con voz queda:

—No, Sabino, todavía no llegó tu hora...

El hombrecito lo llevó de la mano hasta la puerta que se encontraba exactamente enfrente y le dijo:

—¡Esta es la correcta por el momento! Espero que sepas aprovechar de la mejor manera posible esta nueva oportunidad...

Sabino abrió con lentitud la puerta seleccionada. Una tenue luz azul surgía envolvente desde afuera. Por lo bajo avanzaba una leve neblina blanca. Tomás intentó infructuosamente espiar qué había detrás de esa puerta pero, ahora, la luz era intensa y no le dejaba distinguir absolutamente nada. El hombre canoso traspasó el umbral bajo la atenta mirada cómplice del Enano. La puerta se cerró de golpe cortando abruptamente el aliento de Tomás.

El Enano dio media vuelta y se alejó con rapidez por el pasillo, como si tuviera urgencias por atender. Tomás comenzó a seguir-

lo mientras pensaba cómo llamar su atención. Levantó su mano y se dispuso a gritarle aunque el Enano abrió, imprevistamente, otra puerta y se esfumó como si él no estuviera ahí presente.

Tomás quedó desahuciado. Se sentó en el piso y se apoyó contra la pared. Su cabeza yacía entre sus piernas. Esperó mucho tiempo algún otro evento; pero nada. Fastidiado, se dirigió a la puerta de Sabino e intentó abrirla. No pudo. Lo hizo después con todas sus fuerzas y tampoco tuvo éxito. Gritó ferozmente, la pateó con virulencia y maldijo reiteradamente con exasperación. Luego, se dirigió hacia la puerta del Enano e intentó abrirla con displicencia, teniendo casi la certeza de que no iba a poder hacerlo. Giró el brillante picaporte dorado, tiró para adentro e, increíblemente, se abrió.

CAPÍTULO 3

EL RÍO DE ORO Y EL MURO

TOMÁS DIO UNOS pasos hacia adelante. No podía ver nada ya que estaba completamente encandilado. De repente, la puerta se cerró violentamente detrás de él. Se asustó, giró hacia el ruido y advirtió, con sorpresa, que dicha puerta se encontraba empotrada en el tronco de un gran árbol. Intentó abrirla de nuevo, aunque no pudo. Ya no había marcha atrás.

Al darse vuelta, sus ojos no podían dar crédito del paisaje maravilloso que estaba contemplando: un río dorado, rodeado de sinuosas y coloridas montañas, bajo un intenso cielo celeste. Los cerros se reflejaban en las tranquilas aguas formando figuras casi geométricas. Las pintorescas laderas estaban atravesadas por infinitas rayas transversales, como si estuvieran sembradas. Había un predominante color verde, mechado con diferentes tonos de amarillo. Agua y montaña mezcladas en un todo homogéneo, que transmitía una infinita tranquilidad. A Tomás le recordó mucho al Pinhao del Rio Douro, en Portugal.

A lo lejos, pudo divisar al Enano que caminaba apresurado. Decidió seguirlo. El pequeño hombre se dirigía hacia el río a través de un estrecho sendero. Tomás caminaba a unos metros cuidándose de no ser descubierto. Al final del camino había un embarcadero y dos lanchas de tamaño mediano. El Enano se subió a una que arrancó de inmediato. Tomás vaciló. Se acercó a la otra y, casi sin decidirlo, la abordó. Cuando se aproximaba con lentitud hacia el conductor, la embarcación arrancó sorprendiéndolo. Tomás quedó paralizado

sin saber qué hacer. El chofer conducía inmutable, ignorándolo por completo.

Miró su reloj y, para su sorpresa, ahora marcaba las 19:40. *Claro, al traspasar la puerta, cambiaron los usos horarios*, dedujo. *¡Tomás, no trates de encontrar lógica a toda esta locura!*, se recriminó desesperanzado.

Navegó por horas aunque, a esta altura, ya no tenía dimensión del tiempo. Al principio estaba inquieto. De inmediato logró relajarse y hasta pudo disfrutar del paisaje. Finalmente, cerró los párpados.

Se sobresaltó con unos ruidos y abrió los ojos: el barco había atracado junto a un muelle de madera blanca. El chofer seguía impávido. Tomás lo miró buscando una reacción; pero... nada. Pensó en hablarle, sin embargo dudó. Al fin y al cabo, no tenía certeza de estar en dónde debía estar.

El chofer abrió la puerta de la embarcación y lo invitó a bajar con un frío gesto. Tomás encontró un sendero claramente marcado; no existía otra opción, esa era la vía a seguir. Divagó por un largo rato sin saber hacia dónde. El camino subía rodeando a una montaña. Del otro lado, comenzaba a bajar mientras se internaba en un frondoso bosque. Tomás trataba, con dificultad, de seguir los pasos del sigiloso Enano. Al final del sendero, se podía adivinar la presencia de un luminoso valle. Apenas se asomó a la luz, advirtió a unos metros la presencia de un impactante y solitario árbol, que parecía hacer las veces de un faro natural, indicando la existencia del camino. En el fondo, se erguía un gigantesco muro gris.

La antigua muralla era alta como un edificio de siete pisos y tenía miles de metros de ancho. Estaba construida con enormes bloques de material y tenía un aspecto uniforme y macizo.

Sin dudas el Enano atravesó el muro. Pero... ¿cómo? No veo puertas, ni siquiera ventanas..., pensó intrigado.

Tomás comenzó a circundarla buscando algún acceso. Si bien el sol brillaba intensamente en el cenit, no sentía ni frío, ni calor, ni cansancio.

A pesar de haber caminado en forma incesante, no pudo llegar al extremo del muro. Se sentó en el piso y se apoyó sobre la inexpugnable construcción, harto de caminar en vano. Observó el paisaje que lo cercaba tratando de buscar alguna explicación a todo lo que le estaba pasando. De inmediato, algo le llamó la atención: *¡A ese árbol ya lo vi antes! Se parece mucho al que estaba al finalizar el sendero. ¿Cómo puede ser posible? ¡Si caminé por horas!* Finalmente, dedujo incrédulo: *Habré estado caminando en círculos sin darme cuenta...*

Se acercó al árbol y confirmó su sospecha: ¡era el faro! Junto al mismo estaba el Enano con otra persona, entrando en el bosque por el sendero. Con rapidez, se dio vuelta hacia el muro y, para su sorpresa, ahora había una enorme puerta abierta.

CAPÍTULO 4

EQUINOCCIO

TOMÁS INGRESÓ A la fortaleza a paso lento. El piso era de adoquines grises. La puerta conducía a un viejo puente que cruzaba un río correntoso de aproximadamente cincuenta metros de ancho. A ambos lados se podían apreciar muchos otros puentes. Esta imagen le hizo recordar al Sena y sus viejos puentes.

El camino desembocaba en una inmensa plaza, donde también confluían los otros puentes. En el medio, se elevaba una imponente pirámide truncada, con una luz resplandeciente en su cima. Tras ella, había una larga galería de infinitas columnas. Debido a la lejanía, no podía llegar a distinguir qué había a los costados. Tanto la plaza como las galerías estaban repletas de personas circulando, en un ambiente tranquilo y cosmopolita. La sensación que sentía era como si estuviera en un viaje, en algún país lejano. Empezó a caminar entre la gente mientras se dirigía hacia la extraña pirámide, creyendo que ahí podía encontrar algunas respuestas. Una mujer totalmente desconocida le sonrió y le dijo: “*Hola, Yaem*”. Tomás dudó y pensó aclararle que se había confundido con otra persona. Sin embargo, la mujer ya se estaba alejando.

Finalmente, llegó hasta la pirámide. Su diseño tenía forma geométrica y contaba con nueve niveles, cuatro fachadas principales, cada una con una escalinata central y una plataforma superior de donde surgía una luz brillante. *Debe tener como unos quince metros de altura*. Subió por una de las escaleras hasta la cima. Arriba, había una construcción que parecía una especie de templete con una sorprendente estructura en el medio, que consistía en tres

círculos, aparentemente de oro y de igual tamaño, con una esfera luminosa y radiante que flotaba en el centro, como si fuera un sol en miniatura. Quedó estupefacto observándola durante un largo tiempo y, luego, bajó hasta la plaza. Le llamó la atención que nadie se detuviera ni por un segundo a apreciar un monumento tan extraordinario. La gente caminaba a su lado como si él no estuviera. Una mujer pasó junto a Tomás, le palmeó la espalda y le dijo:

—¿Cómo estás, Yaem? ¿Todo bien?

—Sí, claro, pero...

—Me alegro, cuídate —le respondió mientras se alejaba sin permitirle aclarar la confusión.

Es más que obvio que todos me confunden con otra persona... Debo ser muy parecido, dedujo contrariado.

Continuó caminando entre la gente. Prácticamente, nadie conversaba.

De repente, entre la multitud, apareció un rostro sonriente y familiar. Era un amigo del colegio que se llamaba Francisco, que había muerto hacía más de un año de una enfermedad terminal. Se estrecharon en un fuerte abrazo y lágrimas.

—¡Pancho querido, qué bueno encontrarte! ¿Cómo puede ser posible esto...?

—¡Tomás! ¡No te imaginás la alegría que tengo de verte! Si quieres encontrar lógica acá, estás muerto, literalmente... Ni siquiera lo intentes, querido amigo.

—Entonces, ¿estamos... muertos?

—La verdad, no sé qué decirte, no tengo muchas respuestas para darte.

—¡No me digas eso, por favor! ¡Necesito saber qué está pasando!

—Es que yo tampoco lo sé. Hace unos días que estoy acá, dando vueltas y vueltas...

—¿Y antes dónde estabas?

—¿Antes de qué?

Tomás no sabía cómo encarar el tema de su muerte; pero necesitaba respuestas.

—¿Antes de estar acá, en esta plaza?

—En el hospital, supongo... Un día aparecí acá. Para serte sincero, ni sé cómo llegué...

—Pero... si vos te moriste hace más de un año... —afirmó Tomás confundido y con voz temblorosa.

—¿Cómo que morí...?

Tomás no supo qué responderle porque su desorientación era total. Lejos de traerle respuestas, el encuentro con su compañero lo había dejado perplejo.

Francisco, imprevisamente, le dijo:

—Necesito ir a la Capilla a orar y pensar. Hasta luego, Yaem. Nos vemos en un rato.

Sin que Tomás pudiera evitarlo, se dio vuelta y se dirigió apresurado hacia una de las numerosas puertas que había en las galerías. *¿Están todos locos? ¡Ahora este también me llama así...! Además, ¿desde cuándo Francisco es tan religioso? ¡Tenía tantas preguntas para hacerle!*

Comenzó a recorrer las galerías. La circulación de personas era incesante. Todos lucían tranquilos, serenos, como si estuvieran yendo a trabajar en un día cualquiera. Cada tanto, alguien lo saludaba amablemente por su nuevo nombre tan extraño para él. Entonces, Tomás respondía con una inexpresiva mueca. Simétricamente, cada cuarenta metros, aparecía otra gran puerta. Al pasar por delante de la que entró Francisco, decidió curiosear un poco. Adentro había un amplísimo salón sin columnas. El ambiente era oscuro, señorial y silencioso. A los costados había bancos de madera. El techo estaba pomposamente decorado con oro. *Se parece al gran salón del Consejo del Palazzo Ducale, en Venecia.* Buscó a Francisco entre la gente; sin embargo no pudo hallarlo. Salió del salón y continuó recorriendo las eternas galerías. Antes de alejarse del lugar, buscó referencias para poder ubicar ese edificio más tarde: *¡Es muy fácil! Es el edificio que está justo en frente de la pirámide.*

Todos los ingresos se parecían pero, por dentro, los edificios eran muy diferentes.

Ya casi se había acostumbrado a su nuevo nombre. Cada tanto encontraba puestos de café y restaurantes y pensaba en tomar o

comer algo, aunque no tenía hambre. Se detuvo en un bar muy agradable ubicado exactamente enfrente de la pirámide. Al acomodarse, sintió que había algo que no le cerraba: *¿Cómo puede estar este bar, también, justo enfrente de la pirámide, si caminé muchísimo?* Igualmente, ya estaba resignado a que las cosas en ese lugar no tuvieran sentido.

—Señorita, señorita —llamó educadamente a una de las mozas.

—¡Buenas tardes, Tomás! ¿Cómo le está yendo? —le respondió una llamativa camarera esbozando una compradora sonrisa.

¡Por fin alguien que me llama por mi nombre!

—¡Muy bien! ¿Y usted? —le respondió mientras miraba su reloj, que marcaba las 12:00.

—¡Muy bien, también! ¿Qué se va a servir hoy?

—¿Hoy?

La camarera quedó sorprendida por la repregunta de Tomás.

—¿Será posible un cappuccino y un croissant?

—¡Sí, por supuesto! Ya mismo se los alcanzo.

Al rato, la moza le trajo su pedido. *¿Qué te pasa, Tomás? ¡Estás dormido! No te das cuenta de que es un bombón, qué importa si están todos locos acá, ¡encarala!*, se arengó a sí mismo, como si todavía estuviera de cacería. La camarera era una morocha muy bonita, de cara angelical, pelo lacio hasta los hombros y portadora de una hermosa nariz.

—Disculpame, no te vayas, tu nombre era...

—Rocío, pensé que lo sabías...

—¡Por supuesto que lo sabía! Pero me gusta cómo suena tu nombre en tus labios...

La moza le sonrió la galantería desorientada.

—Y tu celular es...

—¿Celular?

—¡Era una broma! Muy mala por cierto. ¡Perdón! —*¿Estaré perdiendo mi toque?*

—¡Todo bien! Sos muy divertido —le contestó risueña mientras se alejaba.

¡Esa, campeón! Ya va a caer, tiempo al tiempo y, acá, parece que eso es lo que sobra...

Tanto el cappuccino como el *croissant* estaban riquísimos, eso contribuyó a que se relajara un poco y disfrutara del lugar. Se sintió como si estuviera tomando un café en Piazza San Marco, solo faltaban las palomas revoloteando. Cada tanto, cruzaban miradas y sonrisas con Rocío. En un momento, Tomás miró su reloj y...

—¡Eso acá no sirve! Es más, yo, al mío, lo terminé tirando a la basura —exclamó Francisco que pasaba caminando junto a su mesa.

—¡Espera! Vení y sentate un rato acá, que tenemos que hablar sí o sí; me debés unas cuantas respuestas —ordenó con énfasis Tomás señalando la silla que tenía enfrente.

—¡Ok! Pero un ratito nomás, tengo otras cosas que hacer.

—¿Sí? Contame qué tenés que hacer... me muero de intriga.

—Mirá, Yaem, la verdad es que necesito estar tranquilo y tu presencia me perturba...

—¿Pero por qué todos me llaman con ese nombre? —preguntó ofuscado.

—Es tu nombre acá; el mío es Jasón, así que no te quejés.

—Pero... ¿por qué?

—Por favor no te cuestiones tanto las cosas. ¡Son así y listo! —contestó Jasón levemente molesto—. ¿Acaso vos te cuestionabas por qué salía el sol todas las mañanas o por qué el cielo era azul?

—Ok, todo bien, decime lo que me podés decir y listo... ¿Estamos muertos? ¿Qué es este extraño lugar?

—Otro día te cuento lo que sé. No puedo alterarme.

—¡No! ¡Por favor! Contame algo, ¡no seas así! ¿acaso estás enfermo?

—Para nada, nunca me sentí mejor. Bueno, está bien, te cuento lo que sé, que como ya te dije, no es mucho. La verdad es que no entiendo bien qué es este lugar. Escuché que lo llaman “Equinoccio” y que los edificios de las galerías son como oficinas administrativas. Todo es muy extraño, si caminás para un lado, terminás llegando desde el otro, como si fuera redondo. Me parece que es un lugar de tránsito, en donde las personas se dirigen a quién sabe dónde. Como te habrás dado cuenta ya, el tiempo transcurre diferente acá. Si uno quiere dormir, oscurece y se puede hacer en hoteles muy lindos que hay para eso. También podés comer gratis exquisiteces en los bares

y restaurantes; pero la verdad es que nunca sentí mucha hambre, ni cansancio. Es más, no sé por qué, pero algunas personas te observan con cierto desdén si te ven comer en forma desafortada.

—¿Qué más? ¿Qué más?

—Mucho más no sé. Un día entré, por casualidad, a un edificio y me estaba esperando una anciana arrogante. Yo tenía cientos de preguntas para hacerle, así como vos ahora... pero no me respondió ninguna, se limitó a interrogarme sobre cuestiones personales sin sentido. Sentí como si fuera un examen de admisión. Finalmente me dijo: “Jasón, tenés que cultivar tu templanza, calmar la ansiedad y dejar que la energía fluya con naturalidad. Es imperioso que lo hagas o estarás deambulando eternamente por estas calles, en el mejor de los casos.” Yo le pregunté cómo debía hacerlo y solo me respondió: “Ya encontrarás la forma”. Espero no haberme metido en líos por hablar con vos. Desde ese día, vi tres veces más a esa desagradable mujer y siempre me dice lo mismo.

—La verdad es que no sé qué decirte, me encuentro muy desorientado. A veces, pienso que estoy soñando, ¡pero es todo tan real! No siento, ni quiero creer que estamos muertos...

—Necesito ir a orar de nuevo, hasta luego, amigo.

—Hasta luego, Jasón —le respondió riéndose, tratando de aflojar la tensión que flotaba en el ambiente.

Entonces todo esto es gratis. ¡Qué bueno, ya me estaba preocupando por cómo podría pagarlo! ¿Dormir...? Por qué no, estaría bueno hacer un descanso de toda esta locura. A lo mejor despierto en mi depto, junto a una bella dama, parecida a Rocío...

Se levantó, bostezó, le dedicó una sonrisa ganadora de despedida a Rocío y empezó a caminar lentamente. Ya se estaba haciendo de noche y la oscuridad comenzaba a reinar en el lugar. De repente, una sombra le llamó la atención. Desde hacía un rato tenía la sensación de que alguien lo estaba siguiendo. Se acercó para ver quién era, pero el hombre echó a correr y se perdió en la penumbra. *Estoy muy cansado, ¡necesito dormir ya!* Justo frente a él había un hotel.

CAPÍTULO 5

ROCÍO

TOMÁS ABRIÓ SUS ojos. Sentía como si hubiera dormido toda una eternidad. No tenía certeza de dónde se encontraba. A su mente venían, una tras otra, imágenes de la plaza y la galería. *¿Habrá sido todo un sueño? ¿Dónde carajo estoy?* Observó hacia una ventana por donde entraba, con tibieza, la luz del sol. Se paró y se aproximó con lentitud dejando que sus pupilas se adaptaran poco a poco. Ante sus ojos, apareció una hermosa vista de la plaza con su intrigante pirámide. La confirmación le hizo sentir escalofríos y una mezcla contradictoria de desazón y alivio a la vez. *En otras circunstancias, estaría dichoso de estar en un hotel con semejante vista*, pensó risueño. Inesperadamente, la voz de una mujer interrumpió su aún latente somnolencia.

—¿Pudiste dormir bien? —Tomás, sorprendido, giró con violencia hacia la voz. Era Rocío, que yacía hermosa entre las sábanas blancas, mirándolo compasivamente.

—¿Qué hacés acá? —le contestó con una sonrisa de sorpresa.

—¡Vos necesitabas esto! ¿O no?

—Te juro que no entiendo nada. Nunca en toda mi vida tuve tanta desorientación —le respondió sentándose en la cama y tomándose la cabeza con ambas manos. Rocío se acercó y le colocó, con ternura, uno de sus brazos sobre la nuca y le dijo:

—No trates de entender todo. Tomá las cosas como vienen, sin cuestionártelas tanto. ¿Acaso vos te preguntabas antes por qué todos los días salía el sol? —Tomás levantó la cabeza con brusquedad. Esas mismas exactas palabras ya las había escuchado antes.

—¿Acaso a todos ustedes les reparten un libreto? ¿Quién sos verdaderamente? ¿Qué es todo esto? ¿Me quieren volver loco? —inquirió Tomás casi explotando.

—¡Por lo visto, no vas a seguir mis consejos! Me tengo que ir, chau, que sigas bien.

—¿Bien? Esperá, no te vayas, hablemos.

—Es que no puedo darte las respuestas que necesitás y yo ya cumplí mi parte acá.

—Acaso sos una prost...

—¡Me estás ofendiendo! ¡No tuvimos sexo, ni vamos a tener! —interrumpió molesta Rocío, mientras se alejaba hacia la puerta.

—Esperá, no te vayas, no fue mi intención ofenderte, es que ya no sé qué pensar... Te ofrezco mis sinceras disculpas. Estoy muy desorientado y me siento mal —le rogó compungido.

—¡Las acepto! Es que, justamente, no tenés que pensar mucho. Ese es mi consejo. Recordalo siempre acá.

—Con respecto a que nunca en la vida vamos a tener sexo, ¡fue muy duro tu comentario!, ¡tampoco soy un monstruo para que digas algo semejante! —bromeó sacándole una sonrisa—. Es más, muchas chicas opinan que soy bastante lindo. ¿Por qué no damos un paseo por la plaza? ¿Qué te parece? ¿Podés? ¿Podés? —sugirió con insistencia, como si estuviera suplicando un nene caprichoso.

—¡Me encantaría! Pero no puedo, ¡lo siento! En cuanto a si sos lindo o no, el concepto de belleza es exasperantemente relativo y fluctuante; es algo que acá, con seguridad, vas a tener que aprender.

—Tu mirada dice otra cosa...

Rocío sonrió de nuevo.

—Prometo solemnemente no atormentarte con mis preguntas y cuestionamientos —dijo levantando con simpatía su mano derecha y poniendo cara de santo.

—¡Ok! ¡Te tomo la palabra! Pero solo un ratito.

—¡Mil gracias! —*¡Me costó más llevarla a pasear a la plaza, que a la cama! ¡Todo al revés acá!*, pensó mientras se reía por dentro.

Le tomó la mano y se dirigieron a la plaza.

—Entonces sos Rocío, ¿no? ¿Esto sí te puedo preguntar?

—Claro, yo no te mentí en nada.

—¡Mucho gusto!

—¡Mucho gusto! —le respondió robándole una nueva sonrisa—. ¡Resultaste ser todo un personaje!

—¿Personaje? —le preguntó haciéndose burdamente el ofendido—. Sí, ya sé, me lo dijeron varias veces. ¿Es bueno o malo eso?

—¡No lo sé! A mí, personalmente, me caés divertido, aunque a veces me fastidiás con tu insistencia.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Si podés, me la contestás. Si no, todo bien.

—A ver...

—¿Qué hacés acá? ¿Por qué amaneciste en mi cama?

—No quedamos en...

—Contestame lo que puedas y quieras, aunque creo que es lo mínimo que merezco saber. ¿No te parece?

—A ver... digamos que mi función acá sería algo así como la de tratar de ayudar a que almas *nuevas* no extrañen tanto los hábitos que hasta hace poco les eran indispensables...

—¿Perdón? ¡No entendí nada! ¿Podrías explicarme más, por favor?

—Claro, como dormir o comer: ¿realmente estás seguro de que te hacía falta hacerlo? No puedo decirte más, lo siento...

—¡Ok! Todo bien, caminemos un poco que la mañana está hermosa.

Tomás y Rocío deambularon por la plaza y por las galerías tomados de la mano, tratando de conversar de trivialidades, lo cual no era fácil dadas las circunstancias.

—¡Qué lindo día! ¿Siempre es tan lindo el clima por acá? —preguntó Tomás.

—El clima no es igual para todos acá.

—¿Perdón? No entendí.

—¡Nada, nada! Sí, está hermoso hoy...

—¿Te gusta caminar? —preguntó Tomás.

—Sí, me encanta. ¿A vos?

—Sí, lo disfruto mucho. Mis mejores ideas se me ocurrieron caminando. Se ve que me inspira. Algunos edificios de por acá me hacen acordar mucho a Europa, como aquel, que es muy parecido al Panteón de Agrippa, que está en Roma.

—¿Panteón?

—¡Sí! ¡Panteón! ¿No me vas a decir que no lo conocés?

—¡Ah! Sí, es hermoso —contestó Rocío con poca firmeza.

—¿Qué difícil se hace hablar cuando te dicen las cosas a medias! Hasta lo más tonto se hace inentendible —comentó Tomás, resignado—. Y esa estatua tan espantosa que está en frente del Panteón, ¿de quién es? —le preguntó señalando un monumento de piedra blanca, de un hombre en tamaño real, con una extraña mirada de arrogancia en sus ojos.

—No lo sé, ¡pero asusta! Es que acá, no todos vemos lo mismo. La persona integra el lugar y lo que le pasa, con su historia y sensaciones.

—¡Ah, pero qué interesante! ¿Es decir que vos no lo ves como el Panteón?

—En cierta forma, no.

—Y vos, Rocío, ¿de dónde sos?

—De Rusia.

—¿En serio? ¿Y cómo hablas tan bien español? Ni tonada tenés.

—¿Estás seguro de que estoy hablando español? ¿Estás seguro de que estoy hablando?

—¡Por supuesto!, si nos estamos comunicando perfectamente... y yo ruso no sé ni una palabra —le contestó Tomás con el ceño fruncido.

—¡Es verdad! Nos estamos comunicando perfectamente; pero yo tampoco hablo ni una palabra en español.

Ambos hicieron un largo silencio. Era más que obvio que hasta la conversación más elemental iba a ser complicada. Tomás, por su parte, analizaba y sacaba conclusiones de cada nuevo dato obtenido: *Claro, ahora entiendo por qué todos los lugares me parecen tan conocidos, como si tuviera déjà vu permanentemente.*

—¿Ya tuviste tus entrevistas con la “Gran Maestra”?

—No, no tuve nada. Un amigo que encontré me contó algo al respecto.

—¡Qué raro!

—¿Por qué raro?

—Nada, nada. Te voy a llevar a un lugar que te va a impresionar.

—¡Por fin algo de acción! —le respondió Tomás con entusiasmo juvenil.

—¡Te aseguro que te vas a sorprender!

Rocío lo llevó hasta uno de los edificios. Tomás creyó recordar que era el mismo adonde Pancho iba a orar a cada rato.

—¿Me llevás a orar? —le preguntó sonriente.

—Sí, ¿cómo sabés? En realidad se llama *ocio contemplativo* y al lugar le dicen *el Reflexionario*.

—Pero te advierto que yo no soy muy creyente...

—¡Shhh! ¡Shhh!...

Cruzaron todo el inmenso salón sin columnas e ingresaron a otro por una gran puerta trasera. El techo era completamente redondo y blanco, aunque el ambiente era muy oscuro. El piso estaba repleto de cómodas butacas reclinables de terciopelo bordó. El edificio era inmenso y solo algunas pocas butacas estaban ocupadas. Todos miraban hacia el techo blanco. Algunos reían, otros lloraban y otros lucían impávidos. A Tomás le hizo recordar a las instalaciones de un planetario. *¿Qué estará mirando esta gente?*, pensó intrigado. A unos metros estaba Pancho, que lloraba sin consuelo.

—¡Llegamos! ¡Este es tu lugar! —le dijo Rocío—. ¡Sentate!

Ambos se sentaron y reclinaron el asiento hacia la gran cúpula.

—¿Y ahora? ¿Qué estreno vamos a ver? —bromeó Tomás algo nervioso.

—¡Shhh, Shhh, relajate y concéntrate!

—¿Pero cómo?

—Vos cerrá los ojos, relajate y concéntrate en mi voz.

—¡Pero cómo voy a ver algo si tengo los ojos cerrados!

—¡Ay, basta! ¡Qué difícil que sos a veces!

—Ok, ok, perdón —se disculpó cerrando sus ojos.

—Intentá relajarte, respirá profundo... poné tu mente en blanco al igual que el techo. Empecemos con algo agradable: pensá en el tema musical que más te gusta —Tomás pensó en *One* de U2 y, a los pocos segundos, lo empezó a escuchar.

—¡No abras los ojos! —dijo suavemente Rocío adelantándose a la reacción de Tomás—. Ahora concéntrate en un momento muy agradable de tu vida. —Tomás dudó un poco pero, a continuación, comenzó a recordar el día en que se recibió en la Universidad. Podía claramente sentir la tensión de los últimos instantes de aquel eterno examen oral. Al final, el profesor dijo las palabras mágicas: “¡Felicitaciones, colega!”. Inmediatamente lo invadió una inmensa alegría y un alivio estremecedor. Abrió la puerta del salón de clases despacio y un alud de huevos, harina y gritos se le vino encima. Era su gente más querida que afuera lo aguardaba con impaciencia. Tomás pudo sentir en su piel esa avalancha de afecto y sacudió su cabeza, como si de verdad estuviera nuevamente ocurriendo.

—Tranquilo, tranquilo... seguí disfrutando y recordando —le susurró Rocío.

Uno a uno abrazó a los presentes: amigos íntimos, compañeros, sus hermanos...

—Ahora podés abrir tus ojos con lentitud —le dijo Rocío. Tomás lo hizo lentamente, tal cual se lo había indicado y pudo ver proyectado, en el inmenso techo, ese momento tan preciado. Los detalles y la calidad de la imagen eran sorprendentemente reales.

—Que lo disfrutes y aproveches. Nos vemos pronto —le dijo Rocío mientras le daba un beso en la mejilla y luego se alejaba.

Tomás permaneció completamente absorto, contemplando el techo.

CAPÍTULO 6

EL REFLEXIONARIO

LAS IMÁGENES SURGÍAN sin cesar desde la gran bóveda. Tomás estaba como en un estado de trance hipnótico, aunque conservaba su conciencia y voluntad. La cúpula funcionaba como una especie de inmensa pantalla *4D Touch* de increíble realismo. Se podía seleccionar con cierta voluntad lo que se podía ver, cambiar de año, avanzar la imagen o atrasarla a diferentes velocidades, acercarla o achicarla prácticamente hasta el infinito, como si fuera el *Google Earth*, y cambiar el ángulo de enfoque, entre otras sorprendentes funciones. Estaba más entusiasmado con el “nuevo chiche” que con hacer una retrospectiva de su vida. *¡Qué bien me hubiese venido uno de estos en mi depto! ¿Hasta cuándo se podrá ir para atrás y para adelante?*, pensaba entusiasmado.

Retrocedió hasta sus primeros años de edad e, incluso, pudo llegar hasta su nacimiento. Cuando quiso retroceder más, apareció un mensaje que decía: “Lo siento, no tiene autorización para la operación solicitada”. Hizo lo mismo para adelante y ocurrió exactamente lo mismo en el momento en que se había producido el choque. Sintió algo de desazón: tenía mucha curiosidad de poder observar qué había pasado después del accidente.

Decidió entonces comenzar desde el principio. Pudo apreciar, con sorpresa, el clima que se respiraba en aquel entonces en su familia. Ver los celos que él había generado con su llegada en Mario, su hermano mayor. Las imágenes revelaban historias y sensaciones casi inéditas para él, ya que no las recordaba. Un padre joven que trabajaba todo el día y una madre abocada a su familia. Contemplar

a sus queridos abuelos vivos, malcriándolos hasta más no poder, le provocó un fuerte sofocón emocional que lo llevó al llanto.

Si bien al principio todo le generaba sorpresa y emoción, era tanta la información disponible que, por momentos, comenzó a aburrirse. Decidió entonces adelantar rápidamente las partes que no le llamaban la atención. Cada tanto, notaba que un número verde, que se encontraba en los cuatro puntos cardinales del globo, comenzaba a subir como si fuera el puntaje de un juego electrónico; pero no lograba comprender las causas que provocaban eso.

Casi sin darse cuenta, descubrió otra función increíble: no solo podía ver una escena desde diferentes ángulos, sino que también podía seguir, por un tiempo, a los participantes fuera de ella. Esto era muy revelador, ya que significaba que la cúpula no solo testimoniaba el hecho presencial de Tomás, ni se basaba exclusivamente en sus recuerdos, sino que mostraba una realidad neutral.

Con esta función, ahora también podía enterarse de cómo habían reaccionado los participantes tras el evento. *¡Sorprendente!*, exclamó para sus adentros.

Pudo observar una infancia mucho más complicada de lo que había asumido antes. Tampoco recordaba haber sido tan tímido e inseguro de joven. Con respecto a su familia, se sorprendió al encontrar que no era tan acomodada como suponía y que sufría los avatares económicos típicos de una familia de clase media.

Si bien Tomás podía direccionar las imágenes que deseaba ver, el Sistema no respondía a su entero antojo. Cada tanto, los cuadros saltaban de un lado a otro, mostrando situaciones de diferentes épocas: casi siempre, las más traumáticas. En estos casos, advirtió que, a veces, sus reflexiones mentales y reacciones hacían mover su puntuación general.

Era claro que había una lógica de funcionamiento que todavía no manejaba del todo. Las situaciones conflictivas con Josefina eran, por lejos, las que más puntos le daban. Así, por ejemplo, en un momento en que estaba reviviendo una fiesta de amigos de primaria, donde había bailado con ella por primera vez: de pronto, la imagen saltó en el tiempo a una dura discusión a causa de que no podían

tener hijos. Tomás comenzó a llorar desconsoladamente. “¡Su tiempo ha finalizado!”, escuchó entonces desde la cúpula, mientras las imágenes se difuminaban.

Se incorporó aturdido. La experiencia había sido por demás intensa. Empezó a caminar hacia la salida junto a otras personas. Cuando se disponía a atravesar la puerta, descubrió la mirada de un niño que lo observaba. Si bien no recordaba conocerlo, le resultó extremadamente familiar. Era un chico de unos seis años, morocho, de ojos marrones y de mirada penetrante. A Tomás le llamó la atención una marca que tenía en la piel, en el costado derecho de su cuello. Ambos se sonrieron en forma cómplice, como si estuvieran haciendo una travesura.

Al salir a la plaza, notó que a su lado también estaba Francisco.

—Hola, Fran..., perdón, Jasón. ¿Cómo te fue con tu meditación?
—lo saludó con cierta euforia.

—¿Eh?, ¡ah!, ¡hola!, bien, bien —le respondió cortante, como si estuviera medio dormido.

—Fascinante la gran cúpula, ¿no?

—¿Qué cúpula?

—¡¿Cómo qué cúpula?! La que parece un planetario gigante en donde se refleja tu pasado.

—Pero... no es una cúpula, es una gran gruta oscura. Estoy apurado, perdón, me tengo que ir.

—Ok, nos vemos —le respondió Tomás desorientado por la respuesta. *Claro, es como decía Rocío, no todos vemos lo mismo acá...*, finalmente dedujo.

Tomás se dirigió al café. Tenía esperanzas de encontrar a Rocío. Observó a las tres mozas que había, pero ninguna era ella. Se sentó a una mesa con vista plena a la pirámide y pidió un cappuccino.

—¿Le puedo hacer una pregunta, señorita? —le dijo cordialmente a la moza que le atendía el pedido.

—Sí, por supuesto, Yaem.

—¿Hoy no vino Rocío?

—¿Qué Rocío?

—Los otros días me atendió una chica que se llama Rocío. Es morocha, de ojos oscuros y pelo lacio.

—¡Ah! No, no la conozco, acá hay mucha rotación.

—¡Ah, ok, todo bien! —*Uy, y ahora, ¿dónde podré ubicarla?*

Estaba dispuesto a tomarse con filosofía todo lo que estaba vi-
viendo. Al fin y al cabo, él era extremadamente curioso e inquieto
y esta tierra extraña, en donde nada tenía una lógica aparente, era
un caldo de cultivo ideal para una personalidad de sus característi-
cas. Se sentía como si fuera un detective de película en una extraña
misión. Tomó el exquisito cappuccino y lo saboreó despacio, disfru-
tando cada sorbo. Todavía estaba un poco afectado por lo vivido en
el Reflexionario.

Poder observar a sus abuelos tan vívidamente fue muy duro, ya
que los quería y extrañaba demasiado y rememorar las sufridas pe-
leas con su exesposa lo consternó al extremo. Tomás tenía en claro
que ese triste episodio con Josefina había significado el principio
del fin de su pareja. En ese instante, pasó caminando junto a su
mesa el niño morocho de mirada profunda. Decidió seguirlo.

El chico caminaba con pasos cortos y apresurados. Era evidente,
por los saludos que recibía, que era muy conocido en Equinoccio.
Tomás lo seguía a unos metros, observando cada detalle. El niño
ingresó a uno de los edificios. Tomás intentó entrar también pero
no pudo ya que la puerta estaba herméticamente cerrada. Ya había
advertido, en otras oportunidades, que podía entrar con libertad a
ciertos edificios, pero en otros le resultaba imposible. Decidió es-
perar afuera. Al rato, el chico salió y continuó caminando por las
galerías.

—Hola, Lyam, ¿cómo está? —lo saludó respetuosamente una
anciana.

—Muy bien, ¿y vos? —le respondió Lyam tuteándola.

—Muy bien también, gracias por preguntar. Por cierto, muy buen
trabajo el del otro día, lo felicito.

—Muchas gracias, solo cumplo con mis funciones —le respondió
mientras continuaba caminando. A Tomás le llamó la atención el
tono reverencial con el cual la anciana lo trataba.

Continuó con su periplo y se dirigió al imponente edificio con-
tiguuo. Este lucía diferente del resto, ya que tenía la apariencia de

un templo de la antigua Roma. *Se parece al Panteón de Agrippa, aunque nuevo. ¿Este no es el edificio del cual hablamos con Rocío? Sí, ahí está esa estatua horrible. ¿Quién será? ¡Qué expresión extraña tiene en su rostro! ¿Por qué le habrán hecho un homenaje a alguien tan desagradable?* Tomás recordaba que había intentado entrar al panteón en varias oportunidades, si bien nunca había podido. Sin embargo, esta vez sí lo logró. Era como si algo o alguien hubiese validado su ingreso.

Adentro, la construcción lucía solemne. Una gran cúpula, con un inmenso agujero en el cenit, creaba una atmósfera impactante. Mucha gente, en silencio, deambulaba por el lugar. Lyam cruzó todo el extenso recinto, dirigiéndose hacia otra gran puerta ubicada en el lado opuesto al de la entrada. Tomás se apresuró; no quería perderle pisada. Este ingreso comunicaba a una larga galería con columnas blancas a los costados. Siguió a unos metros de Lyam por un largo trecho. Al final de ella, encontró un viejo puente repleto de personas que cruzaban un río caudaloso. Lyam se detuvo a conversar con la gente; era evidente que lo estaban esperando. Tomás cruzó el puente. Era de adoquines grises. Procuraba no ser visto por el niño. Del otro lado de ese puente, sus ojos no podían dar crédito a lo que veía: estaba la Gran Plaza con la pirámide y su luz.

CAPÍTULO 7

LYAM Y SUS SILENCIOS

TOMÁS OBSERVABA CÓMO Lyam les daba indicaciones a las personas que se encontraban sobre el puente. Entre ellas, pudo distinguir al Enano que lo había llevado hasta Equinoccio. Un rato después, el chico levantó su mirada y se dirigió con decisión hacia Tomás, como si hubiese sabido siempre que él estaba observándolo:

—¡Hola! —saludó Lyam a Tomás con una cálida sonrisa.

—¡Hola! —le respondió de igual forma—. Obviamente sabías todo el tiempo que te estaba siguiendo, ¿no?

Lyam le respondió afirmativamente con su cabeza y le preguntó con serenidad:

—¿Para qué me buscabas?

—La verdad es que no lo tengo del todo claro; siento que te conozco de algún lado, pero no recuerdo de dónde. ¿Nos conocemos?

El chico lo observó en silencio sin responderle.

—Vos sí sabés quién soy, ¿no? —preguntó Tomás.

—Sí, claro, sos Yaem.

—¿Por qué todos acá me llaman así? ¿Mi nombre es Tomás!

—Sí, también Tomás, lo sé...

—¿Entonces?

—Tu alma se llama “Yaem”. —Tomás quedó helado con la sorprendente respuesta.

—Entonces... ¿estoy muerto? —Lyam le respondió con otro silencio—. ¿Acaso no merezco al menos saber eso?

—Supongo que no es cuestión de merecer o no...

—¿Qué es todo este lugar al que llaman “Equinoccio”?

—Caminemos por la plaza, que está hermoso el día —sugirió el niño.

—Siempre está hermoso para caminar; el clima es siempre perfecto por acá.

—No te creas, no todos gozan de buen tiempo.

—Sí, ya lo sé, en este lugar, no todos ven y viven lo mismo, ¿no?

—Algo así.

—¿Qué hacés vos en Equinoccio? —preguntó Tomás.

—Para decirlo en términos que vos conozcas, digamos que soy como una especie de mezcla de Bibliotecario con Analista de Sistemas.

—¿A tu edad?

Otra vez recibió como respuesta el silencio.

—¿Por qué hay momentos en que no me respondés y te quedás mirándome sonriente?

—Por diferentes motivos. A veces es porque simplemente no sé las respuestas; otras, porque no puedo decírtelas o porque no las entenderías por más que me esfuerzase en explicártelas.

—¡No me subestimes, por favor!

—Creeme, Yaem, no lo hago.

—Bueno, intentá entonces. Necesito respuestas, me estoy volviendo loco...

—No te cuestiones tanto las cosas, tenés que tomar todo con más naturalidad y...

—¡Ya sé!, ¡ya sé! Ahora me vas a decir que antes no me cuestionaba por qué el sol salía todos los días, ¿no? —interrumpió Tomás. El chico reaccionó con una tenue carcajada y le dijo:

—Es que es la única forma. Yo tampoco entiendo muchísimas cosas.

—Pero me vas a decir que no podés contarme ni siquiera tu edad, porque no te creo. Además, es muy raro que un chico de seis o siete años sea Analista de Sistemas, ¿no te parece?

—Eso es porque vos te dejás llevar mucho por las imágenes. Acá la edad o, mejor dicho, la madurez o evolución se miden por otras variables, no por la imagen.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Por la cantidad de veces que un alma reencarnó o, más que eso, por la capacidad que tenga esa alma de absorber enseñanzas, lo cual mide su nivel evolutivo. —Tomás quedó absorto—. Te dije, Yaem, las respuestas acá no son fáciles de asimilar.

—Pero... entonces, ¿estoy muerto?

—Es que no puedo responderte en términos terrenales; las muertes son como puertas, no son el final... ¿Tomamos algo en el bar? Yo también tengo algunas preguntas que hacerte.

—¡Sí, claro! —respondió intrigado y mirando su reloj.

Se sentaron a la misma mesa que Tomás solía frecuentar y pidieron unos licuados de frutas.

—Noto que todavía usás reloj —dijo Lyam.

—Sí, es la costumbre, ya sé que no tiene mucho sentido usarlo acá.

—¿Quién te dijo que no tiene sentido? Es el reloj que te regaló tu papá, ¿no?

—Sí, pero... ¿cómo diablos lo sabés?

—Por favor, no nombres al Diablo acá... Digamos que sé muchas cosas de vos.

—¿Pero cómo? —Lyam respondió con otro silencio—. Creo que también miro cada tanto el reloj, para acordarme de mi viejo. Lo extraño mucho y es una forma de mantenerlo presente. ¿Acaso no hay tiempo en Equinoccio?

—Claro que hay, pero digamos que transcurre un poco diferente a lo que estás acostumbrado.

—¡Por supuesto! Allá todo es más claro y exacto; todas las horas tienen sesenta minutos y los minutos nunca pasan de los sesenta segundos —le respondió en forma irónica.

—¡No te creas! Es más parecido de lo que te imaginás. Te voy a poner un ejemplo futbolero, ya que sé que te gusta mucho ese deporte. Imaginate que estás presenciando un partido decisivo de tu equipo y faltan solo dos minutos para que termine. En un escenario, tu equipo pierde uno a cero y está quedando eliminado de un importante campeonato; en el otro, gana uno a cero y es casi campeón. ¿Estás seguro de que esos dos minutos restantes duran lo mismo para vos en un escenario que en el otro?

—¡Sin dudas que no! En el primero, el tiempo vuela; en el otro, es casi eterno...

—Sin embargo, en ambos casos duran *exactos* ciento veinte segundos. Bueno, acá pasa algo parecido —dijo con contundencia Lyam mientras la moza se acercaba con sus deliciosos licuados.

—¡La comida es toda increíble acá! —afirmó Tomás entusiasmo— ¿Solés venir seguido vos también?

—No, nunca vengo, no está muy bien visto...

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso tiene mala fama este lugar?

—No es por el lugar; es que no es de “Evolucionados” comer, dormir y todo ese tipo de necesidades que evidencian cierta inmadurez.

—¡Pero es un verdadero placer, no saben de lo que se están perdiendo! ¿No se alimentan acaso las almas evolucionadas?

—¡Sí! Pero de otras formas que no comprenderías...

—¿Y tampoco tienen... sexo? ¡Perdón! ¡Perdón!—. Tomás se arrepintió de la pregunta, ya que le chocó la idea de preguntarle semejante cosa a un niño.

—¿Por qué me pedís perdón?

—Es que todavía te veo como un niño...

—Ya te expliqué que no te dejes llevar mucho por la imagen; de hecho, mi alma es mucho más vieja que la tuya...

—¿En serio? ¿Y por qué te veo como un chico?

Tomás recibió otro silencio por respuesta y, para salir del momento incómodo, le dijo a Lyam:

—Me encanta esta plaza, es tan misteriosa. Ya empecé a entender cómo funciona, es como si fuera redonda, vas para un lado y volvés al mismo lugar sin darte cuenta.

—Sí. A mí también me gusta mucho. Es infinitamente redonda, es como el universo, sus circuitos son redondos e infinitos. Giuprets ya lo había recordado en una de sus vidas, y ¡encima! lo hizo público.

—¿Quién es Giuprets?

—¡Ah!, claro, perdón, seguramente lo conocés como “Einstein”.

—¿Cómo que lo recordó?

—Sí, recordó eso y otras cosas, que no debería haber recordado...

—Infinito, puede ser, pero la verdad es que yo veo que acá es casi todo...

—Que no lo notes no quiere decir que no lo sea. Durante siglos la humanidad creyó que la Tierra era plana. Ahora todo el mundo sabe que si una persona pudiera caminar indefinidamente en línea recta para el oeste, arribaría al mismo lugar del que partió, pero desde el este. Sin embargo, este incansable viajero no notaría la curvatura terrestre. Lo mismo pasa con el Universo y con Equinoccio.

—En fin, voy a hacerte caso y me lo voy a tomar con calma —le respondió resignado, como si comenzara a asumir sus límites de entendimiento—. ¿Qué me querías preguntar?

—Tengo dos preguntas, Tomás. Una: ¿Por qué te separaste de Josefina? ¿La amabas? La otra: ¿Cómo llegaste hasta acá? Hay cosas que no figuran en tu legajo y eso es algo extraño...

—Mucha evolución, mucha evolución, pero son tres preguntas, no dos como prometiste; además, soy Yaem, no Tomás —bromeó—. La primera es más difícil que la tercera. Por momentos sentí que la amaba y ¡mucho! En otros, que nuestra unión no había sido una libre elección mía, sino una consecuencia lógica determinada por mi entorno. Creo que nos terminamos separando porque los años desgastaron demasiado la relación; yo necesitaba vivir mi propia vida y eso incluía una libertad que, hasta ese entonces, no había vivido nunca.

—El tema de no poder tener hijos fue determinante, ¿no?

—¡Ey! ¿Cómo sabés tanto de mi vida, nenito?

—Sé prácticamente todo de vos. Gran parte de mis ocupaciones se relacionan con el Reflexionario, así que pude repasar tu vida bastante bien. Además, noté cómo, la otra vez, el Sistema te llevaba constantemente a este tema, así que deduje que debía ser importante para vos.

—¡Uy, qué miedo! ¿Con todos te tomás semejante trabajo?

Lyam hizo otra vez silencio y le exigió:

—¡Contestame, por favor!

—Digamos que sumó; pero lo más determinante fue el desgaste, creo... ¿Por qué es tan importante esto?

—Yo no dije que lo fuera, es simplemente curiosidad mía. Y con respecto a cómo llegaste hasta Equinoccio, ¿qué me podés decir?

Tomás le contó, con detenimiento, las peripecias de su extraño viaje. Lyam lo escuchaba atentamente y repreguntaba con mucho interés todos los detalles. Finalmente le dijo:

—¿Ya te hicieron la entrevista con la Gran Maestra?

—No, ni señales de vida de esa Gran Señora.

—¡Qué extraño! Hay algunas cosas que no me cierran de tu caso, voy a tratar de averiguar un poco.

—¡No te estoy mintiendo!

—¡Ya lo sé! Te creo absolutamente todo. De todas formas, hay algunas cosas a las que no les encuentro mucha lógica.

—¿Por ejemplo?

—¡Nada, nada! ¡Está todo bien! Quedate tranquilo. Muchas gracias por la charla. Fue un verdadero placer haber compartido este momento con vos, espero se repita. Ahora, si me disculpás, debo irme. Tengo que solucionar algunas cosas en el Reflexionario.

—Sí, por supuesto. Para mí también fue un placer inmenso compartir con vos este momento. Debo confesar que ahora tengo más dudas que antes; pero, bueno, igualmente lo disfruté de verdad. Me encantaría compartir más tiempo con vos cuando puedas. ¿Dónde puedo ubicarte? Hay algunas puertas a las cuales yo no puedo acceder, así que se me va a hacer un poco difícil encontrarte.

—Eso es consecuencia de los puntos que te da el Reflexionario. Cuantos más tengas, más puertas vas a poder abrir. Respecto de encontrarnos, no te hagas problemas: cuando tenga que suceder, va a suceder. ¡Hasta luego!

—¡Ok! ¡Nos vemos entonces! —le respondió Tomás, mientras Lyam se alejaba con sus cortos y rápidos pasos.

Tomás quedó aturdido con tanta información hilarante: reencarnaciones, mundos infinitos y redondos, almas con nombres que no comían ni dormían, y aquel chico intrigante que hablaba como sabio... Permaneció reflexionando y atando cabos, a pesar de que su mente le recordaba, a cada momento, sus límites. Le hubiese gustado hacerle muchas otras preguntas a Lyam aunque, seguramente,

hubiese recibido respuestas incomprensibles o silencios interminables. La relación con el chico era un tema aparte; sentía una fuerte conexión con él que no podía explicar...

El constante trajín con sus límites de comprensión lo había dejado exhausto. Caminó cabizbajo y meditabundo por la plaza, mientras ya comenzaba a oscurecer. *Será de involucionado, pero yo necesito dormir con urgencia...*, pensó risueño. A su lado, había un hotel esperándolo. *¡Por supuesto!*

CAPÍTULO 8

JASÓN Y SUS CULPAS

JOSEFINA LLORABA EN el baño desconsoladamente. Su mano sostenía una vez más una prueba fallida de embarazo. Un par de días de atraso la habían hecho ilusionar más de lo que ella misma se imaginaba. Tomás tocó la puerta y le preguntó:

—¿Estás bien? Abrí, por favor, mi amor.

—¡Estoy bien! Ahora salgo.

Josefina se enjuagó la cara con agua, se puso en condiciones presentables y abrió la puerta con una amplia sonrisa.

—Me pareció escuchar que estabas llorando, ¿estás bien?

—¡Sí, perfectamente! ¡Te pareció mal! Solo estaba cantando.

—¿Segura?

—Sí, segura. ¡Estoy muy bien! —le respondió mientras se alejaba.

En ese preciso momento, sonó el teléfono. Era la madre de Josefina.

—¡Hola, mami!

—¿Y? ¿Y? ¡Decime!

—¿De qué me hablás, mamá?

—¡Ay, Jose! ¡Decime de una vez por todas cómo te dio el test! —le ordenó con extremada ansiedad la madre.

—Nada, mami..., negativo, como siempre —le respondió haciendo mucho esfuerzo por no descontrolarse, ya que tenía a Tomás a unos pocos metros.

—¡Yo sabía! ¡Yo sabía! Te dije que ese médico se está equivocando feo. ¡Tenés que ir al que me recomendó mi amiga Teresita!

—reprochó con vehemencia.

—Mamá, no estoy para reproches, chau, hablamos después —dijo Josefina abatida y harta de tanta presión.

—Pero yo te dije que...

—Chau, mamá, hablamos después. Te quiero —interrumpió Josefina mientras le cortaba la comunicación.

—¿Qué le pasaba a tu madre esta vez? —le preguntó Tomás con cara de fastidio.

—Nada importante, querido, problemas con mi hermana, como siempre...

Tomás retrocedió en el tiempo hasta las primeras épocas de su extenso noviazgo con Josefina, ya que presentía que había algo más atrás de ese tema. Atando cabos sueltos, llegó a 1994, año en el que estuvieron distanciados por más de siete meses, como consecuencia de un inesperado pedido de ella: “Necesito estar un tiempo sola; tengo que arreglar algunas cosas de mi vida. Por favor, te lo suplico, no me pidas más explicaciones, ya que no las tengo...” En ese momento, ella tenía 19 años; él, 24, y hacía dos años del inicio formal de su relación sentimental.

A Tomás nunca le habían quedado en claro los motivos reales de esa crisis, aunque siempre la relacionó con la inmadurez de ella. Un día de tantos, se encontraron a pedido de Josefina y retomaron la relación como si nada hubiera pasado.

Tremenda sorpresa se llevó Tomás al descubrir las insospechadas razones del extraño distanciamiento: Josefina había quedado embarazada de él y estaba aterrada de que se enterase su madre. Su familia era extremadamente religiosa, de las que buscan cuidar, a toda costa, las apariencias. Sin duda que una noticia de estas características iba a provocar un escándalo mayúsculo. En esos días se cruzó, por casualidad en la calle, con un médico amigo de la familia llamado Jairo Petersen. El joven, al notarla tan alterada, insistió mucho para que le confiara los reales motivos de su estado. Ella, al principio, intentó no hacerlo; sin embargo, un rato después, y, con un café de por medio, decidió descargarse con él.

Al otro día, siguiendo la sugerencia del Dr. Petersen, Josefina decidió ocultarles a todos su embarazo, incluyendo a Tomás, y hacerse un aborto en una clínica en donde el médico se iba a ocupar de todos los “detalles”. Desde ese entonces, Josefina cargó con el peso de la culpa de ese doloroso hecho furtivo, lo cual se agravó notoriamente cuando comenzó a no poder quedar embarazada.

Tomás subió su mano derecha hacia la cúpula y apagó con fastidio la imagen. Poder observar la trastienda de su vida era algo desconcertante. Las cosas no lucían del todo como las recordaba. Generalmente Josefina se mostraba altanera y superada y, verla ahora tan frágil y desbordada, lo descolocaba y le hacía sentir que no conocía del todo a su exesposa. *¿Cómo no me lo contó? ¡Estoy indignado! ¡Yo también tenía derecho a decidir! ¡No puedo creer que haya acudido a ese idiota y no a mí! Ahora entiendo muchísimas cosas... Pobrecita también, ¡cómo sufrió...!*

Tenía sentimientos contrapuestos hacia esta “nueva Josefina”. Por un lado, se sintió traicionado por los imperdonables ocultamientos; por el otro, se juzgó culpable por no conocer más profundamente a la mujer con la cual había compartido toda su vida.

Me angustia reconocerlo, pero me gusta mucho este lado imperfecto, inseguro y humano de Jose... Con sorpresa advirtió que ese pensamiento le había significado 100.000 puntos más en su puntaje acumulado. Ya comenzaba a familiarizarse con los controles de la cúpula.

Cuando quería cambiar de año, se abría una línea vertical con los números, que podía hacer girar con sus dedos hasta el momento deseado. Empezó a ir para atrás y para adelante, jugando. En un momento, le dio con fuerza, como si fuera una ruleta de casino, y la rueda empezó a girar locamente. Cuando paró, pudo observar unas imágenes muy extrañas: cientos de personas envueltos en una sangrienta batalla a espada. Sin dudas correspondían a una época lejana. Algunos estaban a caballo; otros, a pie. La virulencia era brutal y la sangre se desparramaba con dolorosa abundancia. Un manto

de lúgubres cuerpos sin vida cubría gran parte del suelo mortuario. Los gritos desaforados de la batalla retumbaban con dolor en la mente de Tomás, que observaba absorto. La imagen siempre se centraba en un hombre morocho, alto, de piel trigueña, montado en un impetuoso caballo alazán. Con su espada y escudo ovoide luchaba con valentía y poderoso vigor. Estaba vestido con una túnica corta y una malla metálica sobre su pecho; en su cabeza llevaba un casco metálico, con una cresta roja al estilo romano. En su antebrazo derecho tenía un corte sangrante muy profundo.

De repente, se produjo un silencio estremecedor, los hombres dejaron de pelear y se miraron unos a otros. Un único grito salvaje de éxito surgió entonces de las entrañas de los sobrevivientes. Era evidente que uno de los bandos había aniquilado al otro y festejaba exultante el triunfo. El hombre se bajó del caballo en silencio y limpió su espada sangrienta en el poco césped que quedaba.

Tomás podía sentir en carne propia las sensaciones de “ese extraño”. El exhausto luchador respiró profundo y contempló con cierta resignación la algarabía que reinaba a su alrededor. A su derecha, a unos metros de él, un hombre mayor de barba blanca, vestido con una túnica de color claro, miraba estupefacto la escena debajo de un árbol. Del otro lado, uno de los pocos adversarios sobrevivientes se arrodilló y le imploró misericordia. El guerrero dudó. Finalmente, decidió no matarlo. Se escuchó un grito estremecedor: el anciano de túnica había tomado una espada curva y se había degollado. En ese preciso momento, otro de los combatientes apuñaló sin piedad por la espalda al hombre arrodillado. El personaje principal de esta historia se molestó con su compañero, observó al anciano en el piso, con su cabeza cortada derramando borbotones de sangre, se subió a su caballo y se marchó solo. Cabalgó durante varios días y noches sin parar. Tomás no podía encontrar pistas en las imágenes que le revelaran el lugar y tiempo en que ocurría esta trágica historia. Finalmente, el hombre divisó a lo lejos una casa; era su ansiado destino. Frenó su agotado y fiel caballo y empezó a ir a paso lento. A unos cien metros, un humo negro que surgía de la casa lo aterrorizó y lo hizo galopar frenéticamente. Al llegar, el horror

invadió sus pupilas cansadas: su hogar estaba totalmente destruido. Invadido en llanto y dolor, de un salto desmontó del caballo y se dirigió desesperado hacia las ruinas. Adentro, la imagen confirmó su peor pesadilla: su mujer y su pequeño hijo, a quien nunca había conocido, habían sido brutalmente decapitados.

Tomás comenzó a llorar desconsolado; una angustia inmensa lo invadió por completo. *¡Pobre hombre! Bueno, ¡basta, Tomás! Bastante ya tengo con mi historia como para andar atormentándome con tragedias ajenas*, pensó mientras apagaba la cúpula.

Cuando salía del Reflexionario, vio a Francisco en una de las butacas en un estado de deplorable desolación. Se le acercó y le dijo:

—¿Qué te pasa, amigo?

—¡Es que no aguanto más! ¡No aguanto más!

—Vení, salgamos de acá y hablemos afuera.

Tomás llevó a Francisco a la plaza. El muchacho continuaba desbordado.

—Caminemos y hablemos. ¡Mirá qué lindo día hace hoy! —le dijo Tomás tratando de consolarlo.

—¿Lindo? ¿Acaso estás loco? No ves que está horrible, hace un frío espantoso y lo peor es que no hay nada que indique que este tiempo de mierda vaya a mejorar un poco —gritó descontrolado Francisco, desconcertando a Tomás.

—Sí, tenés razón, caminemos por la galería entonces —le respondió, dándole la razón como a los locos—. ¿Por qué estás así? Contame...

—¡Es que no doy más, Yaem! Repaso mi vida una y otra vez y no entiendo qué tengo que hacer. Cada vez que me encuentro con esa mujer, me sigue diciendo lo mismo: “Jasón, no avanzaste nada, a este paso vas a seguir eternamente acá; tenés que calmarte para lograr asimilar tus tremendas *culpas* o no vas a poder tener otra oportunidad...”. De verdad no entiendo a qué culpas se refiere; no creo haber sido un santo en mi vida, pero tampoco fui Satanás como para que diga algo así.

—¡Shhh! No lo nombres a ese acá... ¿Estás seguro de que no hay nada que se te esté pasando?

—Encontré algunas cositas, pero no creo que sean tan graves. Algunas infidelidades, alguna que otra maldad, también sentí envidia varias veces... Pero la verdad, mi vida fue muy chata, gris. Es como si siempre hubiese estado adormecido, como frenándome todo el tiempo... ¿Te parecen culpas tan graves como para que me diga algo semejante?

—No digo que esté bien pero, por lo que decís, creo que son vivencias que abundan en el mundo. Me parece que tenés que calmarte y perseverar, ya van a aparecer solas las respuestas.

—¡Mira quién lo dice! El ansioso más grande que conocí en mi vida. Gracias, amigo, por tu sabio consejo.

—De nada, Jasón, me alegro mucho de que te haya servido; ya se te ve un poco mejor.

—¡No me llames así! ¡Odio ese nombre! ¡Es espantoso! —bromeó.

—¡Ok, Panchito! ¡Cuidate!

Cuando Tomás se alejaba de Francisco, vio a Lyam en la plaza y lo llamó:

—¡Qué bueno verte!

—Lo mismo digo —le respondió afectuosamente.

—¿Estás ocupado?

—Para nada, ¿en qué andás?

—Tratando de ayudar a un amigo, pero no sé cómo.

—Contame.

—Se trata de un amigo que encontré acá, Jasón, y el problema es con tu *bendita* cúpula mágica.

—¡Ah, Jasón! Sí, sé quién es. Un caso muy particular, sin dudas.

—¿Particular? ¿Por qué? Si tuvo una de las vidas más comunes y ordinarias que conozco. Además, creo que es una buena persona.

—En su última vida, sí, pero en las anteriores... —Tomás quedó perplejo con la inesperada respuesta.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso se lo está evaluando por sus otras vidas? ¡Qué injusto!

—No tiene nada de injusto. Todas las vidas conforman la esencia completa del alma, se van acumulando y eso determina su evolución o no.

—Pero si no recordamos nada de nuestras vidas pasadas... ¡Insisto! ¡No es justo!

—No las recordamos conscientemente, pero claro que influyen y mucho en lo que somos. Funciona parecido a como cuando los psicólogos explican el comportamiento actual de una persona, con situaciones, entornos e influencias de su infancia, que en la mayoría de las veces, no son para nada obvias.

—¿Quieres decir que si fui un desgraciado en otras vidas, no importa lo que haga en esta, porque ya está determinado por mi terrible pasado?

—¡Todo lo contrario! Las cosas se pueden revertir, para bien o para mal. Nada está determinado. Conozco casos sorprendentes. Siempre influyen los antecedentes pero, incluso, a veces hasta lo hacen en forma opuesta. Te pongo un ejemplo terrenal: un hijo de un padre golpeador creció odiándolo, jurando que él no iba a repetir semejante historia con sus propios hijos; sin embargo, se sabe que la mayoría de los golpeadores surge de familias de padres golpeadores. Puede sonar extraño, pero es así. De todos modos, en algunos casos, estos chicos se convierten en padres ejemplares, que cuidan y sobreprotegen más de la cuenta a sus hijos, por temor a que puedan revivir el infierno que les tocó a ellos. Uno puede revertir su involución, sin duda, aunque a veces, lamentablemente, con una vida no basta, tiene que haber una continuidad de esa evolución...

Tomás lo escuchaba atentamente, mientras ataba cabos. Finalmente le preguntó:

—¿Y qué tiene que hacer Jasón para redimirse?

—Por lo pronto, repasar las atrocidades que hizo en otras vidas; no le alcanza con haber tenido una subsistencia gris en la última para redimirse...

—¿Pero cómo? ¿Tan espantoso fue su pasado?

—Sí, es aberrante... En el Reflexionario, ahí, lo tiene que comenzar a hacer.

—Pero si cuando uno llega hasta el nacimiento, el Sistema te bloquea...

—No es así, ¿acaso no reviviste recién parte de una de tus vidas pasadas?

—¿Yo? —preguntó desorientado Tomás e hizo un extenso silencio—. ¿No me vas a decir que ese guerrero era yo? —dijo incrédulo, mientras Lyam le contestaba afirmativamente con su cabeza.

—¡Pero basta por hoy! —exclamó el niño, creyendo que ya era demasiado por el momento.

—¡Sí! ¡Basta! ¿Dónde te hiciste esa marca? —le preguntó mientras le señalaba una delgada línea ubicada en el costado derecho de su cuello.

—No lo sé, la tuve siempre, creo... Necesito que me hagas un favor muy especial. ¿Puede ser?

—¡Por supuesto! ¡Lo que quieras!

—Pero no te rías... A vos te gusta mucho el fútbol, ¿no?

—Sí, muchísimo, ¿por?

—Me encantaría que me enseñes a jugarlo, ¿puede ser?

Tomás sonrió sorprendido. Era lo último que esperaba escuchar.

—¡Por supuesto! Va a ser un verdadero placer, pero... ¿dónde?

—¡Acá mismo! —indicó señalando una pelota que había en el piso.

¿Y esta pelota de dónde carajo salió?, pensó sonriente. La tomó con ambas manos, lo miró y exclamó con entusiasmo:

—¡Empecemos ya, entonces! ¡Con esto basta y sobra! Usemos esa arcada como arco —dijo señalando uno de los viejos edificios.

La imagen lucía bizarra para ese extraño lugar: toda la solemnidad de la majestuosa plaza con sus eternos edificios, como marco de un familiar *picadito* de fútbol.

CAPÍTULO 9

PAGANDO CULPAS

DESPUÉS DE JUGAR a la pelota, Tomás buscó por todo Equinoccio a Francisco, ya que entendía que tenía una información crucial que él podía aprovechar. Recorrió la plaza, los restaurantes, los hoteles, mas no lo pudo encontrar. Finalmente se dirigió al Reflexionario. Revisó butaca por butaca, ¡pero nada! A unos metros de donde estaba, pasó caminando Lyam, que se dirigía a una pequeña y misteriosa puerta ubicada en el extremo más alejado y oscuro. A Tomás siempre le había llamado mucho la atención esa puerta ya que, permanentemente, había dos personas custodiándola. Se aproximó con lentitud e intentó entrar; sin embargo no lo logró. Una luz roja le indicaba que no se encontraba habilitado. *Necesitaré más puntos para entrar*, dedujo. Se quedó pensando, intrigado, hasta que uno de los custodios, con cara de pocos amigos, le dijo:

—¡Por favor, se puede retirar! Usted no se encuentra habilitado para entrar a este sector.

—Estaba buscando a mi amigo Lyam y, justo, vi que entró, ¿puedo hacerlo para hablar con él, por favor?

—Le dije que usted no está autorizado, ¡retírese, por favor!

—Mire, en estos momentos, estoy parado dentro del Reflexionario y, por lo que sé, estoy autorizado para estar acá, así que tenga a bien hacer silencio y guardarse su hostilidad —le respondió ofuscado. Le habían dicho la palabra mágica “NO”, y eso implicaba, de por sí, un nuevo y apasionante desafío por delante.

Salió del edificio del Reflexionario y se dirigió al que se encontraba contiguo, al cual nunca había podido entrar. Se acercó a la

puerta y, para su sorpresa, se validó su puntaje y pudo ingresar. Adentro, el edificio estaba repleto de escritorios antiguos, como si fuera una gran oficina pública. Ubicadas allí había personas esperando. De repente, una cara conocida se le aproximó.

—¿Puedo ayudarte en algo, Yaem? —le dijo el Enano con tono servicial.

¡Era hora de que advirtieras que existo!

—Emmm, ando buscando a Jasón, ¿lo ha visto?

—No, pero, igualmente, no creo que Jasón esté habilitado para estar acá.

—¡Ah, claro! ¡Es verdad! No me di cuenta —respondió Tomás haciéndose el entendido.

—¿A quién deseás visitar en la Tierra, cuándo y por qué motivos? —le preguntó imprevisamente el Enano.

—¿Qué?!

El Enano lo observó en silencio y, con cara dubitativa, se rascó el mentón e insistió:

—Si no estás acá para arreglar una visita temporaria a la Tierra, ¿para qué viniste?

—Ando buscando a Jasón y me pareció ver que había entrado acá. Perdón por mi ignorancia, pero, ¿puedo volver a la Tierra cuando quiera?

El Enano lo semblanteó por unos segundos, como si hubiera algo que no le cerrara del todo; finalmente le respondió:

—Cuando quieras, no. Tenés que realizar tu petición fundada y se analizará como corresponde.

—¿En qué casos puedo hacerlo?

—Más que nada para visitar a alguien especial, en algún evento concreto, como un cumpleaños, casamiento o algo por el estilo. Por ejemplo, a aquel hombre que está allá, se le recibe su hijo y quiere estar presente en ese acontecimiento.

—¿Y el hijo puede verlo?

El Enano ya estaba molesto por tantas preguntas.

—¡Obviamente que no!

—¡Claro! ¡Por supuesto! Bueno, sigo buscando a Jasón. ¡Que le vaya bien, señor...!

—Leno, mi nombre es Leno. Hasta luego.

Tomás se retiró del edificio a paso veloz.

Equinoccio era una verdadera caja de Pandora. Desde la muerte de su querido abuelo, Tomás sostenía que él era su Ángel de la Guarda y que siempre lo protegería. En las reuniones familiares, prendía una vela ya que sentía que él estaba ahí presente, junto a ellos. *Al fin y al cabo, no estaba tan loco. Seguramente, el Abu habrá estado más de una vez de esta forma con nosotros*, pensó con nostalgia.

Cuando caminaba por la plaza, ya casi resignado por no poder encontrar a Jasón, lo vio corriendo despavorido. Lo alcanzó, lo frenó y le dijo:

—Amigo, amigo, tengo información importante para darte.

—¡Dejame en paz! ¡Necesito estar solo!

—Pero es con respecto al Reflexionario, ¡ya sé qué tenés que hacer!

—¡Te digo que me dejes en paz! —le gritó agresivamente.

—Pero tengo información importante, tenés que ver tus vidas pa...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ese no soy yo! —lo interrumpió con ferocidad y salió corriendo.

Tomás quedó desconcertado y apenado. Nunca lo había visto tan descontrolado. Decidió tomarse una pausa y calmarse, así que se dirigió a su restaurante preferido.

—Señorita, señorita —le dijo a una de las mozas levantando su mano. Cuando esta se dirigía hacia su mesa, se detuvo porque alguien la había llamado. A los pocos segundos, apareció en su lugar Rocío.

—¡Hola! ¿Cómo estás, desaparecida? —saludó con efusividad Tomás.

—Bien, ¿y usted? —le respondió secamente, como si fuera casi un desconocido.

—Rocío, ¡soy yo! ¿Acaso no me reconocés? —preguntó desorientado.

—Sí, Yaem, pero no puedo hablar acá, nos están controlando —dijo en voz baja—. ¿Qué te vas a servir hoy?

—¿Quién nos vigila y por qué?

—¿En qué fecha tuviste el accidente que te trajo a Equinoccio?
—le preguntó sorprendiéndolo.

—Creo que era un 23 de septiembre, ¿por?

—¿Y a qué hora?

—¿Cómo a qué hora? ¿Qué son todas estas preguntas tan extrañas?

—Por favor, decime. ¿A qué hora tuviste el accidente?

—Ni idea, creo que alrededor de las seis de la mañana.

—¡Gracias! ¿Qué vas a comer? Hay una langosta al ajillo increíble.

—¿Me vas a hacer todas estas raras preguntas y no me vas a decir por qué?

—Acá no puedo, ya te dije, nos están vigilando. Hay algo en tu historia que parecería estar mal.

—¿Mal? —Rocío no le respondió y lo observó en silencio—. ¿Entonces a dónde nos vemos para hablar? —insistió.

En ese preciso momento, la gente empezó a concentrarse bulliciosamente en la plaza, junto a una de las arcadas, llamando la atención de todos. Tomás se paró para observar mejor y, al darse vuelta, Rocío ya no estaba. Se aproximó al tumulto para poder enterarse de lo que estaba aconteciendo. No era algo normal ver gente haciendo alboroto en Equinoccio. Lo que fuere, sin dudas, era muy grave. Caminó como pudo entre las personas, acercándose al misterio. Entre la gente, Tomás pudo distinguir una cara conocida. Era el hombre que lo había seguido entre las sombras y que lo estaba observando fijamente. Intentó arrimarse a él, pero la multitud lo empujó para el otro lado. Al darse vuelta, encontró la peor tragedia imaginable: Jasón se había ahorcado con una soga, que estaba atada a una de las añosas arcadas. Su cuerpo oscilaba como un péndulo y su rostro reflejaba el terror más escalofriante.

Corrió hacia él y trató de bajarlo con desesperación, pero lo apartaron y alejaron del lugar. Tomás estaba desconsolado; sentía una culpa inmensa y una pesada impotencia. La sola idea de que sus palabras hubieran contribuido a este espantoso desenlace lo atormentaba. Buscó a Lyam, mas no lo encontró. *Qué bien me hubiesen venido las palabras de este chico ahora, es tan sabio y entrañable.*

Empezó a oscurecer y entró al hotel. Necesitaba un respiro urgente.

Durante la noche tuvo pesadillas relacionadas con Jasón. La imagen del cuerpo ahorcado y oscilando se repetía una y otra vez, Tomás que intentaba bajarlo, aunque no tenía fuerzas, y Jasón que, moribundo, le suplicaba ayuda. En otro de sus sueños, sí lograba salvarlo. Jasón le agradecía con afecto la ayuda y, de repente, su amigable rostro trasmataba en otro repleto de ira, sus ojos se llenaban de odio rojo y, con un implacable cuchillo, comenzaba a apuñalarlo sin piedad. Se despertó transpirando gotas heladas de sudor culposo. *Calma, Yaem, calma, vos no tuviste la culpa, no podés hacerte cargo de su pesada historia*, se consoló a sí mismo, sin percatarse de que, por primera vez, se había llamado Yaem...

Cuando logró dormirse nuevamente, volvió a soñar. Esta vez el turno le tocó a Rocío. Ella corría por la montaña y él no podía alcanzarla. Cuando lo lograba, ella siempre se esfumaba. En uno de estos intentos, logró atraparla, la besó con pasión e hicieron el amor desenfadadamente. El sueño continuaba en la cama del hotel. Sus cuerpos frenéticos se entrelazaban sobre las sábanas mientras gemían de placer terrenal. Al final, la pasión dio lugar a una forzada ternura y a una inexplicable sensación de estar donde no se debería estar.

Abrió sus ojos, angustiado y aún cansado. Definitivamente no había pasado una buena noche. Escuchó ruidos en el baño y se sobresaltó: no estaba solo en el cuarto.

—¿Quién está ahí? —preguntó asustado y con voz firme.

—¡No te asustes! ¡Soy yo! —respondió Rocío envuelta en una toalla.

CAPÍTULO 10

LA PUERTA

ROCÍO SE LE ACERCÓ y le dio con mucha dulzura un beso en la boca; Tomás le respondió de igual forma.

—¿Lo tuyo siempre es el misterio? Aparecés así de la nada, en mi habitación, ¡encima casi desnuda! —dijo Tomás mirándola con picardía.

—¿Misterio? ¡Para nada! ¡Qué lindo que es darse una buena ducha! ¡Es algo muy reconfortante! Hacía mucho que no revivía esta sensación tan agradable, es como sentir que el agua limpia todo y una sale renovada; debería hacerlo más seguido, por más que digan que es *involucionado*.

—¿Me vas a decir que acá no se bañan? ¡Qué asco!

—¿Asco? La mugre del alma es lo que es difícil de lavar acá...

—Aclárame algo, por favor, nosotros... ¿lo hicimos?

—¿Hicimos qué? Me tengo que ir, no es seguro que estemos juntos —respondió Rocío mientras comenzaba a vestirse apresurada.

—¡No te hagas la evolucionada conmigo! Yo soñé que tuve sexo del mejor con vos, me despierto y aparecés desnuda en mi cuarto...

—Habrás sido un sueño entonces...

—¿En serio?

Rocío lo miró con dulzura, hizo un simpático gesto con la comisura y le dijo:

—Todo lo que pasa acá es tan parecido a un sueño... ¡Me tengo que ir, Yaem!

Ahora me llama Yaem, pensó Tomás y luego le dijo:

—¡Esperá! ¿Por qué es peligroso? ¿Quién nos está vigilando?

—¿A vos nunca se te acercaron Orientadores en Equinoccio?

—¿Orientadores?

—¡Ah! Veo que ni sabés quiénes son... Me tengo que ir. Ya te dije, no es bueno que me vean con vos. Me encantás, pero, lamentablemente, ¡esto no es posible!

—¡No seas así! ¿Tan mal estuve?

Rocío le respondió con una sonrisa y sacudió su cabeza de lado a lado, como diciendo: “¡No cambiás más!”

—Hay algo que no anda bien en tu legajo. Hay cosas que no cierran y están inquietos averiguando.

—¿Quiénes?

—Las almas superiores... ¡ahora sí me voy!

Rocío lo acarició, lo miró con ternura y le dio un largo beso que sonó a despedida.

Se quedó un largo tiempo en el hotel pensando. Tomó lápiz y papel y comenzó a escribir ideas sueltas sobre Equinoccio y todo lo que le estaba pasando. Finalmente, hizo un bosquejo del intrincado lugar, ubicando la Gran Plaza, las galerías, el Reflexionario, el río, los puentes, los bares y restaurantes, la aduana (así llamó al edificio en donde encontró al Enano) y la “puerta misteriosa”. Mientras dibujaba y anotaba, pensaba: *Necesito descubrir qué misterios se esconden detrás de esa puerta. Tengo que obtener más información para poder armar un buen plan que me permita entrar. A lo mejor, si sumo muchos puntos en el Reflexionario, logro calificar. El problema es que, todavía, no sé darme cuenta bien de qué es lo que más puntaje da. ¡Ya mismo empiezo a investigar!*

Se dirigió al Reflexionario y se sentó cerca de la puerta que tanto lo intrigaba. Como siempre, estaban los dos “patovicas” custodiándola. De tanto en tanto, se aproximaba algún individuo que saludaba a los custodios y una luz verde validaba su ingreso. Tomás advirtió entonces que Lyam se había dirigido hacia la puerta y salía a su encuentro.

—¡Qué bueno que te veo! ¡Necesito hablar con vos! —dijo Tomás en voz baja.

- ¡Hola, Yaem! Siento mucho lo de Jasón, ¡qué inesperado!
- ¡Ni me digas! No lo puedo creer, siento tanta culpa... ¿Podés hablar?
- Para vos siempre tengo tiempo, aunque no mucho, esta vez. Me están esperando.
- ¡Muchas gracias! ¡Es recíproco!
- Se alejaron de la puerta y se sentaron en unas butacas.
- ¿De qué necesitás hablar?
- ¡De todo! Necesité hablar con vos cuando pasó lo de Jasón. Como te dije, estaba muy angustiado y con culpa.
- ¿Por qué culpa? ¡Vos no tenés nada que ver!
- Porque no pude advertirle de que tenía que revisar sus vidas pasadas. Tal vez lo podría haber salvado...
- Quedate muy tranquilo, que vos no tenés nada que ver. Su alma llevaba una carga muy pesada y era algo inevitable.
- Sí, eso lo sé; lo que no entiendo es su suicidio, pensaba que eso era algo imposible acá.
- Es muy complejo de entender, pero su alma, ahora, por decisión propia, se encuentra en un lugar mucho más cruel y angustiante que este, te lo aseguro.
- ¿El infierno? —exclamó Tomás aterrorizado.
- Algo por el estilo. Al lugar le dicen “Kámalkut” y aseguran que es lo más espantoso que un alma pueda concebir. De todas formas, la idea que se tiene en la Tierra de lo que es el Cielo y el Infierno, está muy distorsionada. Dante Alighieri con su *Divina Comedia* creó un imaginario popular muy fuerte que es difícil de erradicar. Yo hablé con Jasón un rato antes de su suicidio y traté de aconsejarlo, pero estaba muy cerrado. Era como si buscara autocastigarse. Perdón, pero ahora sí me tengo que ir.
- ¡Uy! ¡Qué tristeza me da! Me debés una muy buena charla filosófica sobre estos temas, ¡me interesan mucho!
- ¡Cuando quieras!
- Una cosa más antes de que te vayas: quiero entrar a esa puer-tita, pero no me dejan.
- ¿Y para qué querés entrar ahí?

—Supongo que por curiosidad, no sé bien...

—¡Vos y tu curiosidad! Tenés que trabajar eso y otras cosas en el Reflexionario. No es que sea algo malo pero, por lo que pude ver en tu legajo, muchas veces te lleva a ser muy ansioso y atolondrado y eso no es bueno.

—Es que me encanta ser curioso, lo disfruto. Si “trabajo fuerte y hago muchos puntos”, ¿podré entrar en algún momento?

—Lo dudo, no tenés la evolución suficiente. Además, no pasa nada ahí adentro, así que ¡no te metas! ¿No trabajás los objetivos con tus Orientadores?

—Sí, claro... no pasa nada ahí adentro... ¿Vos también con eso de los Orientadores? No tengo ni idea de quiénes son, ni nadie se me acercó para “orientarme”.

—¿Quién más te comentó al respecto? Definitivamente tu caso es muy extraño...

—Nadie, nadie. Entonces, no me vas a ayudar a entrar. ¿Se puede saber qué hay allí adentro? —dijo Tomás tratando de no delatar a Rocío mientras señalaba la puerta.

—No puedo ayudarte, perdón. Para calmar un poco tu ansiedad, te puedo contar que ahí funcionó alguna vez el viejo Reflexionario. Una de mis tareas es *aggiornar* y poner a punto el nuevo. La idea de poner puntajes a la “evolución” fue mía, ayuda mucho a los “nuevos” que necesitan tener parámetros para medir sus logros.

—¿Y ahora no hay nada funcionando ahí? —inquirió Tomás, a lo cual Lyam respondió con uno de sus típicos silencios—. ¡Ok! ¡No me ayudes! Todo bien igual; de alguna forma u otra voy a entrar a curiosear, ¡es más fuerte que yo! ¡No hay puerta que se me resista!

—¡Tratá de no meterte en problemas! Me voy, nos vemos —le dijo sonriente Lyam mientras se paraba y se dirigía hacia la puerta.

Tomás, como siempre, se quedó pensando. Definitivamente le hacía muy bien hablar con Lyam. Las charlas con este chico sabio solían ser muy jugosas y repletas de desconcertante información. Por otra parte, también se le había alivianado la culpa que sentía por el suicidio de Jasón. A esta altura, comenzaba a inquietarse seriamente por su clara situación irregular en Equinoccio. Se sentía

como si fuera un indocumentado cruzando la frontera norteamericana. *Quizá no tendría que haber abierto esa puerta y subido a ese barco y tendría que haber esperado más en ese exasperante pasillo...*

Mientras pensaba y analizaba, vio salir a un hombre por la puerta. Era de altura mediana, menudo, canoso, de unos sesenta años, vestido con un impecable traje azul oscuro y moñito. *Debe ser alguien importante*, dedujo. Decidió seguirlo.

CAPÍTULO 11

EL HOMBRE DE MOÑITO

EL HOMBRE DE Moñito salió del Reflexionario y se dirigió a un restaurant de la plaza. Ahí lo esperaba un inquieto adolescente. Se sentaron a una de las mesas; Tomás se acomodó en la que se encontraba contigua. El muchacho lucía acelerado y atolondrado. Llamaron a la moza e hicieron muchos pedidos. Al arribar los exquisitos platos, el joven se abalanzó desaforado sobre la comida y comenzó a devorarla, mientras el hombre solo miraba y hablaba. *¡Qué involucionado!*, pensó Tomás jocosamente. Unos tras otros arribaban más platos y el muchacho, sin bajar su voracidad, se los deglutía casi de un bocado, sin prestarle mucha atención a las palabras de su compañero de mesa. En un momento, el joven dejó de comer, se despidió y se marchó del lugar a paso frenético. El Hombre de Moñito se quedó sentado en su lugar, Tomás lo seguía observando. De repente, giró su cabeza hacia Tomás, lo miró y le dijo con tono amable, pero firme:

—¿Necesitás algo, Yaem?

Tomás se quedó estupefacto sin saber qué responderle.

—No, gracias. ¿Por qué presupone que necesito algo de usted?

El hombre lo miró e hizo un gesto como diciendo: “No te hagas el bobo que sé todo”.

—¿Qué lindo día! ¿No? —agregó Tomás, sonando tonto e indeciso. El hombre repitió el mismo gesto, pero con una cuota de fastidio en su rostro—. ¿Usted está en el viejo Reflexionario? ¿No? —finalmente le preguntó Tomás con una cuota de nerviosismo.

—¿Cómo que “estoy”? ¿No te comprendo!

—Sí, lo vi hace un rato ahí.

—¿Adentro? —se sorprendió el hombre.

—Afuera.

—¿Y con eso? ¿Qué querés insinuar?

—¡Nada malo, señor! ¡Es que yo quiero entrar! pero no me dejan...

—¿Para qué querés entrar? No pasa nada adentro.

Tomás le respondió copiando, con exactitud, el gesto que había realizado el hombre hacía unos instantes, que fue correspondido con una sonrisa cómplice y eso alivió la tensión reinante.

—Le soy franco, no tengo ni idea de qué pasa adentro, pero deduzco que es algo digno de conocer y como soy muy curioso...

—Agradezco tu franqueza y respondiéndote de igual manera, lamentablemente, dudo que puedas entrar por un buen tiempo.

El hombre era sereno y pausado en sus palabras. Su voz sonaba levemente carrasposa y sincera. Tomás percibió que, a pesar de sus dichos, le había caído simpático.

—En fin, Yaem, dejame ver qué puedo hacer, mas no te prometo nada.

—¿Me está hablando en serio?

—Sí, por supuesto, ¿no me dijiste que querías entrar?

—¡Sí! ¡Claro que quiero!

—Igualmente, como te dije, no te prometo nada, lo más probable es que no sea posible dada tu evolución, salvo que entres como asistente mío, pero creo que, para eso, tampoco calificás.

—¡Uy, no sirvo para nada! —exclamó Tomás con fastidio.

El hombre sonrió de nuevo. Definitivamente Yaem le había caído simpático.

—¡Claro que servís! ¡Y mucho! Tu línea evolutiva es bastante buena, sos un alma muy prometedora. Me tengo que ir, nos vemos —dijo mientras se paraba y se despedía.

—Espere, por favor, una cosa más, ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Norx. Nos mantenemos en contacto. Hasta luego, Yaem.

—¡Ah! ¡Mucho gusto, Norx! Pero cómo nos... —empezó a decir Tomás, pero desistió al ver a aquel hombre importante alejarse sin pausa.

CAPÍTULO 12

AARU

EL FRÍO AMBIENTE del sanatorio era un duro entorno para la tortuosa espera. Dos camas blancas, ventanas frías y angustiados familiares que desfilaban, cada tanto, por la habitación. Tomás se encontraba recostado en una de ellas; un respirador artificial le imponía dramatismo a la escena. Ya había transcurrido un largo mes desde el accidente y él continuaba en coma.

Había arribado al sanatorio inconsciente. Además del severo traumatismo de cráneo, había sufrido varias fracturas y una importante pérdida de sangre. A poco de llegar, tuvo una descompensación que derivó en un paro cardiorrespiratorio. Inmediatamente los profesionales intervinieron en su salvataje, tratando de reanimarlo con las maniobras de rigor, pero Tomás no respondió. A pesar del esmero del cuerpo médico, durante casi dos minutos sus pulmones dejaron de respirar, su corazón de latir y su cerebro quedó sin actividad; en otras palabras, había muerto... Cuando ya solo quedaba un resquicio de esperanza, un último y desesperado intento con el desfibrilador lo volvió a la vida. Todos lo festejaron con estruendosa algarabía como si hubiera ocurrido un verdadero milagro.

—Doctor, doctor, ¿encontró alguna mejoría? —le preguntó compungida Graciela, la madre de Tomás, al médico que acaba de hacer la ronda de control.

—La evolución postoperatoria es bastante satisfactoria. El resto sigue igual, señora, lo importante es que está estable y eso no es poco.

—¿Pero por qué no recobra la conciencia?

—Todavía no lo sabemos; el traumatismo craneal fue muy grave, aunque aparentemente no hubo secuelas importantes. Además, siempre tiene que tener en cuenta cuál fue nuestro punto de partida —dijo el médico con tacto, midiendo cada palabra, para no afectar más a la angustiada madre.

—Sí, ni tiene que mencionarlo... Pero si está estable y sin secuelas importantes, ¿por qué no despierta entonces?

—La verdad es que no lo sabemos con certeza, por eso continuamos profundizando los estudios.

—No se imagina la impotencia que tengo, doctor.

—¡Claro que me la imagino!; no obstante hay que ser pacientes y esperar con fe que en algún momento reaccione.

—¿Cuándo puede suceder eso?

—Nunca se sabe pero, como le decía, es importante que Tomás continúe estable.

—Pero yo no puedo quedarme con los brazos cruzados, doctor, ¡algo más se debe poder hacer!

—¡Estamos haciendo todo lo humanamente posible! ¡De eso no tenga dudas! —dijo levemente molesto el médico.

—¡Ya lo sé, doctor! No pongo en duda su pericia profesional, sé que estamos en las mejores manos pero, como le dije, la impotencia nos está matando.

—Si es creyente, señora, no estaría de más hacer unas plegarias. También podría hablarle...

—Sí, somos creyentes; la verdad es que, últimamente, no éramos muy practicantes que digamos pero, con esta desgracia que nos pasó, nos está ayudando y mucho. ¿Cómo es eso de que podemos hablarle?

—Según estudios recientes, las personas en coma suelen tener reacciones en su corteza cerebral cuando se les habla y, para muchos, eso significa que pueden escuchar...

—¡No sabía eso! ¡Obviamente lo vamos a hacer! Muchas gracias por el dato.

En el momento en que el médico se despedía, entraron a la habitación Alfredo, el padre de Tomás y sus dos hermanos, Mario y Julián.

—¿Qué te dijo el doctor, querida? —dijo Alfredo.

—Todo sigue igual... Dice que está estable y eso es bueno —le respondió, mientras se largaba a llorar. Todos la abrazaron para consolarla.

—Paciencia, amor, yo sé que todo va a salir bien —dijo Alfredo con firmeza.

—Sí, mami, Tomás siempre fue el más fuerte de la familia, ¡vas a ver que seguro sale de esta! —dijo Mario, el hermano mayor de los tres. Julián, el menor, afirmaba con la cabeza.

—El médico me dijo que, tal vez, Tomás puede oírnos...

—¿En serio? —preguntó Mario.

—Al menos es lo que dijo él. Por las dudas, ¡hoy mismo empiezo! —le respondió la madre con una tibia sonrisa de esperanza.

—¿Quién se queda hoy a cuidarlo? —preguntó el padre.

—¡Me voy a quedar yo! —respondió la madre.

—¿Quieres que me quede yo, mami? Vos ya te quedaste bastante durante los últimos días —propuso Mario.

—No, mi amor, vos seguramente tendrás muchas ocupaciones en el estudio. Además, estoy ansiosa por “hablarle” a Tomás.

—Como quieras, mami, pero cuando lo necesites, sabés que podés contar conmigo.

—¡Yo también me puedo quedar! —dijeron al unísono Alfredo y Julián.

—¡Ya lo sé! ¡Qué hermosa familia tengo! —les dijo entre sollozos y abrazos—. Hoy estuvo Josefina y también se ofreció a cuidarlo. ¡Qué mujer más divina!

—Sí, coincido, ¡divina mujer! —exclamó Mario.

—Los otros días, cuando me quedé yo, también pasó la *maravillosa* Josefina —dijo irónicamente Julián. ¡Encima!, justo, en ese momento, había otra chica en la habitación. Creo que se llama Mía. Fue una situación un poco incómoda —dijo Julián con tono de chisme jugoso.

Mario tenía cuarenta y cinco años, aunque aparentaba muchos más y era un abogado muy respetado en el foro. Estaba casado con Leticia y tenían dos hijos, Luca y Sol. Era serio, educado, respetuo-

so y extremadamente estructurado. Graciela y Alfredo siempre lo ponían como ejemplo a seguir para todo, lo cual fastidiaba al hijo menor, Julián.

La relación entre Mario y Tomás era muy buena y estrecha. En los últimos tiempos, Mario había encabezado sin éxito la presión sobre Tomás para que se reconciliara con Josefina.

Julián tenía treinta y cinco años, aunque aparentaba menos y era la “oveja negra” de la familia. Era irreverente, indisciplinado, aunque muy simpático y querible. Hacía un culto de su preciada soltería y fue el autor intelectual del reverdecer del “Tomás soltero”. Por diferencia de carácter e incluso generacional, chocaba con mucha frecuencia con Mario; sin embargo a Tomás lo consideraba su “ídolo”. A pesar de sus aires independientes, aún vivía con sus padres y era un estudiante crónico que paseó por varias carreras universitarias. Desde hace un tiempo a esta parte, amenazaba a sus padres con largar el estudio y dedicarse a pleno a su verdadera vocación: cantante de rock.

—Che, Marito, ¿sabés el apellido de esta chica Mía, o dónde puedo ubicarla? —le preguntó Julián en voz baja apartándolo unos metros.

—¡Ni idea quién es! ¿Para qué querés ubicarla?

—Estaba muy mal, y quedé en que la mantendríamos al tanto de cualquier novedad —respondió Julián, con seriedad, lo cual no fue creído del todo por Mario.

—¡Dejate de Joder, Juli! ¡Ubicate! ¡A que seguramente es muy linda!

—¡Hermano!, ¿que estás insinuando? ¡Es la minita de mi hermano! Yo sería incapaz de cualquier traición, ¡me estás ofendiendo!

—Todo bien, disculpá, hermanito, no fue mi intención; es que me tiene muy mal todo esto...

—Sí, ¡a todos! Pero hay que ser optimistas, sino la vieja se nos cae.

Esa noche todos se fueron a sus casas y la madre se quedó en la cama contigua, cuidándolo. Antes de acostarse, se aproximó a Tomás, contuvo su respiración y le dijo con suavidad:

Hijito de mi alma, dicen que me podés escuchar. Quiero que sepas que todos te queremos mucho, mucho y que estamos esperando con ansias que te despiertes y recuperes por completo. Sé que vas a salir de esta, estoy muy segura, lo siento en lo profundo de mi corazón de madre. Tenés que hacer mucha fuerza para curarte y ponerte bien.

La vida es muy linda y todavía te esperan cosas maravillosas por vivir. ¡Te amo, hijito!

Tomás pudo percibir estas dulces palabras, en un estado de incómoda somnolencia, mientras daba vueltas y vueltas en su cama. Se levantó contrariado. Por primera vez le costaba reconciliar el sueño y comenzaba a extrañar mucho a su familia.

Desde el encuentro con aquel extraño señor de moñito, Equinoccio había perdido algo de su diversión. Había pasado gran parte de su tiempo en el Reflexionario, esperando en vano alguna señal de este hombre, pero nada... A Lyam tampoco lo había visto más. En esta larga espera y, para calmar la ansiedad, había repasado varios capítulos de su vida en la cúpula. Al principio, tomó al Reflexionario como un juego pero, en cuanto comenzaron a sorprenderlo circunstancias que no eran de su agrado, quedó perplejo y desconcertado y sin ganas de seguir investigando. Así se enteró de que sus padres estuvieron al borde del divorcio, con lo cual pudo comprender las causas del clima familiar reinante en su preadolescencia. Más sorprendido y contrariado estuvo cuando se enteró de que, atrás de esa crisis matrimonial, había un viejo amor de su madre que, con insistencia, presionaba para que se divorciara. También pudo confirmar que Josefina era insegura y muy llorona a sus espaldas y que la madre lo vivía criticando, con una ferocidad inentendible. Sin embargo, su estupor llegó al límite de tolerancia cuando descubrió que el Dr. Jairo Petersen estaba profundamente enamorado de Josefina y que, permanentemente, se le insinuaba, incluso, durante su matrimonio. *¡Siempre detesté a ese imbécil!* En ese instante, apagó la cúpula con fastidio y, desde ese momento, no quiso utilizarla más.

Tomás estaba con un irritante mal humor. Se aproximó a la ventana y, por primera vez, contempló un cielo cubierto de nubes oscu-

ras, viento arremolinado y lluvia. Igualmente, decidió ir a caminar porque necesitaba aire. Tomó su campera negra de cuero y empezó a deambular por la galería. Nunca, hasta ese entonces, había reparado en cómo le convenía vestirse, pero, en ese momento, se sentía destemplado e incómodo...

Cuando pasó caminando junto a uno de los edificios adonde nunca había podido ingresar, la puerta se abrió sola y una luz verde habilitó su ingreso. Quedó sorprendido, él no había intentado abrirla, solo había pasado junto a ella. Detuvo su marcha y entró. Era el edificio más vistoso y alegre de todo Equinoccio, lo cual contrastaba con su humor de perros. Su forma redonda y su techo, una inmensa cúpula de vidrio con armazón metálico, lo hacían imponente. Adentro, había un frondoso y variado vivero, con enormes plantas y flores por doquier. En el medio, la parte más alta del domo, había un puñado de árboles altísimos que casi lograban rascar el cenit. En ese mismo instante, advirtió que los rayos del sol ingresaban tímidamente. El temporal estaba cediendo y la tranquilidad era la reina del lugar.

Una mujer se le acercó y le dijo:

—Yaem, ¿sabés si se encuentra habilitado el jardín?

—Perdón, pero no tengo idea —le respondió. *¿De qué jardín me estará hablando esta mujer? ¿Cómo es que todos saben el nombre de mi alma y yo no conozco prácticamente el de nadie?*

—Voy a fijarme yo, entonces. Gracias igualmente —le respondió con calidez.

—Si me permitís, te acompaño —le propuso Tomás. Su curiosidad lo comenzaba a enmarañar de nuevo.

—¡Por supuesto! ¡Vamos! ¿Con quién deseás encontrarte en Aaru?

—¿Aaru?

—Sí, así se llama el jardín.

Tomás no sabía qué responderle, pensó un instante y le dijo:

—Con alguien muy especial para mí, que extraño mucho.

—Sí, yo también, espero poder encontrar a mi hijita, ya vine varias veces, aunque no tuve suerte aún —dijo la mujer con tristeza y esperanza.

—¡Espero que esta vez se te dé!

—¡Gracias, Yaem! ¡Yo también!

La mujer lucía muy agradable, contenedora y portadora de unos cincuenta años. Caminaron por un camino que había entre las plantas, hacia una pequeña arcada. La puerta estaba abierta.

—¡Qué bueno! ¡Está habilitada! —exclamó la mujer con júbilo.

—¡Sí, qué bueno! Espero que puedas encontrar finalmente a tu hija.

—¡Sí! Espero poder verla al menos un ratito.

Una tenue luz rojiza ingresaba desde afuera. La arcada conducía efectivamente a otro jardín en pleno atardecer. El sol comenzaba a ocultarse tras una frondosa hilera de majestuosos pinos verdes. Nubes alargadas, salpicadas por un resplandor naranja y rojo, adornaban la conmovedora escena. Se podían divisar, también, varios caminitos, que parecían naturales, pero eran perfectos. La mujer tomó uno de ellos que estaba bordeado de flores amarillas, Tomás la siguió.

—Creo que este no es tu camino, Yaem, sino aquel —le dijo sonriente señalando a su izquierda.

—¡Ah! ¡Por supuesto! —le respondió Tomás mientras volvía hacia el sendero indicado por la dama.

Ambos rumbos se dirigían hacia la hilera de pinos. Un leve sonido armónico le llamó la atención. Parecía que surgía desde la tierra. Se agachó y confirmó algo sorprendente: cada flor emitía música y, de tanto en tanto, se unificaban como a coro.

La línea de pinos actuaba como si fuera una frontera natural. Tras ella, se encontraba el jardín más asombroso y extenso que se pudiera concebir. Tan hermoso era que desafiaba los límites de lo creíble e imaginable. En el fondo, un sol inmóvil continuaba iluminando el majestuoso lugar. Flores por todos lados, arboledas de todo tipo de especies, caminitos que se perdían en el infinito, pájaros, liebres, una manada de caballos salvajes retozando, y verde, mucho verde.

Comenzó a caminar por uno de los numerosos senderos; sentía que sus ojos no le alcanzaban para abarcarlo todo. Justo cuando

creyó descubrir una cascada muy a lo lejos, una luz a su izquierda desvió su atención, sacándolo del trance casi hipnótico que le había provocado semejante paisaje. La luz surgía desde adentro de un bosquecito cercano, hacia donde se dirigía la mujer con premura. De repente, una niña salió a su encuentro y se estrecharon en un intenso abrazo. Yaem se conmovió hasta las lágrimas.

—¿Por qué llorás, Nanito? —escuchó con sorpresa Tomás. *Solo el Abu me llamaba así...*

CAPÍTULO 13

EL ABU

TOMÁS SE DIO vuelta sorprendido. A unos diez metros de él, se encontraba un hombre observándolo. El sol, que continuaba inmóvil como si fuera un atardecer eterno, no le dejaba distinguir bien su aspecto.

—¿Cómo me llamó, señor? —preguntó con algo de vergüenza.

—¡Nanito! —le respondió mientras se aproximaba.

Estaban parados frente a frente. El hombre parecía mayor, de unos setenta años y lucía diferente a su entrañable Abu, aunque tanto su mirada, como su voz, se le parecían.

—Mi Abu me decía así...

—¿Tu Abu?

—Sí, mi abuelo Os...

—¡Osvado! —dijo el hombre interrumpiéndolo.

—¡Sí! ¿Lo conoce? —El hombre sonrió y le acarició una de las mejillas con dulzura—. Perdón, ¿nos conocemos?

—¿No me reconocés, Nanito? ¡Soy yo! Mirame a los ojos, mirá dentro de mí...

—¿Abu? —exclamó Tomás con voz entrecortada.

Si bien el aspecto difería de sus recuerdos, Tomás creyó descubrir a su abuelo Osvado en su mirada tan particular.

—Sí, Nanito de mi alma, ¡soy yo! —susurró el abuelo con dulzura—. Entonces... ¿quién va pasear hoy con el Abu? —preguntó luego con euforia.

—¡Yo! —respondió Tomás mientras levantaba su mano con exaltación, replicando un viejo juego de palabras que había repetido

por años con su abuelo y disipando, de esta forma, las pocas dudas que aún le quedaban. Se estrecharon en un fuerte abrazo, mezclando llantos y risas.

—Abu, ¿no sabés cuánto te extrañé! ¡No sabés la falta que me hiciste! —repetía una y otra vez.

—¡Claro que lo sé, Nanito! Yo también te extrañé muchísimo y me hacés mucha falta.

—Pero, ¿cómo puede ser esto posible?

—No trates de entenderlo y disfrutemos del poco tiempo que tenemos. Bueno, ¿vamos?

—¿A dónde? ¿Ya te tenés que ir? —respondió Tomás. Sus ojos brillaban como los de un niño abriendo su último regalo de Navidad.

—¿No me dijiste que querías ir a pasear conmigo? Caminemos por este hermoso lugar. Sí, lamentablemente, y, por el momento, solo tenemos este ratito.

—¡No sabés lo feliz que estoy!, aunque solo sea este ratito... Prometeme que nos vamos a ver de nuevo, ¡por favor, Abu! —respondió Tomás mientras comenzaban a caminar a paso lento.

—¡Yo también estoy muy feliz! Espero que sí, que podamos volver a vernos... ¿Cómo te está tratando Equinoccio?

—¡Es un sitio muy extraño! Al principio no entendía nada y estaba un poco asustado. Luego, fui atando cabos y se despertó mi curiosidad. Para serte sincero, cada vez comprendo menos lo que está pasando acá... Hoy empezó como el peor de los días pero, ahora, ¡se transformó en el mejor! ¡Es todo muy loco!

—Bueno, entonces es como la vida en la Tierra, ¿no? Damos por sentado muchas cosas, que son normales, porque son usuales, pero que no tienen ninguna explicación realmente convincente. El hombre evolucionó mucho en ciertos aspectos, pero todavía no pudo responder ni a un solo de los interrogantes más básicos de su existencia.

—¡Es verdad! Hablás parecido a un chico muy especial que conocí acá.

—¿Lyam?

—¡Sí! ¿Cómo sabés? ¿Lo conocés?

—Con el tiempo, todos terminamos conociéndonos. Además, todo y todos estamos estrechamente vinculados entre sí; esta es una de las premisas básicas para entender un poco las cosas que nos ocurren.

—Pero, ¿por qué lo siento tan especial a este chico?

—No lo sé... —respondió el abuelo sin mucha convicción.

—Abu, y vos... ¿sabés las respuestas a todos los enigmas existenciales?

—¡En absoluto! Como te decía recién, acá es parecido a la Tierra. Si bien aprendés muchas cosas, nunca llegan todas las respuestas. Al final, se asumen tal como son y pasan a ser normales e incuestionables.

—¿Dónde estamos, Abu? ¿Estamos muertos?

—¿No me escuchaste recién? ¡No lo sé! —respondió riéndose y abrazándolo con fuerza.

—¡Qué lindo! Un abrazo de oso, como en los viejos tiempos, ¿no?

—¡Sí, es verdad! ¡Qué lindo abrazo de oso! Y contame algo de la Abu, tus papis y hermanos...

Tomás y Osvaldo caminaron por un hermoso sendero, mientras hablaban muy entretenidos de toda la familia.

—... así que cuando me enteré de todo esto en el Reflexionario, ¡dejé de utilizarlo! ¿Podés creer, Abu?

—¡Claro que lo creo! Yo estuve, como pude, muy pendiente de todo lo que les ocurría. La perspectiva de las cosas, cuando uno puede apreciar lo que le pasa a la otra parte, es muy diferente. No creo que tengas que dramatizar tanto; mejor tomalo como un aprendizaje. Saber que tu perspectiva no es la única que existe, te vuelve más humilde y más sabio.

—Pero no es fácil, abuelo...

—¡Ya lo sé! Mirá qué linda cascada.

—¡Es hermosa realmente! Abu, ¿este increíble jardín es parte del Paraíso?

—No lo sé, pero si no lo es, ¡debería serlo!

—Yo te sentía, Abu. Muchas veces sentí tu presencia, al lado mío, cuidándome...

—¡Y lo estaba, Nanito! ¡Siempre estuve cerca de vos!

—Cuando me iba a dormir, muchas veces me acordaba de vos, e, incluso, te sentía presente, como si estuvieras...

—¿Sentado en tu cama junto a vos? —interrumpió el abuelo, completando la frase de Tomás—. Y lo estaba, Nanito, muchas veces me senté en tu cama y me quedaba un buen tiempo contemplándote. Estuve cuando te recibiste, cuando te casaste y muchas otras veces y, cada vez que prendías una vela pensando en mí, me ponía a llorar de la alegría.

—¿En serio?! ¿Cómo hacías? ¿Te llevaba Leno?

—Algo así, hay otras formas también. Incluso, intenté participar de las apuestas, pensando que de esa forma te podía cuidar, pero me equivoqué...

—¿Qué otras formas? ¿Qué apuestas?

—No importan, ahora. Ya nos tenemos que despedir. Hay algo mal en tu expediente; no estoy seguro de que sea correcto que vos estés acá...

—Sí, ya me lo han dicho varias veces. ¿No podemos caminar un poco más, Abu? Ya que estamos re lejos de los edificios, por lo menos, acompañame hasta allá.

—Estamos muy cerca, Tomás, si seguís caminando por donde veníamos, te vas a topar con uno de los puentes que dan a la Gran Plaza.

—¡Ah! Equinoccio y su infinita redondez...

—¡No lo podría haber definido mejor yo! —le respondió mientras emitía una leve carcajada.

—Abu, Abu, ¡quiero verte de nuevo!

—Eso espero, no depende mí... Andá, Nanito, ya es tiempo.

—¿Y de quién depende? —dijo llorando.

—No lo sé, pero voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que ocurra.

El abuelo le dio otro de sus inolvidables *abrazos de oso*.

—¡Gracias, Abu! ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, Nanito de mi alma, y acordate de que, pase lo que pase, ¡siempre voy a estar al lado tuyo!

—¡Qué lindo, Abu! ¡Ahora sé que es cierto! —le respondió con una sonrisa mojada en lágrimas.

Tomás continuó andando por el camino, el abuelo se perdió en un bosque y el sol continuó fijo en su interminable atardecer. Tras otra hilera de pinos, apareció el viejo puente de adoquines.

CAPÍTULO 14

PUERTA ABIERTA

TOMÁS SE DIRIGIÓ al Reflexionario. Estaba dispuesto a utilizarlo de la forma en que le había enseñado su abuelo. Pasó frente a la misteriosa puerta, aunque ya no estaba tan ansioso en descubrir sus secretos. Como siempre, dos custodios, con inmutables rostros adustos, la estaban vigilando.

—¡Buenas! ¿Cómo está el boliche hoy? ¿Arde? —bromeó Tomás, como si fueran patovicas de una discoteque de moda, mientras se dirigía hacia una de las butacas del Reflexionario.

—¡Aguarde un segundo, Yaem, por favor! —le respondió inesperada y respetuosamente uno de los custodios.

—¿Perdón? ¿Oí bien? ¿Dijo, usted, *por favor*? —respondió Tomás con ironía y sorpresa.

—¡Escuchó bien! Adentro lo espera Norx. ¿Podría ingresar, por favor?

—¿Es un permiso o una orden? —dijo Tomás desorientando al hombre—. Es una broma, no me hagas caso; es que hoy estoy de excelente buen humor. ¡Gracias por la invitación!

Tomás se aproximó a la puerta y esta vez una luz verde validó su ingreso. Estaba tan excitado e inquieto como un niño que va por primera vez a Disney World. Caminó por un largo corredor con columnas blancas a ambos lados y con un majestuoso piso de mármol claro. A los costados, había espejos de agua que reflejaban el cielo. En un momento, el corredor comenzó a doblar a la izquierda, enroscándose hacia el centro. Entre tanto descendía en espiral, unas barandas doradas comenzaron a remplazar a las columnas. Tomás

se asomó con cuidado y pudo observar la imponente profundidad del caracol. Del centro, desde lo más profundo, salía un resplandor, como si fuera una proyección lejana de un televisor gigante. La gente iba y venía y, contrariamente a lo esperado, había un dejo de excitación en sus rostros. Tomás pensó intrigado:

Por el lujo que hay acá, este debe ser el centro de todo, donde se manejan los hilos de Equinoccio y quién sabe de qué más. Lo que no me cierran son sus rostros; pensé que las almas “evolucionadas” eran más tranquilas y aplomadas y acá están todos exaltados o con caras inquietas.

En el lado izquierdo, comenzaron a aparecer lujosos habitáculos, como si fueran una mezcla de palcos con pequeñas oficinas. Estos estaban completamente vidriados hacia el centro, pero cerrados en los otros extremos. Uno tras otro se sucedían los palcos en forma interminable. Mientras tanto, Tomás continuaba bajando por el corredor. A nivel del piso de su lado derecho y por más que siguiera bajando, insólitamente, continuaba el apacible espejo de agua. Se sentía ansioso por llegar al final, por lo que apresuró su paso. De repente, los palcos cesaron y, en su lugar, aparecieron nuevamente la baranda dorada y, luego, las columnas blancas. Tomás se detuvo y gritó:

—¡No puede ser! ¡Estoy en la entrada de nuevo! ¡Ay, Equinoccio! ¡Ay, Equinoccio!

—¿Qué estás haciendo dentro del Oráculo de Nocc? —escuchó inesperadamente. Era Lyam.

—Lyam, ¡qué bueno encontrarte! ¿Qué querés decir con el *Oráculo de Nocc*?

—Así le dicen a este Sector. ¡No me respondiste! ¿Qué estás haciendo acá?

—¡Ah! “Hola, Yaem, ¿cómo estás, tanto tiempo?” —ironizó Tomás.

—Sí, perdón, ¡tenés razón! ¡Hola!, ¡qué alegría de verte! ¿Me podés decir qué hacés acá? ¿Así está mejor?

—Sí, ahora sí, ¡mucho mejor! Estoy acá por invitación de Norx, lo estoy buscando, pero se ve que me perdí otra vez en la redondez infinita de Equinoccio.

Lyam sonrió, mientras movía su cabeza de lado a lado.

—¿Norx? ¿Y se puede saber cómo conociste a Norx?

Tomás hizo un risueño y largo silencio, emulando los de Lyam en su primer encuentro.

—Es una larga historia, pero te aseguro que no me metí en problemas.

—Eso espero, ya bastante tengo con tu bendito expediente.

—¿Todos con ese tema? ¿Qué es lo que está pasando realmente?

Lyam hizo un silencio, dudó y dijo:

—¡Yo logré que se encontraran con tu abuelo! Es un regalo de mi parte, por enseñarme a jugar al fútbol.

—¿En serio? ¡Infinitas gracias! Realmente lo disfruté mucho y me ayudó en un momento bastante difícil.

—¡Me alegro, entonces! Muy buena alma la de tu abuelo, dudo de que lo reencarnen de nuevo, ya está preparado para etapas más elevadas.

—¿En serio? ¿Y cómo sería esa nueva etapa?

—Vos y tu manía de tratar de entenderlo todo, ni yo lo sé. Es más, parece ser que yo también estoy en un estadio muy semejante al de tu abuelo. Me iban a mandar una vez más a la Tierra, pero, lamentablemente, no se dio y, ahora, dicen que no es necesario, que ya estoy preparado para una etapa de más luz. Es que, con mis funciones en la Biblioteca, aprendí muchísimo, debe ser eso...

—¿Luz?

—¡Tomás! ¡Basta de preguntas que no sé responder!

—¡Me gustaría mucho ver de nuevo a mi abuelo! ¿Podés hacer algo al respecto?

—No creo que pueda, es muy difícil, más aún con el tema de tu expediente.

—¿Eso tampoco me lo podés contar? ¡Todo el mundo sabe, menos yo, lo que está pasando! ¡No es justo!

—Es simple y complicado a la vez: parece ser que no deberías estar acá, en Equinoccio, y no saben qué pasó, ni qué hacer con vos.

—¡Ah, qué lindo! —exclamó Tomás con sarcasmo—. ¿Y dónde debería estar?

—No lo sé...

—Y este lugar ¿qué es? Me dijiste que no había nada, que era el viejo Reflexionario, pero por lo que pude ver, hay mucho movimiento y lujo acá.

—Sí, es un lugar extraño, incluso para Equinoccio. Te dije eso, para que tu curiosidad no te lleve a meterte en problemas, ¡perdón!

—¡Todo bien! Entonces... ¿qué pasa acá?

—¿No te contó tu “amigo” Norx? Él sabe más que yo lo que pasa acá. Es más, es uno de los referentes y más antiguos participantes.

—No me dijo nada, solo me propuso ser su asistente.

—¿Asistente del legendario Norx? ¡No es poca cosa!

—¿Por qué legendario? ¡Todavía no me contaste qué pasa acá!

—No es fácil de explicar, es un poco anormal y contradictorio. Respecto de Norx, y para ser exactos, no estaba pasando una buena etapa y lo de Obama, lo traje de nuevo al estrellato.

—¿Lo de Obama?

—Sí, Obama.

—¿Quién carajo es Obama?

—No me vas a decir que no sabés quién es.

—¿Acaso te referís al Presidente de Estados Unidos? —Lyam respondió afirmativamente con su cabeza—. ¿Y qué relación hay entre Norx y Obama? ¡Me muero de intriga!

En ese preciso momento, se escuchó la voz de Norx.

—¡Por fin te encuentro, Yaem!

—¡Hola! ¿Cómo le va? —respondió Tomás con efusividad.

—¡Excelente! ¿Y vos? Veo que estás bien acompañado. ¿Cómo estás, Lyam? ¿Conseguiste lo que te pedí?

—¡Muy bien, Su Eminencia!, gracias por preguntar. Estoy en eso, justo estaba por ir a la Biblioteca para continuar la investigación sobre *niños índigo*.

—¡Excelente! ¡Muchas gracias! Vení, Yaem, acompañame, vamos a comer algo. ¿Querés venir vos también, Lyam?

—No, muchas gracias por la invitación, pero, como le decía, quiero continuar con la investigación que usted me encargó. Hasta pronto, Yaem. Estamos en contacto.

—¡Por supuesto! ¡No te pierdas! —le respondió Tomás mientras comenzaba a caminar junto a Norx.

—Te voy a llevar a un restaurant increíble.

—Pensé que no era de “evolucionados” disfrutar de una buena mesa.

—Eso, mi querido Yaem, no cuenta mucho en este sector de Equinoccio.

—¡Me alegro, entonces! No hay nada como disfrutar de una buena comida entre amigos. ¡No saben lo que se están perdiendo! ¡Encima con la comida que hay acá...! —Norx solo atinó a sonreír ante la ocurrencia de Tomás.

Continuaron caminando por una de las galerías. Norx había colocado, paternalmente, su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Tomás. A unos metros, sobre el espejo de agua, se encontraba el lujoso restaurant.

—¿Cómo es eso de los *niños índigo*? En la ciudad de donde vengo, hay un chico que dicen que es *índigo*. Es amigo de mi sobrino Luca. Recuerdo que causó un revuelo fenomenal y que hasta salió en los diarios.

—Es un tema fascinante que estoy siguiendo de cerca. Es más, es uno de los primeros temas con el que me gustaría que te metieras.

—¡Sí, por supuesto!

Un puente imperceptible comunicaba la galería con el restaurant, lo cual creaba la sensación de estar caminando sobre el agua. Sus instalaciones eran muy llamativas y elegantes, dignas de uno de los mejores centros turísticos exclusivos de la Tierra.

Al ingresar, una persona se le acercó a Norx y, con tono ceremonioso, le dijo:

—¡Sean ustedes muy bienvenidos al Restaurante *Ludopatía Palace*! Síganme por aquí, por favor. Tenemos, como siempre, su mesa reservada y disponible.

Mientras caminaban hacia la mesa, Norx recibía numerosos saludos. Era evidente el respeto que imponía su presencia en el lugar. Se sentaron en uno de los sectores que mejor ubicado estaba de todo el restaurant, con una hermosa vista al espejo de agua. Comenzaba a atardecer y las luces del complejo creaban un ambiente distinguido, de ensueño.

Después de comer opíparamente exquisiteces y hablar de banalidades, Norx le preguntó:

—¿Estás entusiasmado de estar acá?

—¡Sí, por supuesto! Pero no tengo ni la más mínima idea de lo que tengo que hacer.

—Para empezar, vas a hacer investigaciones sobre temas que te voy a ir indicando. El de los *niños índigo* es un buen ejemplo; como te dije, ¡es fascinante! Las almas, cuando retornan a la Tierra, olvidan a nivel consciente sus vidas anteriores y el conocimiento adquirido. Si bien todo influye en la esencia de una persona, casi nunca es consciente de sus vidas pasadas. De ahí la necesidad de los Reflexionarios, entre otras cosas. Parece ser que, por razones que desconozco, los bebés nacen hoy en día con más conocimiento consciente de su historia y de su proceso evolutivo. Por estas razones surgen los *índigos*, como vulgarmente se los llama. Estos chicos nacen con más conocimiento universal que los predecesores. Tienen, desde su nacimiento, muchas respuestas ya adquiridas. Esto, obviamente, provoca desorientación en sus padres y en su entorno social. Yo creo que todo este fenómeno índigo va a provocar algo importante en el mundo, no sé bien qué es todavía, ni cuándo acaecerá; puede ser algún cambio de conciencia global o, incluso, algo más trágico o sorprendente. ¡No sé...!

—¡Guau! —solo atinó a decir Tomás ante tamaño relato—. ¿Y qué va a hacer con respecto a esto y a la investigación? ¿Usted es sociólogo, sacerdote, psicólogo? ¿Qué es?

Norx sonrió.

—¡Nada de eso soy! Voy a apostar una predicción.

—¿Apostar?

—Ya lo vas a comprender mejor, andá despacio.

—Es que soy muy ansioso. Creo que mi curiosidad le puede servir en sus investigaciones, pero no mi ansiedad. ¿Por qué me eligió a mí para esto? Seguramente había muchos otros candidatos más evolucionados que yo.

—¡Es verdad! Para serte franco, ¡muchísimos! Y la mayoría de estos estaban muy recomendados. Parece ser que no me duran mucho mis asistentes.

—¿Por qué? ¿Los maltrata mucho? —preguntó Tomás con tono de broma.

—¡Al contrario! Dicen que suelen crecer demasiado al lado mío y saltan a otras etapas.

—¡Ah, qué bueno! Y al final no me dijo por qué me eligió justo a mí, entre tantos evolucionados recomendados.

Norx pensó unos segundos y le respondió:

—Creo que la principal razón es porque me caíste simpático, aunque hubo, también, otros motivos.

—¡Ah, gracias! La verdad, no sé si estoy preparado para esto, no sé si tengo la evolución necesaria para hacerlo, mas tenga la certeza de que me voy a esforzar mucho. De eso no tenga dudas.

—¡Y no las tengo! Tu alma es muy prometedora, tu templanza es admirable y tu curiosidad y lógica, también.

—¡Gracias! Sé que soy muy curioso y lógico, aunque no creo tener templanza, más bien, todo lo contrario...

—Sí que la tenés, solo necesitás aprender a descubrirla. Tu ansiedad y atolondramiento son reacciones lógicas a tu admirable y estoica vida pasada inmediata y, esa vida, ¡te sumó mucho mérito!

—¿La del luchador?

—¡Efectivamente! ¡Titus Celsus Papia! Ese era tu nombre y era un valiente centurión de la Antigua Roma. En cumplimiento de su cargo, se vio obligado a emprender una de las campañas militares hacia la Dacia, dejando a su esposa embarazada de su primogénito. En la lucha demostró siempre coraje y decisión, aunque también misericordia y respeto hacia el despiadado adversario. En la segunda Guerra Dacia, tuvo un papel destacado. En cuanto el triunfo le permitió la posibilidad de volver a su hogar...

—No prosiga, ¡conozco bien el dramático final! —dijo Tomás con ojos llorosos—. Lo que no me cierra mucho es: ¿por qué se valora tanto a una persona que dedicó su vida a matar a otros, sea por la causa que fuere? ¿Acaso es algo valioso hacer eso?

Mientras Tomás hacía su cuestionamiento, recordaba la extraña sensación que había tenido cuando visitó el antiguo Foro Romano. En dicha oportunidad, al pasar junto a la Columna Trajana, sintió

un indefinido pero profundo dolor en la boca del estómago, que lo obligó a detenerse y reposar por unos minutos.

—El valor de dicha vida no radica tanto en esa parte de su historia. Además, siempre hay que analizar el contexto, en especial, el social e histórico. Tratar con respeto y dignidad a un adversario en lucha era algo revolucionario en ese momento histórico, que, incluso, le trajo muchos inconvenientes con su Legión. Sin embargo, como te dije antes, lo más jugoso, a mi entender, vino después. Titus quedó destrozado. Su vida no tenía sentido desde su tormentosa tragedia y por dicho motivo pensó en suicidarse en varias oportunidades.

—¿Y se suicidó?

—“Me suicide”, tendrías que decir en todo caso... ¡No! Eso sí que te hubiera restado muchísimos puntos. El suicidio está considerado como una de las peores acciones que puede hacer una persona. Por el contrario, su templanza te hizo sobrevivir a tan intolerable experiencia y a dedicar el resto de tu vida a acciones que glorificaron a la humanidad.

Tomás quedó pensativo mientras recordaba las vívidas y sangrientas imágenes de la batalla. Recordó entonces el profundo corte sangrante que Titus había sufrido en su antebrazo derecho. Algo de inmediato le vino a su mente. *¡No puede ser!* Levantó su codo y observó estupefacto una marca de nacimiento que tenía en el mismo lugar.

—En fin, retomando tus tareas —continuó Norx—. Me gustaría que empezaras por un par de historias que está recopilando Lyam, relacionadas con *niños indigo*. Pedile también que te enseñe cómo funciona la Biblioteca. Buscala a Ilive para que te empiece a explicar algunos circuitos. Si te cruzás con Dremont, no le dirijas la palabra, es manipulador y mala influencia, es muy probable que ya te esté buscando... Pedile a Letus que te entregue los legajos de Mei y Daxxus. Por supuesto que cualquier idea que tu curiosa e inquieta alma encuentre como interesante, ¡será bienvenida! Me tengo que ir, nos estamos viendo.

Norx se paró y se fue de inmediato caminando con premura. Tomás se quedó consternado, sentado a la mesa, mientras pensaba: *¿Cómo carajo voy a hacer todo eso? ¿Quiénes son todas esas personas? ¡Uf!, ya ni me acuerdo de algunos nombres... La próxima vez, voy a tomar nota de todo...*

CAPÍTULO 15

EL TEAM

TOMÁS CAMINABA Y caminaba por ese extraño lugar. Todos los palcos daban a una gran pantalla. Subiera, bajara o la viera desde otro ángulo, la imagen que se apreciaba en ella se veía exactamente igual. Uno de los corredores desembocaba en el centro de la espiral, en donde había cómodos asientos dispuestos en círculo. Los individuos podían sentarse, reclinar sus butacas y contemplar la misma imagen que se veía en todos lados. Yaem se acomodó en una de ellas, esperando que apareciera algo interesante. Una bella música, elaborada con sonidos de la naturaleza, ambientaba mágicamente el lugar. Pasaba el tiempo y la imagen continuaba siendo la misma: únicamente se podía observar un largo listado de nombres con puntajes, que cambiaba en forma permanente bajo el título “Orden de Mérito”. De este ranking de nombres, dos le llamaron de inmediato su atención: el primero, con mucha diferencia respecto al segundo, Dremont con 32.150.150 puntos; y el cuarto, Norx, con 7.500.000. *¿Qué significarán estos puntajes?*

Tomás cerró sus ojos disfrutando de la relajante melodía y se quedó profundamente dormido... *Hermanito querido, ¡volvé! Todos acá te estamos esperando: mamá, papá, Mario, yo y un sinfín de chicas hermosas que no se cansan de preguntar por vos. Te cuento que seguí tus consejos y me puse las “pilas” con el estudio. Aunque no lo creas, ¡me está yendo bastante bien! Es que el viejo está muy triste con lo tuyo y quería darle al menos esta alegría. Sé que esto es solo un granito de arena ante semejante dolor pero, bueno, me siento menos impotente frente a todo lo que está pasando. Te quiero mucho, hermanito, la vida no es igual si vos no estás conmigo...*

Tomás podía escuchar, mientras dormía, la voz de su hermano Julián, como si viniera desde un pozo profundo.

—¡Yaem! ¡Yaem! ¡Despertate ya!

Tomás abrió sus ojos lentamente y observó que un extraño sujeto lo sacudía.

—¡Hola! ¿Quién sos? —le preguntó aún somnoliento y mientras se incorporaba. A su alrededor, ahora, había bastante gente viendo una película en la gran pantalla.

—¡Hola! Soy Letus. Te anduve buscando por todas partes.

—¡Ah! Vos ayudás a Norx, ¿no?

—Soy algo más que un ayudante. Vení. Vamos con el *team* que hay reunión.

En ese momento, varias personas que estaban viendo las imágenes se pararon y gritaron eufóricos festejando algo.

Letus era difícil de describir. Tenía un aspecto andrógino, indefinido y desarreglado. Era muy flaco, desgarbado y con un enmarañado pelo negro que le llegaba displicentemente hasta por debajo de sus hombros. Su piel era en extremo blanca, casi transparente. Sus movimientos eran torpes, pero simpáticos. A Tomás le había llamado mucho la atención el énfasis sobreactuado e impostado que le imponía a cada una de sus lentas expresiones. *¡Qué cosa extraña este Letus! ¡Qué personaje!*

Se dirigieron hacia uno de los palcos, que estaba identificado como *Navegador AXZ*. Adentro, había una chica esperándolos.

—Hola, Yaem, soy Ilive. ¡Muchísimo gusto! Norx nos habló mucho de vos.

—¡El gusto es mío, Ilive! ¿Así que les habló mucho de mí? ¿Y se puede saber qué les dijo?

—Nos contó acerca de tu alma y nos dijo que ibas a colaborar con nosotros por un tiempo.

—¡Ah! ¡Qué bien! —respondió Tomás un poco extrañado. *¿Por qué habrá dicho que solo es por un tiempo?*, pensó contrariado.

Ilive lucía de unos treinta años, era bastante alta y de extremidades largas. Hablaba muy calmada, como si pensara con detenimiento cada palabra. Era rubia, de ojos marrones y mirada sincera.

—¡Estamos muy contentos de que formes parte de nuestro equipo! —dijo cordialmente Ilive.

—¡Es verdad! Tanto Ilive, que es una de las mejores asistentes de por acá, como yo, que soy el segundo a cargo del *team*, estamos felices de que estés con nosotros —dijo Letus mandándose la parte.

—¡Gracias, chicos, por su buena onda! ¡Yo también estoy feliz de estar acá con ustedes! Norx me dijo que me dieran los expedientes de Lei y Daxxus y que hablara con Lyam respecto a la Biblioteca.

—Deben ser Mei y Daxxus, ¡pero esos casos los estoy investigando yo! —respondió Letus algo molesto.

—Mirá, Letus, lejos de mi intención está pasar por arriba de vos; si te molesta, no me los entregues y todo bien —le dijo Tomás, mientras Ilive retaba a Letus con la mirada.

—Si Norx te lo dijo, está bien para mí...

—Eso espero, porque no quiero más problemas de los que tengo. Además, ni sé qué debo hacer con esos expedientes y esos nombres.

—Es sencillo: tenés que profundizar sobre las vidas de estas personas, yo te voy a explicar bien —dijo Ilive con gentileza y extrema buena predisposición.

—¡Perdoname, Yaem! Es que soy muy celoso; sin embargo... te aseguro que soy bueno... —explicó Letus, compungido.

—¡Ya lo sé, Letus! Se nota que lo sos. Trabajemos en equipo. Este va a ser un auténtico *team*, como vos decís —propuso Tomás.

—¡Sí! —respondieron al unísono Letus e Ilive.

—¡Empecemos entonces! Yo te voy a explicar sobre los Sistemas y los voy a apoyar en temas estadísticos; Lyam te va a enseñar acerca del uso de la Biblioteca y Letus está en todo lo demás —señaló Ilive con entusiasmo.

—¡Buenísimo! Explicame algo más, por favor. ¿Se analizan las almas integralmente? Es decir, ¿todas las vidas que tuvo? ¿Por qué hay temas estadísticos? —preguntó Tomás atolondrado.

—Tranquilo, tranquilo, despacio... —dijo Ilive tratando de apaciguarlo.

—Se analiza todo —respondió Letus, mientras se dirigía hacia una mesa con cuatro sillones—. Los expedientes son legajos de per-

sonas, con sus vivencias, parecido a lo que viste en el Reflexionario, pero de otra gente. Tenés que introducir el código que lo individualiza en este teclado y poner tus manos acá —explicó mientras señalaba un mullido sillón negro, en cuyos apoyabrazos estaban marcados los surcos para colocar ambas manos.

—El sillón es una especie de Navegador donde aparecen imágenes muy reales —dijo Ilive mientras se sentaba en uno de ellos—. Vos podés bucear entre las mismas, haciendo búsquedas y otras cosas que vas a ir aprendiendo con el tiempo. Si uno de nosotros se sienta en alguno de los otros sillones y lo autorizás, puede compartir y participar de tu navegación. El origen de la investigación es la Biblioteca, a la que podés acceder con Lyam. Lo que complica todo acá es el exceso de información. Hay tanta disponible que terminás mareándote sin encontrar nada. Con respecto a las estadísticas, ellas son fundamentales para hacer las predicciones.

—¡Asombroso! ¡Ya mismo quiero probar el Navegador!

—En un rato me tengo que ir con Lyam y, si tenés ganas, podés quedarte con Letus aprendiendo un poco cómo funciona.

—¡Genial! ¿Y cuál es el propósito de todo esto?

—¡Simple! Como dijo Ilive recién, se hacen predicciones sobre hechos del futuro. El que la pega, ¡gana! —acotó Letus con forzada suficiencia.

—¡Creo que es algo más complejo que eso, Letus! —dijo Ilive, un poco ofuscada ante la liviandad de su compañero.

—¿Predicciones? ¿Sobre qué? ¿Qué se gana?

—No es fácil de comprenderlo del todo, así que tranquilo. Las predicciones son de muy variada naturaleza, desde hechos históricos con impacto global, hasta amores, odios y temas cotidianos de algún individuo corriente. De todas formas, nosotros vemos solo una parte; Norx es el que las formula y entiende y sabe todo. A veces nos enteramos de algo por algún comentario suyo, pero nada más... No sabemos para qué sirven las predicciones; sí conocemos que hay un famoso Orden de Mérito, por el cual todos se vuelven locos.

—Es el que estaba en la gran pantalla hace un rato, ¿no?

—¡Exacto! —respondió Ilive.

—¿Y qué es lo que otorga mayor cantidad de puntos?
—Eso te lo tiene que explicar Norx; nosotros simplemente hacemos lo que él nos indica.
—¿Puedo saber qué es esa historia de Norx y Obama?
—No tengo idea de qué se trata exactamente, solo escuché rumores... —dijo Ilive.
—¡Claro que la sabemos! —exclamó Letus.
—¡Letus, Letus! ¡Vos y tus famosas teorías! —le respondió Ilive riéndose a carcajadas—. Él tiene explicaciones de todo lo que se te ocurra. Si querés reírte un poco, decile después que te cuente algunas de sus teorías, mientras de paso te explica el funcionamiento del Navegador.
—¿Entonces? —insistió Tomás.
—¿Entones qué? —le respondió Letus.
—¿Qué pasó entre Obama y Norx?
—Que te cuente su teoría Letus. A mí no me metás en eso.
—Norx predijo hace un montón de tiempo, incluso antes de que naciera Obama, que iba a ser Presidente de Estados Unidos. Es más, se dice que fue, gracias a él, que pudo serlo.
—¡Bueh! —exclamó Tomás riéndose.
—Lo que sí nos consta es que, después de que Obama fuera Presidente, Norx subió muchísimo en el Orden de Mérito y todos empezaron a valorarlo más —dijo Ilive mientras se levantaba del sillón—. Cabe aclarar que él se especializa en este tipo de predicciones, relacionadas con temas políticos, sociales, cambios culturales, etcétera. Bueno, los dejo, me voy hacia la Biblioteca.
—Ok, nos vemos después, entonces. ¡Gracias por la buena onda!
—De nada, fue un verdadero placer. Si necesitás algo, solo tenés que pedírmelo.
—¡Sí! ¡Por supuesto! ¡Mil gracias!
—Y a mí que me parta un rayo... —exclamó el celoso Letus mientras Ilive se alejaba.
—A vos... nada, ¡por ahora! —respondió Tomás bromeando—. Todavía tenés que llevarme a dar una vuelta en esa “cosa” —acotó mientras señalaba el sillón.

—¡Todos a bordo, entonces! Sentate acá que yo me voy a sentar a tu lado. Yo comando el Navegador y vos me acompañás. Tenés que seguir mis instrucciones al pie de la letra.

—Sí, sí, ¡dale! ¡Por supuesto, Comandante!

—¡Así me gusta! Colocá tus manos en las molduras, cerrá los ojos y relajate. —Letus se acomodó en el sillón e introdujo unos números con el teclado, colocó sus manos en las molduras, cerró los ojos y dijo con elocuencia—: Señoras y señores, prepárense para un extraordinario viaje de la mano de su Capitán, ¡el Gran Letus! Los voy a llevar al contradictorio mundo de la raza humana y trataremos de explicar, con novedosas e inéditas teorías, algunos de los ancestrales enigmas que subyacen desde su existencia como seres pensantes.

—¡Ey, Letus! ¡Yo no veo nada!

—Tranquilo, relajate.

Tomás intentó aflojarse, respiró profundo y trató de calmar su ansiedad poniendo su mente en blanco. De repente, vio al planeta Tierra desde afuera, como si estuvieran viajando en una nave espacial.

—¡Ahora sí! ¡Qué hermoso!

—¡Shhh!, no hace falta que hables. Si querés decirme algo, solo pensalo...

—¡Ok! ¡Qué hermoso! ¿Me oís?

—Perfectamente, ¿seguimos?

—¡Dale, dale!, perdón.

—*Ahora pueden apreciar una hermosa vista del planeta azul, también conocido como planeta Tierra. En estos momentos, estamos entrando a su órbita. ¿Algún país en especial?*

—*¿Podemos ir a mi casa?*

—*¡No podemos! Está terminantemente prohibido investigar sobre personas que hayamos conocido personalmente, pensé que tu abuelo ya te lo había advertido a eso.*

—*¿Mi Abu?*

—*Nada, nada. ¡Sigamos! Bueno, elijo yo la ciudad entonces: ¡vayamos a Roma! Sé que te gusta mucho.*

—*¡Sí! ¡Me encanta! ¡Es una de mis ciudades preferidas!*

—*El comando del Navegador es tu mente. Al principio, por más que tengas los ojos cerrados, el movimiento de tus ojos te va a ayudar para direccionar tu voluntad.*

De repente, aparecieron navegando por las escalinatas del Monumento a Vittorio Emanuele II, con una hermosa vista de la Plaza Venecia.

—*Esta es una de las formas para viajar, buscando lugares específicos. También, si ya tenés el código del alma, podés saltar directamente hacia donde está la persona que estás buscando. Incluso podés partir la imagen y ver a varios individuos o lugares a la vez.*

—*¡Qué impresionante! Por favor, ¿podés avanzar un poco hasta la Columna Trajana? Doblá a la derecha y está ahí nomás.*

—*¡Por supuesto! El Sistema no me deja aproximarme mucho, se ve que tu alma tiene algo que ver con esta columna. Esto funciona a la inversa del Reflexionario; ahí, todo se concentra en tu vida y no podés ver otras cosas; acá, es exactamente al revés.*

Tomás estaba maravillado con todo, no podía creer el realismo de las imágenes, era como estar verdaderamente ahí presente: uno podía prácticamente tocar las cosas, escuchar las voces y sonidos del ambiente, hasta percibir los olores. Era como ser un fantasma entre la gente.

—*No comprendo cómo podemos ver todo esto. ¿Acaso hay miles de millones de cámaras dispersas registrándolo todo?* —preguntó Tomás.

—*Esto no está hecho con la tecnología que vos conocés. Lo que ves no son filmaciones, ni siquiera son imágenes del todo reales...*

—*¿Cómo que no! ¿Y qué son entonces?*

—*Son percepciones! Es como cuando ves imágenes mentales o soñás; o, mejor aún, es como cuando los hombres tienen premoniciones en sus sueños y ven cosas. No sé explicarlo bien, pero es algo así... Pero basta de dar explicaciones técnicas que no manejo y ¡divirtámonos un poco! Vayamos a ver a Daxxus, que es uno de los expedientes que te indicó Norx.*

Letus puso un código y apareció instantáneamente una habitación. Adentro, había un chico llorando.

—*¿Quién es? ¿Dónde estamos?* —preguntó Tomás.

—*Ya te dije: este chico es Daxxus, su nombre en esta vida es Ajay, vive en Nueva Delhi y tiene once años. Norx lo está estudiando porque está convencido de que, en algún momento de su vida, va a hacer algo importante.*

—*¡Contame más de él!*

—*No, solo era para mostrarte cómo se puede pasar de un lugar a otro. Ya vas a tener tiempo para profundizar en Daxxus. Creo que su vida, en algún momento, se va a cruzar con la de Mei, la chica del otro expediente.*

—*¡Bueno, dale! ¡Esto está buenísimo!*

Tomás pudo apreciar cómo el chico lloraba desconsoladamente en una habitación muy oscura y desordenada. Se escuchaba música electrónica de fondo a altísimo volumen. Le llamó la atención un escritorio con tres *notebooks* encendidas.

Letus puso unos códigos y apareció una chica caminando por una calle, que bajaba hacia el mar, en el fondo se veía un puente. La pantalla estaba dividida en tres. En una se veía Roma, en otra a Daxxus y en la restante a Mei.

—*¡Ella es Mei! Linda, ¿no?*

—*Sí, parece muy dulce. ¿Quién es? ¿Dónde estamos?*

—*¡Es Mei te dije! Estamos en San Francisco, Estados Unidos y su nombre hoy es Jennifer.*

—*¡Sí, ya sé que es Mei! Cuando pregunto “quién es”, es para que me expliques algo más de su vida.*

—*Después estudiala vos, como te dije. Ahora solo quiero mostrarte cómo funciona el Navegador. Fijate cómo está partida la imagen y podés ver varias cosas a la vez.*

—*¡Sí, claro! ¡Increíble! ¿Y cuántas cosas a la vez se pueden ver?*

—*El límite no está en el Navegador, sino en tu mente y en tu capacidad para manejar muchos contextos simultáneos a la vez.*

—*¡Ah! ¿Y se puede ir para atrás y ver su pasado?*

—*Sí, claro, es parecido al Reflexionario, pensá en retroceder y la imagen viaja para atrás. ¿Ves? Ahora Jennifer está en su casa estilo victoriano, antes de salir a la calle. Ahora se está bañando... ¡Bueno, basta! Estas imágenes pueden alterar tu joven mente involucionada.*

—¡Bueh! ¡No seas tonto, Letus! —dijo Tomás riéndose—. Y esas rayas verdes que cambian constantemente y se cruzan unas a otras, ¿qué son?

—No sé cómo funcionan, solo Norx sabe usarlas. Sé que están relacionadas con los destinos proyectados de los involucrados.

—¿Destinos cruzados? ¡Qué interesante! Contame más...

—¡No sé más! De hecho, es la primera vez que las puedo ver, solo sabía que existían por algún comentario...

—¡Ok! ¡Todo bien! Explicame entonces algunas de tus locas teorías, necesito divertirme un poco.

—¿Quién dijo que eran locas?

—¡Ah! Perdón. Vamos de nuevo. Contame algunas de tus brillantes y revolucionarias teorías. ¿Así está bien?

—¡Sí! Mucho mejor. ¡Son muchas! Te cuento si querés algunas relacionadas con el tema tan misterioso de la reencarnación.

—¡Buenísimo! ¡Dale! ¿Por qué es tan misterioso?

—Porque nadie tiene muchas respuestas al respecto. Sabemos que, efectivamente, ocurren y conocemos más que nada hechos asumidos sobre las mismas. Fijate la maestra que está dándole clases a Sashita.

—¿Sashita? ¡Me estás mareando! ¿Quién es esa nena?

—Es una niña rusa, creo que es hija de la chica que te anduvo contactando, la que vos llamás Rocío. Norx me pidió cierta información de ella, por eso la estuve observando. Pero no nos distraigamos, te quiero explicar mis impactantes teorías. Concentrate en su maestra. Si la enfocás, sale alguna información sobre su alma, por ejemplo, cuántas veces ya se reencarnó. Uno puede investigar su alma en la Biblioteca y reconstruir una línea de reencarnaciones y de hitos trascendentes. Hay algunas reglas que se deducen, pero otras, no. Por ejemplo, nadie conoce qué parámetros se utilizan para elegir un nuevo cuerpo para el alma, pero sí se sabe que se tiende, casi siempre, a retornar al entorno grande que tuvo. En otras palabras, vuelve a una vida relacionada con su ambiente. A veces pasa que se reencarna en alguien lejano, sin contactos con su otra vida, pero es muy raro. Otra regla evidente es que, usualmente, se reencarna en personas del mismo sexo, aunque, de vez en cuando, ocurre lo contrario. No es tu caso, vos tenés cuatro

reencarnaciones hombre y ninguna de mujer todavía, sos un alma joven. Sin embargo, en almas más viejas, se suelen encontrar diez reencarnaciones de hombre y una de mujer o viceversa.

—¡Ah, qué interesante y qué complejo! Solo pude ver una de mis vidas, pero tengo intención de verlas a todas.

—Eso es porque el Reflexionario les da prioridad a las vidas que más marcaron tu alma.

—¡Ah! ¿Y todo lo que me explicaste a qué viene? ¿Cuáles son tus teorías?

—La cuestión es que he reconstruido varias líneas de reencarnación y muchas tienen baches inexplicables y hay cosas que no cierran...

—¿Cómo cuáles?

—Te voy a dar ejemplos, es más gráfico si se hace evidente. Tengo archivados algunos casos en el Sistema. Antes, voy a guardar los archivos de Mei y Daxxus en la memoria del Navegador, así vos después los encontrás con facilidad. ¡Listo! Fijate este hombre. Observalo bien.

—Sí, ¿qué tiene de raro?

—¿Cómo qué tiene de raro? ¿No ves su aspecto? ¿Cómo se mueve?

El hombre aparentaba unos cincuenta años y caminaba por una vereda en forma sigilosa y bamboleante. Sus ojos saltones miraban todo fijamente, sin parpadear nunca. Llegó a una plaza y se sentó en un banco a tomar sol.

—Sí, se mueve extraño, pero nada que no haya visto antes.

—¡Mirá su lengua! ¡Mirá su lengua! —El hombre sacaba y metía su lengua repetidamente—. ¡Mirá la forma de su cara! ¡Mirá su piel —exclamó Letus.

—Sí, es alargada y su piel está como resquebrajada, pero no entiendo a dónde querés llegar.

—¡Mirá! Esta es su línea de reencarnación. Hay períodos que están en blanco, pero, sin embargo, sí se señalan diferentes ubicaciones físicas. ¡Fijate acá! Hay varios períodos de diez años aproximadamente. Si bien las ubicaciones corresponden a diferentes lugares geográficos, son todas zonas cálidas.

—¿Entonces?

—¿A qué animal se parece este hombre?
—Definitivamente, ¡a una lagartija! —gritó Tomás esbozando una sonrisa.
—¡Exacto! ¿Y adiviná cuánto viven en promedio las lagartijas?
—¿Diez años?
—¡Exacto! Y viven en zonas cálidas...
—Pero la verdad, Letus, no entiendo a dónde querés llegar...
—¡Uf! Pongamos otro ejemplo. Fijate esta mujer. ¿A qué se parece?
—A ver... mirá sus ojos saltones, casi no tiene cuello, ni orejas, su cabeza es muy redonda, ¡para mí es una lechuza!
—¡Bien, coincido! Y también tiene baches su línea de reencarnación, con períodos de dos años, que es casualmente la edad promedio de estos bichos y todos ubicados en zonas rurales, que es donde abundan... Y este hombre, ¿a qué se parece?
—¡A un perro bulldog!
—¡Exacto! Y tiene baches de diez años, lo que suelen vivir estos perros. ¿Y esta mujer? Mirá sus ojos, mirá cómo se mueve con arrogancia y estilo. Además, vive comiendo pescado y tomando leche...
—¡No me digas! ¡Es un gato! ¡Es igual!
—¡Exacto! Y tiene baches con períodos de quince años, el promedio de vida de este animal. El último caso que te voy a mostrar es mi evidencia preferida y contundente: mirá este hombre, ¡qué perfil! ¿No? Mirá sus ojos atentos...
—¡Sí! Tiene una tremenda nariz encorvada, como con un sobrehueso. No me digas nada, ¡es un halcón o algo así!
—¡Para mí es un cóndor! Y tiene baches de cincuenta años, como la edad promedio de estas aves rapaces. Y, como si esto fuera poco, encontré dos pruebas más que son irrefutables: todos sus baches se localizan en la Cordillera de los Andes y ¿a qué no sabés a qué se dedica este buen hombre?
—¡Ni idea!
—¡Uy, Yaem! Dejate llevar... ¡es piloto comercial!
—¿En serio? ¡Qué increíble! ¿Y a qué lleva todo esto, entonces?
—¡Es más que obvio, Yaem! Supuestamente, no se puede reencarnar en animales, pero yo sostengo que sí, ¡estas son pruebas irrefutables! Los baches tienen períodos semejantes a las edades promedio de estos

animales, los lugares coinciden con zonas en donde abundan estos bichos, es más que evidente todo...

—¡Ah, mirá! Suena interesante tu teoría, pero no sé si son pruebas tan contundentes; lo que sí es seguro es que me divertí mucho con tu explicación.

—¡Otro que no me cree y se ríe de mí! Te voy a contar otra teoría, esta sí que es irrefutable.

—¡Dale!

—Te voy a explicar el origen de la homosexualidad.

—¡Me muero de intriga! ¡Contame!

—El tema es así: mirá a este hombre, es gay, y tiene... siete vidas mujer, y solo dos hombres, una de ellas, la actual...

En ese momento, se apagó imprevistamente la imagen y se escuchó:

—¡Dejen de jugar y vengan que quiero hablar con ustedes! —era Norx. Estaba con Ilive y Lyam.

CAPÍTULO 16

DREMONT

DURANTE UN TIEMPO, Tomás se limitó a hacer estrictamente lo que Norx le indicaba, tratando de contener su insaciable curiosidad. Su *Jefe* le daba instrucciones precisas y concretas, pero no le explicaba razones ni fundamentos.

Si bien el trato con este extraño Hombre de Moñito era cordial y hasta cariñoso, el temor reverencial que le imponía creaba una distancia entre ellos que nunca terminaba de zanjarse.

Sin embargo, el ambiente que reinaba en el grupo era sumamente agradable. Al Navegador lo usaba poco y nada, ya que casi siempre estaba ocupado por Norx y a él no le gustaba mucho compartir sus exploraciones. Tomás se había percatado de que, dentro del Oráculo de Nocc, también había un sector al que denominaban *Ádyton*, con acceso muy restringido, hacia el cual Norx acudía con frecuencia.

Lyam le había explicado el funcionamiento de la Biblioteca y se pasaba largos lapsos de tiempo investigado junto a él. Eso lo disfrutaba muchísimo. Este increíble lugar era un impresionante reservorio de información sobre almas y hechos. En la práctica, principalmente servía para hacer búsquedas de muy variada y avanzada naturaleza. En sí, el funcionamiento de la Biblioteca era simple: uno podía hacer un requerimiento a los bibliotecarios y estos traían, inmediatamente, unos enormes libros con la información solicitada. El Sistema no era tan deslumbrante como el Reflexionario y el Navegador pero, sin dudas, funcionaba con eficiencia.

Los libros eran inmensos, lucían antiguos y estaban revestidos de cuero negro; en la tapa, tenían grabado el símbolo de la estruc-

tura que había arriba de la pirámide. En cuanto a su contenido, todo estaba escrito con impecable letra caligráfica, como si se hubiese hecho con una antigua lapicera de pluma.

—¡Acá está lo que me pediste! En este está el listado de todos los niños *evolucionados* desde 1980 hasta la fecha, con sus respectivos códigos —le dijo Lyam a Tomás.

— Gracias. ¿Dijiste niños *evolucionados*?

—¿No me pediste la identificación de *niños índigo* en la Tierra?

—¡Sí!

—Bueno, acá los llamamos así: *evolucionados*. También te traje, en este otro libro, las líneas de vida de Daxxus, Mei y Exer. Es un buen índice para individualizar los hitos más importantes de sus vidas y, después, ampliarlos en el Navegador. ¡Ayuda y mucho!

—¡Buenísimo! ¡Tengo para divertirme, entonces! ¿Quién es Exer?

—Norx me pidió que te lo buscara.

—¡Ah mirá! No sabía nada. ¿Qué significa este símbolo? Ya antes lo había visto arriba de la pirámide y en la puerta de lo que llaman Ádyton —dijo Tomás, señalando la tapa de los libros.

—Hay varias teorías al respecto: para mí es un reloj de equinoccio que funciona con sus límites eternos. Son tres círculos: uno corresponde al muro, el otro a la plaza y el restante representa a la profundidad. Estos límites están girando permanentemente. En el centro está el sol. En dos momentos concretos del año terrestre, en los equinoccios, los tres límites se alinean y forman un solo círculo. El último equinoccio ocurrió exactamente el 23 de septiembre pasado. En definitiva, es como un reloj de tiempo y espacio. Cuando quede un solo círculo visible, ¡será equinoccio!

—¡Ah! Nunca me hubiese imaginado una explicación así. El 23 de septiembre fue justo el día en que llegué acá...

—¿En serio? ¡Qué dato interesante!

—¿Sí? ¿Por qué?

Lyam hizo entonces uno de sus famosos silencios.

—¡Dale, Lyam! ¡No seas así! —insistió Tomás.

—Es lo mismo de siempre: hay cosas que no cierran en tu expediente, creo que no deberías estar acá y puede estar relacionado

con eso. Durante los equinoccios se suelen abrir puertas astrales y suceden eventos extraordinarios. Pero es solo una teoría.

—¿Por eso será que hay un hombre que me está siguiendo por todos lados?

—¿Sí? ¿Cómo es?

—Es morocho, medirá un poco más que yo y está siempre vestido desprolijamente. Suelo verlo entre las sombras, siguiéndome. Cuando intento acercarme, me sonrío y luego desaparece.

—¡Apartate de él! ¡No le hables!

—¿Por qué? No parece mala gente, ni tampoco que me quiera hacer daño...

—No es bueno que te vean con él, podrías estar en serios problemas.

—¿Pero por qué?

—Si es el que creo, le dicen *Dru* y está fuera de Sistema, se lo considera casi un terrorista marginal.

—¿Terrorista? ¿Fuera de Sistema?

Lyam le respondió mirándolo fijamente mientras le sonreía, como diciendo: *¡Basta, Yaem!*

—¡Bueno! ¡Está bien! Confío mucho en vos, así que me voy a mantener lejos de él. ¡Gracias por la información! Tengo para divertirme.

—De nada, es un placer. Tengo una sorpresa para vos.

—¿En serio? ¿Qué es? ¡Me muero de intriga!

Lyam le enseñó un tercer libro.

—Acá tenés la línea de vida de “Lio” y su código. Es tu ídolo, ¿no?

—¡Sí! ¡Es de otro planeta Lio! Sin dudas es el mejor jugador de la historia del fútbol universal. Además, es de mi ciudad y, encima, nació futbolísticamente en el equipo del que soy fanático.

—¡Me encantaría que me lleves a la cancha, Tomás! ¡Debe ser algo increíble!

Era la primera vez que Lyam lo llamaba así: *Tomás*.

—¡Sí! ¡Te aseguro que es algo sin igual! Y, bueno, escapémonos algún día de este aburrido lugar y nos vamos a ver un buen partido de fútbol.

—¡Estaría bueno! Quién sabe, a lo mejor el día en que Lio vuelva a tu club... —dijo Lyam con un dejo de tristeza en su rostro.

—¿Sería un sueño! ¡Ey! ¿Por qué te pusiste triste?

—Por nada, ¡estoy bien! Solo te habrá parecido...

Luego de despedirse, Tomás se dirigió hacia donde estaba reunido el *team*, cargando los tres pesados libros. En el camino, se tentó con la idea de tomarse un exquisito cappuccino en *Ludopatía*. Cuando estaba cruzando el puente sobre el espejo de agua, sintió que alguien colocaba una mano en su espalda. Se dio vuelta y observó con pánico que era el temido Dremont.

—Vos debés ser Yaem, el nuevo ayudante de Norx, ¿no?

—Sí, y usted es...

—¿Me vas a decir que no sabés quién soy? —preguntó Dremont sin creerle.

—Sospecho que usted es el que está primero en el Orden de Mérito, aunque no recuerdo bien su nombre, es que soy nuevo acá...

—¡Exacto! Me llamo Dremont, ¡mucho gusto!

—¡El gusto es mío! —mintió.

Dremont lucía anciano y débil; tenía baja estatura y caminaba lento y un poco encorvado; su piel era blanca, casi amarillenta, y con arrugas profundas, como si estuviera al borde de la muerte. Hablaba lento, pausado y con una voz muy baja pero grave. A primera vista, tenía el aspecto de un abuelito bueno; empero, enseguida, su penetrante mirada develaba frío, oscuridad y arrogancia...

—Justo me dirigía al bar a disfrutar de un exquisito cappuccino, ¿me acompañás, Yaem? —le propuso con forzada cordialidad y sorprendiendo a Tomás.

—Le agradezco su invitación pero, lamentablemente, no puedo en este momento. Tengo solo un rato disponible y debo revisar todo esto —respondió respetuosamente Tomás, enseñándole los tres libros. *Norx me dijo expresamente que me alejara de este personaje*, recordó.

—¡Está bien! Entonces, lo dejamos para otro momento. Espero que no te hayan prohibido hablar conmigo...

—¡Por supuesto que no! Si le parece bien, lo dejamos para otra ocasión.

Dremont miró de reojo los libros e inesperadamente le dijo:

—Mi gran amigo Norx y su absurda insistencia respecto de que están naciendo niños *evolucionados* en la Tierra.

Tomás quedó helado con la observación; todos los libros tenían el mismo aspecto y no había forma de que supiera sobre su contenido.

—No sabía que eran *amigos*... —dijo Tomás.

—Hace una eternidad que compartimos aventuras. ¡Cómo no serlo! —ironizó el anciano.

—¡Usted debe ser muy bueno con las predicciones! ¿No?

—¿Norx solo te dijo que hacemos predicciones acá?

Tomás hizo un incómodo silencio, no sabía qué responder...

—Mi amigo suele ser muy mezquino con su gente, nunca los deja crecer —continuó el viejo—. El día que quieras conocer revelaciones ancestrales que van a conmovier hasta la última gota de la energía de tu alma, ¡buscame! ¡No te vas a arrepentir! ¡Tener el privilegio de conocer este tipo de información calificada es una oportunidad única! ¡Te lo aseguro!

Era evidente que Dremont era un extraordinario manipulador y que sabía perfectamente atacar los puntos débiles de sus víctimas. En este caso, había logrado despertar la curiosidad de Tomás, pero, también, lo había intimidado y asustado.

—¡Ok! Lo voy a tener en cuenta, gracias.

—Incluso, te podría enseñar qué hay adentro de Ádyton. ¿No te da intriga conocer qué pasa ahí? ¡Yo sé que sí...!

—No, gracias, estoy bien así —mintió. ¡Uy, me muero de intriga!

—Ambos sabemos que te morís de intriga... aunque, bueno, por el momento, respeto tu fidelidad y represión. Ambos también sabemos que tu situación por acá es por demás precaria, una palabra mía bastaría para determinar tu destino, ya sea para que puedas ver a tu *Abu* las veces que quieras, como para que tu alma deambule en la eterna penumbra. —En ese momento, el cielo comenzó a llenarse de temibles nubarrones oscuros.

—Eso me sonó a amenaza, señor, ¡pero no le tengo miedo! ¡Me tengo que ir! Hasta luego —se despidió Tomás molesto.

Dremont le respondió con una sonrisa de autosuficiencia.

Tomás se sentó a una de las mesas, visiblemente contrariado. Al fin y al cabo, él no era nadie en Equinoccio como para que este siniestro personaje demostrara tanto interés. *Este viejo de mierda quiere meter cizaña entre Norx y yo; seguramente debe haber cuentas pendientes entre ellos*, dedujo. *Me dejó muy intrigado este desgraciado y algunas de las cosas que dijo son ciertas, Norx nunca abre el juego para su gente...*, pensó contrariado.

Un rato después, llegó a donde estaba reunido todo el *team*.

—¡Buenas a todos! ¡Traje información! —saludó Tomás mostrando los libros.

—¡Hola, Yaem! —dijeron Ilive y Letus.

—¡Te estábamos esperando! —respondió Norx. Un instante después, lo miró fijamente, y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien...

—¿Seguro? —insistió Norx, mientras Letus e Ilive observaban con atención.

Tomás dudaba acerca de si debía contarle o no sobre su encuentro con Dremont. Recordó, entonces, una de sus primeras charlas con él, cuando le dijo con énfasis: *conmigo podés tener toda la confianza que necesites; si te equivocás, por más grave que sea, me lo decís y no pasa nada. Juntos alguna solución le vamos a encontrar seguramente, pero si me lo ocultás o me mentís, me vas a conocer enojado*. Tomás reflexionó por un instante al respecto y decidió que lo correcto era contarle todo:

—Bueno, más o menos, me gustaría contarle algo que me pasó recién...

—A ver, dejame adivinar. A que te interceptó Dremont...

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe? —¡Uf! *Menos mal que le iba a contar, sino ¡me mata...!*, pensó sorprendido.

—Es típico de él: cada vez que aparece alguien con potencial a ayudarme, quiere entorpecer nuestra relación —le respondió con firmeza.

A mí nunca me vino a hablar este maldito, ¿acaso no tendré potencial?, pensó el celoso Letus.

—Sí, tal cual; me dijo un montón de cosas para meter cizaña y me invitó a tomar un café. Obviamente, le respondí de buena forma que “no”. ¿Hice bien?

—Sí, claro que hiciste bien; tanto en poner distancia, como en contarme. Es un alma muy peligrosa y manipuladora; tengo serias diferencias con él desde hace mucho tiempo.

—Usted me dijo que tenía que ser siempre sincero, ¿no?

—Sí, es la mejor forma de mantener una excelente relación de confianza, ¿no te parece? Decime todo lo que te está inquietando, Yaem, sin miedo.

Ilive y Letus continuaban atentos a la charla. Ninguno de los dos se había atrevido a tanto con Norx.

—¡Sí!, ¡me parece! En tal caso, para serle honesto, la verdad es que este personaje siniestro me asustó un poco. Era como si me estuviera leyendo la mente. Él sabía, perfectamente, que yo soy exasperantemente curioso y jugaba con eso. De todas formas, me dejé pensando, no puedo evitarlo...

—¡Hablá sin problemas! ¿Qué querés preguntarme?

—¿Qué pasa realmente en el *sector VIP*?

—Imagino que te referís al sector reservado. No te lo puedo decir. ¡Perdón!

—¿Por qué? ¿Acaso no confía en nosotros?

—¡No pasa por ahí! Por supuesto que confío, sino no estarían acá conmigo. Hay cosas que pasan ahí difíciles de entender y ¡quiero protegerlos!

—Pero nosotros queremos crecer y correr riesgos y, si no nos abre el juego, ¡no lo podemos hacer!

—Es raro que vos digas eso, hace poco que estás acá con nosotros...

—¡Es verdad! Desde que estoy en Equinoccio nada es normal para mí. Yo siempre viví en un mundo muy predecible y, ahora, no entiendo ni lo más elemental. Sé que soy nuevo acá; sin embargo, me gustaría elegir a mí qué riesgos deseo correr y cuáles no...

—¡Ok! ¡Está bien! Andá a descansar un poco y, cuando vuelvas, ¡vamos a entrar al sector reservado!

—Pero yo no estoy cansado.

—Tu mirada dice otra cosa...

Tomás asintió con la cabeza y se fue al hotel, llevando consigo únicamente el libro de Lio. Norx también se retiró, quedando solos Ilive y Letus.

—¡Tremendo planteo el de Yaem! —dijo en voz baja Ilive.

—Yo tendría que haber hecho lo mismo hace mucho tiempo.
¡Ahora quedé muy ansioso! ¡No veo el momento de entrar al VIP!

—Pero... ¿vos pensás que estamos incluidos en la invitación?
—preguntó Ilive.

—¡Por supuesto que sí!

—Yo tengo mis dudas...

CAPÍTULO 17

EDWIN Y SU DESCUBRIMIENTO

TOMÁS CAMINABA POR la Gran Plaza rumbo al hotel mientras analizaba, totalmente abstraído, el libro de la vida de su ídolo futbolístico. Le llamó la atención que en dos lugares específicos de la línea de vida había números: en donde figuraba la decisión de la familia respecto de irse a España (122322 y 7500) y en la referencia correspondiente a su primer Balón de Oro por ser el Mejor Jugador del Mundo (267272 y 100000). *Qué significarán estos números*, pensó intrigado. Inesperadamente, escuchó que alguien lo llamaba desde las sombras. *Debe ser el terrorista al que llaman Dru, ¿tengo que escapar!*

Tomás apresuró su paso por la galería, pero la sombra comenzó a seguirlo. Se asustó mucho y corrió tan rápido como pudo. Quienientos metros adelante, empezó a caminar de nuevo, pensando que ya la había perdido. Se dio vuelta y no la vio más. *Por suerte el hotel ya está cerca*, caviló aliviado. La galería estaba inusualmente vacía. Al darse vuelta, se tropezó con algo y cayó al piso; estaba aterrado. Levantó lentamente su mirada y, ahí, estaba Dru con una cálida sonrisa y brindándole su mano para que pudiera levantarse.

—No me tengas miedo, Yaem, no te voy a hacer daño.

Tomás le aceptó su mano, se incorporó y le dijo:

—Vos sos Dru, ¿no?

—Efectivamente, así suelen llamarme.

Tomás estaba confundido, Dru no parecía ser tan peligroso como decían. El supuesto terrorista levantó el libro de Lio del piso y se lo alcanzó con gentileza.

—Es que me dijeron cosas horribles de vos...

Dru empezó a reír a carcajadas.

—Acaso... ¿parezco peligroso?

—La verdad que no pero, bueno, nunca se sabe...

—¡Es verdad! Lo que pasa, mi amigo Yaem, es que cuando el *establishment* encuentra a alguien que no quiere vivir de acuerdo con sus ridículas reglas impuestas, pasa a ser inmediatamente ¡peligroso! Y yo me pregunto: ¿peligroso para quién y para qué? Y la respuesta es simple: para mantener el *status quo* y sus privilegios...

—Sí, puede ser... En fin, ¿puedo saber por qué me estás buscando?

—Necesito que me des cierta información...

—¿De qué tipo?

—Con respecto a tu llegada, fechas, lugares, ingresos, etcétera.

—¡Ah! Pero no tengo mucho para decir... Llegué el 23 de septiembre a Equinoccio. Tuve un accidente con mi moto y aparecí de la nada en un largo pasillo con puertas a ambos lados.

—¿A qué hora?

—Y... serían las...

—¿Está todo bien, Yaem? —preguntó sorprendidamente un hombre del hotel.

—¡Sí! ¡Todo bien, Leonínides! Justo estaba por entrar.

Al darse vuelta, Dru ya estaba de nuevo entre las sombras... Tomás entró al hotel.

Digan lo que digan, este Dru me cae simpático y no creo que quiera hacerme daño, discurrió, mientras se acostaba en la cómoda cama.

Al despertarse, se sintió como nuevo. Su enorme ansiedad lo llevó a apresurarse lo más que pudo. No veía la hora de desentrañar los misterios del VIP. Afuera, el día era precioso y el cielo estaba diáfano e intensamente azul.

Al llegar al Navegador AXZ, no encontró a nadie y eso lo desanimó un poco. *¡Ya sé! Ahora que tengo todas las instalaciones para mí, voy a aprovechar para utilizar el Navegador tranquilo*, reflexionó entusiasmado. Se sentó en el sillón e introdujo el código correspondiente a Exer. *¿A ver quién es este?*, se preguntó impregnado en curiosidad.

El código lo llevó a un tal Edwin Sánchez Aguilar, un arqueólogo guatemalteco joven y entusiasta.

Desde niño Edwin soñaba con descubrir los enigmáticos secretos que subsisten entorno al misterioso Imperio Maya. En busca de su quimera, arribó un día al Museo Nacional de Arqueología y Etnología de Guatemala, en donde pudo canalizar, de alguna forma, su pasión. Fanático de la saga de Indiana Jones, vivía recorriendo la selva tropical, enfundado en un viejo sombrero, al mejor estilo del protagonista, y buscando afanosamente “su gran descubrimiento”. Sin embargo, su gran imaginación no lo ayudaba a ganarse el respeto de sus colegas, quienes no lo tomaban muy en serio. A Edwin eso no le importaba demasiado. Su pasión podía más que las burlas malintencionadas. Solía internarse por días en la selva y recorrerla con paciencia, pernoctando cada tanto en su aldea llamada *Carmelita*, a nueve horas a caballo de la Gran Pirámide *El Mirador*.

Tomás navegó hasta su presente y observó al joven arqueólogo, junto a una señorita muy atractiva llamada Irina, recorriendo a caballo la frondosa selva. Por lo que pudo entender, habían ido a inspeccionar los daños causados por un voraz incendio ocurrido en la zona fronteriza con México. Irina es una joven bióloga norteamericana, que había sido asignada por la UNESCO a la protección de la Reserva de la Biósfera Maya.

—¡Estos desgraciados están causando un daño terrible! ¡Juro que los mataría! —dijo Irina indignada, en un español algo atravesado, ya que no era su lengua nativa.

—¿Estás segura de que lo hacen a propósito? —preguntó Edwin.

—Sí, claro. Mucha gente no quiere a esta hermosa selva y, en cambio, preferirían tener extensas llanuras para su codiciosa explotación agropecuaria.

—¡Terrible! ¡Mira cómo quedó todo quemado! Hace poco pasé por acá y estaba cubierto por una frondosa vegetación virgen y, ahora, está todo tristemente chamuscado.

—Ni me digas, me dan ganas de llorar... —dijo Irina con ojos brillosos—. ¿Qué te anda pasando, Edwin? ¿Por qué tienes esa mirada tan extraña?

—¡Mira! ¡Allá! —respondió con voz entrecortada y casi sin aliento, señalando a espaldas de ella.

Ambos abrieron sus ojos y bocas, asombrados. Frente a ellos, a unos cincuenta metros, se encontraba una pequeña pirámide, que había quedado parcialmente descubierta gracias al incendio. Edwin se bajó del caballo y salió corriendo hacia el fantástico descubrimiento. Irina lo siguió.

—Parece mentira, pasé mil veces por acá y nunca había advertido nada, ¡es imperdonable! —dijo Edwin maravillado.

—Se ve que estaba tapada por la selva ya que es muy espesa y frondosa en esta zona.

La pirámide era hermosa. Estaba conservada en buen estado y continuaba parcialmente cubierta por vegetación y tierra. Tendría unos diez metros de altura, escalones en el medio de dos de sus caras y un templete en la cima. En uno de los lados sin escaleras, había inscripciones y dibujos; en el otro, una puerta de piedra.

—¿Qué significa? ¿Sabes? —preguntó Irina mientras señalaba los dibujos.

—No, no logro entender del todo. Esta figura me parece que representa el famoso Cinturón de Orión —le respondió mientras sacaba fotos.

—¿Te parece que la pirámide está ubicada en Guatemala o en México? —preguntó Irina.

—Creo que está justo en el límite.

—¡Tenemos que avisar al Director del Museo y al resto de las autoridades!

—Sí, claro, pero primero voy a investigar un poco —respondió el muchacho con un extraño brillo en sus ojos.

—¿Estás seguro, Edwin? Creo que podrías meternos en problemas.

—Ni loco me pierdo este momento. ¡Es lo que busqué toda mi vida! Ayúdame a mover la piedra que está tapando la puerta.

—¡No sé si debemos, Edwin!

El muchacho intentó moverla sin la ayuda de Irina; sin embargo, no pudo. Finalmente, subió corriendo por las escaleras hacia el templete y gritó:

—¡Irina, tráeme por favor la linterna y la cuerda que tengo en la mochila de mi caballo! ¡Acá hay un agujero por el cual creo que podemos descender!

Irina dudó pero, finalmente, accedió a su pedido. Ataron fuertemente la soga a un sobresaliente del templete y Edwin descendió con mucha lentitud. Ella se quedó arriba observando nerviosa. La excitación del muchacho era tremenda. Adentro, todo estaba oscuro. Gracias a la linterna, pudo descubrir que las paredes contenían hermosos jeroglíficos y dibujos.

—¿Estás bien? —gritó Irina preocupada.

—¡Sí! ¡Es el mejor momento de mi vida! ¿Quieres bajar tú también?

—No, gracias, prefiero quedarme acá. ¿Qué ves?

—Se ven jeroglíficos y figuras muy parecidas a las de afuera, pero más hermosas. También hay como una pesada losa protegiendo un compartimiento secreto. Voy a intentar moverla.

—¡No lo hagas! ¡Nos vas a meter en serios inconvenientes! —gritó Irina con firmeza.

Un estruendoso sonido estremeció el corazón de la chica.

—¡Ay, por Dios! —gritó el aventurero muchacho.

—¿Qué pasó? —gritó Irina desesperada.

—¡Se partió la losa!

Se hizo un silencio estremecedor. La chica estaba muy nerviosa.

—Edwin, ¿estás bien? —gritó desesperada; no obstante el muchacho no respondió—. ¡Chico! ¡No me asustes!

—Sí, sí, perdón, ¡es que encontré algo maravilloso! ¡Voy a intentar subirlo!

—¡No lo hagas! Llamemos al Director del Museo. Podrías estar arruinando reliquias de incalculable valor.

Edwin no le hizo caso y subió como pudo por la soga, trayendo algo a cuestas.

—¡Mira lo que es esto! ¡Es increíble! —dijo Edwin mostrándole unos extraños aros metálicos de un metro de diámetro aproximadamente.

—¡¿Qué es eso?!

—¡No tengo ni la menor idea! En realidad son tres aros unidos. ¡Son maravillosos!

—Sí, son hermosos. ¿De qué material son? Parece acero, no tiene nada de óxido.

—Sí, es como un metal duro y parece ser muy resistente aunque también es increíblemente liviano. ¡Fíjate! —le respondió el intrépido muchacho mientras le entregaba los aros.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Los vas a llevar al Museo?

—Sí, claro. Vamos a acampar acá mismo, que ya es tarde y mañana lo llevamos a la aldea. Ni loco los dejo en el medio de la selva. Tengo miedo de que los roben. ¡Es el descubrimiento del siglo!

—¿Quién los va a robar, Edwin? ¡Estamos en el medio de la nada!

—Prácticamente todas las grandes tumbas y monumentos de la humanidad fueron saqueados por vulgares ladrones, por más que estuvieran en el medio de la nada. ¡Los vamos a llevar! No tengo dudas de que es lo mejor.

Irina dudó un instante y luego dijo:

—Sí, ¡tienes razón!

En ese momento, Tomás sintió que todo se sacudía y una presión en su hombro derecho. Finalmente escuchó: *¡Yaem! ¡Yaem! Desenchufate de una vez por todas, que Norx te llama urgente.*

Era Letus, que lo estaba zamarreando para que dejara de navegar.

CAPÍTULO 18

ÁDYTON

—¡TE ESTÁ ESPERANDO Norx! Dale, ¡apurate! —le dijo Letus mientras Tomás se levantaba del Navegador e intentaba despabilarse.

—Sí, sí, ¿dónde está?

—Afuera.

—¿Dónde estaban ustedes? Llegué y no encontré a nadie.

—Estábamos presenciando la actualización del Orden de Mérito.
¡Te lo perdiste!

—Pero si yo no sabía nada... ¡Me hubiese encantado ir con ustedes!
Letus se encogió de hombros, se lo notaba fastidiado.

—¿Te pasa algo, amigo? —le preguntó Tomás mientras colocaba su mano en el hombro de Letus.

—No, estoy muy bien. Parece que vas a ir al VIP, nomás... ¡Qué suerte tienen algunos!

—¿Ustedes no vienen con nosotros?

—Parece ser que ni yo ni Ilive estamos invitados, por el momento...

—¡Ah! ¡Qué pena! ¿Querés que hable con Norx y le pida por ustedes?

—No, gracias, amigo; él sabe mejor que nadie por qué hace las cosas. Andá que te está esperando y no le gusta esperar...

En ese momento, entró Ilive con una gran sonrisa y le dijo:

—¡Hola, Yaem! ¡Qué suerte que vas a conocer el sector reservado! ¡Qué emocionante! ¡Cuánto me alegra que puedas ir!

—¡Gracias! Después, obviamente, les cuento todo.

Tomás se dirigió con premura hacia donde estaba Norx.

—Hola, ¿cómo anda? —saludó Tomás con entusiasmo.

—Muy bien, ¡esperándote!

—¡Perdón! Como llegué y no estaban, estuve investigando con el Navegador sobre lo que usted me encargó.

—¿Sobre los *niños evolucionados*?

—No, respecto a Edwin.

—¿Edwin?

—Sí, Exer, el arqueólogo guatemalteco.

—¡Pero eso no era material para vos! ¡Era para mí!

—¡Ah! Me lo dio Lyam, se habrá confundido sin querer.

—Seguramente. Bueno, no importa, ¿estás preparado?

—¡Sí! ¡Estoy más que listo!

—Ok, ¡vamos entonces!

Tomás evaluó por un instante si podía preguntarle por Letus e Ilive, pero consideró que el ambiente estaba un poco tenso y decidió que no era conveniente hacerlo. Explotaba de ansiedad, sentía como si estuviera por entrar al mismísimo corazón de la enigmática Área 51.

Llegaron hasta una gran puerta de madera tallada, en cuyo centro estaban grabados los misteriosos círculos y el sol. Tomás, que caminaba con cierta timidez a un par de metros detrás de Norx, no pudo evitar relacionar los mismos con el hallazgo de Edwin. Al acercarse, la puerta se abrió e ingresaron en un corredor. Inesperadamente, un fornido hombre le interrumpió el paso a Tomás y Norx, con su característico aplomo, le respondió:

—¡Está conmigo! ¡Es mi nuevo asistente!

—Perdone, Su Excelencia, no lo sabía.

El corredor desembocaba en una galería redonda a cielo abierto, que rodeaba una extensa llanura verde, con una inmensa y resplandeciente pirámide en el medio. *¡Esto es espectacular!* Extraños personajes se cruzaban ante Norx y lo saludaban con respeto. Algunos casi no parecían humanos. A Tomás le llamó la atención que los cuerpos de los individuos irradiaran luz de diferentes colores.

—Bueno, mi querido Yaem. Este es el famoso sector reservado que tanto te intrigaba.

—¡Es impactante!, si bien no logro entender qué es este extraño lugar.

—La verdadera acción transcurre dentro de la gran pirámide, ¡vamos!

— ¡Vamos!

Desde la galería se desprendían caminos hacia la pirámide, como si fueran rayos. La altísima estructura era imponente y estaba impecablemente recubierta con algún tipo de piedra blanca que la hacía resplandecer con la luz del sol.

—Es parecida a la de Keops, pero menos alta y más nueva. Además, la de Egipto no brilla y es escalonada. Estuve hace unos años en África y quedé maravillado con su cultura —comentó Tomás con aires de conocedor.

—¡Sí que brillaba! La Pirámide de Keops también estaba recubierta como esta y resplandecía de manera espectacular en el desierto. ¡Era algo verdaderamente maravilloso!

—¡Ah, no lo sabía! ¿Está seguro? Y... ¿qué le pasó entonces?

—¡Por supuesto que lo estoy! Yo mismo, en persona, la vi brillar con todo su esplendor. ¡Era un espectáculo majestuoso! El tiempo y los saqueadores hicieron su trabajo; por eso hoy luce opaca y escalonada.

Tomás quedó estupefacto con la respuesta de Norx. Llegaron al ingreso de la pirámide y entraron. Caminaron unos metros por un estrecho pasadizo iluminado con antorchas. Al final del mismo, había una inmensa recámara redonda repleta de inquietas almas que brillaban en la penumbra.

—¿Por qué brillan? —preguntó Tomás en voz baja.

—Deberías decir *brillamos*, en todo caso. El alma es energía pura y brilla más en ciertos lugares. En la Tierra, se manifiesta a través del aura de las personas.

Tomás inmediatamente observó sus manos y notó con sorpresa que él también brillaba con una tonalidad azulaba.

—¡Miren a quién tenemos acá en Ádyton! ¡Al gran Norx! ¡Qué bueno que nos honres con tu presencia! Advierto que viniste junto a tu ignoto aprendiz, Yaem —dijo Dremont al momento de cruzarlos. Tomás, al escuchar su inconfundible voz, sintió que una sensación gélida le recorría la espalda.

—¡Gracias por el inmerecido recibimiento, Dremont! Yaem me contó que ya se conocen, así que no necesito presentarlos...

—Efectivamente, nos cruzamos en *Ludopatía* por casualidad —respondió Dremont sin llegar a detener su marcha—. Me tendrán que disculpar, pero no me puedo quedar a conversar con ustedes, tengo algunos asuntos urgentes que atender.

Cuando ya se había alejado unos veinte metros, Dremont se encontró con Lyam y ambos se dirigieron presurosos hacia un corredor.

¿Qué tendrán que hablar con tanta urgencia Dremont y Lyam?, pensó Tomás intrigado.

Alrededor de la gran recámara redonda había muchas puertas que conducían a pequeños y oscuros habitáculos.

—Bueno, muchacho, ¡esto es Ádyton! No hay mucho más para mostrar...

—Sin embargo, sigo sin entender. ¿Qué pasa en este lugar?

—A ver, voy a tratar de explicarlo con la mayor sencillez posible. Todo este sector de Equinoccio, al que suelen llamar *el Oráculo de Nocc*, está destinado a predecir el futuro en la Tierra. A su vez, dentro de esta pirámide, se encuentra *Ádyton*, sector al que solo pueden acceder los Profetas y algunos pocos asistentes. El futuro en la Tierra es algo relativamente incierto, debido a la especial naturaleza humana. Las personas son contradictorias y cambiantes y eso provoca que sus vidas sean tan aleatorias e impredecibles. Es más, los humanos suelen sufrir de crisis emocionales cuando viven en una atmósfera predecible; pareciera que necesitan siempre del caos y de los problemas para poder creer que sus vidas tienen sentido. Hace ya un tiempo, se pensó que resultaba conveniente contar con herramientas que permitieran, de alguna forma u otra, predecir los acontecimientos futuros. En un primer momento, se puso el foco en la predicción de grandes eventos, ¡pero fracasamos! Nos dimos cuenta, después, de que los grandes hitos de la humanidad son derivaciones, casi siempre, de la suma de muchas elecciones, que toman diferentes personas, por muy diversos motivos. Si bien muchas de estas decisiones parecen sin importancia a simple vista, terminan siendo determinantes. Es decir, que los grandes eventos no son, necesariamente, consecuencia

de grandes elecciones, es mucho más complejo que eso. De esta forma, cambiamos el foco y empezamos a tener algo de éxito.

—No sé si entiendo bien, ¿acá se hacen predicciones? ¿A qué se refiere con decisiones sin importancia?

—Algo parecido. Es un poco más que hacer predicciones. A veces, hasta podemos delimitar con mucha anticipación ciertos destinos. El problema radica, más que nada, en que ese destino cambia constantemente. Es como cuando conocés a alguien mucho y sabés, de antemano, cómo va a reaccionar ante ciertos eventos. Decisiones aparentemente muy tontas determinan en forma drástica tu destino. Así, por ejemplo, las pequeñas decisiones, que envuelven al hecho de tener que ir a una reunión social, implican tomar diferentes caminos hacia tu futuro. Encima cada pequeña decisión que tomamos, por más insignificante que parezca, no solo influirá en tu destino, sino en el de muchísimas otras personas. Podés ir o no a la reunión, y tu decisión seguramente no será inerte para vos, ni para los demás. Llegar diez minutos antes o diez minutos después, lo cambia todo; quizás de eso dependa que encuentres amor, odio, trabajos, relaciones, hasta la muerte... Estabas ya por salir y te sentiste con mal aliento, decidiste entonces lavarte de nuevo los dientes; esos cinco minutos de diferencia, seguramente, cambiaron tu vida, tu destino y el de los demás. ¿Tenés alguna idea de las cosas que se tuvieron que dar, para que ahora estemos acá, vos y yo, hablando de esto?

—Supongo que muchísimas.

—Prácticamente infinitas. Obviamente que algunas determinaron más este presente que otras, pero lo importante es tener en claro que no exclusivamente las decisiones que considerabas relevantes, te llevaron a estar hoy acá. En este orden de conceptos, es muy probable que si no te hubieses divorciado, quizás ahora estarías con Josefina, mal dormido aunque feliz, a causa del llanto nocturno de un hijo recién nacido, quien sería a su vez portador de un alma noble que, por tu accidente y otras circunstancias, ahora se quedó con ganas de ser...

Norx estaba siendo demasiado complicado en su explicación. Tomás intentó interrumpirlo para pedirle aclaraciones, pero su Maestro le pidió que lo dejara terminar con la idea.

—La importante decisión de separarte de tu mujer, entre otras, determinó que hoy estés acá conmigo. Sin embargo, también hizo que hayas *elegido* doblar a la derecha, y no a la izquierda, aquella madrugada fatídica y que hayas recibido los mensajes de Lorena y Mía un rato antes. A su vez, si hubieses *decidido* doblar la izquierda, no hubieses sufrido el accidente y esa decisión iba a derivar, seguramente, en una unión sentimental con Mía, con todo lo que ello implica. Si te cansabas un poco antes de la fiesta o si solo hubieses saludado a algún amigo más, esos minutos de diferencia, con certeza, iban a determinar otro destino. Probablemente hubieses ido a divertirte con Lorena, pero el camión no hubiese estado justo en ese lugar para dañarte. A la larga y, con el tiempo, ese camino te iba a llevar con Josefina nuevamente. Otra decisión determinante fue dejar, a último momento, el casco en tu casa... En fin, hay miles, millones, de variables posibles...

—¿Cómo es que sabe tanto de mí? ¿Acaso me estuvo estudiando? ¿Cómo puede estar tan seguro de todo lo que dijo?

—No lo estoy... Son solo probabilidades y conjeturas lógicas sustentadas en estadísticas y análisis.

—Me parece que usted está evadiendo parte de mis preguntas... No haber llevado el casco justo ese día fue mucha mala suerte, ya que yo lo usaba siempre... ¿O me está insinuado que no fueron decisiones del todo libres las que yo tomé en aquel momento?

—¡Buena observación! Por el momento, no sé si es conveniente explicarte mucho más...

—¡Ok! Entendí el concepto y lo encuentro inquietante. ¿Le parece a usted que no me tendría que haber separado de Josefina? ¿Me atolondré?

—Yo no dije eso, ni que hubieras tomado una mala o buena decisión, sino que tu destino, seguramente, sería diferente al hecho de que hoy estuvieras acá hablando conmigo de todo esto.

—Entiendo. ¡Es verdad! Pero el hombre no puede estar pendiente de cada pequeña decisión que toma, pensando que puede modificarle radicalmente su vida. ¡No se podría vivir tranquilo con semejante presión!

—Sí, claro. Las personas no son conscientes de esto y es mejor que sea así. Te lo explico para que entiendas lo difícil que es predecir el futuro.

—Es como con el clima: los pronosticadores casi nunca “la pegan”. Bueno, para ser justos, recién ahora están empezando a acertar un poco —acotó Tomás con humor.

—¡Es un excelente ejemplo! No acertaban antes porque el tiempo es determinado por infinidad de variables. Ahora pueden hacerlo mejor porque cuentan con poderosas computadoras e información de todo el mundo al alcance de un click. Acá pasa lo mismo, el que maneja más variables, suele acertar más.

—¿Cómo Dremont?

—No solo por eso Dremont es el número uno en estos momentos...

—¿Y por qué lo es también... entonces?

—Digamos que sus códigos para manejar *el Susurro* son demasiados flexibles... Por dichos motivos, tenemos serias diferencias desde hace un buen tiempo...

—¿El *Susurro*?

—Sí, el *Susurro* vino después. Incluso, a este sector reservado, lo suelen llamar también: *Susurros del Destino*.

—¿Y en qué consiste?

—Cada Profeta puede utilizarlo con ciertas limitaciones. Consiste en susurrar directamente a la mente de un individuo y, con eso, influir en sus decisiones.

—¿Es decir que esta persona escucha lo que le susurró el Profeta como si fueran sus pensamientos?

—Algo así, algunas personas son más permeables a escucharlos que otras.

—¿Y con solo un *Susurro* se puede cambiar el destino de alguien?

—¡No es poca cosa! ¡Bien utilizado, es muy poderoso!

—Esa madrugada, ¿alguien intentó influirme con *Susurros* para que yo doblase a la derecha?

Norx no respondió a su pregunta.

CAPÍTULO 19

EL PODER DE LOS SUSURROS

NORX LLEVÓ A Tomás a uno de los numerosos habitáculos que había alrededor de la recámara principal. Una vez que atravesaron la puerta, esta se cerró automáticamente, quedando a oscuras. En el centro había dos cómodos sillones reclinables, con las respectivas hendiduras en los apoyabrazos para colocar las manos. Se acomodaron en los asientos dispuestos a comenzar una navegación que prometía ser inolvidable. La ansiedad de Tomás era extrema: se sentía como si fuera Neil Armstrong segundos antes del lanzamiento. De repente, una luz iluminó el ingreso, lo que provocó que Norx se incorporara con algo de fastidio. En ese momento la puerta se abrió e ingresó una singular muchacha, informando a Norx que el Consejo necesitaba contactarlo urgente.

—Haceme un favor, Simo: Yaem es mi nuevo asistente y necesita aprender acerca del poder del *Susurro*. ¿Podrías hacerle una demostración gráfica con el Navegador, por favor?

—Por supuesto, Su Excelencia. ¡Será un verdadero placer!

—¡Gracias, Simo! Eso sí, no te extralimites. Me informaron que, a veces, te gusta “jugar” y te excedés un poco. Recordá siempre que hay personas atrás de todo esto y que las cosas que hagas pueden traer serias consecuencias, por más insignificantes que parezcan...

—¡Por supuesto! ¡Quédese tranquilo, Su Excelencia!

Simo tenía una belleza muy particular. Lucía joven, espontánea y relajada; su inquieta mirada dejaba traslucir su lado irreverente. Era delgada, rubia y de ojos claros, de un color muy poco frecuente. Sus rasgos alargados casi no parecían humanos y su contorno resplandecía con intermitencia, como si bailara al compás de su voz.

—Así que vos sos el nuevo aprendiz del gran Norx.

—En realidad no sabría cómo calificarme, pero, bueno, digamos que algo por el estilo.

—Yo soy asistente de Orak, uno de los Profetas que más ha crecido últimamente.

—¡Ah! Sí, vi que estaba séptimo en el Orden de Mérito.

—Pensé que, después del último episodio, Norx no iba a tener más aprendices. De todas formas, aunque hoy sea considerado un poco anticuado, debe ser un honor tener la posibilidad de aprender junto a él.

—¿Por qué? ¿Qué pasó con el último aprendiz?

—Nada, nada. ¡Mejor, empecemos!

Tomás colocó sus manos en las hendiduras, la miró a Simo, se sonrieron, cerró sus ojos y trató de relajarse lo máximo posible. De repente, aparecieron en el medio de un parque de alguna ciudad desconocida; era como si sus ojos se hubieran abierto de golpe y sus cuerpos se hubieran trasladados realmente a dicho lugar. Un chico, portando unos globos rojos, corrió hacia Tomás y este, instintivamente, trató de esquivarlo.

—No te puede ver, ni tocar, somos como dos fantasmas —aclaró Simo mientras se reía de la situación—. Podemos usar el *Susurro* para influir en las decisiones de las personas. Es una herramienta poderosa, si se sabe utilizar, claro. La persona recibirá el *Susurro* como si fuera un pensamiento propio. Por tal motivo, siempre hay que susurrar en primera persona, nunca en segunda; debe sentirlo como si fuera suyo y no como si alguien más le hablara. Al igual que los Navegadores comunes, si está activada la función “traducción”, escucharás todo lo que hablen en tu idioma. De lo contrario, se percibirá la lengua de origen. Algunas personas son más “permeables” que otras. Ese número verde que ves allá, muestra el grado de permeabilidad. Enfocate en esa parejita, la que está en el bar. Es evidente que están recién conociéndose. En este caso, la permeabilidad de la mujer es del 85%, y la del hombre del 50%; es decir que esta señorita es muy permeable al *Susurro*, pero el muchacho, no tanto.

—¿Y de qué depende el grado de permeabilidad?

—De muchos factores. En general, la gente más sensible, abierta, insegura, crédula e influenciable es la más permeable. Los artistas, por ejemplo, suelen serlo más que los ingenieros. Esas líneas verdes indican sus destinos proyectados. La verdad es que no tengo el nivel evolutivo suficiente como para poder explicarte bien cómo funcionan. Sí te puedo decir que esta pareja no tiene un buen futuro estando juntos, ya que no tienen mucha compatibilidad. Si se pusieran de novios, tienen un 87% de probabilidad de fracaso y solo un 2% de posibilidades de llegar al matrimonio. ¡Vamos a darles un empujoncito así les evitamos una pérdida de tiempo!

El joven ponía mucho esmero en conquistarla, la adulaba permanentemente, se mostraba divertido y se aproximaba con cualquier pretexto. La chica, por su parte, comenzaba con timidez a ser receptiva, aunque no se la notaba muy convencida. La muy agradable tarde y el hermoso entorno contribuían con el plan de conquista.

—Nunca pensé que fueras tan interesante —dijo el galán con tono seductor.

—¿Te parece para tanto? Yo me veo como una chica común y corriente.

—¿Común y corriente? ¿Estás loca? No tenés absolutamente nada de común, todo en vos es extraordinario, tanto tu belleza como tu inteligencia y simpatía.

—Bueno... me hacés sonrojar.

—¡Esta hamburguesa está buenísima! ¿Cómo está tu emparedado?

—¡Muy rico!

—¡Qué bien la estamos pasando! ¿No? Es como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿De toda la vida? Yo no siento lo mismo... ¡Qué día precioso!
—respondió ella tratando de poner límites.

El muchacho acercó su silla a ella y le tomó la mano.

—A ver, dejame leer tu destino, quiero saber si aparezco en algún lado.

—No me digas que sabés leer las manos...

—Sí. Me enseñó una tía.

La muchacha, que se había dado cuenta de que era una burda estrategia para acercarse, dudó en cómo reaccionar.

—Ahora entro yo y le saco todas las dudas con un simple susurro demoledor —dijo Simo—. Solo se pueden hacer tres susurros por persona, pero, en este caso, con uno me basta y sobra.

Apretó un botón azul que estaba en el sillón y todo el ambiente se puso de dicha tonalidad. Entonces, Simo, en voz baja y pausada, susurró:

Le quedó un pedazo de lechuga verde entre los dientes ¡Pua!, qué asco! ¡Me dan ganas de vomitar!

La joven tiró ligeramente su cabeza hacia atrás y, sin poder evitarlo, su rostro reflejó repugnancia. A los pocos segundos, le soltó la mano de mala forma y le dijo:

—¡Qué cariñosos que estamos hoy! Me caés bien, pero vas muy rápido para mi gusto.

—¿Rápido? Pero si no intenté nada...

—Es que soy muy chapada a la antigua. ¡Perdón! —le respondió sin poder sacar la atención del pedacito de lechuga incrustado en los dientes.

—Me interesás mucho, así que te voy a esperar el tiempo que sea necesario.

—¡Me tengo que ir! ¡Ya se me hizo tarde! —dijo ella sorprendiendo a su pretendiente.

Tomás no podía creer que Simo hubiera dicho algo semejante; no sabía si festejarlo o criticarlo. Finalmente le sonrió y le dijo:

—¿Cómo vas a decirle algo así? ¿Estás loca? ¡Pobre tipo! ¡Es un asco lo que susurraste!

—Te quería dar un ejemplo contundente, es infalible un *Susurro* de estos. ¡Nada de pobre! Él solo quiere tener sexo con ella y, seguramente, le destrozará el corazón si logra conquistarla. Ella anda necesitando un apoyo, alguien que la contenga y ese muchacho no le sirve, solo le traerá sufrimiento a su vida. Estuve estudiando el perfil de este espécimen: en estos momentos sale con tres chicas a la vez y a las tres las trata como si fueran novias. Esta sería una conquista más para su vitrina...

—¡Nunca se sabe! A lo mejor se enamora y cambia... De todas formas, tu comentario fue ¡un asco! Habrá sido contundente y efectivo para tu propósito, pero fue ¡un asco! —exclamó Tomás mientras se reía—. ¿Qué más se puede hacer con un *Susurro*?

—¡Puede ser que sea un asco! ¡Perdón! Yo sabía que esta señorita es muy aprensiva con todo lo que sea higiene, así que era muy probable que una observación de este tipo tuviera un efecto demolidor. Se pueden hacer muchas cosas con un *Susurro*, en especial si contás con información y tenés la capacidad de manejar diferentes variables a la vez. Hay Profetas que cuentan con mucha estructura trabajando atrás de sus predicciones, funcionan como si fueran una empresa. Tu Maestro logró que un hombre de color sea el Presidente de la mayor potencia de la Tierra... Como ves, se puede lograr casi lo que sea: amores, odios, alianzas, peleas, incluso enfermedades y muertes.

—¿Cómo se puede enfermar o matar a alguien con un *Susurro*? ¡Eso es terrible!

—La muerte forma parte de la vida. En la Tierra, se lo considera un final, pero más bien es un principio o, mejor dicho, una puerta hacia otra etapa.

—Pero atrás de toda muerte, hay muchas personas que sufren...

—¡Es verdad! Es algo que todavía no tengo muy elaborado y con lo cual mi Maestro no se mete mucho, salvo excepcionalmente. Orak se especializa en relaciones amorosas, más que nada.

—¡Ah! ¡Ahora entiendo! —respondió con gracia Tomás—. Todavía no llego a darme cuenta cómo se puede enfermar a alguien con un simple *Susurro*. ¿Los vuelven locos?

—¡No! —le respondió Simo riéndose—. Con solo tres *Susurros* no volés loco a nadie. Es más sencillo que eso, te voy a poner un ejemplo.

—¡No mates a nadie, por favor!

—¡Quedate tranquilo! Nunca maté a nadie, ni a una mosca, como dicen en la Tierra. Mirá a ese muchacho que camina apurado por el parque. Se llama Diego. Dentro de cuatro días, tiene una fiesta de cumpleaños en la casa de un íntimo amigo. En esa fiesta, va a conocer a la prima de su amigo y hay un 87% de probabilidades de que pase algo entre ellos. Yo no quiero que eso ocurra, sería una relación turbulenta que va a terminar mal. Además, en una semana, llega la exnovia de Diego de Europa y estoy segura de que se van a reconciliar y, si lo hacen, van a ser muy felices juntos. Como consecuencia de todo esto, ¡tengo que evitar de alguna forma que conozca a la prima de su amigo! Por otro lado, aquel otro muchacho que ves allá es cadete y, en este momento, está dudando respecto de cuándo le conviene llevar un sobre a una dirección: si lo hace ahora o después de almorzar. Como podrás apreciar, está con una gripe terrible. Es más, esta noche cae en cama por unos cuantos días. ¡Trabajemos entonces con toda esta situación!

Simo apretó el botón azul, se enfocó en Diego y dijo:

Estoy cerca de la oficina de Juan, ¡voy a pasar a saludarlo! De paso, averiguo qué le puedo regalar para su cumpleaños.

Se enfocó en el cadete y le susurró:

¡Mejor voy ahora!, así paso por una farmacia después, me compro algo para el resfrío y almuerzo más tranquilo. Seguramente, si hago eso, por la tarde estoy mucho mejor.

—¿Y? —preguntó Tomás.

—Esperá, sé paciente, esto es casi artesanal.

Se enfocó de nuevo en Diego y le susurró:

Me tengo que apurar, a lo mejor, Juan se está por ir a almorzar.

Diego apuró su marcha.

Se enfocó en el cadete y le susurró:

¡No tengo fuerzas!, quién me apura, mejor camino más despacio, todavía tengo tiempo.

El cadete comenzó a caminar con mayor lentitud, entre estornudo y estornudo.

Ambos entraron casi al mismo tiempo a un edificio de oficinas. Diego se dirigía a un ascensor y el cadete, a otro. Simo tenía que pensar con rapidez, solo le quedaba un *Susurro* por gastar. Notó que, en la cola donde estaba el cadete, había una chica muy vistosa; entonces apretó el botón, se enfocó en Diego y dijo:

¿Qué bomboncito hay en el otro ascensor!; mejor me cambio así la veo de cerca...

Ambos muchachos entraron al mismo ascensor; el cadete no paraba de estornudar.

—¡Listo! —dijo eufórica Simo.

—¿Listo qué? No te entiendo.

—¡Ya está! No se van a conocer con la prima del amigo.

—¿Cómo podés saberlo?

—Sencillo. La gripe que está incubando el cadete es muy fuerte y está en su momento de mayor contagio. Estos virus pueden afectar a víctimas que están a ocho metros. Diego está con las defensas bajas, ya que está tomando antibióticos por una infección que tuvo hace unos días. Hay un 84% de probabilidad de que ya se haya contagiado. Si ello ocurre, para el día del cumpleaños va a estar en cama con 39 grados de fiebre.

Tomás la observaba sorprendido sin saber qué decir.

—¿Y qué te pareció? ¿No soy una genia?

En ese instante, se prendió la luz verde del ingreso, se abrió la puerta y entró Norx.

—¡No sé qué decirte! ¡Estás manipulando vidas como si fuera un videojuego! ¿Cuál es tu función acá? ¿Ir armando parejas? ¿Qué sos? ¿Celestina o Cupido? —dijo Tomás con énfasis, sin llegar a ser agresivo.

—¡Me hacés matar de risa, Yaem! Esto fue solo una demostración del poder del *Susurro*. Usualmente, solo recibo instrucciones y yo las cumplo al pie de la letra —respondió inmediatamente Simo, no queriendo quedar mal parada ante Norx.

—¿Relacionadas con temas amorosos?

—¡Claro! A veces me dejan jugar un poco aunque no es usual.

—¿Y con qué sentido te dan esas instrucciones? ¿Qué buscan?

—Casi nunca lo sé, pero si lo piden, alguna razón habrá. Los Profetas son muy sabios y están haciendo lo mejor para todos.

CAPÍTULO 20

PEQUEÑAS DECISIONES, GRANDES CONSECUENCIAS

NORX CONTEMPLABA ENTRETENIDO la discusión entre Simo y Yaem.

—Las conductas humanas no son totalmente predecibles, ni exactas —aseveró Tomás—. De hecho, difiero de tus predicciones en los dos casos. Para mí, el muchacho de la lechuga va a seguir insistiendo, la va a conquistar e, incluso, ¡le va a ser fiel! Con respecto al otro, puede ser que se enferme, no lo sé, pero, igualmente, se va a *enganchar* con la prima de su amigo.

—¿Y en qué te apoyás para sostener algo semejante? ¿Estuviste estudiando sus perfiles y antecedentes? ¿Analizaste la simulación de sus destinos proyectados? Observá estas líneas verdes cómo se están separando. Con mi intervención, las probabilidades de que se enganche con la prima ahora se redujeron a solo un 30%. Fijate estas otras líneas como se están juntando. Ahora la probabilidad de que vuelva con su ex aumentó al 83%.

—Desconocía todos estos elementos. Sin embargo, mi intuición sigue diciéndome lo mismo.

—¡¿Intuición?! ¡Acá nos manejamos con ciencia! En relación al otro caso, conforme a los antecedentes, las probabilidades de que el muchacho le sea fiel son de apenas un 5%. A esto es lo que yo usualmente llamo como *matemática humana*. No es exacta, pero casi. Es como esa fábula que tanto se cuenta en la Tierra sobre el escorpión y la rana. Su esencia lo traiciona, asesina a la rana y se mueren ambos. ¡Acá pasa lo mismo! Te voy a dar algunos ejemplos de cómo funciona la matemática humana. Supongamos que un

hombre comienza a salir con una mujer, que ya está comprometida, y mantienen esta situación por un tiempo, hasta que ella termina dejando a su viejo novio y lo cambia por el nuevo. La matemática humana nos dice, en este caso, que pase lo que pase, a la larga o a la corta, indefectiblemente, también lo va a terminar haciendo cornudo al nuevo. Te voy a dar otro ejemplo, para que veas que no solo funciona en temas amorosos. Si vos tenés un amigo que vive criticando a todo el mundo, la matemática humana nos dice que, tarde o temprano, y con seguridad, te va a terminar criticando a vos también; es solo cuestión de tiempo.

—Es muy buena tu teoría sobre la *matemática humana*. Sin embargo, no creo que sea tan así en todos los casos. ¡La gente cambia! Además, son impredecibles los caminos por donde te lleva la vida. Un golpe duro te hace madurar al instante; un amor inesperado te cambia la perspectiva de todo; e incluso, a veces, simplemente madurás. Yo percibí algo muy fuerte en la mirada de ese chico. Para mí, ¡tiene intenciones serias!

—¡No va a cambiar! Es más, no puede cambiar por más que quiera.

—¡Interesante discusión! —interrumpió Norx—. Creo que ambos, en cierta forma, tienen algo de razón. ¿Por qué no hacemos algunas predicciones al respecto? De paso, le mostramos a Yaem cómo funciona el Sistema.

—¿Podemos? Mi Maestro nunca me deja, ya que solo están autorizados los Profetas —dijo Simo entusiasmada.

—¡Sí! ¡Por supuesto! En este caso figuraría en el Sistema como si las formulara yo. Si no te parece correcto, no lo hacemos.

—¿Acaso tenés miedo de perder? —preguntó Tomás con tono de cargada.

—¡Claro que no! ¡Me encantaría hacerlas! ¡Sé que voy a ganar!

—¡Perfecto! ¡Hagámoslo entonces! —propuso Norx.

Yaem se levantó y el Profeta tomó su lugar en el sillón.

—¡Comencemos! Acá está el Comando que necesitamos: *Hacer una nueva predicción* —dijo Norx mientras completaba una especie de formulario—. *Nombre de la predicción*, si les parece bien, le vamos a poner “Isis y Tiago”, ya que así se llaman estos dos chicos.

—¡Por supuesto! —respondieron ambos al unísono.

—La predicción tiene que ser lo más concisa y objetiva posible —explicó Norx—. Tienen que indicarme en cuánto tiempo estiman que se va a concretar o no la unión afectiva de estos chicos y cuánto tiempo van a establecer para comprobar la fidelidad de Tiago.

—¿Te parece bien un mes para que esté resuelta o no la unión? —sugirió Simo.

—Me parece muy poco, el pibe es insistente, dejalo trabajar tranquilo. Sugiero dos meses, mínimo.

—¡Está bien! Y para el tema de la fidelidad proponé el tiempo que quieras. Total, si es que logra conquistarla, seguro que en horas le va a ser infiel.

—¡Vas a ver que no! ¡Propongo otros dos meses! ¿Te parece bien?

—¡Me das risa! Ni un día va a aguantar.

—¡Todo listo! —exclamó Norx—. En un principio, las predicciones se hacían amplias y metafóricas; sin embargo esto cambió completamente en los últimos tiempos. De todas formas, cada tanto aparece alguna vieja predicción cumplida a la vieja usanza. La mayoría de estas son de mi exmaestro y amigo, el Profeta Rádhamus. Pero, como les decía, en la actualidad hay que tratar de hacer la predicción con hechos objetivos y no con valoraciones subjetivas. Es preferible hacer una predicción en la que se necesite demostrar la ocurrencia de hechos concretos, a otra que tengas que probar hechos que no sucedieron. En este caso, es mejor predecir que *Tiago va a serle infiel a Isis*; a pronosticar que *le va a ser fiel*. Esto se debe a que es mucho más claro y fácil demostrar que Tiago tuvo algo con otra persona, a tener que probar que no hizo nada en todo ese tiempo. Si no siguen todas estas reglas, el Consejo de Profetas puede observar la formulación de la predicción. Acá pueden ver el resumen, por si quieren modificar algo:

Predicción Isis/Tiago

Nombre actual: Isis Oliveira

Nacimiento: 05/03/1990, en San Pablo (Brasil)

Alma: Anj

Nombre actual: Tiago Da Silva

Nacimiento: 08/05/1984, en San Carlos Do Pinhal (Brasil)

Alma: Mutn

Predicción UNO Isis/Tiago: Dentro de los **60 Días**, a contar de la **Formulación** de esta **Predicción**, va a comenzar una **Unión Afectiva** entre **Isis y Tiago**.

Profeta: Norx

Calificación: Uniones Afectivas de Baja Trascendencia.

Probabilidad de Cumplimento actual: 40%.

Puntos en virtud de la **Calificación y la Probabilidad:** 4850 (**En Favor**) y 4555 (**En Contra**).

Predicción DOS Isis/Tiago: Dentro de los **60 Días**, contados desde el **Inicio** de la **Unión Afectiva** anunciada en la **“Predicción Uno Isis/Tiago”**, **Tiago** le va a ser **Infiel** a **Isis**.

Profeta: Norx

Calificación: Infidelidad Afectiva de Baja Trascendencia.

Probabilidad de Cumplimento actual: 95%.

Puntos en virtud de la **Calificación y la Probabilidad:** 100 (**En Favor**) y 300000 (**En Contra**).

—¡Me parece perfecta! —exclamó Simo.

—Me parece bien, pero tengo algunas inquietudes —acotó Tomás.

—¿Cuáles?

—Si estuviera mi hermano Mario, que es abogado, se haría un festín acá. Podemos estar discutiendo toda la Eternidad qué es una *unión* o qué es ser *infiel*.

—¡Es verdad! Por eso el alcance de los términos marcados en negrita y mayúscula, están determinados en un glosario, sino sería imposible formular una predicción con exactitud. Si bien este glosario establece más que nada una casuística, el Profeta, a su vez, también puede personalizarla con el fin de darles mayor precisión o diferentes alcances —explicó Norx.

—¡Ah! ¡Qué inteligente! ¿Qué es “infidelidad” para este glosario?

—Como te dije, el Glosario no da definiciones generales, sino alcances específicos y objetivos para una predicción concreta que, a su vez, es revisada por el Consejo. Según el glosario y para tu predicción, **Infiel**, sería:

Tiago, dentro de los **60 días** subsiguientes a la **Unión**, va a:

1. Tener **Sexo** con otro **Humano** que no sea **Isis**; y/o
2. **Besar en la Boca** a otro **Humano** que no sea **Isis**.

—A su vez, también podés conocer el alcance que tiene la palabra **sexo** para este caso concreto —continuó explicando Norx.

Sexo: Penetración y/o Sexo Oral

—Obviamente que, también, podés verificar el alcance de *penetración* y *sexo oral*. Estas son las opciones del Sistema que, como te dije antes, se pueden restringir o ampliar. Así, por ejemplo, se puede establecer otras *prácticas sexuales* como *infidelidad* o hasta podés considerar que una *salida* con su ex *unión*, por más que no haya *sexo* ni *besos*, también lo sea. Como pueden apreciar, el Sistema, con el fin de dar precisión, es muy flexible.

—¿Cómo funcionan los puntos? ¿Por qué hay dos números?
—preguntó Tomás muy compenetrado con la explicación.

—Una vez hecha la predicción, podés elegir estar *a favor*, que es el primer número, o *en contra*, que es el segundo. Los puntos son establecidos en virtud de la probabilidad de ocurrencia, la trascendencia social, el tiempo de anticipación, la cantidad de variables involucradas y otros factores específicos que determina el Consejo de Profetas. Cuanto más improbable sea el hecho pronosticado, más trascendencia social tenga y mayor cantidad de variables estén consideradas, más puntos otorga. Una vez que entramos nuestra predicción al Sistema, el Consejo puede analizarla y, de creerlo necesario, hacer alguna corrección, sobre todo en cuanto a los Puntos que otorga y a los alcances. Las predicciones pueden ser secretas o públicas, con respecto a los otros Profetas. La *secreta* se va a dar

a conocer recién el día de su vencimiento. La *pública* es conocida, desde su inicio, por todos los Profetas, quienes, a su vez, pueden apostar por la misma: a favor o en contra. Si ganan la apuesta, también, se le acreditan algunos puntos. En todos los casos, a los que fallen en su predicción se le restan puntos y, por supuesto, les afecta su Orden de Mérito. Desde hace un tiempo se discute en el Consejo la conveniencia de agrupar las Predicciones en dos secciones: una destinada a las predicciones libres y otra a aquellas en las cuales se utilizaron *Susurros*. En el primer caso, se actuaría solo como “Profetas” y tendría menos restricciones que en el otro.

—¿Y cómo se llamarían aquellos que utilicen los *Susurros*?

—Eso aún no está definido y hay muchas discrepancias en lo atinente a dicha cuestión.

Tomás prestaba suma atención a las detalladas explicaciones de su mentor. Si bien estaba fascinado con la información confidencial recibida, algunos aspectos no terminaban de cerrarle. Por un lado, no le encontraba mucho el sentido final a este complejo Sistema de predicciones y, por el otro, tenía sentimientos contrapuestos en cuanto a las implicancias de los métodos utilizados: *Están haciendo una timba con nuestros destinos y juegan con nuestros sentimientos*. Eran algunos de los pensamientos que le venían a su mente. Sin embargo, no se animaba a hacer estos cuestionamientos tan radicales por respeto a Norx. Finalmente, decidió hablar con el mayor tacto posible:

—¡Es un Sistema por demás interesante! Me imagino que debe ser de mucha utilidad poder predecir el futuro con la mayor exactitud posible. Sin embargo, ¿no le parece que con estos métodos están implicados seriamente el libre albedrío y los sentimientos e, incluso, el sufrimiento de las personas?

—¡Muy buena pregunta! ¡Sin dudas que están implicados! Si bien llevamos cientos de años haciendo esto, todavía estamos en una etapa experimental. El objetivo final siempre es el mismo: *proteger al hombre y a su universo circundante del propio hombre*. Como hablábamos antes, el ser humano es muy contradictorio y lo que tiene de bueno, también lo tiene de malo. Así, por ejemplo, el poder

de autodestrucción que evidencia a veces es verdaderamente increíble. Sin embargo, debo confesarte que hay serias discrepancias internas inherentes a los límites y a lo que se puede hacer y lo que no. Desde ya te adelanto que mis posturas no son en la actualidad de las más populares.

Simo, mientras tanto, escuchaba la conversación en silencio; jamás antes había accedido a información tan reservada.

—Simo, ¿cómo va tu investigación respecto a las Redes Sociales?

—¿No me digan que acá también usan Facebook? ¡Me muero!
—exclamó Tomás sorprendido.

—¡Bien, Su Excelencia! Es un tema fascinante. Realmente han logrado cambiar la forma de relacionarse entre los humanos —respondió con seriedad, haciendo caso omiso del banal comentario de Tomás—. Ellos todavía no son muy conscientes del cambio social, que avanza con voracidad incontenible. En un primer momento, prendió con vigor en personas con problemas de socialización, quienes encontraron muy útiles este tipo de herramientas. Después, invadió a todos los jóvenes en general, transformándolos en cuasi-adictos. Finalmente, con más lentitud pero sin pausa, están cayendo una a una las personas más grandes y con más resistencia a lo nuevo. Hoy en día, el que no está en alguna Red Social, prácticamente, queda marginado.

—¡Qué interesante! Todavía recuerdo cuando este fenómeno fue anunciado en una Predicción, hace ya mucho tiempo, por mi Maestro, el Profeta Rádhamus —dijo Norx.

—Creo que no hay otro contexto social en donde queden más evidentes las implicancias de una pequeñísima decisión en el destino —continuó explicando Simo—. La gente navega diariamente por las Redes Sociales, totalmente desprevenida y sin tener la más mínima conciencia de lo que puede significar un simple *click* en sus vidas. Aceptar o no una solicitud de amistad puede implicar un cambio radical en su destino. Dentro de este contexto y teniendo información sobre compatibilidades de caracteres, imagínese lo que se puede desencadenar con un simple y oportuno *Susurro*, o simplemente provocando un mal funcionamiento de sus conexiones.

Estamos trabajando mucho con Orak en esto, con resultados verdaderamente espectaculares.

—Me gustaría, de ser posible, que compartieras tus conocimientos sobre esto con Yaem.

—¡Por supuesto, Su Excelencia! Lo consulto con Orak, pero creo que no habrá ningún inconveniente.

—¡Muchas gracias, Simo! Vení, Yaem, vamos a dar una vuelta por Ádyton.

Norx tomó del brazo a Yaem y caminaron entre profetas y asistentes. A cada paso, alguien los cruzaba y saludaba a Norx, con mucho respeto. Era evidente que este aún gozaba de prestigio y ascendencia entre sus pares.

—¿Y? ¿Qué te pareció todo, Yaem?

—¿Tengo que serle sincero?

—¡Sí! ¡Por supuesto! De paso, haceme acordar que, después, te pregunte algo.

—Sí, claro, pregúnteme ahora si quiere.

—No hay apuro.

—¡Me parece fascinante todo lo que aprendí! Sin embargo, intuyo que comparto sus dudas en cuanto a los límites. A veces pareciera que se está jugando con las personas y sus destinos y no me parece del todo correcto, por más que, supuestamente, se estén protegiendo intereses superiores.

—No es algo fácil de comprender, así que son muy comprensibles tus dudas. Fijate Dremont, por ejemplo. Hoy está considerado como el Profeta más importante y su hegemonía se agiganta cada vez más. Utiliza límites muy difusos y prácticamente justifica cualquier cosa con tal de arribar a su objetivo. Durante mucho tiempo, yo le hacía contrapeso en el Consejo y se lograba cierto equilibrio, pero ya estoy viejo y cansado, necesito urgente un cambio de etapa evolutiva. Por todo esto es que decidí formar a un alma joven para que ocupe mi lugar. Había encontrado una muy prometedora, pero, lamentablemente, ¡me terminó defraudando!

—¡No podemos dejar que el fin justifique los medios! ¿Cómo puede ser que Dremont tenga tanto poder?

—Su hegemonía comenzó en el año 1962, con la llamada *Crisis de los Misiles*, así que podríamos decir que es algo reciente.

—¿La de Cuba?

—¡Exacto! Muchos años terrestres antes de estos eventos ya existían varias predicciones que aseguraban altísimas probabilidades de que ocurriera un holocausto nuclear, como consecuencia de una Tercera Guerra Mundial originada en esos hechos. En los días que duró esa crisis, la Tierra estuvo a nada de una catástrofe nuclear irremontable para la humanidad. Una de estas predicciones era del Profeta Rádhamus, el máximo referente de aquellos tiempos, quien sostenía que el destino estaba prácticamente determinado y que no se podía hacer demasiado para cambiarlo. Dremont, en aquellos tiempos, era solo un Profeta más del Oráculo de Nocc e, incluso, te podría decir que hasta se movía con bajo perfil. Dentro de ese contexto de angustia y desesperación, Dremont montó un plan de acción sin precedentes en Ádyton, que involucró a más de un millón de variables. Dicho plan implicó manipular con maestría sin igual a un centenar de personas, incluyendo a los líderes Kennedy, Krushev y Castro y a varios asesores claves, como George Bundy y Kenny O'Donnell. Sin embargo, para poder controlar los posibles detonantes que pudieran desencadenar el holocausto nuclear, también se vio en la necesidad de manipular a actores aparentemente secundarios de esta historia, como personas que operaban aviones, barcos, defensas antiaéreas y submarinos. Te aseguro que solo faltó que alguien, cualquiera de estos personajes, prendiera la mecha y se dejara llevar por un impulso, para que todo explotara por los aires de manera incontrolable. Recuerdo un episodio que grafica bastante bien lo que trato de explicarte, vinculado a un submarino ruso denominado B-130, cuyo Capitán, Nikolai Alexandrovich Shumkov, estuvo a punto de desencadenar la tragedia. Este submarino iba hacia Cuba junto a otros para romper el bloqueo y dejar vía libre a los navíos soviéticos que se dirigían hacia la isla. En un momento, el submarino que capitaneaba Shumkov quedó acorralado por barcos norteamericanos entre bombas que explotaban a su alrededor, en una situación por demás confusa. Este estremecedor contexto puso

al Capitán ante la disyuntiva de disparar o no su torpedo nuclear de 15 kilotones, capaz de exterminar cualquier embarcación norteamericana en un radio de 10 millas. En el instante en que el Capitán Shumkov inició los preparativos para lanzar los torpedos, intervino Dremont con *Susurros* múltiples. Primero, le susurró al Oficial de Seguridad del submarino: *¡El Capitán no puede hacerlo sin el expreso permiso de Moscú! Se lo tengo que advertir o ¡morimos todos! Mi hijito me necesita vivo, ¡no puedo permitirlo!* Ante la evidente duda del Capitán, Dremont provocó el desmayo del Oficial de Seguridad. Nadie sabe bien cómo lo hizo, aunque creemos que fue con sobrecarga de *Susurros*, utilizando a varios Profetas al mismo tiempo. Finalmente, le susurró con firmeza al Capitán: *¡No debo hacerlo! Si lo hago, mueren ellos, pero nosotros también, ¡morimos todos! Seguramente sería el inicio de una guerra nuclear que aniquilaría a toda la humanidad. ¡No puedo cargar con semejante culpa en mi conciencia!* De esta forma, Dremont logró revertir las predicciones más deterministas, evitando así la tragedia más grande de la historia reciente de la humanidad. Por supuesto, que todo esto le hizo ganar una fama sin precedentes en todo el Oráculo de Nocc. De ahí en más, su influencia no dejó de crecer. Ahora, nadie se atreve a desafiarlo y, prácticamente, tiene carta franca para hacer lo que desee y cómo lo desee... A raíz de lo ocurrido, Rádhamus entró en desgracia y su influencia se fue diluyendo rápidamente. Poco tiempo después, Rádhamus terminó siendo expulsado de Equinoccio, por denuncias impulsadas por allegados de Dremont.

—¿Y el Consejo de Profetas no puede hacer nada al respecto?

—Hoy responde en su gran mayoría a Dremont...

—¿Y no hay nada o nadie superior al Consejo?

—¡Por supuesto que hay! Siempre hay alguien más grande y más pequeño que cualquiera. ¡Siempre! Pero, por ahora, parece ser que se mantiene al margen. Seguramente tendrá sus razones...

—¿Dios...?

Se produjo un incómodo silencio. Norx lo miraba como diciendo: *Vos y tu manía de hacer preguntas cuyas respuestas no estás en condiciones de comprender.*

—¿Existe Dios? —preguntó Tomás reforzando su apuesta.

—¡Por supuesto que existe Dios! ¿Te parece que la perfecta y compleja infinitud del Universo pudo haber sido obra de algo espontáneo y no planeado? ¡Imposible! Ya sea que uno se enfoque hacia lo infinitivamente grande y se extienda más allá de su Planeta, de su Sistema Solar, de su Galaxia, o que se dirija hacia lo infinitamente pequeño y analice organismos vivos, moléculas, átomos, electrones y protones. En todos los casos, encontramos extrema complejidad y perfección de diseño. Y esto, mi querido Yaem, no es obra del azar. De todas formas, el concepto de Dios difiere bastante del que comúnmente encontramos en la Tierra. Por razones de entendimiento, quizás siempre se desarrollaron religiones centradas en el hombre y, por lo tanto, crearon una imagen de Dios *a su imagen y semejanza*...

—¡Y... bueno, la humanidad hizo lo que pudo con la información que contaba!

—No comparto del todo lo que decís. Creo que, también, hay algo de egocentrismo en todo esto. La ciencia en la Tierra hoy está suficientemente evolucionada como para asegurar, sin riesgos de hesitación, que la vida extraterrestre existe. Recientemente, científicos de la NASA que trabajan en torno al proyecto Kepler (que consiste en una sonda espacial destinada a buscar planetas similares a la Tierra) calcularon que, solamente en la Vía Láctea, hay al menos 500 millones de planetas en donde podría haber vida. Si multiplicás este número por la cantidad infinita de galaxias del Universo, te da como conclusión irrefutable: “que es imposible que no exista vida en otro planeta”. Sin embargo, todas las religiones se enfocan exclusivamente en el ser humano. Si sus fuentes tienen orígenes *divinos*, tal cual aseguran fervorosamente, deberían reflejar esta universalidad de la cual te hablo y no ser tan humano-céntricos. Dios sabe perfectamente que hay vida en otros planetas, ya que Él mismo la originó. En consecuencia, no resulta muy lógico que Dios predique algo tan sesgado, ocultando información tan trascendental. No estoy diciendo que sus fuentes no tengan algún origen divino, sino que la interpretación que hicieron los humanos fue y es muy limitada y egocéntrica.

Tomás escuchaba extasiado las lógicas y contundentes explicaciones de Norx.

—Siempre pensé que cuando nos muriésemos, íbamos a tener todas las respuestas de golpe; que, en cuanto entráramos al famoso túnel de luz, íbamos a sentir paz y amor y todo iba a tener explicación y sentido... —dijo Tomás contrariado—. ¿Qué me quería preguntar, Su Excelencia? ¿Lo tengo que llamar así?

—Para nada, decime Norx. Algunos me dicen “Su Excelencia” porque soy el más antiguo del Consejo. Ese famoso túnel de luz, que vos decís existe, conduce a otro lado. En realidad me gustaría conversar sobre dos temas, pero no sé si tenemos tiempo ahora.

—¡Por supuesto, Norx! ¿Sobre qué desea hablar?

—Me gustaría que me cuentes de tu Argentina, necesito información de primera mano. Estoy trabajando en un acontecimiento histórico, que va a ocurrir dentro de poco y que puede cambiar al mundo.

—¡Guau! ¡Qué interesante! ¿Puedo saber qué es?

—¡Todavía no! Sí te puedo adelantar que se relaciona con la Iglesia Católica...

—¡Ok! ¡Seré paciente! ¿Qué desea saber de la Argentina?

—Como te decía, es un tema para hablarlo tranquilos y ahora no tengo tiempo.

—Me encuentro a total disposición para cuando guste. ¿De qué otro tema quería hablar?

—Quería preguntarte si no te pasó algo recientemente que debieras haberme contado.

Tomás quedó sorprendido con la pregunta, ya que no imaginaba a qué podía referirse. A unos metros se encontraba Dremont, junto a un séquito de obsecuentes que pululaban a su alrededor, cual enjambre de abejas. Antes de que Tomás pudiera responder a la pregunta, Dremont dejó su grupo y se les acercó, interrumpiéndolos.

—¡Su Excelencia! Tenemos reunión del Consejo en un rato, me imagino que ya estaba anoticiado.

—¡Sí! ¡Ya me avisaron! ¡Gracias por recordármelo! —le respondió Norx.

—¡De nada! Yo justo estaba yendo con mi *tropa* a disfrutar de la inauguración de un espectacular restaurant en Ádyton. Es un viejo anhelo que finalmente hemos logrado conseguir. ¿Quieren acompañarnos? —dijo Dremont mientras señalaba a su grupo.

Tomás observó a Norx esperando su respuesta y luego a *la tropa*; eran seis en total. *¡No puedo creerlo! Dentro de su “tropa” está... ¡Rocío!*

—Nos encantaría, pero yo no puedo ya que tengo que ir a preparar algo para la reunión del Consejo y Yaem tiene que capacitarse en el Navegador —se disculpó Norx con educación.

CAPÍTULO 21

SECRETO A VOCES

TOMÁS COMENZABA A tomarle el gusto al Navegador de Ádyton y al poder de los *Susurros* y se la pasaba practicando, a veces solo, otras con Simo. A Norx no lo había visto más y, por lo tanto, estaba intranquilo, ya que no había podido responder a su pregunta. Cada tanto volvía al Navegador AXZ para visitar a Letus y a Ilive.

Antes de marcharse, Norx le había pedido absoluta confidencialidad en razón del uso de los *Susurros* que, también, incluía a sus compañeros. Esta incómoda situación generaba una atmósfera tensa entre los tres. Ante el hermetismo de Tomás, Ilive, como era su costumbre, se mostraba respetuosa y comprensiva; en tanto Letus, si bien no se animaba a manifestarlo, lucía agresivo y celoso. Con Rocío solo había podido intercambiar algunas miradas fulminantes. *¡No puedo creerlo! Rocío resultó ser espía de Dremont...*

Tomás advirtió que quienes habitaban Equinoccio, incluyéndose él, comenzaron a aparecer vestidos con túnicas blancas y que sus cuerpos irradiaban luces de diferentes colores. Sin embargo, estos cambios no lo inquietaron demasiado y los tomó con naturalidad. *Es como si ahora pudiera apreciar sus almas y lo que veía antes era solo una imagen que yo proyectaba sobre ellas...*

Al principio, Tomás utilizó los *Susurros* con culpa, sintiendo emociones contrapuestas. Simo lo incentivó a soltarse y a que tratara de disfrutarlo como si fuera un juego. Con el tiempo, se fue aflojando hasta quedar completamente subyugado con su veloz

aprendizaje. En su ausencia, Norx le había dado rienda suelta a su entrenamiento, lo cual no era nada usual para un novato.

Simo se había transformado en toda una experta en *Redes Sociales*: manipulaba con suma facilidad los *clicks* de los desprevenidos usuarios que caían inexorablemente en sus trampas. Era muy profesional en su trabajo: estudiaba en profundidad a sus “víctimas”, sus gustos, sus antecedentes, sus entornos y las proyecciones involucradas. Con toda la información reunida, delineaba con astucia su estrategia. Su Maestro, el Profeta Orak, les asignaba a ambos misiones de entrenamiento, que ellos debían cumplir montando estrategias.

En una primera etapa, los objetivos consistían en generar relaciones amorosas entre desconocidos, formulando predicciones de alta probabilidad de ocurrencia, con personas de mucha permeabilidad. En una segunda etapa, Orak les asignó objetivos más difíciles, con gente menos permeable y predicciones de mediana probabilidad de ocurrencia.

Simo le enseñó un truco muy útil: cuando un individuo tenía un grado de permeabilidad muy bajo, era muy efectivo susurrarles a personas cercanas a su entorno que sí lo eran, para que, a su vez, estos influyeran en los primeros.

Tomás profundizó ese procedimiento logrando éxitos sorprendentes. En relación a su infalible lógica de pensamiento e intuición, comenzó a utilizar esa técnica influenciando a amantes de importantes hombres impermeables, que siempre terminaban sucumbiendo ante la feroz insistencia de estas implacables mujeres. De esta forma, consiguió en varias oportunidades la ocurrencia de predicciones muy poco probables. A raíz de esto, recibió inesperados elogios de algunos Profetas, con lo cual ganó cierto prestigio en Ádyton. Sin embargo, estas felicitaciones le hicieron advertir, con inquietud, que cada paso que daba estaba siendo monitoreado.

Ádyton era un lugar sumamente extraño y contradictorio. Por momentos, parecía un templo sagrado de almas altamente evolucionadas, en donde reinaba la sabiduría; en otros, un casino de Las Vegas con seres soberbios que jugaban caprichosamente a ser Dios.

Los Profetas también eran muy diferentes entre sí: algunos lucían sabios y aplomados y otros arrogantes e inalcanzables. Si bien los Profetas intervenían activamente en toda clase de predicciones, solían tener alguna especialidad: la Política, los Cambios Culturales, la Ciencia, las Costumbres, el Amor, los Deportes, las Catástrofes, el Medioambiente y los Inventos, entre muchas otras. Algunos trabajaban solos, otros contaban con asistentes y los más sofisticados habían montado complejas organizaciones que funcionaban como verdaderas *empresas*.

Cada tanto, se actualizaba públicamente el Orden de Mérito. Esto generaba gran expectativa, tanto en los Profetas, como en el resto de las almas que, de alguna forma u otra, participaban del Oráculo de Nocc. Algunos festejaban los ascensos de forma muy poco *evolucionada*, organizando grandes festines; otros, en cambio, siempre lucían inmutables y sus ojos arrogantes reflejaban un estado de superación permanente.

El Sistema era sofisticado y se sustentaba en normas estrictas que imponía el Consejo con autoridad. El uso de los *Susurros* era secreto y solo conocido por las selectas almas de Ádyton. Se consideraba una conducta gravísima revelar cualquier aspecto relacionado con este sector oculto. Para el resto del Oráculo de Nocc, el Orden de Mérito solo reflejaba las predicciones cumplidas. Sin embargo, a pesar de todo este hermetismo, jugosas leyendas flotaban en todo Equinoccio como secretos a voces. Así, era frecuente escuchar entre tantos otros rumores:

Que la limitación de los *Susurros*, en cuanto a cantidad y forma, habría sido consecuencia del abuso que había hecho el Profeta Lexetu con Juana de Arco.

Que el uso de los *Susurros* habría sido el origen de muchas apariciones supuestamente “divinas”, de sensaciones humanas como el *déjà vu*, y de numerosas esquizofrenias delirantes.

Que el Profeta Dess, rival acérrimo de Orak en temas del amor, habría convencido mediante un *Susurro* al productor de la película “Atrapa a un Ladrón”, para que se filmase en Mónaco y, de esta forma, habría manipulado el encuentro del príncipe Raniero con

Grace Kelly. De allí en adelante, se lo conocía como el *Profeta del Amor*.

Que el Profeta Orak, cuya fama había comenzado con la predicción del casamiento entre Lady Di y el Príncipe Carlos, habría también influido en forma determinante en la separación. Se decía que este Profeta habría fomentado la infidelidad del Príncipe Carlos acercándolo a Camila Parker Bowles y que, para lograr la ruptura, habría potenciado la envidia que el Príncipe sentía hacia Lady Di. Cada vez que se nombraba a la Princesa en presencia del Profeta, su mirada delataba el profundo amor platónico que sentía hacia ella.

Que el Profeta Cieng, quien había pronosticado la formulación de la Teoría de la Relatividad, habría contribuido a la genialidad del gran Albert Einstein. Se comentaba que durante la infancia de este notable científico, Cieng habría influenciado al padre para que le construyera a su hermano, Jacob Einstein, un taller de experimentos tecnológicos de avanzada para la época. Gracias al innovador taller, el pequeño Albert creció motivado por las investigaciones que se realizaban allí, lo cual predeterminó su línea de destino. Se rumoreaba, también, que la extrema dedicación del Profeta por este caso derivó en una enfermiza obsesión. Cieng solía afirmar que Albert Einstein era portador del *saber universal* y de allí su genialidad. Sin embargo, rumores acusadores afirmaban que, a raíz de su obsesión, el Profeta habría transmitido ilegalmente información confidencial a través de sus *Susurros*.

Que, siguiendo con esta misma clase de comentarios, se decía que ciertos Profetas habrían transmitido ilegalmente información sobre el futuro a grandes adivinadores terrícolas, como Nostradamus y Benjamín Solari Parravicini.

Que, en relación con Norx, su prestigio había comenzado con la predicción exacta del inicio y culminación de la Segunda Guerra Mundial y de su terrible desenlace nuclear. Con respecto a la predicción sobre Obama, se afirmaba que el Profeta habría sido determinante para lograr su arribo a la Presidencia de los Estados Unidos. Para dicho fin, el Profeta habría necesitado destrabar la línea de su destino durante 1990, año en el que Obama logró ser el

primer Presidente afroamericano de la prestigiosa revista Harvard Law Review. Para poder permitir la ocurrencia de este hecho sin precedentes, Norx tuvo que convencer a un individuo que, por razones eminentemente racistas, se oponía con mucha vehemencia a su designación. El Profeta habría advertido que este hombre se encontraba muy afectado emocionalmente por el inesperado pedido de divorcio de su esposa, que estaba harta de sus actitudes cerradas y despóticas. A los efectos de lograr la designación de Obama, se rumoreaba que Norx le habría susurrado la idea de que si promovía públicamente a Obama en el cargo, su esposa lo iba a tomar como un síntoma de cambio y que esto iba seguramente a contribuir con su reconciliación.

En relación a Dremont, nadie se animaba a rumorear en público algo que pudiera comprometerlo. En cuanto se mencionaba su nombre, un temeroso manto de miradas impedía la propagación de cualquier tipo de comentario que pudiera involucrarlo.

CAPÍTULO 22

FANÁTICOS Y MANÍACOS

MIENTRAS SIMO Y Tomás saboreaban exquisiteces en el restaurant de Ádyton, el Profeta Orak se les acercó y les comunicó por escrito su nuevo objetivo de entrenamiento:

Objetivo: Deben provocar un Estado de Enamoramiento Compartido entre dos compañeros de trabajo cualesquiera, cuya Probabilidad de Unión tenga una Compatibilidad Baja.

Glosario del Objetivo de Entrenamiento:

Estado de Enamoramiento Compartido: Besos en la Boca, más Manifestaciones Expresas de Amor.

Manifestaciones Expresas de Amor: decirse mutuamente “Te Amo”, “Te Quiero” o Equivalentes.

Índice de Sinceridad: en ambos Individuos debe ser de al menos el 75% respecto a la Verdad Absoluta.

Compatibilidad Baja: debe ser menor del 15%. El Índice de Atracción de la Mujer hacia el Hombre no puede ser superior al 10%.

Simo y Tomás recorrieron los Navegadores, pero estaban todos ocupados. Ambos estaban ansiosos por comenzar cuanto antes con el *juego*. Simo recordó, entonces, que en lo más recóndito de Ádyton había un módulo de entrenamiento compartido que solía estar vacío. Al arribar notaron con desazón que estaba siendo utilizado por dos aprendices.

El lugar tenía aspecto de una pequeña sala de cine, en cuya primera fila estaban dispuestos los Navegadores. Para sorpresa de Tomás, uno

de los aprendices era Rocío. El otro era un tal Lox, uno de los más rancios discípulos de Dremont. Lox medía casi tres metros de altura; sus huesos sobresalían de toda su magra estructura corporal. *No parece humano*, pensó Tomás. Entraron con sigilo y se sentaron en las butacas de atrás. En la pantalla se podía apreciar con lujo de detalles la navegación comandada por Lox; Rocío era una simple espectadora.

—Vos, Querú, tenés que seguir mis consejos y vas a aprender mucho. ¡Te voy a enseñar algunos trucos increíbles! —exclamó Lox con soberbia.

—¿Esa chica se llama Querú? —le preguntó Tomás a Simo en voz baja.

—Sí, ¿por qué? ¿La conoces?

—Pensé que se llamaba Rocío...

—Ese tipo de nombres no se suele utilizar para almas, es demasiado terrenal.

Tomás ató cabos: era obvio que Dremont había mandado a Querú para investigarlo. Recordó que Rocío había sido la única persona en todo Equinoccio que lo había llamado *Tomás*. Seguramente Dremont evaluó que tanto la utilización del nombre *Rocío*, como que ella, a su vez, lo llamara *Tomás*, iban a contribuir a que la joven se ganara su confianza. Sin dudas la estrategia de Dremont había funcionado a la perfección.

—Estoy puliendo mis técnicas de manipulación y, en breve, ¡seré el mejor de todo el Oráculo de Nocc! —dijo Lox con grandilocuencia.

—Pensé que el Consejo había prohibido referirse a los *Susurros* como una *manipulación* y que siempre se debía calificarlos como *influencia* —le respondió Querú.

—Es semántica, pura semántica... Me estoy entrenando muy duro para pulir mis técnicas de... *influencia*. ¿Así está mejor? Me impongo pequeños, pero difíciles retos, y no paro hasta conseguir el éxito. Para poder practicar con intensidad tengo seleccionado un millar de *invisibles*. ¡Es muy divertido!

—¿Qué son los *invisibles*? —preguntó Tomás a Simo.

—El Consejo es el que los clasifica de esta forma tan vergonzante. Significa que, de acuerdo con sus líneas de destino, se considera

que este individuo tendrá una vida intrascendente, como si fuera *invisible* para la sociedad donde vive. A los efectos prácticos, implica que los aprendices pueden tener más interacción con ellos, siempre y cuando esto no provoque que dejen de ser invisibles. ¿Se entiende?

—¡Entiendo! Son como conejillos de Indias...

—Ahora estoy jugando con un Invisible que es fanático del fútbol —comentó Lox a Querú—. Dicen en la Tierra que pocas vivencias se comparan con la fidelidad y pasión que implica un fanatismo de este tipo. Los seguidores del fútbol suelen jactarse de que casi todo en la vida se puede cambiar, menos la fidelidad incondicional por el equipo de sus amores. Mi objetivo es que este hombre llamado Jonatan, fanático recalcitrante del equipo uruguayo denominado *Nacional* de Montevideo, manifieste públicamente ser hincha de su acérrimo rival, *Peñarol*. Esto, por todas las razones que te expliqué, es algo prácticamente imposible. Para lograrlo, intervine en unas cien variables hasta ahora.

En la pantalla aparecía Jonatan conduciendo un flamante auto de mediana gama, mientras escuchaba por la radio un programa relacionado con su equipo de fútbol.

—Jonatan se esforzó muchísimo para poder adquirir su primer auto cero kilómetro —explicó Lox con suficiencia—. No tiene novia, tampoco muchos amigos y su familia es muy reducida, con lo cual su equipo de fútbol y su auto reluciente ocupan lugares privilegiados en su vida gris. Es más, yo mismo le elegí hace unos días el automóvil que hoy tan orgullosamente conduce. Está yendo con demasiada velocidad, necesito demorarlo 72 segundos y solo me queda un *Susurro* para él.

Lox se enfocó entonces en el coche de al lado y justo cuando el conductor, un anciano, miraba al auto de Jonatan, le susurró:

Ese auto tiene la goma pinchada, ¡tengo que avisarle!

Inmediatamente el conductor del auto bajó la ventanilla y le indicó con señas la situación. Jonatan, contrariado, se estacionó al costado de la avenida y descendió a los efectos de verificar sus neumáticos. Lox partió la imagen y se enfocó también en una manifes-

tación de hinchas de Peñarol. Unas setenta personas alborotadas, enfundadas en los colores que identifican a dicho equipo, entonaban cánticos con gritos desaforados. Se concentró en un robusto y atemorizante hombre que parecía ser el líder y le susurró:

¡Somos los más grandes! ¡Tenemos que hacernos escuchar! ¡Hay que cortar la avenida!

Así fue como el líder condujo, con autoridad militar, a la obediente manada hacia la avenida.

Mientras tanto, Jonatan, luego de constatar el perfecto estado de su rodado, continuaba su viaje.

Había un tránsito pesado y los autos circulaban en fila india, a moderada velocidad.

—Tengo que demorarlo aún un poquito más —dijo Lox mientras se enfocaba en el auto de adelante y le susurraba a su longevo conductor:

¡Tengo que ir más despacio, o voy a chocar otra vez!

El viejito redujo su velocidad ostensiblemente, lo cual irritó a Jonatan. Cincuenta metros más adelante, la muchedumbre comenzó a invadir la avenida justo cuando Jonatan cruzaba. Esto lo obligó a detenerse en forma abrupta. Los exaltados hinchas se colocaron adelante de su auto saltando y cantando sin parar. El muchacho los observaba, atónito, con pánico de que dañaran su flamante vehículo. Lox se enfocó en el líder y le susurró:

Mirá la cara que pone este, ¡seguro que es de Nacional! ¡Lo voy a asustar un poco!

El líder se acercó al auto y le levantó el limpiaparabrisas mientras decía con tono amenazante: *¡Este tiene cara de ser hincha de Nacional! ¡Seguro es un bolsilludo!*

Jonatan sintió una impotencia inmensa ya que no sabía cómo frenar el seguro destrozo de su tan preciada posesión. En ese instante, Lox le introdujo en su mente una dolorosa solución: Jonatan bajó el vidrio y con un grito festivo de barrabrava exclamó: *¡Dale, Peñarol! ¡Somos todos carboneros acá!*

El líder esbozó una sonrisa cómplice y ordenó con autoridad: *¡Déjenlo pasar! ¡Déjenlo pasar!*

—¡Lo hice! ¡Lo logré! ¡Soy el mejor! —exclamó el aprendiz. Querú permanecía inmutable, sin festejarle su altanería. Tomás y Simo se miraron asombrados e incrédulos por lo que estaba ocurriendo.

—Como habrás notado, nadie tiene reales convicciones en este planeta y nadie vale mucho... —dijo Lox con desprecio—. Cuando el reloj indique las 4:35, advértile a Jonatan que lo están por chocar y que volantee para su izquierda —le ordenó a Querú. El aprendiz se enfocó en un conductor que venía conduciendo a gran velocidad por una avenida transversal, en un auto de alta gama, y le susurró:

¡Puedo cruzar! ¡Necesito acelerar a fondo! ¡Qué máquina que tengo!

Un segundo después, mientras el semáforo ya estaba en rojo y le daba paso a Jonatan, Querú, a la hora exacta indicada, no muy convencida le gritó:

¡Me chocan! ¡Tengo que volantear a la izquierda!

Jonatan logró esquivar al auto con lo justo, mas su vehículo se descontroló y terminó chocando contra un poste de alumbrado. Atontado por el golpe, descendió y observó desencajado a su hermoso auto destruido.

—¡Eso le pasó por ser un materialista sin convicciones! —comentó Lox con sorna mientras Querú, a quien no le había gustado lo ocurrido, amagó con irse del Navegador—. ¡No es para tanto! Aunque no lo entiendas, tengo todo perfectamente calculado y medido. Él está ileso, no le pasó absolutamente nada. El seguro del otro vehículo le va a cubrir todos los daños. Cuidé todos los detalles para que no chocara con otro auto, ya que podía darle trascendencia al Evento y eso está prohibido con los invisibles. Además, de yapa, y sé que esto te va a gustar, gracias a que no va a tener disponible el auto por varias semanas, una de sus compañeras de trabajo, Jenny, lo va a tener que acercar hasta su casa en varias oportunidades.

—¿Y con eso? —preguntó Querú aún molesta.

— Fijate la alta compatibilidad que tiene la unión Jonatan/Jenny. Le voy a pasar el dato a Simo, la *Sacerdotisa del Amor*, para que trabaje con ellos en su especialidad...

Simo no pudo evitar una sonrisa al escuchar su apodo.

—Juguemos a mi juego preferido, ¡te va a encantar! —sugirió Lox con un falso tono comprador.

—¿Cuál es?

—Lo llamo *Maniac*.

—¿Y... en qué consiste?

—Dentro de esta lista de invisibles que te conté, tengo individualizados a un grupo numeroso de maníacos compulsivos, que son muy divertidos. Estos individuos tienen una permeabilidad altísima y obedecen sumisamente a los más disparatados *Susurros*. ¡Realmente es muy entretenido! Fijate este por ejemplo, se llama Rodrigo y vive en Valencia, España. Acaba de salir de su casa, puso la alarma y verificó ya tres veces que esté conectada y que la puerta esté bien cerrada. Ahora se encamina con premura hacia su trabajo, ya que tiene el tiempo justo para llegar a horario. Voy a dejar que camine unas cuantas cuadras más.

Lox esperó a que este hombre estuviera a diez cuadras de su casa y a solo dos de su trabajo y le susurró:

Creo que dejé la puerta sin llave y que otra vez olvidé poner la alarma. ¡Seguro me van a robar! ¡Tengo que volver!

El valenciano detuvo abruptamente su andar, dudó unos instantes y comenzó a correr hacia su casa, mientras Lox se regocijaba con su acción. Llegó a su edificio todo transpirado y constató, con fastidio, que la puerta estaba bien cerrada y que la alarma se encontraba conectada. Inmediatamente después, salió corriendo muy ofuscado hacia su trabajo. En su apuro, chocó contra una persona derribándola. Ambos se pidieron respetuosas disculpas por el encontronazo. Lox le susurró entonces al hombre caído:

¿Me habrá chocado a propósito? ¡Qué chaval más raro!

Como consecuencia del *Susurro*, la persona observó con cierto temor a Rodrigo, quien miró su reloj y, como ya llegaba tarde a su trabajo, salió corriendo a toda velocidad. A las cinco cuadras, Lox, le susurró nuevamente:

Me miró mal ese hombre, como si escondiera algo, ¿no será un ladrón...?

El valenciano continuó corriendo y dos cuadras después, recibió como pensamiento:

¡Seguro es ladrón! ¿No habré dejado abierto todo en el apuro? ¿Puse la alarma? ¡Me va robar! ¡Tengo que volver! Pero no puedo pisar las rayas que dividen las baldosas. Si lo hago, ¡seguro tengo mala suerte y encuentro mi casa saqueada por este desgraciado...!

Para la sorpresa de Querú, el hombre detuvo su marcha y corrió nuevamente hacia su casa, dando pequeños saltitos para evitar tocar con los pies las rayas divisorias del piso.

—¡Podría estar una eternidad jugando a esto! —sentenció Lox—. Tengo uno mejor todavía, un italiano llamado Luca, que es hipocondríaco y tiene mil manías. Mirá, te lo voy a mostrar.

—¡Basta! —exclamó Querú indignada—. Hasta acá llego con vos, no me gusta mucho cómo manipulás y jugás con la gente.

Querú se levantó del Navegador de un salto y, cuando se dirigía hacia la puerta, advirtió, con estupor, la presencia de Simo y Tomás en los asientos del fondo. Lox fue tras Querú, sin prestarles atención: era como si siempre hubiese sabido que estaban ahí observando...

—¡No entendés nada, Querú! Estos juegos son muy necesarios para adquirir destreza y, gracias a ella, seguramente algún día yo también voy salvar el mundo. Por reacciones como la tuya, los humanos nunca son buenos en Ádyton, son débiles y se dejan llevar por sensiblerías baratas, sacándoles el foco a los objetivos transcendentales...

—No me gusta todo esto, ¡yo me voy! —gritó Querú molesta.

—¡No te vayas! Si no te gustan los hipocondríacos, tengo seleccionado también una lista enorme de supersticiosos y cabuleros, que son realmente geniales. Los idiotas se creen el centro del Universo. Están convencidos de que con sus estúpidos rituales pueden determinar hechos y circunstancias completamente ajenas a su influencia. No tenés idea de las cosas que llegan a hacer algunos humanos considerados “educados” con sus ridículas cábalas. Son unos patéticos egocéntricos, ¡se merecen que “juguemos” con ellos!

Querú lo fulminó con su mirada y continuó su huida.

CAPÍTULO 23

ENTRENAMIENTOS MORTALES

TOMÁS QUEDÓ PENSATIVO mientras Simo se acomodaba en el Navegador. Estaba contento por la reacción de Rocío, ya que su actitud había evidenciado integridad. Asimismo, se preguntaba por qué Lox era despectivo respecto de “los humanos”, como si él no lo fuera. La obvia respuesta resultaba perturbadora...

—¡Vení urgente, Yaem! ¡Dejá de volar y vení a ver esto! —ordenó Simo con excitación.

—¿Qué pasó?

—En su apuro, el idiota ese dejó su navegación abierta.

—¡No puedo creerlo! ¡Investiguemos! —exclamó Tomás entusiasmado.

—¿Te parece? Creo que podría resultar peligroso. De todas formas, mucho no se puede hacer porque, si intentamos modificar algo, el Navegador detectaría inmediatamente que no se corresponden las esencias y que hay un intruso operando.

—Bueno, al menos intentemos ver lo que se pueda sin tocar nada —sugirió Tomás, carcomido por la curiosidad.

—¡Me parece bien! ¡Mirá! Su índice de entrenamiento es 78, ¡es altísimo!

—¿Qué significa?

—Es un coeficiente que va del 1 al 100 que mide el grado de infalibilidad: mezcla el cumplimiento de los Objetivos planteados, con las probabilidades de ocurrencia. El mío es 39 y no es nada malo.

—¿Qué más se puede ver?

En la pantalla aún se apreciaba la imagen del valenciano corriendo por la vereda.

—Acá se pueden observar sus últimas navegaciones —continuó Simo.

—¿Qué son esos números?

—¿Cuáles?

—Los que dicen: “muertes: 1014” y “enfermedades: 3000”.

—No lo sé y espero que no sea lo que estamos imaginando... ¡Mirá! ¡Mirá! ¡Te estuvo controlando! —exclamó sorprendida Simo, mientras señalaba un renglón que decía: “Yaem y Dru”—. ¿Acaso vos te estuviste viendo con el exdiscípulo de Norx?

—¿No me digas que Dru era su discípulo? —preguntó Tomás sorprendido.

—¡Claro! ¡Todos lo saben! No respondiste a mi pregunta: ¿qué hacías viéndote con él? ¿Estás loco?

—No hacía nada, casi no hablé con ese tal Dru. Él me buscó un par de veces, aunque no sé bien para qué. ¿Acaso es tan malo como dicen?

—No lo sé, no tuve oportunidad de conocerlo bien. Dru es palabra prohibida en todo Equinoccio. ¡Ni se te ocurra verlo otra vez!

En ese momento, un *Susurro* surgió de la nada. Simo y Tomás se miraron sin comprender qué estaba pasando.

¡Te están persiguiendo! ¡Esta vez... el ladrón te va a alcanzar, te va a robar y te va... ¡a matar!

El valenciano, que justo cruzaba la avenida, comenzó a mirar aterrorizado para todos lados y a correr despavorido. En su raid, un auto, que circulaba a gran velocidad, no pudo evitarlo y lo atropelló con gran violencia. El cuerpo del hombre voló por los aires y cayó con crudeza al suelo. Casi de inmediato, un charco de sangre cubrió el pavimento de un rojo bermellón. El contador de muertes ahora indicaba “1015”.

—¿Qué fue eso?! —preguntó Tomás aterrorizado.

—¡No lo sé! ¡Es imposible! No se pueden formular *Susurros* sin los Navegadores, y menos en tercera persona. Además, a Lox ya no le quedaban *Susurros*, ya había utilizado los tres —respondió Simo desconcertada y con voz temblorosa.

De repente, la imagen de la pantalla se apagó. Inmediatamente después, apareció un mensaje que decía:

Simo: ¡Usted tiene una Alerta! ¿Desea verla ahora?

—¿Qué es eso? —preguntó Tomás.

—¡No lo sé! Las alertas generalmente salen cuando hay novedades respecto de alguna predicción.

—¡Abrila ya mismo!

—¡No sé! ¡Me da miedo! ¡Estoy asustada!

Simo dudó unos instantes y luego puso “aceptar”. Enseguida surgió un aviso que decía:

Predicción UNO Isis/Tiago: ¡Cumplida! Se otorgan 4850 Puntos al Profeta Norx y 500 Puntos a los Profetas Orak, Lerun, Faoie, Terun y Funig. Se le resta 4555 Puntos al Profeta Dess.

Predicción DOS Isis/Tiago: Cambio respecto a la Probabilidad de Ocurrencia: Pasó del 95% al 49%.

Ambos se miraron sorprendidos y comenzaron aliviados a reír a carcajadas.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Tomás sin poder parar de reírse.

—Es que yo programé para que me avisaran de toda novedad relacionada con nuestra apuesta. Significa que, evidentemente, se ha cumplido la primera. En otras palabras: ¡Isis y Tiago ya son pareja! ¡Te felicito! ¡Estoy asombrada! También se les otorgaron puntos a los Profetas que apostaron en favor de la predicción y se le restaron a los que perdieron. Obviamente que Dess estaba dentro de estos últimos, ya que siempre apuesta en contra nuestra.

—¡Gracias! ¡Es que no me tenías fe! Con respecto a la segunda, ¿qué significa?

—No lo sé, no entiendo bien. Debe haber novedades que provocan ese cambio de tendencia. ¡Veamos qué pasó! —respondió Simo

mientras aparecían imágenes de Tiago acostado en su dormitorio, escuchando una balada carioca. Su rostro lucía embelesado y con una constante media sonrisa en sus labios. Era evidente que estaba pensando en ella... Segundos después, le sonó su celular y el garoto atendió la llamada:

—Alo, ¿quién habla?

—Soy yo, Muriel. ¿Ya no te acordás de mí?

—Hola ¿cómo estás?

—¡Bien! Aunque extrañada porque no me llamaste. ¿No habíamos quedamos en que hoy venías a verme a mi departamento? Tengo un montón de mimos acumulados para darte...

—¡Cierto! No pude ir. Te pido disculpas.

—¡Qué pena! ¡Tenía muchas ganas de verte! ¿Y mañana?

—¡Tampoco! Ando con muchos problemas. No te ofendas. Voy a desaparecer por un tiempo...

—¡Como quieras! ¡Vos te lo perdés!

—¡Esa, campeón! —gritó Tomás eufórico, como si hubiese metido un gol de media cancha.

—La verdad, confieso que estoy sorprendida. Te felicito nuevamente. De todas formas, no cantes victoria, todavía falta mucho —advirtió Simo.

En ese momento, una voz muy familiar para Tomás se escuchó a sus espaldas:

—¡Por fin te encuentro, Yaem! —dijo Lyam con rostro feliz.

Se estrecharon en un fuerte abrazo como cuando dos familiares se reencuentran después de muchos años.

—¿De dónde se conocen tanto ustedes dos? —preguntó Simo tratando de comprender la efusividad y cariño que se manifestaban mutuamente. Tomás, en respuesta, solo se encogió de hombros con gracia.

—Te buscaba para saber en qué andabas —dijo Lyam.

—¿Por qué? ¿Pasó algo? Estuve entrenando con Simo. ¿La conocés?

—Sí, claro, quién no conoce a Simo. No pasó nada en especial. Es que tu nombre suena demasiado seguido en reuniones del Consejo y quería saber por qué...

—¡Ni idea! ¡Me estaré haciendo famoso! —respondió Tomás riéndose.

—Espero que no estés en problemas... —dijo Lyam. Luego preguntó: ¿Qué hacían?

—Estábamos por iniciar una misión de entrenamiento. ¿Querés participar? —inquirió Simo.

—¿Yo? ¿Puedo?

—¡Sí! ¡Claro! Vos sentate al lado nuestro —sugirió Simo mientras Lyam se acomodaba exultante—. La consigna entonces es la siguiente: tenemos que provocar un estado de enamoramiento compartido entre dos compañeros de trabajo cualesquiera, cuya probabilidad de unión tenga una compatibilidad baja. ¿Alguna sugerencia?

Tomás pensó un poco y rápidamente sugirió:

—¡Yo tengo unos candidatos perfectos! ¿Te acordás Lyam de aquellos dos chicos que descubrieron esa pirámide en la selva de Guatemala? Ella era una bióloga estadounidense y él, un arqueólogo guatemalteco. Recuerdo haber visto que la Compatibilidad era bajísima. Además, también recuerdo que sus personalidades eran como el agua y el aceite.

—Sí, lo recuerdo bien. Norx los estaba monitoreando porque estos chicos habían descubierto sin querer una antiquísima llave de un portal en desuso —respondió Lyam.

—¿Antiquísima llave de un portal? ¿Y eso? —pregunto Tomás desconcertado.

—Sí, dentro de la pirámide encontraron una llave. Por lo que estuve averiguando, este tipo de llaves se utilizaban en antiguos ritos para abrir portales interdimensionales que comunicaban a la Tierra con Eridu. Por supuesto que ellos no tienen ni la menor idea de lo que hallaron.

—¿Y dónde queda ese Eridu? —preguntó Tomás.

—No es fácil explicarlo. Eridu sería lo que en la Tierra suelen llamar el *Más Allá* y Equinoccio es una partecita de todo eso. No sé

si debemos utilizar a estos chicos, ya que forman parte de una investigación de Norx. No me parece bien interferir —afirmó Lyam.

—¡Todo lo contrario! ¡Me encanta la idea! ¡Son perfectos para la misión! —exclamó Tomás—. Yo después le explico a Norx, ¡seguro que no va a tener problemas!

—¡A mí también me gusta la idea! —exclamó Simo.

—¡Ok! ¡Hagámoslo entonces! Acá tengo sus códigos. Yo voy a buscar sus líneas de vida a la Biblioteca. Ustedes vayan viendo en qué andan estos jóvenes —sugirió Lyam.

CAPÍTULO 24

IRINA Y EDWIN

SIMO, TOMÁS Y LYAM formaron un verdadero equipo de trabajo con el fin de intentar cumplir el difícil objetivo planteado: la unión de Edwin, el arqueólogo guatemalteco, y de Irina, la bióloga estadounidense. Los tres actuaron en perfecta coordinación y armonía, evidenciando en todo momento profesionalismo y cordialidad. A sugerencia de Lyam, comenzaron investigando en profundidad las líneas de vida involucradas.

Edwin nació en el año 1988, en un hogar muy humilde de la aldea Carmelita, la población más cercana de la gran Pirámide del Mirador, localizada a 565 kilómetros de la capital de Guatemala. Hijo menor de una pareja de campesinos, junto a sus cuatro hermanos y su centenaria bisabuela, conformaban una de las setenta y cinco familias que habitaban ese pequeño poblado. Era morocho, de cutis trigueño, estatura baja y contextura delgada. Sus movimientos solían ser eléctricos y algo torpes. Edwin era el bisnieto preferido de su verborrágica bisabuela, a la que todos llamaban “Mamama Tza” ya que, se decía con cierto misticismo, era descendiente de los mismísimos dioses mayas. Influenciado por las fantásticas historias que solía relatar su Bisa, soñaba, desde muy chico, con convertirse en el arqueólogo que desentrañara los misterios de esta ancestral cultura. Para estudiar Arqueología debía necesariamente irse de Carmelitas hacia la Capital, pero su familia no contaba con los recursos económicos suficientes como para poder hacerlo. Por otra parte, los padres no veían con buenos ojos que abandonara el poblado en busca de sus alocadas quimeras y pretendían que

se quedara labrando la tierra junto al resto de la familia. Solo su bisabuela atesoró e incentivó las ilusiones del pequeño soñador. Un día de tantos, el destino jugó una carta inesperada en su favor: casi por casualidad, comenzó a trabajar como guía todo terreno de un grupo de la *National Geographic* que filmaba un documental sobre El Mirador. Entre tantos recorridos por la intrincada selva, hizo amistad con uno de los productores. Con el tiempo, este hombre lo ayudaría a conseguir una beca en el Museo Nacional de Arqueología y Etnología de Guatemala.

Irina nació en Nueva York, en el año 1987, en el seno de una familia de alta sociedad americana. Era morocha de ojos verdes, de piel extremadamente blanca y rasgos distinguidos. A pesar de su apariencia frágil y delicada, su mirada delataba un volcán interior a punto de ebullición. Sus padres se separaron cuando ella tenía trece años, circunstancia que afectó en demasía su rebelde adolescencia. Creció entre lujos y ausencias afectivas. Por su padre sentía una relación amor-odio. Por un lado, lo amaba y buscaba permanentemente llamar su atención. Por el otro, le echaba la culpa de la separación, reprochándole permanentemente sus infidelidades y su actual promiscuidad. El padre era socio de un importante *holding* metalúrgico, por lo cual viajaba, con mucha frecuencia, por el mundo. En sus breves retornos, intentaba, infructuosamente, recomponer la maltrecha relación con su hija. Respecto de su madre, Irina no la valoraba ni afectiva, ni intelectualmente: la consideraba superficial, inútil y distante. En cuanto pudo, se fue de la casa materna a los departamentos del Campus de la Universidad de Columbia para estudiar Biología. En la Universidad se contactó con grupos ecologistas. En el año 2007, protagonizó una protesta contra una empresa vinculada a su padre, denunciada por contaminación. Desde ese entonces, no se dirigían la palabra.

—¡Esto es imposible! Con razón su compatibilidad es de solo cinco por ciento —se quejó Simo al advertir cuán diferentes eran Irina y Edwin.

—¡Mejor! Cuánto más difícil el desafío, ¡mejor todavía! —arengó Tomás.

—Debemos trabajar sobre las pocas cosas en común que tienen como, por ejemplo, su descubrimiento y el amor a la selva guatemalteca. Respecto a sus personalidades, tenemos que enfocarnos en los aspectos complementarios, muchas veces esta complementariedad une más que las similitudes —sugirió Lyam con su sapiencia habitual.

—¡Gran idea! Investiguemos y tracemos diferentes planes de acercamiento —dijo Tomás entusiasmado—. Como bien dijo Lyam, el punto de unión es “su descubrimiento”. Con relación a lo que decías de los aspectos complementarios, ella evidentemente sufrió la carencia de no tener nunca calor de hogar. Él, en cambio, creció en un ambiente humilde, pero unido y feliz, en donde el concepto de familia siempre estuvo presente. No dudo de que a ella le guste realmente la Biología y la protección del medioambiente, pero, en cierto modo, también eligió estos caminos para hacerle la contra a su padre y reclamar, de esta forma, su atención.

—¡Exacto! ¡Son buenas puntas! —dijo Simo—. ¡Estás aprendiendo, Yaem! Ella, ahora, está en Nueva York y él pasa todo su tiempo en el Museo investigando. Debemos hacerlos poner en contacto lo antes posible. El videochat, creo, es una buena opción para esto.

Los tres quedaron absorbidos por la difícil misión de entrenamiento. A través de los *Susurros* lograron que se pusieran en contacto por videochat. Edwin, de inmediato, comenzó a contarle detalles sobre su investigación acerca de los extraños aros:

—He averiguado un montón de cosas, si bien todavía nada tiene mucho sentido. Los jeroglíficos nos indicarían que los aros tienen relación con los equinoccios y con el Cinturón de Orión. También hay referencias a “sangre real” y a “los muertos”. Por más extraño que te parezca, he encontrado información parecida en unas tabletas sumerias del 3000 antes de Cristo.

—¡Qué interesante! Lo más paradójico de todo esto es que lo hemos descubierto gracias a un odioso incendio. Estoy furiosa de cómo estos desgraciados están destruyendo la selva con sus insaciables ansias de lucro.

Simo le susurró entonces a Edwin:

No debo ser tan egocéntrico y hablar solo de lo que a mí me interesa. Tengo que prestarle más atención a sus preocupaciones.

—Sí, mi Bisa también está indignada. A cada rato exclama que los Dioses se van a vengar algún día por semejante profanación.

—¿Y tus abuelos?

—Murieron en un accidente en el campo.

—¡Cuánto lo siento! Dicen que tu bisabuela es todo un personaje. ¿Es verdad que es descendiente maya? Me encantaría conocerla algún día.

—Mi Bisa es todo un mito en sí mismo. Es una mujer increíble. Hablar con Mamama Tza es como transportarse a otro mundo. Sus comidas elaboradas con maíz son gloriosas, como si fueran elaboradas por los mismísimos dioses...

Tomás le susurró entonces a Irina:

Nunca tuve una abuela que me consintiera. ¡Qué suerte tiene Edwin!

—Tengo que volver a la selva en unos días. Si coincidimos, sería un placer para mí conocerla. Yo no tuve abuelos que me cocinaran, ni mucho menos que me contaran historias. ¡Qué suerte tienes!

—Es verdad, ¡tengo mucha suerte! Yo también necesito volver a la selva en unos días. ¡Tratemos de coincidir!

En es preciso instante el índice de compatibilidad subió al 42%.

Las charlas por Skype se hicieron hábito diario entre Edwin e Irina y su relación fue cada vez más íntima y cercana.

Finalmente, un día se reencontraron en la selva, conforme lo habían planeado. Edwin la invitó a almorzar a su casa para que pudiera conocer a la famosa Mamama Tza.

El hogar era muy humilde pero acogedor. La casa estaba construida con tejas de barro, cemento y tablas. Lámparas de queroseno y candelas iluminaban los ambientes. Ella estaba inexplicablemente nerviosa. La bisabuela apareció de la nada; su cutis trigüeño estaba surcado por el tiempo. La miró con dulzura a Irina y, mientras acariciaba su bello rostro, le dijo:

—¿Así que usted es la hermosa noviecita de mi nene?

—¿Bisa! —le recriminó Edwin. Irina no se animó a contradecirla.

—Usted tiene una linda mirada, aunque algo triste... —dijo después la bisabuela. Irina bajó levemente su cabeza y se puso colorada.

Pasaron más de dos horas disfrutando de historias y platos elaborados con maíz. La bisabuela había superado con creces las expectativas que tenía Irina. La anciana sorprendía e impactaba con su sola presencia. Sus ojos se iluminaban cuando relataba sus apasionadas historias, creando una atmósfera de fantasía inexplicable. Nada hacía prever que el encuentro pudiera terminar de mala forma. Todo iba de mil maravillas, hasta que Edwin le mostró fotos sobre los enigmáticos aros. La bisabuela reaccionó entonces de forma muy extraña, vociferando al aire palabras inentendibles. Este episodio puso fin a la velada. La anciana estaba muy enferma y Edwin no quería que estuviese alterada por su culpa.

En los días subsiguientes, Irina y Edwin acamparon cerca de la Pirámide de los Aros; así la había bautizado ella. La pirámide lucía diferente, ya que expertos arqueólogos la habían desmalezado cuidadosamente. Con un moderno sistema de exploración sonar, el equipo de investigación había detectado un sugerente hueco dentro de la estructura. Edwin estaba ansioso por el descubrimiento, ya que creía que, dentro del mismo, podría hallar respuestas a algunos de sus enigmas. Los arqueólogos habían comenzado a excavar con sumo cuidado hacia la posible recámara.

Una noche de luna llena, mientras cocinaban comida en una fogata, ocurrió lo increíble: Irina comenzó a mirarlo con ojos diferentes. Si bien Edwin había advertido este sutil cambio, no se animaba a dar el primer paso. Así se pasaba la noche, con más ruido que nueces...

—Estamos tan cerca. ¡Miren la probabilidad de ocurrencia! ¡Aumentó al 89%! —exclamó Tomás. Los asientos del módulo de entrenamiento estaban colmados de individuos que seguían con atención el trabajo de los jóvenes aprendices.

—Tenemos que darle un empujoncito —respondió Lyam.

—¡Déjenmelo a mí! —exclamó Simo. Pensó por unos instantes y susurró:

Es muy especial este chico. Tiene un “no sé qué” que me gusta mucho. No es de la clase de hombres en que suelo fijarme pero, bueno, así me fue con los otros... No puedo ni imaginar la cara de Daddy si nos llegara a ver juntos. ¡Se muere bien muerto!

Irina reaccionó de inmediato abalanzándose encima de Edwin y dándole un beso apasionado que lo dejó sin aliento. Una luz verde titilante indicó entonces que la misión había sido “cumplida con éxito”. Un estruendoso aplauso surgió desde las gradas. Simo, Tomás y Lyam se estrecharon en un interminable abrazo.

De repente, un mensaje azul apareció en la pantalla:

¡Felicitaciones por el cumplimiento exitoso de la Primera Etapa de la Misión! La próxima es la siguiente:

Etapas II: Deberán Deshacer la Unión recientemente formada, con un Desenlace Trágico, dentro de un Plazo de Cinco Días Terrestres.

Desenlace Trágico: Muerte Traumática de alguno de los dos. El Suicidio es la opción que mayor cantidad de Puntos otorga. Para más información, dirigirse al Glosario de la Misión.

El cumplimiento de esta Predicción otorgará Puntos reales para el Orden de Mérito.

CAPÍTULO 25

ATAQUE DE FURIA

LA EUFORIA REINANTE fue desplazada por un silencio sepulcral. Nadie esperaba algo semejante. Tomás observó a Lyam como pidiéndole explicaciones. El muchacho se encogió de hombros y abrió grande sus ojos, evidenciando un desconcierto compartido. Tomás miró entonces a Simo y ella le respondió:

—¡Nunca me habían pedido algo semejante!

La veintena de almas sentadas en las butacas comenzaron a aplaudir nuevamente. Tomás los contempló absorto, sin comprender qué significaban estos aplausos.

—¿Acaso están todos locos acá? —les gritó Tomás desenchajado. Los espectadores continuaron aplaudiendo.

—Calmate, Yaem. Ninguno de nosotros va a matar a nadie —dijo Lyam tratando de apaciguarlo.

—¿Acaso están todos locos acá? —repitió Tomás aún más fuerte—. ¡No se puede jugar así con las personas como si fueran conejitos de Indias! ¿No les da vergüenza provocar caprichosamente el sufrimiento de seres humanos? ¿Les parece de *evolucionados* matar a la gente como si fuera un *juego*?

—¿Y por qué pensás que los humanos son superiores a los cobayos? —preguntó uno de los aplaudidores que, para sorpresa de Tomás, ¡era Dremont!—. Los humanos, durante toda su historia, se la pasaron descuartizando y experimentando con otros seres vivientes, sin ningún tipo de remordimientos. Además, la muerte no es una tragedia como la viven en la Tierra. Simplemente es el paso de un estadio a otro y en la mayoría de las veces, para algo mucho mejor a lo que tenían.

—¿A eso le llaman *evolución*, ser *evolucionados*...? ¡Jugar con las personas y sus sufrimientos como si fuera un casino de apuestas de un balneario exótico! —gritó Tomás con furia.

—Hay muchas cosas que no podés llegar a comprender... Definitivamente no es de *evolucionados* tu furia y tus desequilibrios. Yo le advertí a Norx que era un error dejarte ingresar a Ádyton, que no estabas preparado y que no eras de confiar. Es evidente que Norx no sabe elegir bien a sus colaboradores. Cuando eras un centurión de Roma y matabas y hacías matar a mansalva, ¿no pensabas en el sufrimiento de las familias de tus víctimas...? En ese entonces: ¿sí te gustaba jugar con la vida y la muerte de las personas? ¿Te gustaba sentirte Dios...?

Tomás quedó aturdido y sin respuestas. Estaba desconcertado e irritado. Todavía no había asimilado del todo la idea de que aquel centurión y él eran el mismo. Finalmente, gritó a los presentes:

—¡El centurión tenía principios! Además, no tenía otra opción: era su vida o la de sus enemigos. Él no jugaba con la gente por diversión y no disponía de sus vidas caprichosamente, como si fuera Dios...

—¡Sos un insolente, Yaem! ¡Siempre hay opciones! ¡Siempre! Nosotros somos los guardianes del *Equilibrio Universal*. Y esta excluyente misión está por encima de todo, absolutamente de todo, incluso sobre las pequeñeces terrenales...

—¡Me cansó todo esto! ¡Yo soy Tomás, no Yaem, y me largo de acá!

Tomás observó a Lyam y a Simo por un breve instante y, luego, hastiado, salió corriendo del módulo de entrenamiento. Casi sin advertirlo, ingresó por sectores de Ádyton el os que, hasta ese entonces, nunca había estado. Los Profetas que circulaban junto a él lo observaban extrañados. No era algo usual ver corriendo a alguien en todo Equinoccio. Atravesó una elegante sala repleta de pequeñas terminales, en donde los Profetas podían analizar las profecías y hacer sus apuestas. *Esto y una lujosa sala de tragamonedas de Las Vegas, ¡es exactamente lo mismo! Peor aún, acá se juega con el sufrimiento de las personas.* De repente, un Profeta se levantó de su cómodo sillón y gritó eufórico:

—¡Murió! ¡Murió! ¡Gané diez mil puntos! —Tomás lo asoció de inmediato a su accidente. *¡Es indignante!*, pensó mientras en forma atolondrada se llevaba por delante una de las terminales. Se levantó sin pedir disculpas y se dirigió hacia la salida de la pirámide. Afuera llovía con vehemencia; nubarrones negros viajaban amenazantes como si fueran tanques de guerra. Los relámpagos imponían dramatismo a su desbocada corrida. Llegó al Navegador AZX, pero no encontró ni a Letus, ni a Ilive, ni mucho menos a Norx. Los truenos retumbaban con ferocidad apocalíptica. Pasó por enfrente del restaurant *Ludopatía*. *¡Claro! Si acá todos son unos enfermos adictos al juego*. Las pesadas gotas repiqueteaban sobre el espejo de agua, como si fuera un bombardeo digno de la Segunda Guerra Mundial. Llegó a la puerta de ingreso del Oráculo de Nocc y la traspasó sin dudar. *Seguramente nunca más me van a dejar entrar...*

La calma del Reflexionario lo apaciguó un poco. Mojado y al paso se dirigió hacia la Gran Plaza, deseando encontrar algún rayo de sol que secara, al menos, un poco su furia. Pero no, afuera era todo tempestad y destemplanza.

Habiendo vivido tantas experiencias fuertes, el retorno al lugar de inicio le hizo sentir que ya no era un novato en Equinoccio. A pesar de la copiosa lluvia, se podía apreciar en la cima de la pirámide la luz de su sol. El viento soplaba con fuerza, dificultando su avance hacia ninguna parte... Tomás decidió correr hacia el puente por el cual había ingresado la primera vez. Al cruzarlo, arribó a la galería de columnas blancas, que conducía hacia el edificio parecido al *Panteón* romano. Fastidiado, atravesó el gran Recinto. La lluvia caía con insistencia a través del agujero de la cúpula. Los equinoccianos caminaban tranquilos a su alrededor, como si no les afectara la fuerte tormenta. Pasó junto a la enigmática estatua blanca y llegó nuevamente a la Gran Plaza. Corrió hacia el lado opuesto, intentando ignorar que el mundo era redondo... Un feroz trueno hizo estrepitar su alma. Tomás cayó al piso, exhausto, bajo la lluvia incesante. Cerró sus ojos y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 26

EL ESCAPE

HIJITO QUERIDO, SÉ que me estás escuchando. A pesar de que hace casi seis meses que te vemos así, estamos completamente seguros de que, en cualquier momento, vas a volver a abrir tus ojos. Con tu mamá y hermanos venimos todos los días, esperando el milagro. Los médicos ya no nos dan muchas esperanzas, aunque nosotros, ¡sí, las tenemos! Tenés que ser fuerte y volver con tu familia, que te quiere y que te va a esperar el tiempo que sea necesario...

Aún inconsciente, las dulces palabras de su padre le causaron dolor e impotencia. Una caricia rozó su rostro. Abrió lentamente sus ojos y pudo advertir, entre sombras, una conocida silueta: era la hermosa Querú. Quiso levantarse, pero no pudo ya que no tenía fuerzas.

—Tranquilo, Tomás, tranquilo —le dijo ella con dulzura.

—¿Qué haces acá? ¿Estoy preso de Dremont?

—¡Shhh!, silencio, tenés que descansar. No te esfuerces demasiado.

Tomás no le hizo caso e intentó incorporarse de nuevo, aunque no pudo.

El lugar era oscuro e inhóspito. A través de un tragaluz en el techo, los relámpagos iluminaban cada tanto el sombrío ambiente, dejando entrever paredes deterioradas. De repente, el sonido de unos pasos le advirtieron que alguien se aproximaba. Tomás se inquietó aún más. *Seguro que es Dremont o algunos de sus secuaces.* De entre las sombras, apareció un agradable e inesperado rostro sonriente... ¡era Dru!

—¡No te puedo dejar solo, *brother!*

—¡Qué bueno verte! ¡No entiendo nada! ¿Qué hacen ustedes dos juntos?

—¡Es una larga historia! —respondió Dru aún sonriente—. Ahora tenés que descansar, así que no intentes hablar. Por lo que pudimos enterarnos, en estos momentos, Dremont está denunciándote por terrorismo ante el Consejo. ¡Quiere condenarte a Kámalkut! Según pudo averiguar Querú, Dremont estuvo recabando pruebas de nuestros encuentros para poder acusarte. Por suerte fue ella la que te encontró en la Gran Plaza desvanecido y te trajo hasta acá, conmigo.

—¡No quiero ir a Kámalkut! ¡Quiero volver a mi casa, con mi familia! Tenemos que buscar a Norx.

—Lamentablemente, mi querido *brother*, ¡es imposible que vuelvas a tu casa! Tampoco vas a ir a Kámalkut. Yo también tengo pedido de captura desde hace mucho tiempo y aquí me ves, sonriente y ayudando a un amigo que me necesita. Respecto de Norx, no creo que se la juegue. Está cansado y en condiciones de migrar hacia otro estadio más evolucionado de su existencia. No creo que quiera complicarse...

—¡Es un ser muy íntegro! ¡Debo hablar con él! —dijo Tomás mientras volvía a desvanecerse.

Tiempo después, sus ojos se abrieron de nuevo. Seguía en aquella húmeda guarida. La lluvia aún repiqueteaba con fuerza sobre el tragaluz. El viento zumbaba sin cesar y todo continuaba en penumbras. Trató de incorporarse, pero continuaba extenuado. Pudo percibir a unos metros la presencia de Dru conversando con otro individuo. Con esfuerzo pudo distinguir, luego, que era Lyam. Un rato después, arribó Rocío.

—¡Pasó lo que preveíamos! —dijo Rocío—. Dremont los convenció con facilidad de que Yaem es un terrorista peligroso y que es conveniente remitirlo a Kámalkut.

—¿Sabés si estaba Norx presente? —preguntó Lyam.

—Creo que no. Se rumorea que ya no está más en Equinoccio. Cuando venía para acá, se me acercaron Letus e Ilive preguntándo-

me por Yaem. No entiendo por qué me relacionan con él, pero me inquietó la consulta. No va a ser fácil ocultarlo: Dremont está furioso y, con la ausencia de Norx, nunca tuvo tanta libertad y poder. Ordenó una exhaustiva búsqueda por todo Eridu. Tengo miedo. Si me vinculan con ustedes, voy a estar también en serio peligro.

—Tenés que volver ya mismo —sugirió Dru.

—Podrían acercarse y contarme qué está pasando —dijo Tomás con mucha dificultad.

Los tres se acercaron a la cama, mientras cambiaban el semblante de preocupación por sonrisas forzadas.

—Parece que estás mejor —susurró Rocío.

—¿Qué anda pasando? ¡Quiero la verdad! —inquirió Tomás con firmeza.

—Querú, es preciso que vuelvas inmediatamente a Ádyton. No toleraría que te pasase algo por mi culpa, ya has hecho demasiado —insistió Dru poniendo su mano sobre la mejilla de Querú. Era evidente que los unía un fuerte lazo emocional. Ella los observó a los tres con una mirada nerviosa y se marchó.

—Perdón, *brother*, no hay tiempo para muchas explicaciones. Tenemos que movernos rápido y sigilosos o seremos presa fácil.

—¿Rocío es tu chica?

—¿Qué?

—Querú, ¿es tu chica?

—Rocío es el nombre de su última vida en la Tierra. No, no es *mi chica*. A través del Reflexionario nos enteramos de que tuvimos una relación sentimental en una de nuestras vidas y eso nos unió mucho. ¡Debemos partir! ¿Tenés fuerzas para caminar?

—¡No lo sé! Me siento exhausto...

—Tenemos que ir hacia las afueras de Equinoccio, acá estamos complicados. Creo que cerca de la frontera de Aaru hay un lugar seguro donde podremos ocultarnos.

—¿En el jardín? —preguntó con voz muy debilitada mientras un relámpago iluminaba fantasmagóricamente sus rostros.

—¡En las afueras del jardín! El problema es llegar hasta allá sin ser detectados —respondió Dru con preocupación.

—Yo creo que conozco la forma de llegar sin ser descubiertos —afirmó Lyam.

Para sorpresa de los demás, Tomás sacó el mapa que, con mucho esmero, había estado elaborando. Mientras tanto un estrepitoso trueno los sacudió.

—Por acá está el ingreso a unas especies de catacumbas con pasadizos que llevan directamente a las afueras de Aaru —explicó Lyam señalando la Biblioteca. El viento continuaba zumbando de fondo—. Escapar solo sirve para ganar tiempo. A mí se me ocurrió una idea que, en teoría, podría llegar a salvarte, pero es muy osada...

—Cualquier cosa es mejor que estar preso en Kámalkut por toda la eternidad... —exclamó Dru.

—¿Qué idea tenés? —preguntó Tomás con sus últimas fuerzas mientras se desvanecía otra vez.

Kámalkut es el peor destino que un alma pueda padecer. En ese exasperante lugar, está garantizado el sufrimiento eterno. Asignado principalmente a energías que conspiran contra el Equilibrio Universal. En la práctica funciona como una olvidada prisión de almas consideradas irremediables o *molestas*. Hace ya mucho tiempo que Kámalkut ha perdido el esplendor de otrora, ya que, en la actualidad, el foco de atención está puesto en las instalaciones destinadas a la clonación de almas, las cuales son consideradas “indispensables” como consecuencia de la creciente superpoblación terrestre.

Tomás despertó otra vez. La tormenta continuaba abatiendo con virulencia su entorno. Sintió que había recuperado algo de sus fuerzas. Logró incorporarse y observar con detenimiento el escondite. Estaba solo. El recinto era hexagonal, estrecho y sin ventanas. Las paredes lucían muy antiguas y húmedas. Arriba se encontraba el tragaluz redondo, con un extraño *vitraux* por donde se filtraban los relámpagos. En el centro estaba la cama y, a un costado, en el

piso, su mapa. *Alguien marcó con una cruz uno de los costados de la Biblioteca. ¿Tendré que ir ahí...?* Aguardó, inquieto, por mucho tiempo; sin embargo nadie apareció a buscarlo. Tenía miedo y se sentía destemplado y débil. Traicionado por su ansiedad, decidió dejar de esperar y salir. *¡No, Tomás! Tenés que quedarte y controlar tu ansiedad. Si algo aprendiste de todo esto, es a ser más paciente,* pensó mientras frenaba su marcha.

El repiquetear constante de las gotas aceleraba aún más su impaciencia. Un inesperado y violento sacudón estremeció la estructura del edificio. Desde afuera, llegaban gritos de terror y ruidos irreconocibles. Un sonido agudo e intermitente le hizo taparse, en vano, sus oídos, mientras una luz verde resplandecía a través de las rendijas. *Esto ya no es seguro, debo escapar...*

Esperó un poco más y luego se animó a correr la traba de la puerta. El viento huracanado se filtró con fuerza y la abrió de par en par. La lluvia ahora era torrencial y no daba respiro. El cielo lucía un oscuro rojizo aterrador, mechado con nubarrones negros que se movían a gran velocidad. Tomó con firmeza su mapa, ya que su subsistencia dependía de la información que contenía. Debía llegar a la Biblioteca sin ser descubierto y no tenía ni la menor idea de dónde se encontraba. Comenzó a caminar a través de una especie de patio de conventillo, rodeado de puertas vetustas. Cruzando un pórtico de piedra, encontró unas instalaciones en estado de abandono, que se asemejaban a las de una estación de ferrocarril. Todo se encontraba desierto, solo lo acompañaban el zumbido del viento, la lluvia y algún que otro trueno. A su derecha, se encontraba una vieja torre estilo inglés, de ladrillos rojos con reloj. *Se parece mucho a la que está en el Distrito Centro de la Municipalidad de mi ciudad.* Al frente, encontró el ingreso a un túnel abandonado. Dudó unos instantes, respiró profundo y entró. Caminó con lentitud a través de una profusa oscuridad. El túnel era también de ladrillos y de forma abovedada. Se cruzó con seres harapientos que le generaron temor. Cada tanto, se topaba con tambores de lata oxidada con fuego en su interior. Los extraños individuos se reunían alrededor de cada fogata, como si fuera un rito satánico. Esta escena le hizo

rememorar a un viejo túnel ferroviario de su ciudad, que estaba en desuso desde su infancia. Recordaba que, como prueba de valentía, los chicos debían animarse a atravesarlo. Era toda una aventura a la cual pocos se atrevían.

Bajó su mirada con respeto y continuó caminando sin ser molestado. Llegó al final con los puños apretados y suspiró. *Menos mal que, al menos, ¡no había gatos salvajes!*, pensó aliviado mientras recordaba la fobia que arrastraba desde los ocho años. A su izquierda, encontró de nuevo la torre inglesa. Tomó su mapa con fastidio. *¿Dónde estaré? Tengo que buscar alguna referencia.*

Salió corriendo bajo la lluvia, sentía un frío desgarrador. Entró a una callejuela empedrada, parecida a las muchas que hay en el casco histórico de Roma. Al final de ella, se podía divisar la pirámide con su luz. *¡Para allá tengo que ir!* Al promediar el trayecto, volteó y comprobó que ambos extremos opuestos de la calle desembocaban al mismo lugar. *¡Ya nada me sorprende!* Por fin llegó a la plaza. Se cobijó debajo de un techo y sacó nuevamente su mapa para trazar un plan:

Estoy acá y tengo que llegar sin ser detectado hasta la Biblioteca que está allá. Voy a circular por las galerías, por más que sea más largo; si cruzo la plaza vacía, seré blanco fácil. El problema es que, una vez que llegue a la Biblioteca, si intento ingresar por la puerta principal, seguramente, el Sistema me delatará. ¡Algo tendré que improvisar!

Caminó pegado a las paredes y mirando el suelo. De uno de los edificios surgió, de pronto, un contingente de unos treinta jóvenes. Se coló en el medio del grupo y caminó tratando de pasar lo más desapercibido posible. Todos conversaban muy entusiastas, ya que los eventos celebrativos del Equinoccio estaban próximos. Pasó por enfrente del Reflexionario. *Ya estoy cerca de la Biblioteca. Por suerte, en este sector hay mucha gente.* El edificio no tenía otras puertas, ni siquiera otras aberturas. *¿Cómo entrar? Yo me la juego e intento ingresar por la puerta, no me queda otra.* Se separó del grupo y se dirigió con decisión. Cuando estaba a unos metros, sintió que le chistaban desde el edificio contiguo: era Leno, que le hacía señas

para que se aproximara. El Enano le hablaba a través de un tragaluz a flor del piso. Tomás esperó que otro contingente de jóvenes pasara por enfrente y lo tapara y se tiró al piso para introducirse a través de la pequeña abertura.

—Te están buscando por todas partes y a vos se te ocurre meter-te debajo de un sensor de apertura —le reprochó con enojo.

—Es que no sabía cómo entrar a la Biblioteca, no vi otra forma.

—¡Seguime en silencio!

El Enano lo condujo, con rapidez, por un estrecho y oscuro pasadizo. Tomás lo seguía de cerca. Leno portaba un candelabro a vela como única iluminación. *¿Realmente me querrá ayudar o me estará llevando directamente a Dremont? Igualmente, muchas opciones no tengo.* Leno nunca se había comportado con simpatía con Tomás y eso le generaba dudas sobre sus verdaderas intenciones.

—Siempre pensé que te caía mal...

—¡Es verdad!

—Entonces, ¿por qué me estás ayudando?

—No tengo nada en contra tuyo, en particular, pero vos no deberías estar acá. Fue un error mío y me siento culpable por ello.

—Pero...

—¡Silencio! —interrumpió Leno con brusquedad—. Estas paredes impiden, por el momento, que nos detecten; no obstante, igualmente, es conveniente no generar vibraciones.

Tomás lo obedeció. En un primer tramo, el pasillo estaba construido con enormes bloques de piedra. Cientos de metros más adelante, se transformó en un túnel cavado directamente sobre la roca. Cada tanto, aparecía una abertura con rejas. Una brisa húmeda silbaba atemorizante. Cientos de metros después, el zumbido cesó y reinó el silencio absoluto. En el momento en que Tomás comenzaba a familiarizarse con el espeluznante lugar, Leno lo detuvo violentamente con su mano, a centímetros de una alcantarilla. Un sonido agudo e intermitente reemplazó al ambiente sepulcral. *Es igual al que escuché antes de salir del refugio.* Un haz de luz verde surgió desde lo profundo de la abertura, como si estuviera rastreándolos. Leno lo observó fijamente, ordenándole con la mirada que no hicie-

ra ni el más mínimo movimiento. La luz se apagó y ellos continuaron su camino. Tomás suspiró con alivio.

Cuando parecía que iban a pasar toda la eternidad divagando por esos intrincados túneles, apareció una luz al final de la oscuridad. Apresuraron su marcha hacia una alcantarilla. Leno la abrió con esfuerzo, ya que estaba tapada con abundante vegetación. *Parece que hace mucho tiempo que nadie pasa por acá...*

CAPÍTULO 27

PAREJA EN CRISIS

IRINA SE DESPERTÓ sobresaltada en medio la noche. Extendió su delgado brazo hacia el centro de la cama, pero no encontró a su compañero. *It's 5.15 in the morning. WHERE THE HELL IS EDWIN?* Irritada, prendió la lámpara de su mesita de luz.

La pareja se encontraba alojada en un cuarto de una posada hacía ya unos cuantos días. El edificio de estilo colonial estaba construido sobre un viejo inmueble reciclado, ubicado en el centro histórico de la ciudad de Guatemala, a pocas cuadras del Palacio Nacional. Los ambientes estaban decorados con antigüedades mayas y abundantes plantas. Todo lucía tranquilo y relajante. *Too much quiet for me!*, se quejaba con insistencia Irina. La novel pareja ya estaba en crisis. Edwin se encontraba obsesionado con su investigación y no paraba un segundo. Ella había intentado seguirlo al principio pero, como casi siempre en su vida, comenzaba pronto a cansarse de todo.

—¿Edwin? ¿Edwin? ¿Dónde estás? —gritó, pero nadie respondió.

Se levantó de la cama de un salto, escudriñó por el baño y se dirigió hacia el patio. Casi dormida, pasó entre plantas y suntuosos ornamentos. Una enorme tortuga se interpuso en su camino logrando despabilarla un poco. Al fondo, sentado sobre una silla de hierro, estaba Edwin con su *notebook*, totalmente abstraído de su entorno. Irina colocó sus delicadas manos sobre sus hombros y él se sobresaltó.

—¿Por qué no vienes a la camita conmigo? —le dijo con dulzura en su español entrecortado.

—Termino con esto y voy, cariño.

—¡Pero son más de la cinco de la mañana! —respondió Irina molesta.

—Pero no puedo cortar, amor. Necesito terminar con esto, estoy en medio de algo sorprendente...

—¡También necesitas descansar! ¡Y... yo, también, necesito atención!

—Mi vida, te prometo que en cuanto tenga esto resuelto te atenderé como mereces. Eres mi princesita y no quiero perderte.

—¡Eso mismo ya lo escuché varias veces! —*In the end, they're all like my father: They only care about their jobs and "their stuff". They're so selfish! I hate men!*

—Es verdad: pero ya estoy cerca. Solo te pido un poco de paciencia. En este preciso momento, estoy recibiendo información de un joven investigador del Museo Ashmolean de Inglaterra, que está fascinado con mi hallazgo. Perdón, con *nuestro* hallazgo. No me preguntes cómo llegué a este muchacho, porque ni yo lo sé. De repente, apareció su nombre en mi cabeza y la necesidad de contactarme con él. Seguramente lo habré visto en algún documental y habrá quedado grabado en mi inconsciente... —Irina lo observaba con fastidio mientras Edwin continuaba con su monólogo—. Este muchacho sostiene algo inverosímil aunque subyugante. Según me cuenta, trabaja en el Departamento de Investigación de la Civilización Sumeria. Dice que tiene acceso a pruebas contundentes relacionadas con algo muy parecido a nuestros aros. ¿Puedes creer? No comprendo todavía qué relación puede existir entre civilizaciones tan lejanas en cuanto a la distancia y el tiempo. A lo mejor podrías ayudarme con el inglés. A veces, me cuesta entenderle del todo. Aun cuando no lo creas, este muchacho sostiene que los aros son una especie de...

Irina lo interrumpió con un seco gesto de hartazgo, mientras sacudía su cabeza de lado a lado. Se dio vuelta notoriamente ofuscada y retornó a la habitación.

¡¿Qué le pasa a esta chica?! No entiende que estoy cerca de descifrar el Descubrimiento del Siglo...

CAPÍTULO 28

EL POZO

LENO Y TOMÁS salieron a través de la alcantarilla hacia una llanura repleta de matorrales. El lugar era muy diferente al impecable Jardín de Aaru. La impiadosa tormenta continuaba azotándolos. *¡Uff! Esperaba sol y cielo azul y encuentro esto. ¡Ya no tolero más esta odiosa tempestad!* Inesperadamente, Leno le dijo que no podía continuar acompañándolo, ya que debía volver y le dio precisas instrucciones:

—Prestá atención, Yaem. Tenés que caminar setecientos pasos hacia aquel árbol. Cuando encuentres el ingreso a un pozo, descendé por el mismo sin detenerte. Cuando sientas que, para seguir adelante, necesitás invertirte, tenés que tomar el túnel que vas a encontrar a tu izquierda. ¡Cuidado!: si seguís por el túnel por el cual ingresaste y no doblás, vas a desembocar en el mismo lugar del que partiste. Una cosa más: tanto cuando bajas como cuando subas, nunca mirés para arriba.

Desde unas luces verdes que se filtraban entre oscuros nubarrones surgía un desagradable y conocido sonido. El resplandor avanzaba con rapidez hacia ellos, como si estuviese devorando todo a su paso. El exasperante sonido intermitente se percibía cada vez más fuerte. El Enano lo miró con firmeza y le dijo:

—Por ninguna razón te dejes alcanzar por el haz de luz verde. Es un capturador de energía y, si te atrapa, Kámalkut será tu nuevo hogar para siempre.

Mientras escuchaba la advertencia, Tomás observaba aterrado cómo la luz cazadora avanzaba sin cesar. Se dio vuelta hacia Leno, pero ya no estaba...

¿Setecientos pasos? ¿Serán pasos de él o de los míos?, pensó contrariado mientras caminaba con premura hacia el árbol. Alrededor de Tomás, diferentes grupos de seres corrían despavoridos. La marea verde cayó con vehemencia sobre los más rezagados. Gritos de desesperación se mezclaron con el insufrible zumbido. Cuatro de los seis integrantes del grupo quedaron absorbidos por la luz. Los otros dos no fueron afectados y continuaron corriendo hacia el árbol. Su “tarea” era selectiva y únicamente absorbía las almas de aquellos que estaba buscando. En la desesperación, Tomás se olvidó de contar sus pasos. Un segundo grupo cayó en desgracia. *¿Cuántos pasos irán? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos...? Creo que el árbol está muchísimo más lejos que setecientos. ¡Por Dios! ¿Qué tendré que encontrar? ¡Es mi fin...!*

El Capturador ya estaba casi encima. A medida que se aproximaba, el sonido era tan penetrante que lograba paralizar a sus víctimas porque les generaba dolor. *¡De esta no me salvo!* De repente, un violento golpe atropelló a Tomás por su espalda, tirándolo con fuerza al piso. *¡Soy historia! ¡Me atraparon!*

—¡No te muevas, Nanito! —escuchó mientras el viento verde los sobrevolaba.

El abuelo lo había derribado y se había colocado por encima, logrando interferir la lectura del Capturador. Cuando las luces se alejaron, ambos se pusieron de pie y se estrecharon en un sentido abrazo.

—¡Abuelo! —exclamó Tomás con alegría desbordante.

—¡Shhh, Nanito! Tenés que continuar corriendo y entrar a ese pozo —le dijo con dulzura y autoridad mientras le señalaba una alcantarilla que se asomaba entre los matorrales.

—Pero, Abu...

—¡Corré! ¡Corré! No pierdas tiempo.

Tomás se alejó a toda velocidad mientras observaba cómo se alejaba de su querido abuelo.

—¡Gracias! ¡Te quiero! —le susurró colocando su mano derecha en el corazón.

—¡Yo también, Nanito! ¡Siempre estaré a tu lado!

Cuando estaba por arribar a la alcantarilla, otro de los sobrevivientes lo empujó con torpeza ingresando antes que él. Tomás esperó unos segundos. Al poco tiempo, un grito espeluznante surgió desde lo profundo del pozo. El Capturador estaba de nuevo cerca, el abuelo ya no estaba visible y la lluvia y el viento aún sacudían con vehemencia. Respiró profundo e ingresó. Escalón a escalón comenzó a bajar con lentitud por el angosto pozo. Al poco tiempo, la oscuridad era total, ni siquiera podía ver sus manos aferrando la oxidada escalera. *¡No debo mirar para arriba! ¡No debo mirar para arriba! Tranquilo, Tomás, tranquilo. ¿Cómo me daré cuenta cuando tenga que doblar? Leno me dijo que cuando sienta que necesito invertirme para seguir, tengo que tomar el túnel que va a estar a la izquierda. ¿Por qué todo tiene que ser tan extraño en este lugar?*

Era un descenso interminable. *¿No me habré pasado?* Extraños sonidos provenían desde arriba. *No tengo que mirar, no tengo que mirar.* Los ruidos se aproximaban con rapidez y mezclaban golpes de caída con gritos de terror. Cerró sus ojos y se aferró con todas sus fuerzas a la escalera. Un cuerpo mutilado rozó su espalda desestabilizándolo. A pesar del golpe, logró mantenerse sobre los escalones. Esperó, inmóvil, el ruido que debía generar ese cuerpo contra el fin del pozo, pero nada ocurrió. *¡No tiene fin...!* En ese preciso instante, sintió que perdía peso y que casi hasta podía levitar. La oscuridad continuaba siendo profunda. Sus piernas se bamboleaban hacia adelante. *Me siento patas arriba, debe ser la señal de que tengo que doblar.* Extendió su brazo izquierdo y detectó otro túnel. *¡Eureka!* Extendió su brazo derecho y encontró otro más. *Una duda me carcome: Leno dijo que tenía que doblar a la izquierda, de eso estoy muy seguro, pero, ¿tengo que darme vueltas antes o no? Porque si lo hago, mi izquierda pasaría a ser mi derecha. ¡Ufff! ¡Qué indecisión! No, ¡no! Leno no dijo que me diera vuelta, dijo que cuando sintiera la necesidad de invertirme, doblara... Pero si me equivoco, vaya a saber a dónde diablos voy a parar... literalmente hablando.* Nuevos ruidos, por encima de él, interrumpieron su debate interno. De un salto, dobló a su izquierda y comenzó a subir por otra escalera. Miles de escalones adelante, comenzó a percibir una suave brisa fresca y

agradables olores. *No tengo que mirar hacia arriba.* Apuró su marcha. Ya podía distinguir sus manos y los escalones. Por fin arribó a la meta. El sol comenzaba a salir en el horizonte y el cielo lucía diáfano y hermoso. *¡Guau! ¿Qué es todo esto?*

CAPÍTULO 29

PETROGLIFOS

EDWIN E IRINA arribaron presurosos a la Pirámide de los Aros. La recámara oculta acababa de ser abierta y él estaba desesperado por ser el primero en ingresar. *Seguramente adentro encontraré muchas respuestas.* Otros dos jóvenes arqueólogos los acompañaban. En unos de los lados de la estructura, el equipo de investigación había cavado con sumo cuidado un angosto túnel de un metro de diámetro por cinco de largo, por lo cual el ingreso a la recámara debía realizarse necesariamente de rodillas. En las paredes se podía observar algún que otro alacrán, que se escabullía entre las grietas en cuanto la luz de los reflectores lo iluminaba.

—¡Voy a entrar! —exclamó Edwin exaltado.

—¿No sería mejor esperar y fumigar primero? Está repleto de alacranes que te pueden picar y hacer mucho daño —respondió Irina frunciendo su nariz. Edwin le respondió con una mirada de omnipotencia.

El impetuoso joven tomó una poderosa linterna, se arrodilló e ingresó con decisión bajo la atenta mirada de Irina y de los otros dos arqueólogos. Se arrastró con cuidado durante unos pocos minutos hasta arribar a la recámara. Una corriente de aire viciado, por tantos años de encierro, le impedía respirar normalmente. Se puso de pie e iluminó con impaciencia las paredes esperando sorprenderse. La recámara era cuadrada y medía casi cuatro metros por lado. *¡No puede ser! Son solo paredes lisas y agrietadas, sin inscripciones, sin nada,* pensó desairado.

—¿Has encontrado algo? —gritó Irina.

—¡No hay nada! —respondió con un apresurado desánimo, mientras continuaba escudriñando las paredes.

Inesperadamente, un grito seco estremeció a los tres que permanecían afuera.

—Amor, ¿estás bien? —gritó Irina con desesperación. Un inquietante silencio reinaba en la escena—. Amor, ¿estás bien? —reiteró con más fuerza y adentrándose unos centímetros en el túnel.

—¡Si! Estoy bien, amor. Solo tropecé y caí en un pozo —respondió Edwin con dolor en su voz.

Al oír esto, los dos arqueólogos ingresaron, a gran velocidad, dentro de la pirámide. Irina permaneció afuera consternada.

—Acérquense despacio y con cuidado que hay un pozo profundo —les advirtió Edwin al percibir que se aproximaban.

Los dos arqueólogos llegaron hasta el borde del pozo y lo iluminaron con sus linternas. Tenía un diámetro de dos metros y una profundidad de cinco. Edwin estaba tirado en el fondo y lucía aturdido. Un poco de sangre estaba desparramada por el piso.

—¿Estás bien, Edwin? Quédate tranquilo que te vamos a sacar de inmediato de ahí —gritó uno de los muchachos.

—Sí, lo estoy, pero creo que me he lastimado feo el tobillo y me he golpeado la cabeza.

En cuanto vio su sangre en el piso, exclamó con júbilo:

—¡Iluminen bien el piso! —ordenó Edwin.

Ambos jóvenes apuntaron sus linternas y, para asombro de todos, descubrieron que el piso era una increíble piedra redonda repleta de petroglifos. La excitación de Edwin por el descubrimiento le hizo olvidar sus lesiones e intentó levantarse de un salto. Inmediatamente, el dolor le hizo recordar que estaba seriamente herido.

—¡No te muevas, Edwin! —le gritó uno de los arqueólogos al advertir que el pozo estaba infestado de espeluznantes alacranes. Edwin se incorporó con lentitud sobre una sola pierna, levantando la dañada, y se mantuvo inmóvil. En su camisa encontró un par de alacranes adheridos y se los sacó de encima a golpes secos. *Por suerte no me picaron, todavía.* El otro arqueólogo le lanzó un repelente contra insectos que portaba en su mochila. Edwin logró atraparlos en el aire

e, inmediatamente, roció su linterna, que estaba prendida a su lado, cubierta de espantosas alimañas. Los alacranes acusaron el veneno y comenzaron a moverse descontrolados, mientras se clavaban a sí mismos sus ponzoñosos espolones. *¡Qué bichos más asquerosos!* Cuando Edwin pudo hacerse de su linterna, constató, aterrorizado, que eran cientos los alacranes que lo asediaban. *¡Es un milagro que todavía no me haya picado ninguno! ¡Debo huir ya mismo!*

—¡Sáquenme de acá! —suplicó Edwin.

Uno de los muchachos bajó hasta el pozo con una soga y lo ató con firmeza. Lentamente, lograron rescatarlo de la trampa. Edwin estaba mareado y dolorido, pero exultante por el hallazgo.

—¡No te muevas! —le ordenaron nuevamente a Edwin.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó con fastidio.

—Hay otro alacrán en tu espalda —le respondió mientras se lo sacaba de un golpe y lo aplastaba con su pie—. No logro comprender cómo no te ha picado ninguno. ¡Tienes mucha suerte, amigo!

—¡Se ve que les agrado! —respondió sonriente y aliviado, mientras tomaba su cámara de fotos para hacer tomas del fantástico grabado del piso.

Afuera, Irina le vendó el pie y le desinfectó el rostro. Edwin quería volver a la pirámide, pero ella lo convenció de que necesitaba asistencia médica y que debían volver a la aldea. Subieron a sus caballos y emprendieron el camino.

Unas cuantas horas después, arribaron al dispensario médico de la *Cooperativa*, una organización comunitaria que administra el bosque de la Reserva de la Biósfera Maya. El enfermero, que atendía el dispensario, un mexicano muy amigo de su familia, lo desinfectó, le inyectó un antiinflamatorio con calmante y suturó cinco puntos en su frente. Finalmente, le dijo:

—Creo, manito, que no está roto tu tobillo. De todas formas, me parece que deberías hacértelo estudiar en algún hospital. Seguramente te harán una placa y te lo inmovilizarán por un tiempo. Te aconsejo, además, ponerte hielo por unas horas. Con respecto al golpe en tu cabeza, creo que es solo un corte profundo. Si quieres te cargamos en la pickup y te llevamos ya mismo para un hospital.

—¡Imposible! ¡Tengo que regresar a la Pirámide de los Aros!

—¡De ninguna manera! —reaccionó Irina—. Primero está tu salud. ¡Nos vamos ya mismo para el hospital!

—Una cosa más, acá tengo las muestras de sangre que le tomamos a Mamama Tza hace unas horas. No la noté muy bien hoy, sufría de otra recaída. Justo estábamos por mandar las muestras a analizar a la ciudad. ¿Puedes llevarlas tú ya que vas para allá?

—Mi Bisa querida está peor que nunca. Me pone tan triste verla en ese estado. Por supuesto que yo puedo llevar las muestras conmigo para que le hagan los estudios.

—No te aflijas, manito, Mamama Tza es inmortal, debe tener ya como mil años —le dijo el mexicano sonriente mientras le entregaba un recipiente refrigerado con las muestras de sangre—. Es curioso pero, cuando le estaba sacando la sangre, me miró fijo y me dijo: “Doctor, que mi Edwin cuide bien mi sangre...” Era como si supiera que hoy vendrías...

—¡Así es mi Bisa! Un misterio viviente...

Edwin e Irina subieron al vehículo que los iba a trasladar hasta la ciudad. Adelante iban un conductor y ella; atrás, él con su pierna levantada y una bolsa de hielo encima. A poco de partir, Edwin con impaciencia tomó su *notebook* y subió las fotos que había tomado.

—¿Qué haces, amor?

—Estoy analizando las fotos que saqué de la piedra. ¡Es fascinante! Pareciera que todo el círculo describe lo que se denomina un “Rito de Sangre”. A algunos de los petroglifos nunca los había visto antes. Hay dibujos que se asemejan a nuestros aros. Se habla de la muerte y de las almas. También hay referencias al uso de sangre para el ritual. Aparece de nuevo el Cinturón de Orión, al igual que afuera de la pirámide, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, pero por qué no tratas de relajarte un poco. Estás obsesionado con todo esto...

—Aparece un dibujo que pareciera indicar los equinoccios...

—¡Basta, Edwin! ¡Nunca me escuchas! ¡A veces me saca tu terquedad! —*¡No me escucha!* ¡*Todos los hombres son iguales!*, refunfuñó ella para sus adentros.

¡Esta mujer me está cansando! Pareciera no entender la importancia de todo esto..., pensó Edwin cerrando la computadora con fastidio.

Cuando estaban a cien kilómetros de la *Cooperativa*, una inesperada llamada que anunciaba algo terrible, los hizo retornar.

CAPÍTULO 30

PETRA

TOMÁS OBSERVABA ABSORTO. *¡Este lugar nunca deja de sorprenderme! ¿Qué diablos es esto?* Una surrealista ciudad cavada sobre una gran montaña de roca anaranjada se erguía con misterio ante sus ojos. En la parte inferior se podían apreciar elaboradas estructuras y, a medida que se ascendía con la vista, aparecían construcciones más rústicas. Dispersas en la zona más alta había cientos de cavernas. *Me hace acordar mucho a esa extraña región de Turquía, ¿cómo es que se llamaba...? Ah, sí, ¡Capadocia! ¿Me convendrá entrar a este lugar tan extraño? ¿Por cuál puerta? ¡Hay tantas!*

Personajes de los más diversos entraban y salían por los diferentes ingresos. Un niño de cara angelical pasó caminando a su lado y le sonrió. *Voy a seguir a este chico, me hace acordar a Lyam y tiene cara de bueno, así que no creo que se dirija a lugares peligrosos.*

El niño se encaminó con decisión hacia uno de los ingresos; Tomás lo seguía unos metros atrás. La espléndida fachada era digna de la famosa ciudad de Petra, en Jordania, y medía, entre sus dos niveles, unos treinta metros de ancho por cincuenta de alto. El nivel inferior estaba decorado con seis columnas que soportaban un frontón estilo clásico. A ambos lados, había relieves escultóricos que guardaban la entrada. El segundo nivel tenía la misma altura que el inferior y contaba de tres columnas cuadradas, que sostenían un frontón circular lleno de jeroglíficos. Tras cruzar el pórtico, arribaron a un gran hall rectangular rodeado de numerosas puertas; el niño tenía muy en claro a cuál dirigirse. Ingresaron entonces por un amplio túnel, cavado en la roca, iluminado por antorchas. Las paredes no tenían ningún tipo de decoración. Cada tanto, el camino

se bifurcaba formando otros túneles. *Es toda una gran ciudad cavada en la roca e intercomunicada por estos túneles. ¡Tremendo laberinto! Menos mal que tengo al chico que me guía, a quién sabe dónde...*

—¡Ey, niño! —gritó Tomás cansado de dar vueltas. Sin embargo, el chico continuó caminando, sin siquiera darse por aludido.

En las bifurcaciones había sórdidos espectros que los invitaban a desviarse del camino:

—Pasen por acá si quieren ver de nuevo a sus seres queridos... —dijo uno de aspecto cadavérico. *Tentador, pero nunca confiaría en alguien así—. ¿Acaso no te gustaría convertirte en el Ángel de la Guarda de tu ser más querido? —insistió—. Tu madre está muy angustiada por tu ausencia... ¿Acaso no te gustaría verla de nuevo? Puedo contactarte con un poderoso médium para que hables con ella y la tranquilices... —A Tomás se le estremeció el corazón, mas continuó caminando.*

—¿Buscan paz y sosiego lejos de Kámalkut? ¡Entren por acá y lo obtendrán! —exclamó otro haciendo señas ampulosas con sus brazos invitando a que ingresaran a su territorio. *¡Estaría bueno algo de paz!, ¡la necesito! Pero no confío en nadie y menos en alguien con aspecto de duende maligno...*

—¡El Paraíso existe! ¡Compruébenlo! —invitó un tercer espectro. *Si existe el Paraíso, no creo que su entrada luzca así, ni que personajes como estos te lo ofrezcan al mejor estilo de promotor callejero de cabarets...*

—Pasá por acá, Yaem, y te llevaremos a ver el partido final del equipo de fútbol de tus amores —exclamó otro, llamando la atención de Tomás—. Incluso hasta podríamos influenciar en el resultado del partido. ¿No te gustaría alentarlo junto a tu *viejo* y *ayudarlo* a que salga... campeón?

En ese momento, sintió, inesperadamente, que alguien lo tomaba con brusquedad del brazo y le gritaba de muy mala manera:

—¡Usted es el responsable de la terrible matanza del 13 de febrero de 2004! ¡¿No le da vergüenza?! ¡Asesino! —El espectro era espeluznante, estaba vestido con harapos y exudaba un olor nauseabundo, difícil de tolerar.

—¡Se está confundiendo, señor! Nunca he matado a nadie —respondió aterrado, mientras intentaba seguir caminando para no perderle pisada al niño.

—¡Sí, Yaem! ¡Usted fue el asesino que provocó la trágica muerte de 1543 vidas inocentes. Aquel 13 de febrero, usted...

—Le repito, ¡yo nunca maté a nadie! ¡Se está confundiendo! —interrumpió Tomás con fastidio mientras lograba zafarse y continuar su marcha.

—Usted aquel fatídico día aniquiló 1543 indefensas... hormigas, masacrándolas sin piedad. ¡Asesino! Usted no es Dios y, por lo tanto, no puede disponer de la vida de otros seres vivos...

A Tomás le vino a la mente la imagen de él cuidando con esmero el hermoso jardín que tenía en su casa marital. *¡Qué delirio, por Dios! ¿Y este loco de dónde salió? Yo solo protegía mi jardín de plagas, no hacía nada malo... ¡Ahí está el niño, tengo que seguirlo de cerca!*

Ingresaron por un pasadizo, al fondo se podía apreciar la luz del día. *Por fin, parece que llegamos.* Al arribar a la salida, Tomás descubrió, ofuscado, que habían retornado al punto de partida.

—¡¿Eso es todo?! —gritó Tomás.

El niño, en forma inesperada, se dio vuelta, lo observó y le sonrió con dulzura. Finalmente, le señaló una caverna ubicada en la parte más alta de la montaña, que se distinguía del resto, por estar cavada en una gran piedra de forma triangular.

—¿Tengo que entrar ahí? —preguntó Tomás, sorprendido, a lo cual el niño le respondió afirmativamente con movimientos de su cabeza—. ¿Y por dónde llego hasta allá arriba?

El niño solamente se encogió de hombros y continuó su camino.

Tomás encontró un sendero que serpenteaba por la montaña y decidió intentar llegar por ahí. Unos pasos más atrás, caminaba un hombre de hermosos ojos celestes. *Me parece que este tipo me está siguiendo. El pobre debe pensar que conozco el camino, ja, ja...*

—Si me estás siguiendo pensando que sé para dónde estoy yendo, estás muy equivocado, no tengo ni idea —le dijo Tomás de manera simpática. El hombre solo atinó a sonreír—. En serio te digo, no tengo ni la menor idea hacia dónde se dirige este camino, ni qué hay dentro de estas cuevas.

—Nadie tiene la menor idea de nada en Petra —le respondió el hombre de ojos celestes.

—¿Y hacia dónde te dirigís vos? —preguntó Tomás.

—Se casa mi hermosa hija y me pidió tener buen clima para el festejo, que es al aire libre. Encima hace días que está lloviendo en la zona y...

—¿Y se puede hacer algo semejante? —interrumpió Tomás.

—Es muy difícil, pero sé que sí, ¡se puede! Tengo que encontrar el camino y la forma adecuada. ¡Sé que lo voy a lograr!

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque me lo pidió mi hija en sus oraciones; así que no voy a parar de intentar hasta lograrlo, a cualquier costo... ¡No puedo fallarle! ¡No voy a fallarle! Para llegar hasta acá, tuve que abandonar el confortable lugar en donde estaba. Sé que es muy peligroso, pero, también, sé que... ¡lo voy a lograr!

¡Qué fe ciega se tiene este hombre! Sin dudas el amor mueve montañas.

Caminaron juntos cuesta arriba por varios kilómetros. Tomás estaba feliz de estar acompañado. En un momento, el hombre de ojos claros le señaló una de las grutas y le dijo:

—¡Hasta acá llego yo! Este es mi andén.

—Yo tengo que seguir hasta el próximo. ¡Suerte con el clima! Estoy seguro de que lo vas a lograr.

—¡Gracias, amigo! ¡Yo también lo estoy! ¡Suerte a vos también! Espero encuentres lo que estás buscando.

—El problema es que no sé qué estoy buscando —le respondió Tomás, sonriente, mientras continuaba caminando hacia la próxima caverna.

Creo que esta es la que me señaló el niño. Es la única que está cavada en una piedra triangular. Ahora ya estoy jugado, debo entrar, ¡que sea lo que Dios quiera!

Tomás estaba casi en la cima de la montaña y el viento soplaba con fuerza. La vista desde arriba era hermosa. Se podía observar un bosque verde inmenso, prácticamente infinito. El ingreso a la caverna era angosto, muy rústico y despojado de toda decoración. Caminó por cientos de metros. En el fondo se podía apreciar un inquietante resplandor intermitente. Al arribar al origen de la luz, pudo constatar que se trataba de una gran fogata. A su alrededor, se encontraban las presencias más inesperadas.

CAPÍTULO 31

MUERTE EN LA ALDEA

OLOR A MUERTE reinaba en la pequeña aldea. Una larga fila de personas se había formado delante de la casa de Edwin. Todos querían despedir los inesperados restos de la legendaria Mamama Tza. En la parte trasera de la casa, Edwin había improvisado un especie de altar: la anciana yacía en un ataúd de madera, acostada boca arriba y vestida con su mejor ropa; su cara estaba cubierta por una preciosa máscara de jade. Rodeando el ataúd se había colocado una hilera de rocas, sobre las cuales se apoyaron vasijas de barro con diferentes clases de ofrendas, principalmente comida, bebidas y ornamentos de tradición maya. A unos metros del altar, también rodeado de piedras, yacía el cuerpo sin vida del viejo perro de la anciana que, “casualmente”, también había muerto el mismo día que su ama. Los asistentes pasaban de a uno a despedirse del cuerpo de aquella misteriosa mujer.

Todo está tal cual quería mi hermosa Bisa: lavé su cuerpo con atole,¹ le puse su ropa preferida, su máscara de jade y coloqué las rocas a su alrededor portando comida y bebida para su largo viaje al Xibalbá.² También llené su boca de maíz sagrado molido y sacrificqué

¹ Bebida de origen prehispánico consumida principalmente en Costa Rica, México, Guatemala, Honduras, El Salvador y otros países de Centroamérica. En su forma original es una cocción dulce de maíz en agua, en proporciones tales que al final de la cocción tenga una moderada viscosidad y que se sirve lo más caliente posible.

² En la mitología maya Xibalbá es el mundo subterráneo regido por las divinidades de la enfermedad y la muerte: Hun-Camé y Vucub-Camé.

a su perro xoloitzcuintle³ para que la acompañe y la cuide en el peligroso trayecto. Espero no olvidarme de nada. Solo resta convencer al Presidente de la Cooperativa, para que me deje enterrarla en la parte trasera de casa. Es lo mínimo que se merece mi querida Bisa.

El atardecer arribó con timidez y las lámparas de querosene comenzaron a encenderse por toda la aldea. En la casa de Edwin continuaba el velatorio de la mítica anciana. Sobre las rocas, ahora, también se habían colocado velas, lo que contribuía a generar una atmósfera muy especial. La mayoría de los asistentes eran mexicanos católicos propios de la aldea que, si bien no compartían las creencias de la bisabuela de Edwin, la querían y respetaban. Algunos rostros eran ajenos a la aldea. En cuanto la luz del día se disipó totalmente, estos desconocidos comenzaron a llorar con gritos desgarradores, agregándole dramatismo a la escena.

Los padres de Edwin tomaron la noticia con resignación y tristeza. El joven arqueólogo estaba devastado.

—Hijito mío, ¿por qué no te sientas un rato? Debes estar muy dolorido con esa pierna lastimada.

—Estoy bien, madre.

—¡Te noto tan triste! La abuela era muy muy viejita, hijito, algún día tenía que pasar esto —le dijo la madre mientras lo abrazaba.

—¡La Bisa era inmortal! No entiendo cómo pudo morirse... —le respondió Edwin desconsolado.

—Nadie es inmortal, ni siquiera ella —acotó el padre—. La muerte es algo que nos llega a todos, tarde o temprano, ¡a todos! Tuvo una vida larguísima y feliz y vivió más que nadie. ¡Tú la hacías muy feliz! Seguramente no hubiese querido que estés llorando así. —El hombre era muy rústico y limitado en cuanto a su forma de expresarse, con lo cual era notorio su esfuerzo por tratar de decir algo apropiado en ese momento tan difícil.

—Estoy bien, padre, solo quiero que la Bisa siga siendo feliz... —dijo Edwin con cierto aire de misticismo en su mirada. A unos metros se encontraba Irina hablando con su celular; cada tanto los observaba de reojo.

³ Raza canina prácticamente sin pelo, originaria de México.

—Sé de las creencias de la abuela y de tu fanatismo por las tradiciones mayas, pero... ¿hacia falta montar todo este...?

—¡Basta, querido! ¡No sigas! —interrumpió la madre al padre con autoridad—. Si es la voluntad de la abuela y a Edwin le hace bien, que haga lo que tenga que hacer.

—Pero cuando fallecieron mis padres por el accidente, todo se hizo como corresponde, de la manera tradicional, no veo por qué ahora se montó todo este circo. Además, ¿qué es toda esa gente extraña llorando a gritos en mi casa?

—¡Te dije que basta! Ya bastante tenemos con la pérdida sufrida, como para que estemos peleando entre nosotros por detalles sin importancia —exclamó la madre notablemente molesta.

—Sí, querida, tienes toda la razón. ¡Perdón!

—¡No! ¡No son “detalles sin importancia”! —dijo Edwin—. Es la voluntad de la Bisa; hice todo lo que ella me pidió que hiciera y es su muerte, no la nuestra... ¡Debemos respetar su voluntad!

—Haz hecho lo correcto, mi amor —dijo la madre mientras le daba un tierno beso en la frente.

Dos horas más tarde, cuando Edwin contemplaba a su Bisa en soledad, se acercó una anciana desconocida al altar. La mujer comenzó a llorar mientras tarareaba una antiquísima canción maya. *Esta canción me la cantaba siempre la Bisa antes de ir a dormir, ¿quién será esta mujer?* Luego, la anciana colocó una vasija de barro sobre una de las rocas y le dijo al joven:

—Le traje cuentas de jade y un poco de balché,⁴ para que no le falten en su largo viaje.

— ¡Muchas gracias! ¿Usted conocía a mi Bisa?

—¡Por supuesto, Edwin, que la conocía! Con su ida, todos sufrimos una gran pérdida. Su bisabuela era verdaderamente muy especial, llevaba la sangre de los mismísimos Dioses. Era una mujer *sagrada* para todos nosotros...

⁴ Bebida alcohólica.

—¿De dónde se conocían?

—Desde hace muchísimo tiempo. Es más, los otros días estuve con ella y me comentó que usted había descubierto la llave del Portal. Estaba muy orgullosa de todo lo que usted hacía.

—¿La Llave del Portal?

—Sí, me contó que usted encontró los legendarios Aros del Equinoccio.

Edwin se desligó, por unos instantes, de su dolor, mientras quedaba atrapado por completo por las palabras de aquella enigmática anciana.

—¡Es verdad! Pero no tengo mucha idea de qué son realmente, ni mucho menos, cómo funcionaban. Hace unos días también encontramos una gran piedra redonda dentro de una pequeña pirámide, repleta de espectaculares petroglifos que, aún, no tuve oportunidad de descifrar del todo.

—Seguramente describen un Ritual de Sangre para activar el Portal. Tenga cuidado, Edwin, usted está jugando con fuerzas muy poderosas... Para un Ritual de Sangre, no hay nada como el balché que le traje. No es cualquier balché, tiene una preparación muy especial. La mismísima Mamama Tza, en persona, me enseñó su receta milenaria —Edwin abrió grandes sus ojos al escuchar esto—. Me imagino que el costo de semejante hallazgo ha sido ese tobillo maltrecho.

—Me tiene sin cuidado, señora, no es nada grave.

—Toma, pásate este ungüento por tu tobillo cuando puedas, te va hacer muy bien —le dijo la anciana mientras le entregaba un recipiente de arcilla.

—¡Gracias! Tengo mil preguntas para hacerle, ¿puedo?

Justo cuando Edwin se dispuso a formularle una catarata de preguntas, fue interrumpido por Irina:

—Mi amor, ¿puedes venir un minuto que tengo un notición para contarte? —Edwin la observó y le hizo señas para que lo esperara un rato—. ¡Amor! ¡Es realmente importante! ¡Ven, por favor!

Edwin dudó un instante, pero, finalmente, le dijo respetuosamente a la anciana:

—Por favor, no se vaya, que en un segundo vuelvo.

Edwin caminó la distancia que lo separaba de Irina apoyado en sus muletas. Ella lo abrazó jubilosa y le dijo muy sonriente:

—Mi Daddy expresó sus condolencias para contigo y a que no sabes qué... Te vas a morir con la noticia: ¡Quiere conocerte!

Edwin ni atinó a responderle. *¡Qué idiotez desubicada está diciendo justo en este momento! Como si yo tuviera interés en conocer al estúpido prócer de su padre. Rápidamente se dio vuelta hacia la anciana, aunque ya no estaba... Justo cuando encuentro alguien con algunas respuestas, esta idiota lo arruina todo. ¡Encima se marchó sin dejar rastros y ni siquiera sé su nombre!*

Edwin tomó sus muletas y se alejó solo hacia el bosque.

¿Y ahora qué le pasa a este? Le doy semejante noticia para animarlo y me deja hablando sola...

CAPÍTULO 32

EL REENCUENTRO

—¡POR FIN LLEGASTE! —le dijo Dru desde una roca junto a la fogata, mientras saltaba con efusividad a su encuentro. A su lado estaba Lyam, quien, con una enorme sonrisa en su rostro, también fue corriendo a saludarlo.

—Te estábamos esperando desde hace mucho... —escuchó Tomás. Era una voz familiar, que provenía desde las sombras. Un segundo más tarde, las luces chispeantes del fuego lograron iluminar el inconfundible rostro de Norx.

—¡No puedo creerlo! ¡Qué alegría verlos a todos ustedes juntos! —exclamó eufórico Tomás entre abrazo y abrazo.

—No tenemos mucho tiempo para saludos —afirmó seriamente Norx, cortando el clima de fiesta que reinaba en la cueva.

Los cuatro se sentaron alrededor del fuego. Tomás se sentía feliz por el reencuentro, pero inquieto por la solemnidad de Norx. *Debe ser algo muy grave para que él esté acá en persona...*

—Veo que se han reconciliado y eso ¡me alegra mucho! —dijo Tomás a Norx y Dru, intentando aflojar la tensión que flotaba en el ambiente.

—Es una larga historia... —respondió Dru, mientras se le escapaba una tenue sonrisa cómplice que, de inmediato, reprimió.

—Como les decía, lamentablemente no tenemos tiempo —reiteró con tono cortante Norx, dejando en completo silencio al resto—. He decidido volver y dar batalla a Dremont en Equinoccio —El rostro de Dru se iluminó por completo—. Pero primero, tenemos que encontrar una solución para Yaem.

—¿Cómo una *solución* para mí?

—Tu situación acá es por demás de irregular. No debiste haber llegado a Equinoccio ese día y, ahora, deberías estar en la Tierra, engendrando tu primogénito —mientras Norx decía estas palabras, una pesada lágrima cruzó el rostro de Lyam.

Tomás escuchaba con atención. Siempre había tenido la sensación de que algo muy especial lo unía al muchacho. *¿Habrá sido algunos de los embarazos perdidos de Josefina?*

—Gracias a todo lo que aprendí en la Biblioteca, desde hace tiempo que la Gran Maestra me insiste con un mejor destino que Equinoccio —afirmó Lyam—. Sin dudas que es algo muy tentador. Sin embargo, yo preferí quedarme en Equinoccio, esperando otra oportunidad de reencarnación...

—La verdad es que mucho no entiendo de qué están hablando —señaló Tomás—. ¿Qué diablos es todo este extraño lugar que llaman *Petra*?

—Esto sería como una especie de ciudad de refugiados —respondió Dru—. Millones de almas deambulan a través de estos pasadizos por diversos motivos. La montaña tiene conexiones hacia la Tierra y esa es una de las razones de por qué es tan especial este lugar. Pasé mucho tiempo recorriendo estos interminables vericuetos.

—¿Y cuáles son las otras razones que la hacen tan “especial”?

—Es una zona “liberada”: nadie, por el momento, se mete con *Petra*... —continuó Dru.

—Y todo lo que ofrecen esos espantosos espectros, ¿es verdad?

—Algunas pocas, sí; la mayoría, no. Hay de todo. Hay que tener mucho cuidado. Si se circula sin conocimiento, es un lugar verdaderamente peligroso...

—¿Eso significa que conociendo el camino puedo volver a la Tierra?

—Como “espíritu”, sí. De todas formas, lo más probable es que te pierdas o quedes apresado en alguna trampa. Los cazadores de almas están hambrientos...

—Si llegara a la Tierra, ¿sería como una especie de fantasma?

—Algo así...

—¿Entonces todos acá aspiran a ser fantasmas en la Tierra?

—No. Como te decía, hay de todo: almas perdidas, almas apresadas por espíritus malignos, almas con temas pendientes, almas que se esconden de algo o alguien, y otras que intentan ir a la Tierra con algún fin específico, sin tomar verdadera conciencia de los peligros que hay en el camino...

—Perdón por interrumpir la clase magistral de sub-zonas marginales —dijo Norx—, pero necesitamos hablar urgente sobre las alternativas posibles, ya que el tiempo apremia...

—¿Y cuáles son esas “alternativas posibles”? —preguntó Tomás.

—Lo estuvimos discutiendo antes de que llegaras —continuó Norx—. El panorama es muy complejo. Regresar a Equinoccio, por el momento, es imposible. Serías rápidamente atrapado y encerrado en Kámalkut. Este lugar es espantoso, pero es el único cercano que, por el momento, está liberado. Sin embargo, Querú nos informó que vio a Dremont queriendo convencer a los Profetas sobre la necesidad de controlar Petra de alguna manera. Creo que lo mejor sería que te escondieras por un tiempo acá, mientras intentamos revertir algunas cosas en Equinoccio. Seguramente Dru podrá ayudarte para que corras el menor riesgo posible.

—Perdón que lo contradiga, Maestro, creo que eso sería muy peligroso —advirtió Dru—. Por acá también se rumorea que es inminente una invasión a Petra.

—Entonces no encuentro soluciones viables... —dijo Norx molesto con la encrucijada.

—Yo tengo una alternativa que estuve analizando desde hace tiempo —apuntó Lyam con inseguridad.

Todos observaron al chico con sorpresa.

—¡Adelante! Te escuchamos atentamente —autorizó Norx.

—Según pude estudiar en la Biblioteca, hay tres pirámides en esta zona. Durante equinoccio, las tres dimensiones circulares coinciden y las tres pirámides se alinean de igual forma que el Cinturón de Orión. No sé bien por qué, pero esto genera algún tipo de desajuste en los diferentes portales hacia la Tierra. Esta es la explicación que encontré de por qué hoy Tomás está acá con nosotros

y no donde debería estar, en la Tierra... Como ustedes bien saben, falta muy poco para que ocurra nuevamente equinoccio y esta coyuntura es algo que debemos aprovechar. Es un momento ideal: hay celebraciones, distracciones y descontrol. ¡Mejor imposible!

Tomás, Norx y Dru se observaron sin comprender a dónde quería arribar el chico.

—¿Y? —preguntó Dru—. ¿Eso es todo?

—¿Cuál es la tercera pirámide? —preguntó Norx intrigado—. Conozco la de la Gran Plaza y la de Ádyton, pero no sé de otra por esta zona.

—¡Hay una tercera! Y, aunque parezca una locura, hacia ella Yaem tiene que dirigirse...

En ese momento, Norx recordó cuál era la tercera y comenzó a negar enfáticamente con su cabeza:

—¡No! Es extremadamente peligroso.

—Pero... ¿qué otra alternativa tenemos? ¿Acaso las otras opciones son menos peligrosas?

Dru y Tomás escuchaban, inquietos, sin saber a qué se referían.

—¿Pueden contarnos de qué diablos están hablando? —exigió Tomás—. ¿Dónde queda esa bendita tercera pirámide?

Lyam y Norx se miraron por unos segundos. Finalmente el Profeta dijo:

—¡En Kámalkut!

Se hizo un silencio sepulcral. Todos se miraban sin emitir sonidos. Finalmente, Tomás tragó saliva y dijo:

—¿Kámalkut? ¿Estás seguro, amiguito, de que sos mi “amigo”? —preguntó con risueña ironía.

—Me imagino que lo estás diciendo en broma. ¡Por supuesto que soy tu amigo! Lo estuve analizando muy bien y creo que es la mejor opción. A la Gran Plaza y a Ádyton, que son los otros lugares en los cuales hay portales, no podemos ni acercarnos. Respecto de Kámalkut, corremos con varias ventajas. Una es que nadie quiere entrar a Kámalkut. Por esa razón, su diseño está hecho para que las almas no puedan escapar, pero es bastante sencillo ingresar...

—Es al revés que las cajas fuertes... —apuntó Tomás desconcertando a Lyam.

—¿Perdón? No te comprendo...

—Nada, nada —interrumpió Tomás. El chico lo observaba con atención, como esperando una explicación sensata del comentario—. Las cajas fuertes están diseñadas para que nadie las abra desde afuera, pero es muy fácil hacerlo estando dentro. Ese era el gran secreto de muchos magos escapistas...

—Entrar a Kámalkut es más fácil todavía: se deja atrapar por la luz verde y ¡listo! —acotó Dru con sarcasmo.

—No creo que sea buena idea —respondió Lyam mirando seriamente a Tomás—. Esa luz es el comienzo de un proceso que continúa en la prisión. Una vez que te atrapa, te adormece y confunde tu alma mezclándola con otras. Si entrás de esa forma, dudo de que tengamos éxito, ya que no serías más el mismo. Yaem tendría esa ventaja respecto del resto, ya que estaría entero y plenamente consciente cuando ingresase. Además, Kámalkut está diseñado pensando que las almas van a tratar de escapar y resistir siempre. Creo que Yaem debería intentar lo contrario: avanzar y cruzar directo los diferentes niveles hacia la pirámide, sin tratar de escapar...

—Definitivamente, mi querido amigo, vos querés que yo sea historia... ¿trabajás para Dremont? —exclamó Tomás.

Norx, que estaba prestando mucha atención al chico, le hizo señas a Tomás para que se callara y lo dejara continuar.

—Deberíamos tratar de sincronizar bien los tiempos, de modo tal que Yaem llegue a la pirámide al mismo tiempo en que comienza el equinoccio en la Tierra. En ese momento, tendríamos que abrir un portal clandestino para llevarlo de regreso. El cuerpo de Yaem se encuentra todavía vivo, con lo cual deberíamos lograr que su alma retorne al mismo y se constancien...

—¿Un “portal clandestino”? ¿Y cómo lograríamos algo semejante? —preguntó Dru, fastidiado por el delirio del chico.

—¿Se acuerdan del arqueólogo guatemalteco y de la bióloga norteamericana? —todos, menos Dru, afirmaron con sus cabezas—. Recordarán que ellos habían encontrado las llaves de un viejo portal

en desuso, que era utilizado hace mucho tiempo por los enkkys para manipular a los mayas. Como hace bastante que vengo trabajando en esta idea, los estuve influenciando para que estén en condiciones de intentar abrir el portal para nosotros...

—Perdón, hermano, pero me parece un disparate tu propuesta —exclamó Dru con contundencia—. Mejor, *brother*, te quedás en Petra conmigo. Va a estar complicado, pero nos vamos a divertir mucho juntos.

Norx se quedó pensando en silencio. La idea era extremadamente arriesgada como para intentarla. *¡Debemos encontrar otra forma! Yaem tiene que volver de una forma u otra a su cuerpo; su descendencia es demasiado importante...*

—Es un plan por demás complejo y peligroso —sentenció Norx—. Coincidió en que el equinoccio y sus festejos son un muy buen momento para intentar algo. Además, como les decía, no tenemos tiempo. Por lo que pude pronosticar, el día después de equinoccio, si no logramos revivir a Tomás, su cuerpo morirá de un paro cardíaco...

Tomás abrió grandes sus ojos reflejando miedo y angustia. Al percibir esto, Norx lo observó y, con palabras contenedoras, le dijo:

—Tranquilo, estamos todos con vos. Incluso Letus, Ilive, Querú y Simo están dispuestos a arriesgarlo todo para ayudarte.

—Gracias, lo valoro mucho —susurró Tomás—. Me encantaría volver con los míos y terminar la vida que me quedaba. De todas formas, tampoco me desagradaría quedarme acá con ustedes, luchando contra el desgraciado de Dremont.

Ahora la mirada aterrada pertenecía al niño.

—¿Qué te pasa, Lyam? —preguntó Norx.

—Nada, nada...

—Por favor, decinos, sea lo que fuere —suplicó Tomás.

—Si el cuerpo de Tomás muere, al no estar validada su presencia en Equinoccio, no sé qué pueda sucederle a su alma. Estoy seguro de que no sería nada bueno...

—Pero estoy validado. Al principio no lo estaba pero, después, sí: las puertas de Equinoccio me reconocían y, cuando entraba al Reflexionario, también...

—Eso lo arreglé yo en el sistema, porque me lo pidió Norx, pero no era nada oficial.

—La no validación puede jugar a favor de tu plan en Kámalkut —dijo sorprendentemente Dru.

—¿Por qué? —preguntó Lyam.

—Porque Kámalkut funciona con los mismos sistemas y las mismas autenticaciones de Equinoccio. Si Yaem no está registrado en el sistema oficial...

—Tampoco lo está en el Sistema de Kámalkut —completó el niño con un destello de ilusión en sus ojos.

—¿Y qué sabés de Kámalkut? —preguntó Tomás.

—Estudí todo lo que encontré en la Biblioteca sobre ese lugar, lo cual no es mucho... Parece ser que, en su origen, fue diseñado con el fin de preparar almas para la reencarnación. Después comenzó a utilizarse para “tratar” aquellas almas que eran atentatorias del equilibrio universal. En la actualidad, funciona más que nada como prisión de espíritus no funcionales al Sistema —Yaem tragó saliva con angustia—. Dado que la energía inherente al alma nunca se pierde, Kámalkut las absorbe y las “trata” con diferentes procesos, con el objeto de quitarles sus cualidades intrínsecas. De todas las que ingresan, un porcentaje bajísimo logra la pureza deseada. Esas pocas almas depuradas son reencarnadas, entonces, en cuerpos nuevos, como almas vírgenes.

—Y entonces, ¿tengo alguna chance de cruzar ileso?

—Encontré algunos viejos libros prohibidos que mencionan dos almas que cruzaron intactas todo Kámalkut y llegaron así a la pirámide. Incluso, hay textos que sugieren que una de ellas es quien, en la actualidad, dirige con brutalidad la prisión...

—¿Y la otra? —preguntó Tomás.

—Se dice que pudo escapar hacia la Tierra...

—Por lo que sé, esa historia es puro mito —apuntó Dru.

—¡Para mí, es real! —afirmó con énfasis Lyam.

—No podemos dejarnos llevar por mitos y leyendas —exclamó Dru—. Si sale algo mal, ¡perdemos a Yaem! Por lo que también dicen, ese “tratamiento” consiste en sufrimientos insoportables. In-

cluso, si logra traspasar todo Kámalkut y llega hasta la pirámide, si en el camino sufre algunos contratiempos, estos le pueden provocar secuelas espantosas. La esencia de las peores almas del Universo están ahí encerradas...

—¿Hay otra opción? —preguntó Lyam.

Se hizo un extenso silencio en la gruta. Ni siquiera las inquietas llamas lograban templar un poco sus angustiadas almas.

—¿Y qué les termina pasando a las almas de Kámalkut que no logran reencarnar? —preguntó Tomás, con pocas ganas de conocer la respuesta.

—Quedan presas en una eternidad de sufrimiento... —sentenció Norx.

CAPÍTULO 33

CUESTIÓN DE FE

TOMÁS INTENTABA DORMIR. Sin embargo, era inútil su esfuerzo. Se sentía exhausto y, a pesar de eso, no lograba conciliar el sueño. *Todo esto parece una tremenda pesadilla. No puede ser realidad lo que estoy viviendo...* Cada tanto abría sus ojos. Norx observaba fijamente el fuego; Lyam, del otro lado, seguía tomando notas sin parar, y Dru dormía como un bebé. *Mi cabeza es un tremendo lío. Voy a intentar hablar con Norx. Necesito saber qué opina realmente de todo esto...* Se le acercó despacio y con sumo respeto le preguntó:

—¿Cree viable todo lo que propuso el chico?

—¡No! Es demasiado peligroso. ¡No lo vamos a hacer! Seguramente encontraremos alternativas mucho más seguras.

—Me encuentro muy confundido. Siento como si estuviera vi-
viendo una pesadilla.

—¡Pero no lo es! No te preocupes, algo se nos va a ocurrir. Tenemos que buscar la manera de que vuelvas a tu cuerpo.

—Como les decía, tengo muchas ganas de volver a mi vida, pero también de quedarme acá, peleándola a su lado.

—Te agradezco tu fidelidad. No obstante, ¡tenés que volver! Vas a ser mucho más útil en la Tierra.

—Pero, ¿por qué?

Norx no le respondió.

—¿Por qué no intentás descansar? —sugirió el Profeta con tono paternal.

—Lo intento, pero es imposible. Mil cosas me vienen a la cabeza y no me dejan conciliar el sueño. ¿Por qué tengo que volver?

—Tu hijo tiene una misión muy importante en un futuro no tan lejano...

—¿Mi hijo? —preguntó Tomás sorprendido.

—Sí, tu hijo. Entiendo que todo esto sea muy confuso para vos. Generalmente, todo el proceso es mucho más gradual. En cambio, para vos, fue todo de golpe.

—No entiendo...

—No intentes entenderlo todo...

—Pero yo soy muy curioso y usted lo sabe muy bien. Mi mente está a mil por hora en estos momentos. Por ejemplo, me pregunto quiénes son esos *enkkys*. ¿Qué busca Dremont? ¿Dominar la humanidad o destruirla? Y muchas otras cosas más...

—¡Vaya preguntas! Los *enkkys* crearon al hombre. Son seres más evolucionados, aunque muy contradictorios para mi gusto. En su culto a la practicidad y búsqueda de resultados, terminan siempre justificándolo casi todo... Incluso, en varias oportunidades, intentaron destruir al Hombre, su propia creación...

—¿Son dioses?

—No, en absoluto. Dios es uno solo y está muy, pero muy, por encima de ellos...

—Y... ¿para qué nos crearon, si después intentaron destruirnos?

—Buena pregunta. Nos crearon porque necesitaban mano de obra en la Tierra. Después, consideraron que el plan se les iba de su control e intentaron eliminarnos.

—¿De qué forma?

—Mandaron el Diluvio, inventaron guerras, pestes y otras cosas...

—¿Dremont es un *enkkys*?

—No, es humano...

—¿Y Lox?

—Sí, Lox es un *enkkys*. Como te habrás dando cuenta, en Ádyton conviven diferentes especies planetarias. Los *enkkys*, generalmente, son muy altos, llegan a medir alrededor de cuatro metros.

—¿Y Dremont es aliado de los *enkkys*? ¿Qué es lo que realmente busca?

—Creo que busca acumular el máximo poder posible, a cualquier costo... Desde hace un tiempo, hay un tenso equilibrio entre las diferentes especies, si bien todo es muy precario...

—¿Los mayas tenían la religión correcta?

—No hay una religión *correcta*. Si te ponés a analizar un poco, prácticamente todas dicen casi lo mismo, salvando pequeñas diferencias terrenales. Todas hablan de la Creación del Hombre de una forma casi idéntica: “un Dios que vino del cielo y creó al hombre a su imagen y semejanza...” Casi todas mencionan el Diluvio y su vocación de aniquilamiento. Todas saben de la existencia de un Más Allá y saben que el alma es eterna. Respecto de los valores que pregonan, si bien hay muchísimas coincidencias también, las distintas costumbres sociales y la necesidad humana por conservar el poder a toda costa contaminan el mensaje y crean diferencias aparentemente sustanciales... El ser humano necesitaba de respuestas para calmar su sed de certidumbre y la religión, con sus limitaciones, se las dio...

—¿Usted conoce a Dios?

—Yo creo en Dios.

CAPÍTULO 34

SIN REGLAS

EN UN GRAN patio cuadrado, rodeado de antiguos edificios “estilo medieval”, Dremont se encontraba frente a un centenar de colaboradores, formados al mejor estilo militar. Todos vestían túnicas negras. El silencio era abrumador.

—¿Alguien me puede decir por qué no pudimos encontrar a Yaem todavía? —gritó Dremont enfurecido, generando un eco interminable. Nadie se atrevió a emitir sonido alguno en respuesta—. ¡Lo quiero ya mismo ante mí! Utilicen todos los medios disponibles. Rastreen todo, absolutamente, ¡todo!

—Eminencia —dijo Lox con evidente temor reverencial—, creemos que está escondido en Petra y es, por esta razón, que aún no pudimos localizarlo.

—¿Y que hay con eso?! ¡Búsquenlo en Petra entonces!

—Pensábamos que no podíamos rastrearlo en esa zona, porque está prohibido...

—¡Mis deseos son más importantes que cualquier prohibición y que cualquier regla! Entren a Petra y ¡tráiganlo de una vez por todas! — *Tengo que averiguar por qué está tan interesado Norx en Yaem*, pensó el Profeta.

Dremont observó la formación con una mirada amenazante. Luego, se dio vuelta y se marchó caminando con arrogancia. Los integrantes del batallón se miraron desconcertados: nunca antes se había llegado tan lejos. Petra era una “zona liberada” prácticamente desde siempre y todos sabían que esa inusual intromisión no iba a pasar desapercibida. Lox, al advertir dudas en los rostros, arengó a la tropa con vehemencia:

—¡Ya lo escucharon! ¡¿Acaso Su Eminencia no fue claro?! ¿Precisan de alguna invitación especial? ¡Rápido! ¡A moverse!

Faltaba muy poco para que se produjera un nuevo equinoccio y Dremont esperaba consolidar su dominio absoluto durante esas celebraciones.

Tomás, sobresaltado, abrió sus ojos y gritó con desesperación:

—¡Debemos irnos! ¡Vienen para acá! —Se puso de pie de un salto. A su lado solo estaba Lyam, que lo observaba desconcertado—. ¿Dónde están Norx y Dru?

—No lo sé. ¿Por qué gritaste así?

—¡Porque vienen para acá!

—¿Quiénes?

—¡El ejército de Dremont!

—¿El ejército?

—Sí, ¡vienen por mí!

—¿A Petra? —Tomás respondió afirmativamente con su cabeza—. ¿Y cómo lo sabés?

—Simplemente lo sé...

En ese preciso instante, comenzaron a percibir el inconfundible chillido del Capturador de Energía y los gritos de terror que solían acompañarlo. Tomás observó al niño como diciendo: *¿Viste que tenía razón?*

—¡Debemos irnos inmediatamente de acá! —exclamó Lyam.

—Pero... ¿a dónde?

—Creo que no quedan alternativas... ¡debemos ir a Kámalkut!

—Norx me dijo, anoche, que no era una buena idea y que... —Un estruendo muy potente lo interrumpió. Instintivamente, ambos comenzaron a correr hacia dentro de la montaña.

Tomás tomó una antorcha para iluminar el camino. Otra explosión los conmovió aún más. Los gritos de desesperación continuaban. Casi, sin opciones, tomaron uno de los túneles. Poco tiempo después ya no se escuchaba absolutamente nada. El niño parecía conocer el camino y guiaba con seguridad. Tomás lo seguía de cer-

ca, sin estar del todo convencido. Lyam se detuvo, lo observó con firmeza y le dijo con tono pausado:

—Tenemos que repasar el plan las veces que sea necesario. Todo tiene que hacerse al pie de la letra. Tengo todo minuciosamente estudiado. ¡Nada puede fallar, ni puede quedar librado al azar! Estoy convencido de que es posible concretarlo con éxito. —Tomás lo observó y le sonrió con calidez. *Este chico es un fenómeno, ¡qué confianza que se tiene! Lo dice tan seguro que casi me convence...*

Durante horas continuaron caminando mientras repasaban el plan de Lyam. El chico era muy obsesivo y no lo dejaba distraerse. De repente, la temida luz verde irrumpió en el fondo del túnel por donde circulaban. Tres espectros de indescriptible apariencia casi los atropellan en su descontrolada huida. Lyam tomó del brazo a Tomás y lo empujó, con violencia, dentro de un profundo recoveco cavado en una de las paredes. Inmediatamente después, el chico se zambulló también dentro del angosto orificio, mientras la luz verde pasaba muy cerca de sus cuerpos. Segundos más tarde, se escucharon gritos espantosos. *La luz atrapó a los espectros, ¡pobres!*, pensó Tomás. Se arrastraron unos metros hacia adentro y, sin poder evitarlo, comenzaron a deslizarse sin control, como si fuera un tobogán. Descendieron sin parar como si la caída no tuviera fin. En el momento más inesperado, el tobogán terminó en forma abrupta su recorrido. Lyam y Tomás cayeron pesadamente al suelo.

CAPÍTULO 35

ESE EXTRAÑO BRILLO EN SUS OJOS

UN HERMOSO Y rojizo atardecer caía sobre la selva guatemalteca. Irina y Edwin armaban presurosos sus tiendas de campaña junto a la Pirámide de los Aros. En el horizonte se podía divisar un puñado de amenazantes cumulonimbus. El rostro de ella parecía haberse alineado con el clima ya que reflejaba un fastidio contenido, a punto de estallar. La mirada de él era muy diferente: un destello extraño en sus ojos parecía guiar sus movimientos hiperquinéticos. El joven arqueólogo había estado completamente sumergido en su quimera durante los últimos días y eso había sacado de quicio a su novia. El punto máximo de tensión fue provocado por la negativa de Edwin a viajar a Nueva York para compartir una cena de presentación con el padre de Irina. *Cómo puede rehusarse a algo tan importante*, se cuestionaba irritada y sin comprender. El muchacho había intentado alivianar la situación prometiendo que, después del 1 de abril, viajaría a Nueva York y haría, sin protestar, todo lo que ella le indicara.

—Apurémonos a armar todo ya que, en pocas horas, tendremos tormenta eléctrica —ordenó él.

—Pero, Edwin, está todo despejado, solo hay unas pocas nubes en el horizonte.

—Son cumulonimbus: cuando ves ese tipo de nubes en el horizonte, al rato, indefectiblemente, ¡tienes tormenta eléctrica!

—Todavía no sé qué hacemos acá, deberíamos estar con mi Daddy en New York.

—¡No empieces de nuevo! Ya te expliqué mil veces. El 1 de abril haremos todo lo que tú quieras.

—Pero... ¿por qué esperar hasta el primero de abril? Todavía no comprendo por qué desairamos así a Daddy, sin ningún tipo de razón...

— Ya te lo expliqué también. Tenemos que estar aquí para cuando comience el equinoccio.

—¿Con qué fin? ¿Todos esos bolsos cargados tienen algo que ver con todo esto?

—¡Claro! Creo haber descifrado casi todos los petroglifos. Como te expliqué antes, relata con detalles un Ritual de Sangre maya muy antiguo. Casi tengo la certeza de que este Ritual de Sangre abría portales al inframundo, más precisamente, hacia lo que llamaban *el Xibalbá*.

—¿Y qué tiene que ver el equinoccio con todo esto? —preguntó sin prestarle mucha atención a la alocada explicación.

—El Ritual solo funciona durante el equinoccio...

—No entiendo, ¿vamos a intentar reproducir un Ritual de Sangre? —Edwin asintió con su cabeza y ese extraño brillo en sus ojos se hizo aún más intenso—. Pero..., un Ritual de *Sangre*, no precisa de... ¡¿sangre?!

—No solo eso, la piedra habla de “sangre sagrada”.

—¿Y de dónde vas a sacar “sangre sagrada”? —preguntó ella con tono burlón. Edwin metió su mano en el bolsillo y sacó un tubo herméticamente cerrado con un líquido rojo bermellón dentro. Irina lo observo desconcertada y le preguntó:

—¿Y eso?

—¡Es la sangre de mi Bisa! Ella tenía ascendencia sagrada... —explicó con orgullo.

El rostro de Irina reflejaba hastío e incomprensión. *Parece un demente con toda esta locura. Voy a esperar unos días más, como él me pide; si nuestra relación no se encamina hacia carriles “normales” para entonces, ¡la termino!*

—Yo pensaba que este tipo de ritos mayas implicaban siempre algún tipo de sacrificio —comentó Irina, con la paciencia renovada a causa de la decisión que acababa de tomar.

—¡No siempre! Muchas veces los Ritos de Sangre solo implicaban cortes sangrantes. Cuánto más importante era la persona de

quien se extraía la sangre, más poderoso era el ritual. De todas formas, este es uno de los puntos en que no estuvimos del todo de acuerdo con el inglés...

—¿El inglés?

—Sí, ¿te acuerdas de que te comenté de un investigador del Museo Ashmolean de Inglaterra, que me estaba ayudando? —Irina asintió con su cabeza—. Bueno, este muchacho me ayudó a descifrar gran parte de los petroglifos. Hay un símbolo sobre el cual no estamos del todo de acuerdo: los dos creemos que se refiere a “sangre sagrada”, aunque el inglés sostiene que, también, se relaciona con la necesidad de un “sacrificio humano”...

—¿Entonces?

—Entonces, ¡nada! Sí él tiene razón, nada va a pasar...

—¿Pero acaso tú estás sugiriendo que algo puede suceder? —preguntó incrédula, como si estuviera hablando con un loco.

Edwin la observó sin responderle. Esa chispa extraña en su mirada lo hacía estar en su clímax.

—En fin, por suerte, falta poco para que termine esta locura... —pensó Irina en voz alta, causándole enojo a Edwin—. Pero, digo yo, ¿no harían falta los Aros para todo este delirio?

Edwin se dirigió hacia uno de los bolsos y sacó una funda de terciopelo negro. La abrió con cuidado y extrajo los Aros.

—¿Los robaste del Museo? ¡¿Estás loco?!

—Digamos que los tomé prestados por un tiempo. Nadie se va a enterar.

—Definitivamente, ¡estás loco! Lo peor de todo es que me arrastraste a mí en tus locuras. Tú dijiste que, tal vez, hacía falta un sacrificio humano con sangre real. Si tu abuela era descendiente de los Dioses, tú también lo eres... Me parece que si llegado el momento hace falta hacer un sacrificio humano, ¡ya sé qué voy a hacer...! —sentenció con sarcasmo la norteamericana.

CAPÍTULO 36

LA OLLA

TOMÁS Y LYAM se incorporaron con lentitud. La oscuridad era casi total. Cada tanto, una brisa fría los “tocaba”, como si algo o alguien estuviera pasando muy cerca de sus cuerpos.

—¿Y la antorcha? —preguntó Lyam.

—Ni idea, la perdí en la caída. ¿Sabés dónde diablos estamos?

—No lo sé... Pareciera ser una gran caverna subterránea.

— Por lo menos no hay ni señales de la maldita luz verde.

—¡Es verdad! Por allá hay ruidos, como de agua que corre... —señaló el chico.

—Sí, los escucho, es como un leve murmullo. ¡Vayamos con cuidado!

A medida que transcurría el tiempo, comenzaron a reconocer algunas formas tenebrosas. La caverna era inmensa y estaba repleta de estalactitas y estalagmitas de color rojizo. Un desagradable olor a azufre estaba presente en todo el ambiente. No se podía distinguir ni el fondo, ni los costados. Descubrieron, con estupor, que el viento que percibían cada tanto lo provocaban miles de espectros que pasaban a toda velocidad. Sin embargo, estos extraños seres actuaban como si ellos no estuvieran presentes.

—Necesito volver a Equinoccio pronto o van a sospechar —dijo con preocupación Lyam.

—¿Y si intentamos comunicarnos con los espectros?

—¡Me parece una verdadera locura! Necesitamos llegar al agua y buscar pistas que me revelen dónde podemos estar. Noto que toda-

vía conservás tu reloj. Nos va ayudar para sincronizar los tiempos de nuestro plan.

Al igual que los espectros, continuaron yendo sin parar hacia el murmullo. Durante el trayecto, Lyam intentaba repasar su estrategia, pero Tomás no le prestaba atención. *¡Qué pibe insistente! Para qué repetir tanto el bendito plan, si estamos completamente perdidos en este espantoso lugar...*

Finalmente arribaron a una inmensa olla de agua de un color verde casi negro, que tenía unos cien metros de diámetro. De la misma, se desprendía un arroyo que, a poca distancia, se bifurcaba en dos brazos: uno transparente y azul, y otro turbio y marrón. En el borde de la olla, sobre la roca, había una docena de estropeadas góndolas. Los espectros llegaban a la orilla y se zambullían sin dudarlos. Luego, nadaban hacia lo profundo, desapareciendo por completo.

—¡Creo que ya me ubiqué! —exclamó Lyam levantando su dedo índice—. Estoy casi seguro de que uno de estos arroyos conduce a los puentes de Equinoccio. Sin embargo, no sé cuál de los dos... A lo mejor si utilizo alguna de esas barcas, ¡podría llegar! Me parece que debería optar por el que es transparente —razonó Lyam mientras se adelantaba unos metros intentando observar qué había más allá. Al darse vuelta, el chico advirtió que había quedado hablando solo y que Tomás ya no estaba más a su lado. Comenzó, entonces, a buscarlo con desesperación. A unos treinta metros, lo encontró: estaba muy entretenido queriendo comunicarse con uno de los espectros. El extraño ser hizo unos ademanes con sus largos brazos, le señaló uno de los arroyos y, sin perder más tiempo, se zambulló en la olla. Tomás observó a Lyam y se encogió de hombros, provocando una sonrisa fresca en el chico. *¡Qué personaje!*

—¡Ya está! Te resolví el dilema: el arroyo turbio conduce a Equinoccio —dijo Tomás con jactancia.

—Yo creo que es el cristalino. Además, no confié para nada en los espectros...

—¡No!, ¡es el turbio! ¡Para qué me mentiría? No gana nada haciéndolo...

—Tampoco gana nada diciéndote la verdad. Además, vos tenés que ir a Kámalkut, no a Equinoccio...

—¿Y...? ¡ya sé cómo llegar también ahí! Si me zambullo en la olla y nado hacia su profundidad, termino desembocando en Kámalkut.

—¿Eso te dijeron los espectros?

—¡Así es!

—¿Y el otro arroyo hacia dónde va?

—No me lo quisieron decir, pero me advirtieron, con énfasis, que ni se me ocurriera tomarlo...

—Y si la olla conduce realmente a Kámalkut, ¿por qué entonces ellos se dirigen hacia allá?

—Dicen que trabajan ahí...

—¿Pero... vos no le habrás dicho que querías ir a Kámalkut? ¿No?

—No, le dije que estábamos perdidos y que intentábamos llegar a Equinoccio para los festejos.

—No confío en ellos. No obstante debo reconocer que la olla coincide con la descripción exacta de uno de los posibles ingresos a Kámalkut.

—¡Todo va a salir bien! Apurémonos, que no hay mucho tiempo.

Lyam lo observó asombrado: esta vez era Tomás el que rebosaba de confianza y optimismo.

—¿Qué fecha y hora tenés en tu reloj?

—Según mi reloj, son las 14:15 del 19 de marzo del año 2012.

—¡Perfecto! Dejame hacer unos cálculos... Exactamente a las 02.14 de mañana, tenés que estar dentro de los Aros de la Pirámide de Kámalkut.

—¿Por qué a esa hora tan exacta?

—A esa hora comienza el equinoccio de otoño en tu país; y tu reloj, salvo que vos lo hayas cambiado, tiene la hora del uso horario que le corresponde.

—¡Ah! No, no lo toqué. ¡A esa hora voy a estar ahí! ¡Confía en mí!

CAPÍTULO 37

POCAS ESPERANZAS

ERA LA TERCERA vez, en más de cinco meses, que Josefina concurría al sanatorio. En muchísimas otras ocasiones había tenido el impulso de visitarlo, pero su madre siempre la convencía de que no era buena idea, ya que, después, quedaba destrozada. En esta oportunidad, tenía una buena excusa: el padre de Josefina le había recomendado al padre de Tomás una interconsulta con el prestigioso Dr. Jairo Petersen, quien era muy amigo de la familia. Al escuchar esta sugerencia, inmediatamente Josefina se había ofrecido para acompañar al médico al sanatorio. Cuando el Dr. Petersen se dirigió al consultorio del facultativo que dirigía el caso, Josefina quedó a solas con Tomás en su habitación. Se sentó junto a su cama y comenzó a susurrarle, en voz baja, reflejando una mixtura de sentimientos contrapuestos:

Ay, querido, te conozco desde que tengo uso de razón y, sin embargo, me quedaron tantas cosas para decirte... ¡Tenés que recuperarte pronto! A veces siento que no sé vivir sin vos... y eso me hace pensar mucho. Necesito encontrar mi camino, saber quién soy sin tu presencia y, para hacerlo, aunque parezca contradictorio, ¡necesito que estés! No hay hora en que no te recuerde y en que no desee que retournes con nosotros y te cures. Estoy intentando hacer una vida nueva, de tener mis proyectos, mis cosas y creo que, por fin, lo estoy logrando. Mis amigas, a veces, me cuentan que se habían enterado de tus inmaduras “andanzas”, y me duelen. Por suerte, ya lo estoy superando. Tengo muy en claro que lo nuestro es historia pasada y que tengo que hacer una nueva vida en la cual vos no estés. Incluso, mis amigas me obligaron a salir con algún

que otro hombre, pero aún no me acostumbro del todo. No sé para qué te cuento todo esto... ¡Ah!, no lo vas a poder creer: ¡comencé a estudiar periodismo! ¡Tanto que vos me insistías! ¡Estoy re feliz por eso!

Josefina hizo una larga pausa no sabiendo cómo continuar. Le acarició con delicadeza su rostro, mientras sus ojos comenzaban a humedecerse. Intentó controlarse, pero no pudo. En ese momento, el Dr. Petersen ingresó al cuarto sorprendiendo a Josefina desmoronada sobre la cama, mientras lloraba con desconuelo. Ella reaccionó contrariada y se incorporó con rapidez mientras intentaba secarse sus lágrimas. *¡Qué vergüenza! Espero que no les cuente a mis padres...*

El médico tenía cincuenta y dos años, era un divorciado sin hijos y lucía un porte elegante y seductor. Todas estas cualidades, sumadas a su gran fortuna y abolengo, lo constituían en el blanco ideal de muchas mujeres. Había esperado por Josefina desde que era una niña, pero siempre había estado en el medio Tomás, estorbando. Además de todo esto, los unía un tenebroso secreto...

—¡Perdón! No quiero importunar, mejor te espero afuera... —dijo el médico con forzada comprensión.

—No, no, Jairo, por favor, quedate. Sos un gran amigo, con vos no tengo secretos. ¿Cómo te fue con la interconsulta? —El Dr. Petersen sacudió su cabeza y miró hacia el suelo, como no queriendo responder—. Por favor Jairo, estoy bien, quedate tranquilo. Necesito tu sinceridad, quiero saber toda la verdad, por más que sea muy dura.

—Bueno, si me lo pedís así, te voy a contar todo. Los médicos están desconcertados. Ya hace más de cinco meses que Tomás está en coma. Han probado de todo, pero no reacciona. Estos casos son así, de un momento a otro puede despertar o...

El médico hizo una pausa prolongada.

—¡¿O qué?! Por favor, Jai, ¡hablá claro!

—O... nada, querida... Todavía, hay esperanzas, pero no muchas...

—¿Pasó algo que yo no sé? Porque, hasta hace poco, me decían que había esperanzas...

—Sí, es verdad, algo pasó. Los médicos, en los últimos días, notaron que su corazón no está funcionando del todo bien y eso los tiene muy preocupados.

Una sentida lágrima cruzó la rosada mejilla de Josefina. El Dr. Peterson la abrazó con fuerza y ella volvió a desmoronarse.

—No desesperes, linda. Yo, como siempre, estoy acá para ayudarte, apoyarte y acompañarte en este difícil momento. Les sugerí a los médicos una serie de estudios de última generación. Tal vez den resultado.

—Gracias Jai, ¿qué haría yo si vos no estuvieses acá...?

—No tenés nada que agradecerme, linda. Es un placer para mí estar junto a vos en todos los momentos difíciles de tu vida. Ya son las ocho y cuarto. Vayamos a cenar así te distraés un poco. Conozco un restaurant nuevo de sushi que es verdaderamente increíble.

Justo cuando salían de la habitación abrazados, advirtieron que se acercaban Julián, el hermano menor de Tomás, junto con Mía. Solo cruzaron miradas punzantes y un frío saludo a la distancia.

CAPÍTULO 38

SASHA

QUERÚ SE APROXIMÓ al impactante edificio. La inmensa estructura tenía pincelazos de estilo gótico y provocaba una sensación de insignificancia hacia quien se acercaba. Treinta y seis interminables de sus púas parecían perforar el cielo gris. Ella observó detenidamente los indescifrables dibujos tallados en la madera de la gran puerta de ingreso. El inmenso pórtico se abrió en dos y Querú no tuvo más opción que avanzar. No era nada usual que Dremont citara de urgencia a subalternos a su fortaleza.

Caminó por un largo pasillo de alfombra púrpura, iluminado por antiguos candelabros. Su rostro lucía adusto y su ceño, fruncido. *¿Para qué me habrá llamado? Seguro que me descubrió... ¡Tengo mucho miedo!* El pasillo la condujo hacia otra puerta que también se abrió sola, revelando un ambiente oscuro e intimidante. *¿Tendré que entrar acá? ¿Qué es esto?*

El recinto era abovedado y se podían observar diferentes imágenes, tanto en las paredes como en el techo. En el cenit de la gran habitación, estaba la imagen principal. En el medio de la sala se destacaba un asiento señorial, con alguien sentado, que se movía sin cesar. Querú supuso que era Dremont. *Es como un Reflexionario privado, pero mucho más sofisticado*, dedujo. De repente, Dremont le habló:

—Te estaba esperando, Querú. Por favor, dame un momento para terminar con esto y estoy con vos.

—¡Por supuesto, Su Eminencia! Yo lo espero todo el tiempo que sea necesario —respondió ella con voz sumisa.

En el preciso instante en que terminaba de responderle, Querú dirigió su atención hacia la imagen principal y quedó estupefacta: en la misma aparecía su hermosa hija Sasha caminando tranquila por la vereda. *¡Mi nenita!*, suspiró. *¡Qué grande que está!* *¡Cómo te extraño, amorcito!* *¡¿Por qué la tendrá enfocada este desgraciado?!* De inmediato distinguió su barrio de la ciudad de San Petersburgo.

Sasha era una hermosa niña rubia de nueve años. Su piel, blanca como la nieve, contrastaba con el azul oscuro de sus ojos rasgados, que siempre reflejaban melancolía. Ya habían pasado cuatro años, desde la tragedia automovilística, cuando había perdido a su madre. Como nunca supo quién era su padre, luego del accidente se sintió una huérfana, que estaba sola en la vida.

Querú comenzó a llorar invadida por la nostalgia y el temor a lo que pudiera ocurrir. El sillón de Dremont continuaba moviéndose sin cesar. Cuando él ponía su atención en una imagen, esta se destacaba con mayor intensidad respecto del resto. Había más de cincuenta escenas resaltadas a la vez: varios autos, una obra en construcción, una ambulancia, entre muchas otras. Dremont movía sus brazos cual Director de Orquesta. La tensión era insoportable. *¿Qué está haciendo con mi niña?* *¡Lo tengo que parar!*, pensó sumergida en una rabiosa impotencia.

Sasha comenzó a cruzar una de las avenidas principales de la ciudad en cuanto el semáforo le dio el paso. En el momento en que estaba por la mitad, uno de los autos que aparecía en las imágenes secundarias, cruzó en rojo, a gran velocidad, y se encaminó a atropellarla.

—¡Sasha! —gritó su madre con desesperación, como si pudiera advertirle. Sorpresivamente, apareció en escena otro vehículo que chocó con violencia al primero, evitando de esta forma la segura muerte de la niña. Querú se tapó la cara con ambas manos y se arrodilló entre súplicas. El segundo auto volcó a causa del impacto y comenzó a incendiarse. La niña se tiró al piso aterrorizada. Un tercer coche colisionó con el primero a gran velocidad, levantando vuelo y pasando a centímetros de Sasha, que permaneció inmóvil en el pavimento. Se escucharon gritos por doquier y, al poco tiem-

po, sirenas. Una de las ambulancias se estacionó cerca de la niña. Bajaron dos paramédicos para socorrerla. Sasha estaba ilesa, pero en estado de shock. La colocaron, con mucha delicadeza, sobre una camilla y se dirigieron con premura hacia la ambulancia. Cuando ya estaban cerca, una pared de una obra en construcción se desmoronó estruendosamente destruyendo el vehículo por completo. Los paramédicos se tiraron al piso, mientras una humareda de escombros los tapaba.

—¡Basta, por favor! ¡Piedad! ¡Se lo suplico, por el amor de Dios!
—imploró Querú entre sollozos.

—¿Dios? —respondió Dremont con sarcasmo mientras daba vuelta su sillón y dejaba ver su inexpresivo rostro. Todas las imágenes desaparecieron al mismo instante y una luz amarillenta se encendió iluminando el recinto. El Profeta se puso de pie y se dirigió, con lentitud, hacia ella, que permanecía arrodillada—. Tenemos que hablar, Querú —le dijo con tono paternal.

—Por supuesto, ¿qué necesita? —respondió quebrada.

—Necesito saber dónde se encuentra Yaem.

CAPÍTULO 39

EL REMOLINO DE SANGRE

TOMÁS NADÓ SIN cesar hacia lo más profundo de la olla. El agua era espesa y muy fría. Prácticamente, no se podía ver nada. A su lado pasaban los espeluznantes espectros a toda velocidad, como si fueran medusas en su hábitat. Antes de comenzar a preocuparse por su falta de oxígeno, llegó a la superficie.

La imagen que encontró del otro lado era idéntica a la de donde había partido. Los espectros salían del agua y se dirigían presurosos hacia las góndolas que se encontraban a la vera de la olla. De a dos, se subían a ellas y comenzaban a navegar por el arroyo. Uno iba sentado y el otro conducía de pie con una gran vara de madera. En la bifurcación del arroyo, todos tomaron por el brazo de agua turbia. *¿Serán los mismos que los del otro lado? ¿Cuál habrá tomado Lyam? ¿Esto ya será Kámalkut? Según me dijo, en el primer nivel tendría que encontrar un río de sangre...*

Tomás esperó a que todos los espectros se embarcaran, para poder tomar la última góndola que quedaba. La arrastró hacia el arroyo y, con dificultad, comenzó a navegar. *Esto no será Venecia, pero estoy seguro de me espera diversión a pleno*, pensó con sarcasmo mientras intentaba maniobrar con la pértiga. *Voy a seguir a los espectros. Según ellos mismos dicen, también van a Kámalkut.*

Unos mil metros más adelante, la correntada ingresó en una especie de túnel, aumentando drásticamente su intensidad. Tomás utilizaba la vara cada vez que estaba a punto de colisionar contra los bordes de roca. El canal tenía unos veinte metros de ancho. El techo estaba repleto de filosas estalactitas. *Esto se mueve cada vez peor... El agua cambió de color, ahora es rojiza...*

A unos metros del final del túnel, los espectros doblaron por un canal de aguas calmas, que se encontraba a la derecha. Tomás intentó hacer lo mismo, pero no pudo. Era como si su góndola no le respondiera. De tanta fuerza que hizo, la vara de madera se quebró contra una roca, quedando la embarcación a la deriva. A esa altura, el agua ya era de un rojo intenso. *¡Esto parece sangre! ¡Ya estoy en la primera etapa!*

El canal por el que navegaba Tomás desembocaba en forma de cascada a un extenso lago rojo. El techo de la gran caverna que lo contenía dejaba filtrar rayos de luz anaranjada. Inmensos murciélagos revoloteaban en grupo. A unos quinientos metros de donde estaba Tomás, un caño derramaba una viscosa sustancia verde sobre el lago. *Esas deben ser las almas recolectadas por el Capturador de Energía.* Se aferró con firmeza a su góndola esperando el impacto de su inevitable caída. La correntada dentro del lago era fortísima y se movía de izquierda a derecha, en forma circular hacia el centro, en donde había un remolino que parecía devorarlo todo. Alrededor del lago había un veredón rocoso y, sobre el mismo, cientos de túneles, cavernas y muchos espectros que parecían estar supervisando el funcionamiento del espeluznante lugar. La góndola golpeó con dureza contra el agua, dejando a Tomás flotando dentro de la intensa correntada. Mezclados con la sangre, había miles de almas desesperadas que luchaban, con vehemencia, contra la corriente. Los gritos eran desgarradores. Tomás intentó abstraerse del entorno y recordar las exactas instrucciones de Lyam: *“El Remolino de Sangre tiene como objetivo minar la voluntad de las almas, que es una de sus principales cualidades intrínsecas. El Capturador de Energía las vuelca confundidas, porque ya están algo mezcladas entre sí. Por instinto de supervivencia, estas almas intentarán no dejarse devorar por el remolino y lucharán contra la corriente todo lo que puedan resistir. El Sistema está diseñado para generarles la sensación de que pueden escaparse, pero, por supuesto, eso es algo imposible. En algún momento, más tarde o más temprano, quedarán exhaustas, y con la voluntad diezmada. Vos, Yaem, corrés con ventaja, ya que vas a ingresar entero. Tu código no se encuentra en el Sistema de Kámalkut*

y vas a contar con información precisa. En este primer desafío, vas a tener que ir en contra de tu propio instinto y, en vez de nadar contra la corriente, deberás hacerlo a su favor, tratando de llegar lo antes posible al remolino. ¡No te detengas por ninguna razón! Después de la primera etapa, las almas que más se resistieron se clasificarán como “Rebeldes” y van por un camino; las que menos lo hicieron se considerarán “Maleables” y van por otro. Es imperioso que tu camino sea el de las Almas Maleables, ya que el otro es muchísimo más duro.” Finalmente, el chico le dijo a modo de advertencia: “Por ninguna razón bebas de esa agua. Si seguís al pie de la letra mis instrucciones, deberías pasar rápido y sin muchos contratiempos. La mayoría de las almas siguen su instinto y quedan presas en el remolino de sangre por toda la eternidad...”.

Tomás comenzó a nadar, con decisión, hacia el centro y en favor de la correntada. Una incontable cantidad de almas lo hacían en sentido opuesto, intentando con desesperación llegar a la costa, lo cual dificultaba mucho su avance. A unos metros de Tomás, alguien más intentaba también llegar al remolino. Si bien al principio los golpes y forcejeos lo dejaron aturdido, logró recomponerse y, al poco tiempo, nadaba a toda velocidad. En pocos segundos llegó al ojo del huracán y fue devorado con violencia.

CAPÍTULO 40

CABALLO DE TROYA

EQUINOCCIO SE HABÍA preparado como nunca para la celebración: música, manjares, bailes y un sinfín de actividades más entretenían a sus habitantes. Dos veces al año, al momento de producirse el equinoccio terrestre, la usual apatía de la ciudad mutaba hacia una algarabía mundana, repleta de placeres que normalmente se consideraban como “involucionados”. La Gran Plaza estaba colmada de individuos excitados, al mejor estilo de una fiesta *rave*. En el Reflexionario, se encontraba el evento más convocante: se podía elegir cualquier personaje famoso de la historia humana y escudriñar en su intimidad por un lapso de tiempo. Largas colas de curiosos equinoccianos se agolpaban en el ingreso, intentando poder participar de la mejor atracción de las Fiestas.

Al final de la jornada, se abrían las puertas del Oráculo de Nocc a todos los habitantes de la ciudad para celebrar la publicación del Orden de Mérito de los Profetas. En los últimos treinta años, Dre-mont había monopolizado el liderazgo del ranking. Sin embargo, este no era un equinoccio más para él, ya que esperaba consolidar su enorme poder, para así llevar adelante cambios sustanciales en el Consejo de Profetas y en el funcionamiento de Ádyton.

Como el ranking se actualizaba a los visitantes, en el momento mismo de la apertura del Oráculo, muchos estaban atentos a las últimas novedades que pudieran ocurrir, tanto en la enorme pantalla principal como en las diferentes terminales. Los Profetas y sus asistentes seguían con mucha expectativa los flashes informativos. Hasta ese momento, los primeros puestos del Orden de Mérito eran los siguientes:

*Primero: Profeta **Dremont**, con 1.578.000 Puntos.*

*Segundo: Profeta **Norx**, con 935.450 Puntos.*

*Tercero: Profeta **Orak**, con 639.358 Puntos.*

En las diferentes terminales, dispersas en palcos, bares y restaurantes, los usuarios podían acceder al listado de las Profecías Cumplidas de los Profetas mejor posicionados e, incluso, ampliar la información de cada una, con imágenes y datos estadísticos:

*Profeta **Dremont**:*

20 de octubre de 2011: Muerte de Muamar el Gadafi. Tiempo de Anticipación: 451 días.

31 de octubre de 2011: Palestina se convierte en Miembro de Pleno Derecho de la UNESCO con oposición de Estados Unidos e Israel. Tiempo de Anticipación: 5.260 días.

29 de noviembre de 2011: Ataque Terrorista a la Embajada Británica en Irán. Tiempo de Anticipación: 3.556 días.

22 de diciembre de 2011: Atentado Terrorista en Bagdad. 71 Muertos. Tiempo de Anticipación: 2.560 días.

25 de diciembre de 2011: Atentados Terroristas en Nigeria contra Iglesias Católicas en plenas celebraciones religiosas de la Navidad. 49 Muertos. Tiempo de Anticipación: 3.554 días.

14 de enero de 2012: Atentado Terrorista Suicida en Basora (Irak). 53 Muertos. Tiempo de Anticipación: 600 días.

Se está procesando una nueva Predicción Cumplida del Profeta Dremont que en breve se informará.

*Profeta **Norx**:*

23 de septiembre de 2011. Experimento logra medir la Velocidad de los Neutrinos. Tiempo de Anticipación: 5.762 días.

20 de octubre de 2011: La ETA anuncia el cese definitivo de la Violencia. Tiempo de Anticipación: 2.500 días.

8 de noviembre de 2011: el Asteroide 2005 YU55 pasa a una distancia de 239.000 km de la Tierra. Tiempo de Anticipación: 70.000 días.

26 de noviembre de 2011: la NASA lanza la Nave Curiosity. Tiempo de Anticipación: 12.501 días.

18 de diciembre de 2011: Estados Unidos culmina el retiro de Irak tras nueve años de Conflicto. Tiempo de Anticipación: 601 días.

4 de enero de 2012: En Nueva York Científicos logran abrir un Agujero en el Espacio-Tiempo con una duración de 40 Picosegundos. Tiempo de Anticipación: 600 días.

Profeta Orak

5 de octubre de 2011: Muerte de Steve Jobs. Tiempo de Anticipación: 7.250 días.

23 de octubre 2011: Terremoto en Turquía de 7.2 Grados. 726 muertos. Tiempo de Anticipación: 562 días.

31 de octubre 2011: Nacimiento en la Ciudad de Porto Alegre (Brasil) de Fernando Abs Da Cruz (Habitante Número 7 Mil Millones del Mundo). Tiempo de Anticipación: 10.552 días.

17 de febrero 2012: Ola de Frío en el Este de Europa. 650 Muertos. Tiempo de Anticipación: 1.115 días.

22 de febrero 2012: Unión Matrimonial entre un Hombre Israelita y una Mujer Iraní. Tiempo de Anticipación: 30.145 días.

En el bar de *Ludopatía*, dos asistentes conversaban entretenidamente mientras observaban las imágenes:

—Como siempre, ¡Dremont primero...!

—Sí, su dominio en los últimos tiempos es abrumador. Encima tiene una predicción pendiente que puede estirar aún más la diferencia. De todas formas, es muy buena la performance de Norx.

—Me gustaría mucho que Norx le ganara a Dremont alguna vez, pero creo que, en las actuales circunstancias, eso es algo imposible.

—¡Mirá! Están publicando la Predicción Pendiente de Dremont:

Nueva Predicción Cumplida del Profeta Dremont: Hoy: Ataque Terrorista con Bombas en Irak. Ciudades: Bagdad, Kerbala, Kirkuk

y Al-Hillah. 51 muertos. Tiempo de Anticipación: 2.839 días. Se otorgó 3.456 Puntos al Profeta Dremont. ¿Desea saber más?

—¿Por qué se tendrá tanto interés en predecir “Atentados Terroristas”?

—Es desde la época en que el Profeta Rádhamus lanzó la predicción de que una Tercera Guerra Mundial se podría desencadenar a raíz de un falso ataque terrorista. Por eso es que el Consejo puso el foco en este tipo de eventos y se otorgan muchos puntos.

Mientras tanto, en la zona de palcos, dentro del Navegador AXZ, estaban reunidos en la penumbra Lyam y Norx. Ambos conversaban en voz baja y mirándose a los ojos de forma muy circunspecta.

—¡Debemos hacerlo! —dijo el chico con énfasis—. Necesitamos causar un revuelo importante en Equinoccio para que Yaem tenga posibilidades y creo que mi plan puede provocarlo.

—¡Tengo mis dudas al respecto! Nunca ha sucedido algo semejante, por lo cual es difícil predecir qué puede pasar después. Además, va ser difícil que yo logre sortear con éxito los filtros para que se publique tu predicción en estos momentos.

—Su Excelencia, lo tengo todo estudiado y planeado. Estuvimos con Letus e Ilive analizando y preparando minuciosamente la información que nos entregó Dru. Creemos que el Sistema tiene inconsistencias que se pueden aprovechar.

—No dudo de tu capacidad ni de la de mi equipo, sino de la conveniencia de hacerlo... ¿Y cuál es el plan entonces?

—Usted tiene que introducir la predicción sobre Dremont que le preparamos con la mayor brevedad posible, ya que estamos sobre el cierre. Esta predicción es muy obvia y de poca trascendencia y, por lo tanto, de muy bajo puntaje. Por tener estas características, entra dentro de un procedimiento de validación casi automático. Simo convenció a Orak para que apenas usted la ingrese, la convalide. En cuanto la profecía se cumpla, se publica, y... ¡listo!

—¿Y entonces?

—Será como un Caballo de Troya: la noticia saldrá publicada como Predicción Cumplida de muy Baja Trascendencia pero, cuando la abran, encontrarán información explosiva adentro...

—De acuerdo, ¡intentémoslo! La información que nos acercó Dru está chequeada, así que, con seguridad, su divulgación no va a pasar desapercibida.

Un rato después aparecía, solo en las Terminales de Ádyton, lo siguiente:

Nueva Profecía Pública ingresada: Dremont ocupará el Primer Puesto del Orden de Mérito en el próximo Equinoccio.

Profeta: Norx

Calificación: Abierta y de Muy Baja Trascendencia

Probabilidad de Cumplimento Actual: 99,9999%

Al ver esto, dos Profetas que estaban conversando en Ádyton comentaron sorprendidos la inesperada predicción ingresada:

—¿Y esto?

—No tengo la menor idea, pero me parece muy fuera de lo común. No sabía que se podían hacer predicciones sobre hechos que ocurriesen en Equinoccio. ¿Cuánto falta para el Cierre?

—¡Prácticamente nada! Está cerrando en este preciso momento.

—Yo no voy a apostarle a esta predicción: otorga poquísimos puntos y, además, ya casi no hay tiempo.

—¡Yo tampoco!

En ese momento, se publicó en todas las pantallas del Oráculo de Nocc, lo siguiente:

¡Ha ocurrido el Cierre! En instantes más, se informará el Orden de Mérito Final y se abrirán las puertas del Oráculo de Nocc para dar comienzo a la Celebración.

E inmediatamente después:

Se está Procesando una nueva Predicción Cumplida del Profeta Norx que en breve se informará.

Esta noticia sorprendió aún más a los dos asistentes que estaban en el bar de *Ludopatía*:

—¿No había cerrado? ¡No entiendo!

¡Qué bueno! ¡Una nueva predicción de Norx!

—¡Sí! Igualmente no creo que alcance para acercarse a Dremont, debería ser una predicción que haga historia —respondió el otro.

—¡Ahí salió! ¡Veamos de qué se trata!

Nueva Predicción Cumplida: Hoy: Dremont ocupará el Primer Puesto del Orden de Mérito. Tiempo de Anticipación: cinco minutos. Se otorgaron 2 Puntos al Profeta Norx y 1 al Profeta Orak.

Al apreciar la insignificancia de la predicción, ambos asistentes quedaron decepcionados:

—¡Qué predicción más tonta e intrascendente!

En ese instante, se abrieron las Puertas del Oráculo de Nocc y comenzó a ingresar un torrente de habitantes de Equinoccio, dispuestos a continuar con la diversión.

La gran expectativa generada provocó desazón en la mayoría, pero curiosidad en los más sabios, que entendieron, de inmediato, que debía haber algo más atrás de este hecho tan insólito. *¿Con qué objetivo, un respetado y experimentado Profeta como Norx, habría introducido a último momento una predicción de estas características?*, se preguntaban intrigados. Al intentar encontrarle sentido a lo ocurrido, abrieron la información adjunta y descubrieron, atónitos, copiosa información sobre Dremont que los dejó perplejos.

CAPÍTULO 41

KÁMALKUT - SEGUNDA ETAPA

*¿DÓNDE ESTOY? ¿CÓMO me duele la cabeza! ¡Me siento muy mareado!
¿No puedo abrir los ojos? ¿O los tengo abiertos pero está tan oscuro
que no puedo distinguir nada? Tampoco se escucha nada. ¿Habré per-
dido mucho tiempo? ¿Pasé la primera etapa? Esto debería ser... ¿la
segunda? El chico tenía razón, ¡es un verdadero genio! A ver, qué hora
es... ¡no puedo ver mi reloj! ¡No siento mi mano! ¡No siento mis brazos!
¡No siento mi cuerpo! ¡¿Qué diablos me está pasando?! Este silencio me
está taladrando el cerebro. Tranquilo, Tomás, tenés que recordar las
palabras exactas de Lyam: “La segunda etapa va a intentar sacarte tu
individualidad y todo aquello que te hace diferente a otras almas: tus
rasgos personales, tus recuerdos, tus vivencias, todo. Al principio des-
aparecerá tu aspecto físico y te sentirás perdido. A medida que trans-
curra el tiempo, empezarás a distinguir algunas cosas.” ¡Yo no percibo
nada! Ni siquiera puedo vislumbrar si me estoy moviendo. Tengo frío
y me siento solo... ¡Necesito mi cuerpo! ¡¿Qué me está pasando?!*

Una corriente de aire helado pasó junto a él, sobresaltándolo. Instantes después, pudo distinguir una estela de color azul flotando a gran velocidad. Luego vio otra; segundos después, muchas más. Todas se dirigían hacia un punto blanco que se encontraba muy a lo lejos. Tomás sintió un profundo alivio al poder percibir luces y tener, al menos, un punto de referencia.

Ese punto blanco puede ser una salida. ¿Qué estoy haciendo? ¡No tengo que dirigirme hacia allá! Lyam fue contundente: “Hacé todo lo opuesto de lo que hagan las otras almas, y dirigite hacia el lado opuesto respecto de los puntos de referencia, sin dejar nunca de ob-

servarlos.” Por lo tanto, deduzco que tengo que caminar hacia atrás y alejarme de la salida, sin dejar de mirarla. No siento mis pies, ¿cómo voy a saber si me estoy moviendo?

Tomás se dio cuenta de que estaba flotando y de que, con alguna dificultad, podía controlar sus movimientos. A medida que se movía, el punto blanco se veía más distante. Cada tanto, sufría algún escalofriante encontronazo con otra alma que se dirigía en forma desbocada hacia la pequeña luz blanca. Durante el breve instante en que hacían contacto, Tomás compartía sensaciones espantosas. *¿Cómo puedo evitar toparme con estas luces, si no veo hacia dónde me dirijo? Ahora entiendo el comentario del chico, cuando dijo que, a medida que las almas van hacia los puntos de referencia, se van a ir mezclando entre sí y perdiendo aún más su individualidad. ¡Esto es como un embudo! Ahora el punto ya casi no se ve... ¿qué tendré que hacer?*

Al mismo tiempo en que la tenue luz blanca no se hizo más visible, apareció otra en un lugar diferente. Al intentar cambiar de rumbo, chocó violentamente con otra alma que le provocó una sensación estremecedora. *¡Qué dolor tan hiriente! ¡Puedo sentirlo! Está desconsolado por... ¡su suicidio! ¡Qué espantoso! Lo percibí tan claramente, que es como si fuera propio. ¡Nunca había sentido tanta tristeza y desesperación! Voy a tratar de volar más bajo, está más oscuro, pero no se ven almas por ahí...*

Descendió hasta donde pudo. *¡Qué desolación hay por acá! ¡Más frío no puedo sentir! Creo que estoy muy cerca del piso. ¿Me parece a mí o el alma del suicida está siguiéndome? Necesito ir más rápido o me alcanzará y será mi fin...*

El alma del suicida volaba con más precisión y se le aproximaba con rapidez. Tomás estaba aterrado y aceleró tanto como pudo. *¡El chico no me dijo nada de que podía pasar esto! ¡Ya casi lo tengo encima! En ese instante, sintió un fuerte estallido proveniente de lo más profundo de su interior, como si algo dentro de él se hubiera roto a pedazos. Tomás perdió por un momento la conciencia...*

Hoc non pereo habeo fortior me! ¿En qué idioma estoy pensando? ¿Latín? ¿Qué diablos hago hablando en latín, si no sé nada de esa lengua muerta? ¿Me habrá atrapado? Tomás levantó su mirada y notó que el

alma del suicida estaba a unos metros, como si estuviera esperándolo. A lo lejos, reencontró el punto de luz, que ya casi no se distinguía, y comenzó a volar hacia el lado opuesto. El suicida comenzó a seguirlo nuevamente, a una distancia constante, pero a Tomás ya no le inquietaba. *Si hubiera querido hacerme daño, ya lo hubiera hecho.*

Miles de imágenes y sonidos extraños le comenzaron a aparecer, sin pausa, en la mente: una impactante ciudad antigua, vestimentas y sonidos desconocidos, combates y muertes a espada, formaciones militares y una adorable mujer y, junto a ella, siempre de espaldas, un niño... *¡Esta es la familia del centurión romano!* Cada vez que surgía un nuevo recuerdo del centurión, se incorporaba en Tomás como propio. Ya no sentía que se trataba de la familia del centurión, sino de “su” propia familia... *Es tal cual me explicó Lyam: se están destruyendo los límites de mis vidas pasadas, una a una. Tengo que apurarme, ya que esto contribuye a la pérdida de mi individualidad...* ¡Ah! Ahora recuerdo un truco que me enseñó por si me llegaba a pasar esto. Comenzó a repetir sin parar: *Mi nombre es Tomás Andrés Cannavaro. Tengo 41 años. Nací el 29 de julio de 1970 en la ciudad de Rosario, República Argentina. Mis padres se llaman Alfredo y Graciela. Mis hermanos se llaman Mario y Julián. Me suelen decir Tommy o Tomás. Mi número de documento de identidad es 21.366.294. Vivo en la zona de Parque Norte, sobre la avenida Estanislao López, en un departamento ubicado en el piso 36, con una magnífica vista al río Paraná. El 23 de septiembre de 2004 me casé con Josefina María De Petris. Estamos en trámite de divorcio. No tengo hijos. Soy Agente de Bolsa. Fanático de Newell’s Old Boys. Practico fútbol y yachting...* Y comenzó a repetir de nuevo: *Mi nombre es Tomás Andrés Cannavaro. Tengo 41 años. Nací el...*

Tomás voló, con cierta tranquilidad, por un largo rato. Repetir en forma continua sus datos personales le generaba seguridad respecto de su identidad. ¡El truco de Lyam funcionaba! El suicida lo continuaba siguiendo de cerca. A medida que se apagaban las luces, siempre aparecía otra en un lugar diferente y lo hacía cambiar de rumbo.

En un momento, no quedaron más luces visibles... *¿Y ahora qué?* El frío y la oscuridad eran más intensos que nunca. Se detuvo desorientado. En forma inesperada comenzó lentamente a sentir otra vez su

cuerpo. Se tocó, con alivio, sus brazos, su cara, sus piernas. Podía caminar... *¡qué bueno es tener otra vez los pies sobre la tierra!* Casi por inercia, comenzó a caminar hacia atrás, con pasos lentos e inseguros. *¡No veo absolutamente nada! ¿Qué tendré que hacer ahora?* El alma del suicida permaneció inmóvil y Tomás comenzó a alejarse de a poco. *¿Podré darme vuelta, o tendré que seguir caminando así?* Por la espalda le recorrían intensos escalofríos, causados por el temor a tropezarse con algo o alguien. Con uno de sus talones sintió que el piso no continuaba. Se dio vuelta y se agachó, para tocar con sus manos el borde rocoso. Continuaba sin poder ver nada. Colocó la planta del pie izquierdo sobre la arista y comenzó a recorrerla con sumo cuidado. Al darse cuenta de lo extensa que era, se detuvo. Con el fin de medir la profundidad, tomó una piedra y la arrojó a centímetros del borde; sin embargo no obtuvo sonido alguno en respuesta. Recogió otra y la lanzó lo más lejos que pudo, con igual resultado. *Sí, es un pozo... ¡es inmenso!* Un reflejo verde pareció dar formas a una inmensa depresión rocosa. Tomás, inmediatamente, se dio vuelta hacia la fuente de la luz, descubriendo que era un Capturador de Energía y que, silenciosamente, ya lo tenía sobre él. Entró en pánico. *¡Alea iacta est!* El alma del suicida se abalanzó sobre él y, sin darle alternativas, lo empujó con violencia hacia el vacío.

CAPÍTULO 42

RITO DE SANGRE

—¡HOY ES EL gran día! —exclamó Edwin con júbilo mientras señalaba al cielo con su dedo índice—. ¡Y... no podía estar mejor! El cielo está limpio y la temperatura, ideal. Evidentemente los astros están alineados a nuestro favor. Estoy convencido de que estamos predestinados para ser partícipes relevantes de este momento tan importante para la humanidad.

—¡Sí, por fin llegó! —dijo Irina mientras resoplaba de fastidio—. Pensé que no iba a llegar nunca. Espero, amor, que una vez que pase todo esto, ¡cumplas con tu palabra!

—¡Por supuesto! El 1 de abril, nos instalaremos en Nueva York y haremos todo lo que tú quieras, mi vida. *Total, después de esta noche, ya nada va a ser lo mismo... ¡Será el hito arqueológico más importante de la Historia! El descubrimiento de la tumba de Tutankamón pasará a ser un juego de niños, al lado de lo que va ocurrir hoy...*

—¡Te tomo la palabra! Espero que no tengas problemas con las cosas que tomaste “prestadas” del Museo...

—No va a pasar nada, mi vida. ¡Empecemos!, que a las 18:14 se esconde el sol y tenemos que estar perfectamente preparados para ese preciso momento.

—Pensaba que el equinoccio caía los 21 de marzo.

—No, para ser exactos, este año cae hoy, 19 de marzo, a las 23:14.

—Entonces, ¿por qué pones énfasis en la puesta del sol?

—Los mayas vinculaban mucho al equinoccio con el atardecer. ¿Recuerdas la serpiente emplumada de Chichén Itzá? —ella asintió con su cabeza—. Por eso creo que el momento crucial del rito debe

coincidir necesariamente con el ocaso de hoy. Acá te traje vestimenta adecuada para la ceremonia.

—¡Yo no me voy a poner nada! ¿Qué es todo esto? ¡¿De dónde lo sacaste?! —le respondió sorprendida mientras él sacaba de un bolso un brazaletes de oro.

—Amor, prometiste ayudarme, falta muy poco, no me compliques la vida, ¡por favor!

—¡Está bien! No veo la hora de que termine todo este delirio y volvamos a la normalidad...

—¡Gracias, amor! ¡Te lo voy a compensar con creces! Voy adentro de la pirámide a ultimar algunos detalles. En el bolso vas a encontrar ropa y adornos sagrados que te van a encantar. Trata de disfrutar este momento memorable.

Media hora después, Irina terminó de vestirse y lucía adorable. Se puso una túnica ricamente bordada con flecos y cuentas de jade, un elaborado tocado y suntuosas pulseras. Le costaba reconocerlo, pero comenzaba a disfrutar de esta locura. *¡Me siento toda una princesa!* Se dirigió hacia adentro de la Pirámide de los Aros que lucía muy diferente a causa de los esmerados trabajos de limpieza y restauración que había realizado Edwin en los últimos días.

—¿Amor? ¿Amor? —Gritó con entusiasmo Irina, mientras ingresaba en cuclillas por el estrecho pasadizo—. ¡Estoy yendo para allá! No sabes lo linda que estoy.

Irina no recibió respuesta a sus gritos, lo cual la inquietó. Al llegar al corazón de la estructura, pudo ponerse de pie y descubrir un lugar sorprendente: Edwin había ornamentado, con esmero, la recámara para la gran ocasión. El ambiente principal estaba iluminado con antorchas equidistantes. En cada pared, había una bandera compuesta de coloridas plumas. En el centro de la pirámide, se ubicaba el pozo que contenía la Piedra Sagrada con los petroglifos. *Acá se debe haber caído Edi.* Se acercó despacio, notablemente inquieta. Al asomarse y observar lo que había dentro, gritó con desesperación...

—Soy yo, mi vida, no te asustes —le dijo él con voz suave. Edwin estaba totalmente transformado: sobre la cabeza, tenía un impaciente tocado, que estaba ornamentado con largas plumas de quetzal

y con la representación de una serpiente. Su torso estaba desnudo y pintado de rojo, al igual que su cara. Llevaba una falda roja y negra decorada con una cabeza grotesca de un dios maya. La parte superior de sus sandalias eran de piel de jaguar. En su brazo derecho tenía un brazalete de oro con piedras incrustadas y, en su cuello, un llamativo collar con una piedra de jade colgando. En sus manos, portaba orgulloso una ornamentada barra ceremonial.

—¡Me asusté mucho! ¿Te faltó ponerte algo? —preguntó Irina con ironía, notablemente fastidiada por el sobresalto.

—Por favor, mi vida, no te rías de mí. ¡Estás verdaderamente hermosa! Baja con mucho cuidado por esa escalera.

—Tienes razón, ¡perdón! ¿No hay más alacranes? ¿Qué es ese olor?

—No, querida, fumigué todo ayer. Es copal,⁵ lo utilizo de incienso —le respondió señalando cinco recipientes, de los cuales se desprendía humo. En el medio del pozo, sobre la piedra sagrada, se podían observar utensilios rituales, como recipientes, cuchillos de piedra y, además, maíz.

—Está bien, voy a bajar. Ni quiero imaginarme de dónde has sacado todas estas cosas...

—Relájate, querida, y disfrutemos juntos de este increíble momento histórico.

Irina descendió, con sumo cuidado. Una vez abajo, comenzó a observar todo con mucho detenimiento.

—¿Y dónde están los famosos Aros?

—Ésa fue una decisión muy difícil —le respondió señalando hacia el techo. El pozo estaba alineado con exactitud con un orificio, de igual tamaño, que desembocaba en el templo. Después de mucho análisis, Edwin había decidido colocar los aros encima de la pirámide, sobre la abertura que conducía al interior—. Dudé mucho respecto de dón-

⁵ Es el nombre que reciben varias resinas aromáticas vegetales. El copal es un elemento muy importante en la tradición médica y religiosa de Mesoamérica desde la época prehispánica. El humo que desprende al quemarse era usado por las civilizaciones de esta zona como ofrenda a las deidades y como terapia para diferentes males físicos y espirituales.

de debía colocarlos, pero todo indicaría que tienen que estar allí. Esos Aros son muy extraños. No encontré ninguna referencia de algo parecido en toda la bibliografía relacionada. De hecho, no era frecuente que los mayas hicieran ese tipo de cosas con metal. La mayoría de sus herramientas estaban hechas de roca, principalmente de obsidiana. Los metales, como el oro, lo utilizaban más que nada para hacer adornos. Por alguna razón que desconozco, tampoco pude datarlo mediante carbono 14, ni dilucidar de qué aleación están hechos...

Irina lo escuchó, sin prestarle demasiada atención a la esmerada respuesta, y le dijo:

—Entonces, ¿qué hacemos?!

—¡Comencemos! Falta un poco más de una hora para el atardecer. Toma, ¡bebe esto! —le respondió mientras le acercaba una vasija—. Es una bebida que nos va a ayudar a entrar en trance...

—¿Estás seguro? ¿Qué es?

—Es balché. No hay ceremonia maya sin balché. Tómalo tranquilo, está compuesto de agua, miel, corteza de árbol y alguna cosa más —*Si le digo que tiene hongos alucinógenos y alcohol, no lo toma ni loca...*—. Mira, yo lo tomo tranquilo, no pasa nada, es una bebida típica y natural.

Edwin sujetó la vasija con ambas manos e ingirió con decisión un largo trago. Luego, ella hizo lo mismo. El joven arqueólogo, devenido en sacerdote, comenzó a recitar oraciones en voz alta que invocaban a dioses mayas. Minutos más tarde, comenzó a cantar canciones mientras ejecutaba con torpeza una extraña danza. Irina, al principio, no podía dar crédito a lo que estaba presenciando e intentaba, con poco éxito, reprimir su risa. *Menos mal que nadie nos está viendo...* Pocos minutos después, comenzó a hacerle efecto el brebaje y empezó a soltarse y a acompañarlo con timidez. Al poco tiempo, bailaban como dos locos poseídos. Sus trajes, el entorno, el olor del copal, las luces de las antorchas, los cánticos y el efecto del balché provocaron las condiciones ideales para dejarse llevar.

—En unos minutos, comenzará el atardecer del equinoccio, el sagrado momento que estábamos esperando tanto —dijo Edwin con

tono místico mientras tomaba dos recipientes: uno contenía la sangre de la bisabuela, el otro era una olla ritual con papel amate⁶ y copal.

A las 18:10, el sol comenzó a descender hacia el horizonte de la selva guatemalteca. Dentro de la Pirámide de los Aros, se vivía una atmósfera tensa y expectante. Justo a las 18:14, tal cual lo había predicho Edwin, los rayos del sol pasaron a través de una hendidura de la pared oeste de la estructura y comenzaron a proyectar algo sorprendente en el interior de la recámara: una serpiente de color rojo, que trepaba hacia el techo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Esa es la señal! —gritó Edwin eufórico e invadido por la emoción.

—Tenías razón, amor...

Asió, con solemnidad, la vasija que contenía la sangre de su bisabuela y la volcó sobre la olla ritual, impregnando el papel amate. Tomó una pequeña antorcha que había a su costado y, mientras decía una plegaria, prendió fuego al papel. Luego, elevó la olla ritual con la mano izquierda, apuntando hacia el orificio sobre el cual estaban colocados los Aros. El olor de la combustión era penetrante. El humo comenzó a subir sin cesar formando ondulaciones en el aire.

—¡Mira! ¡Otra serpiente! —gritó Irina señalándola.

Después de unos minutos intensos, el reflejo del sol comenzó a desvanecerse hasta desaparecer. Luego, la llama y el humo corrieron igual suerte. Edwin permaneció tieso esperando que pasaría algo más. Sin embargo, nada ocurrió. *¿Eso es todo? ¡No puede ser!* Edwin se arrodilló en el piso desconsolado.

—Te lo dije, faltó el sacrificio, por eso no resultó —dijo Irina con tono burlón, mientras le patinaba grotescamente su lengua por los efectos del balché.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¿Qué hice mal?

—A lo mejor, para que funcione, tendrías que haberte rebanado el pene y usar tu sangre. Eso es lo que hacían los sacerdotes mayas,

⁶ Es un tipo de soporte vegetal cuyo origen se remonta a la época prehispánica de Mesoamérica.

¿no? Me parece que eso fue lo que faltó... —gritó Irina con sorna, notoriamente descontrolada.

—¡Cállate, bruja! Me lo estaba preguntando a mí mismo, no a ti... ¡No sabes nada! ¡Así que no opines!

—¡La americana tiene algo de razón! —se escuchó proveniente desde la oscuridad. Era la voz de una anciana. Edwin creyó reconocerla de inmediato—. Para que un Rito de Sangre funcione, no basta con utilizar sangre sagrada, sino que debe, necesariamente, estar implicado el *chu'lel* de la persona a la que pertenece su energía vital... Además, creo que cometieron otros errores sustanciales: el Rito de Sangre debe celebrarse arriba de la pirámide, en el Altar Ceremonial y a la hora exacta en que comienza el equinoccio... —*Para eso falta un poco más de cuatro horas, ¡estamos a tiempo!*, pensó Edwin luego de consultar su reloj. Se puso de pie e inquirió con vehemencia a la anciana:

—¿Quién es usted?!

Pero la anciana no respondió.

CAPÍTULO 43

ESTATUA DE SAL

HACÍA MUCHO TIEMPO que el Salón Principal de Ádyton no contenía tanta ebullición. Medio centenar de Profetas, reunidos en Cónclave Máximo Extraordinario, intercambiaban acaloradas opiniones. Las puertas estaban selladas. Nadie que no fuera Profeta podía ingresar. Sobre la cúpula del inmenso salón ovoide, se podían aún observar imágenes relacionadas con el “Caballo de Troya” introducido por Norx. Los Profetas, vestidos con togas de color blanco inmaculado, se encontraban sentados en asientos dispuestos en forma circular. El murmullo era incesante. “¿Dónde están Dremont y Norx?”, se preguntaban una y otra vez. El Profeta Orak se acomodó en el asiento ubicado en el centro, el cual era utilizado, usualmente, por el Supremo del Consejo, acallando a los asistentes. Durante algunos expectantes segundos observó, en silencio, a su atento auditorio. Luego, en tono sereno, les dijo:

—Distinguidos Profetas, gracias por acudir con tanta premura a este inesperado Cónclave, que nos vimos obligados a convocar en forma extraordinaria como consecuencia de los últimos acontecimientos. Lamentablemente, no puedo evacuarles sus inquietudes, ya que yo, al igual que ustedes, tengo más preguntas que respuestas. Por supuesto que hemos citado al Profeta Dremont, Supremo de este Consejo, como así también al Profeta Norx, para que nos brinden las explicaciones pertinentes al caso. Sin embargo, hasta ahora, y por razones que desconocemos, no han arribado a este recinto. Por el momento, no nos pareció prudente suspender los festejos del equinoccio, aunque esta decisión puede cambiar de acuerdo con lo que resolvamos hoy acá.

»Me imagino que ninguno de ustedes esperaba encontrar semejante contenido dentro de la última predicción de Norx. A mí, personalmente, ¡me dejó perplejo! Junto al Profeta Dess, hicimos un primer relevamiento de esta información y constatamos 5.461 infracciones al Reglamento, todas cometidas por el Profeta Dremont. Dentro de estas infracciones, pudimos apreciar que, como práctica habitual, el uso abusivo e indiscriminado de los *Susurros*, tanto en primera, como en tercera persona, provocaron estragos en muchos humanos.

»Sin perjuicio de la importancia de estas infracciones, entiendo que esto no es lo más grave que detectamos. En el material evaluado, se pueden apreciar manipulaciones hechas por fuera del Sistema, que después fueron utilizadas para formular predicciones dentro del mismo. En estas maniobras se afectaron, sin miramientos, numerosas vidas humanas, provocando sufrimiento sin sentido. Ustedes, también, habrán podido apreciar cómo el Profeta Dremont estuvo organizando ataques terroristas alrededor del mundo y después se benefició introduciendo predicciones vinculadas con estos hechos. No hace falta mucho esfuerzo para advertir que todas estas prácticas están muy lejos de la búsqueda de nuestro preciado *Equilibrio Universal*. Pero nuestro asombro llegó al extremo cuando accedimos a la información vinculada con el evento denominado *Crisis de los Misiles*, ocurrido durante el año terrestre de 1962. Del análisis de la profusa información adjunta, pudimos concluir que esta crisis fue provocada... ¡por el mismísimo Dremont! Él condujo hábilmente los hilos de estos delicados hechos, llevándolos, en muchas ocasiones, a extremos peligrosísimos. Dremont jugó, arbitrariamente, con los partícipes como si fueran títeres que manejaba a su caprichoso antojo. Al final de la crisis y, como ustedes bien recordarán, Dremont quedó como el gran “salvador” de la Tierra...

»Pero eso, distinguidos Profetas, no es todo. Si bien todavía no conocemos con certeza todos los detalles, hay serios indicios de que Dremont se encuentra planeando algo muy grande que involucra directamente a Corea del Norte y Corea del Sur. Por lo que pudimos advertir, este nuevo conflicto podría derivar en una catástrofe a escala mundial cuyo detonante sería el próximo 20 de diciembre de 2012...»

El murmullo retornó al recinto con más fuerza que antes.

—¿Y cómo sabemos que todo esto es verdad? —gritó uno de los Profetas que usualmente era aliado de Dremont—. A mí me gustaría que el Profeta Norx nos explique: ¿de dónde sacó toda esta información y qué intenciones tuvo al hacerla conocer de una forma tan poco transparente?

Mientras tanto, en el Reflexionario privado de la Fortaleza de Dremont:

—Su Eminencia, insisten en que tiene que concurrir a Ádyton en forma urgente —le dijo Lox, con tono sumiso. Dremont, sin apartar su atención de la cúpula, le respondió de mala manera:

—¿Desde cuándo no soy yo el que convoca a los Cónclaves? ¿Qué pudiste averiguar respecto de lo que te encargué?

—El lugar que Querú indicó en Petra no existe más, ya que fue destruido por orden suya. De todas formas, basándome en todo lo que averigüé, tengo una corazonada respecto de dónde podría estar ahora...

—A ver... ¿Dónde? —le preguntó mientras continuaba observando las imágenes. Lox espió de reojo el techo y, rápidamente, advirtió que las imágenes que tanto atrapaban la atención de Dremont correspondían a lo que estaba ocurriendo en el Cónclave.

—Para mí, Yaem está en... ¡Kámalkut!

La respuesta sorprendió al Profeta y provocó que colocara su atención sobre los ojos de su gigante asistente.

—No creo, me hubiesen notificado que lo habían atrapado.

—No, su Eminencia, ¡yo creo que Yaem fue voluntariamente! Me parece que intenta regresar a la Tierra desde allí, para retornar a su cuerpo.

—¡Eso es imposible!

En el salón principal de Ádyton, las deliberaciones eran cada vez más ásperas como consecuencia de la falta de respuestas.

—A mí no me interesan las intenciones que tuvo Norx para revelar esta información, ni de dónde la obtuvo. Sí me gustaría que

Dremont nos explique qué significa todo esto; más aún siendo él el Supremo de este Consejo —exclamó con vehemencia el Profeta Lexetu—. Este Consejo tiene que tomar con suma seriedad estos gravísimos hechos y adoptar, con firmeza, las medidas que correspondan. ¡No debemos tener miedo! ¡Busquen nuevamente a Dremont y a Norx! ¡Queremos explicaciones! Y si se tiene que utilizar la fuerza, ¡que así sea! —exigió finalmente, lo cual fue secundado a gritos por algunos pocos Profetas.

—¡Silencio, por favor! Hablemos de a uno y con serenidad —ordenó Orak—. Este Consejo va a tomar con firmeza las...

—Este Consejo... ¡nada! —interrumpió Dremont mientras se dirigía al estrado principal—. Que yo sepa, sigo siendo el Supremo del Consejo, así que este lugar me pertenece —le dijo con énfasis a Orak mientras le señalaba con autoridad el lugar en dónde él estaba sentado.

Dremont había helado el ambiente con su sola presencia y, en ese momento, un silencio sepulcral reinó en el recinto—. ¡Este ridículo Cónclave se levanta ya mismo! ¡Pueden retirarse!

—Mire, Dremont —dijo Orak, intentando utilizar una voz aplomada—, con todo respeto, es nuestra intención investigar los graves...

—Investigar, ¡nada! ¡Acá mando yo! —gritó enfurecido Dremont mientras sus ojos parecían escupir fuego. Los quinientos Profetas quedaron paralizados del miedo. Nadie, ni siquiera Orak, se atrevía a desafiarlo en persona.

—Perdón que me entrometa, pero este Consejo no solo tiene el derecho de investigar, sino la obligación de hacerlo —se escuchó desde el fondo del recinto. ¡Era Norx!

—¡Por fin apareció el infame confabulador! No hay nada por saber. Como ordené antes, ¡esto termina acá mismo!

—¡Tenemos el derecho de saber si todo es verdad! —insistió con énfasis Norx, adentrándose en el salón.

—¡Por supuesto que es verdad! ¿Y qué hay con eso? Es tan verdad como que usted obtuvo esta información de un terrorista buscado desde hace mucho tiempo por este Consejo. En cuanto a Orak,

ahora se hace el sorprendido e inocente, aunque fue él mismo el que secundó su predicción para que pudiera ser publicada antes del cierre. Es obvio que todo esto se trata de una patética maniobra fraudulenta de ustedes dos, para intentar tomar el poder de Equinoccio, ¡lo cual no voy a permitir! Si hay algo que investigar y castigar, ¡es vuestro atentado hacia esta autoridad! —sentenció Dremont señalándose a sí mismo.

—De sus propias palabras concluyo que usted está reconociendo expresamente que cometió infracciones gravísimas al Reglamento —afirmó Norx con tono incriminatorio.

—Son simples detalles de forma y sin importancia, al lado de todo lo que está en juego. Ustedes, que se la pasan hablando del “Equilibrio Universal”, deberían saber que nadie como yo ha hecho tanto por este planeta en favor de este sagrado principio. Puedo demostrarles, con gran facilidad, que he salvado a la Tierra de una catástrofe, ¡en más de una docena de oportunidades! Incluso, respecto de la Crisis de los Misiles que mencionan tanto, ¿acaso no advirtieron que el planeta fue mucho mejor después de estos eventos? Los humanos, al verse tan cerca de una enorme tragedia, aprendieron una lección que nunca olvidarán. ¡Se los aseguro! Además, hay algunos detalles que permanecieron inadvertidos y que no son menores. Por ejemplo: nadie destaca mi intervención destinada a restarle influencia a la figura del Che Guevara durante este conflicto. Este humano deseaba, con fervor, que el pueblo cubano se inmolará por la causa antinorteamericana y atacara primero con armas nucleares. De haber podido influir con más fuerza en la concreción de su deseo, se hubiese desatado sin ningún lugar a dudas la Tercera Guerra Mundial y hubiese sido el fin de la Tierra, tal cual la conocemos hoy... Para que adviertan la insensatez de esta reunión, sepan ustedes que hechos menos controlables que la Crisis de los Misiles están ocurriendo en estos momentos entre las Coreas. Ustedes, en vez de dejarme trabajar tranquilo, me tienen ocupado con estas estupideces... ¡Yo los hago directamente responsables a todos ustedes de lo que pueda derivarse de estos eventos! Puedo entender que a algunos de ustedes les cueste llegar a comprender ciertas

cosas y les resulte difícil ver más allá de unas simples infracciones al Reglamento... Atrás de todo esto, en lo más profundo, ¡hay algo muchísimo más grande e importante! ¡Se los aseguro! Señores Profetas, a veces lucen como niños inmaduros que se divierten con el destino de los frágiles humanos. Sus acciones no tienen lógica, ni buscan objetivos grandes. Es hora de que maduren de una vez por todas y pasen a otra etapa mucho más evolucionada. A todo este complejo panorama hay que sumarle que en unos años más, los humanos van a terminar de descifrar la “llave genética” y esto, en poco tiempo, va a traer consecuencias muy delicadas. ¿Cómo van a reaccionar ustedes entonces, cuando a causa de la superpoblación mundial, potenciada drásticamente por la manipulación genética, debemos diseñar y aplicar sistemas de control demográfico? Si no estamos a la altura de estos desafíos, lamento decirles que pronto, ¡la Tierra tendrá sus días contados! Los humanos, por más que nos pese, todavía no están preparados para el libre albedrío. ¡Debemos nosotros tomar las riendas del Futuro! Los desvíos del Sistema fueron necesarios para entrenar a mis asistentes pero, ahora, es el momento de cambiar definitivamente el funcionamiento de Ádyton por algo mucho más evolucionado, por algo... ¡mucho más grande!

Dremont generaba un temor reverencial casi hipnótico en sus oyentes. Sus palabras eran claras y contundentes y resultaba casi imposible no quedar atrapado en su maraña manipuladora. Él sabía perfectamente que más de un Profeta se cuestionaba, a menudo, el sentido de la vida en Equinoccio y, ahora, estaba utilizando esa sensación para ponerlos en su favor.

—Está usted queriendo justificar lo injustificable —dijo Norx con énfasis—. Tenemos normas y las normas... ¡hay que cumplirlas! ¡Dios, en su inmensa sabiduría, les dio el libre albedrío a los humanos y tenemos que respetarlo! No está a nuestro alcance cambiar sus decisiones.

—¿Dios? ¡¿Dios?! ¡¿Y dónde está Dios ahora?! ¿Existe Dios? Nosotros somos artífices también de nuestro propio destino y nuestro destino es que seamos los... ¡Nuevos Dioses de la Tierra! ¡Déjenme ser su líder en tamaña empresa! ¡Sean Dioses a mi lado!

—¡Ya oí demasiadas pavadas y delirios de grandeza! —exclamó con fastidio Orak—. Atento la expresa confesión hecha por el Profeta Dremont, corresponde poner en consideración de este Excelentísimo Cónclave, las sanciones pertinentes y la elección de un nuevo Supremo del Consejo.

—¡¿Acaso estás desafiando mi inmenso poder?! —gritó Dremont mientras levantaba sus brazos.

Un chillido ensordecedor comenzó a invadir el recinto. Instantes después y para horror de los Profetas, la luz verde de un Capturador de Energía se hacía presente. Muchos se pusieron de pie de un salto e intentaron huir del salón, pero las puertas seguían herméticamente selladas.

Dremont fulminó con su mirada al Profeta Lexetu y exclamó enfurecido:

—¡Osaste desafiar mi autoridad!

La luz verde lo rodeó a Lexetu y, sin vacilaciones, lo absorbió de un bocado.

Orak se puso frente a Dremont y le dijo con voz suplicante:

—Por el amor de Dios, ¡deténgase!

Dremont lo miró con desprecio y le gritó con furia:

—¡Yo soy Dios! —Hizo unos ademanes con sus brazos y el Capturador de Energía también se lo devoró.

Los Profetas gritaban desesperados mientras intentaban abrir la puerta de salida, a golpes.

Solamente Norx se mantenía erguido ordenándole a Dremont que se detuviera.

Dremont levantó su mano derecha y la luz verde se dirigió como un torrente imparable hacia Norx.

— ¡Yo soy Dios! ¡Yo soy Dios! —repetía enceguedido de su poder.

Un fuerte olor a azufre comenzó a percibirse en el ambiente. Justo en el instante en que el Capturador de Energía empezaba a absorber el alma de Norx, un virulento estruendo sacudió a todo Equinoccio.

Norx gritó con todas sus fuerzas:

—¡Nadie mire hacia el techo! ¡Nadie mire el techo!

Un poderoso rayo había destrozado gran parte de la Pirámide de Ádyton y los escombros caían por todas partes. Los Profetas se tiraron al piso. La luz del sol se hizo paso entre el polvillo, mientras iluminaba, de a poco, el oscuro recinto. Nadie se animaba a darse vuelta.

—¡Miren a Dremont! —se escuchó minutos después. En el centro del gran salón, iluminado por rayos solares, estaba su cuerpo de pie, petrificado en sal, con su rostro apuntando hacia el enorme agujero de la cúpula y sus brazos levantados en postura omnipotente.

Norx se acercó a la estatua. Observó el orificio en la cúpula: ahora se podía apreciar un hermoso cielo azul. Luego, bajó su mirada y la colocó nuevamente en lo que quedaba de Dremont. En sus pensamientos, recordó algo que alguna vez había leído y que siempre le había gustado: *si te comparas con los demás, te volverás vano y amargado, porque siempre habrá alguien más grande y más pequeño que tú...* Se dirigió hacia la salida con parsimonia, mientras continuaba repitiéndose a sí mismo: *siempre habrá alguien más grande... ¡Siempre!*

En todas las terminales del Oráculo de Nocc, apareció la siguiente comunicación:

Nueva Predicción Cumplida: “...Y entonces Él intervendrá nuevamente, convirtiendo la arrogancia en sal, para que permanezca como legado perpetuo de futuras generaciones.” Profeta Rádhamus.

CAPÍTULO 44

ÚLTIMA ETAPA

TOMÁS INTENTÓ ABRIR SUS OJOS, no obstante el sol radiante se lo impidió. Tocó a su costado con la mano derecha y la retiró, de inmediato, en cuanto rozó la hierba espinosa. Se incorporó con lentitud ya que se sentía mareado. En cuanto sus pupilas se lo permitieron, observó con detenimiento su entorno. Para un lado, había una inmensa depresión, como si fuera la boca de un gran volcán. Para el otro, el paisaje era abrumador. La montaña descendía abruptamente formando una pared casi vertical. Cuando terminaban las rocas, comenzaban bosques, ríos y más montañas. En el fondo, se erguía con majestuosidad la gran Pirámide de Kámalkut. *¡Pasé de etapa! Tengo que llegar a la pirámide. ¡Qué lejos que está!* Se fijó en su reloj. *Tengo un poco más de cuatro horas. ¡Necesito darme prisa!* Comenzó a descender, intentando recordar las instrucciones exactas de Lyam: *“Si estás viendo la Pirámide de Kámalkut, es porque llegaste a la última etapa. No te confíes, todavía falta muchísimo. El objetivo es llegar completamente ileso hasta la pirámide. Es imperioso que no te distraigas. En este tramo, se buscará dejar inerte la poca individualidad que les queda a las almas que lograron llegar hasta allí. Para ello, se utilizarán todo tipo de tormentos terrenales. Las ventajas que tenías en las otras etapas tendrán mayor relevancia que antes. Si todo salió como planeamos, a diferencia del resto, vos vas a estar entero y habrás mantenido tu individualidad. Los martirios a enfrentar están sustentados principalmente en sentimientos y necesidades básicas de los humanos. Para ello, utilizarán el inconsciente subyacente de las vidas que tuvo el alma. Por eso es tan relevante que Kámalkut no te*

tenga registrado. De todas formas, no subestimemos al Sistema, que de alguna forma u otra, se la va a ingeniar para intentar lograr sus objetivos. Vos no te distraigas, avanzá sin cesar hacia la pirámide, y no caigas en las trampas que vas a encontrar durante el camino. Recordá siempre que son solo ilusiones: NADA DE LOS QUE VEAS O SIEN-TAS, POR MÁS VEROSÍMIL QUE PAREZCA, ES REAL...”

Bueno, no parece algo tan difícil, solo tengo que caminar hacia la pirámide sin detenerme, ni distraerme..., concluyó Tomás.

Descendió por la ladera del volcán, a través de un estrecho y empinado sendero que serpenteaba entre las rocas, repleto de arbustos con agudas espinas. Quinientos metros más abajo, llegando a un río, encontró a un hombre muy lastimado que, con desesperación, le pidió auxilio:

—Por favor, ¡ayuda! Me lastimé con estos arbustos que son muy venenosos. Necesito llegar hasta el río para limpiarme las heridas o me muero acá mismo.

Tomás vaciló un instante, pero recordó las claras instrucciones de Lyam y continuó su camino, ignorándolo. *¡No es de verdad! ¡No es real!* De todas formas y, por las dudas, tomó precauciones para no lastimarse con las espinas, lo cual no fue nada fácil, ya que las ramas estaban presentes por todos lados.

Al llegar al río, notó, con aversión, que era de un color negro intenso. Evaluó por un instante si era prudente atravesarlo a nado. Finalmente, decidió bordearlo hasta encontrar una forma segura de cruzarlo, sin tocar ese extraño líquido oscuro. Caminó con impaciencia durante media hora. *El tiempo pasa y necesito cruzarlo de alguna forma u otra.* Tomó un tronco caído de aproximadamente dos metros de largo por sesenta centímetros de diámetro. Se subió, se acostó boca abajo e inició la navegación ayudado por una larga rama. *Las góndolas de la cueva eran un lujo al lado de esto. No tengo que tocar el líquido, vaya a saber qué es.* De repente, un brazo de un hombre surgió desde el agua, aferrándose del tronco y provocando la desestabilización de su precaria embarcación. El rostro de una persona mayor, de mirada bondadosa, apareció poco después, rogándole por su vida:

—Por favor, hermano, ayudame a salir de acá, que me estoy ahogando en mis penurias —le imploró mirándolo fijamente a sus ojos. Tomás tragó saliva, tomó la rama con fuerza y le sacó la mano del tronco. Luego, se impulsó hacia adelante, alejándose del hombre que continuaba reclamándole con desesperación. Cerró los ojos mientras sacudía la cabeza. *¡Me siento la peor persona de todo el Universo! Es curioso, pero el hombre hablaba como si fuera argentino... ¿Habrá empezado a reconocerme el Sistema?*

Cuando habían transcurridos unos metros y creía haber pasado la peor parte de este desagradable episodio, un nuevo pedido de auxilio acertó en lo más profundo de su ser:

—Nanito de mi alma, soy yo... ¡tu Abu! ¿No me reconocés? ¡Salvame, por el amor de Dios! —*¡No puede ser! Debe ser un inmundito golpe bajo del Sistema. ¡No tengo que mirarlo o voy a flaquear!*, dedujo Tomás mientras se impulsaba con más fuerza hacia la costa—. Nanito de mi alma, ¡no me abandones! ¡Yo te salvé y te cuidé, ¡no podés hacerme esto! —suplicó la voz a modo de reproche. *Es su voz... ¡es mi Abu! Lo debe haber atrapado el Capturador de Energía por mi culpa. ¡Tengo que volver para rescatarlo!* Contrariado por sus dudas, comenzó a virar con la rama, pero se detuvo con brusquedad a la mitad del giro. *Mi Abu nunca me lo echaría en cara, ni me diría algo de esa forma... ¡es una maldita trampa! Lyam me lo advirtió con claridad: “el Sistema va a tratar de engañarte utilizando cualquier tipo de armas, incluso las más viles...”*. Frunció su ceño y enderezó su tronco hacia la costa, haciendo oídos sordos a los gritos de auxilio que, al llegar a la costa, cesaron...

Una vez cruzado el río, caminó sin cesar por una extensa llanura. Le quedaban tres horas. Apuró su paso. El hambre comenzó a afectarle y, a cada metro, se sentía más débil. *Ya no tengo más fuerzas, necesito comer algo*. Apenas terminó de pensarlo, una decena de amables señoritas aparecieron con bandejas repletas de exquisiteces. *¡Esto debe ser broma!* Se le hizo agua la boca. Su estómago comenzó a rugir suplicándole que se detuviera. *Es todo mentira, tanto la comida, como mi hambre*. Las mujeres comenzaron entonces a comer delante de él, emitiendo sonoros ruidos de placer. El aroma

era insoportablemente tentador. Tomás cayó al piso, débil y desbordado por la ansiedad. Se levantó y continuó caminando, intentando anular sus sentidos. *¡No puede ser! ¡Canapés de palmitos con salsa golf! ¡Mis preferidos!* Se derrumbó de nuevo. Cuando abrió sus ojos, tenía un exquisito canapé de hongos en frente de sus narices, que emitía un aroma por demás provocador. Una señorita intentó ayudarlo a levantarse, pero Tomás se incorporó solo y no se dejó tocar. Aterrado, percibió que en su mano portaba uno de los deliciosos canapés. Se lo llevó despacio hacia su boca. Lo olfateó cerrando los ojos, y luego... ¡lo tiró con todas sus fuerzas, tan lejos como pudo! Comenzó a correr.

—¡No van a poder conmigo! —gritó enfurecido y con fuerzas renovadas. Quinientos metros adelante, empezó a caminar otra vez. *Es imprescindible que conserve la orientación.*

Al darse cuenta de que alguien lo estaba siguiendo nuevamente, se inquietó. *¡Quedan menos de dos horas! Por suerte la pirámide ya se ve mucho más cerca.*

Tomás arribó a un túnel natural cavado en las rocas. *No hay otro camino, ¡tengo que atravesarlo!* Cuando estaba por ingresar, un feroz maullido le cortó el aliento y lo detuvo en seco. El túnel estaba plagado de aterradoros felinos. Tomás era fóbico a los gatos desde muy chico. Cuando tenía ocho años, curioseando en un depósito abandonado de un campo, un gatito que estaba en una caja le saltó encima, quedando prendido con sus filosos dientes de su pera. El niño se lo sacó de encima de un cachetazo. El episodio le dejó una profunda cicatriz y una fobia de por vida a todo tipo de felinos.

¡No puedo entrar ahí! ¡Debe haber otra forma! Esta cadena rocosa es larguísima. Si quiero llegar a tiempo, no puedo ni escalarla, ni rodearla. No queda otra pero, ¡no puedo hacerlo!

Facere possumus id! Centurio sum! Centuriones sumus!, pensó en latín. *¡Sí, podemos! ¡Soy un centurión!*, repitió en español. Tomás se sintió extraño hablando en latín con palabras que le pertenecían al romano, pero que también vivenciaba como propias. Respiró profundo y comenzó a avanzar hacia la oscuridad. *Parecen jaguares hambrientos. Debe haber más de veinte. No tengo que mirarlos a los*

ojos para que no se sientan desafiados. Tanto los rugidos como el temor en Tomás iban en aumento. *Centurio sum! Centurio sum!* Tomás sacó pecho y avanzó con autoridad. Los felinos no lo atacaron.

Tomás se sintió más fuerte y seguro que nunca. La pirámide ya estaba cerca y le quedaban todavía cincuenta minutos. Tomó un camino que conducía directo hacia la enorme estructura. *¡Ya nada me puede detener!* A la izquierda del sendero, a unos mil metros de distancia, divisó una casa humeante y se le paralizó el corazón. *Domus mea est!, ¡Es mi hogar! ¡Tengo que ir! ¡No!, ¡no! ¡Es todo una trampa! ¡Tengo que continuar hacia la pirámide! Domus mea est!* Sin poder impedirlo, salió del camino y se dirigió a la casa. El centurión había tomado el control de los movimientos. Estando a unos cuarenta metros, pudo distinguir a la esposa del centurión frente a la casa y a su pequeño hijo, que estaba de espaldas junto a ella. Un guerrero enorme se les acercaba, con una espada en sus manos, *¡dispuesto a asesinarlos! ¡Tenés que detenerte, Titus! ¡Lo que estamos viendo no es real! ¡No es tu familia! ¡Es una trampa!* Tomás intentaba frenarse, pero le resultaba imposible. El niño se dio vuelta y dejó ver su rostro. *¡No puedo creerlo! ¡Es Lyam! ¡Lyam es el hijo del centurión...! ¡Es mi hijo!* En ese mismo instante, también descubrió que el gigante que portaba la espada era... *¡Lox!*

Tomás continuaba sin poder dominar sus movimientos y corría desbordado de ira, para poder intentar detener la segura masacre. *Lyam, “nuestro hijo”, fue contundente, si intervenimos... ¡es nuestro final!*

Estando Tomás a unos metros, Lox levantó su espada. *¡No lle-go a detenerlo!* Inesperadamente, alguien o algo se interpuso entre la hoja de acero y la mujer evitando su muerte. *¡Es Francisco!* Lox quedó sorprendido por la inesperada intromisión. Jasón, a pesar de estar mortalmente herido, logró arrebatarse la espada y ajusticiar al gigante. Moribundo en el piso y con sus últimas fuerzas, Francisco lo observó a Tomás, y le dijo:

—Te suplico que no te acerques. *¡No nos toques!* Era la única forma de detenerte. Ella no es tu mujer ni él es tu hijo. Todo es una trampa del Sistema de Kámalkut. Amigo, continuá tu camino, *¡y*

completá tu misión! —Yaem observó las imágenes de su esposa y de su hijo y, con lágrimas en sus ojos, le respondió:

—¡Gracias, Pancho! ¡Quedo eternamente en deuda con vos!

Jasón, luego de intentar una tibia sonrisa de “deber cumplido”, murió, y su alma, purificada por el gesto noble, se dirigió hacia la pirámide, en busca de una nueva oportunidad.

Tomás retomó el camino a toda velocidad. *Me quedan menos de veinte minutos.*

Antes de su suicidio en Equinoccio, Jasón había mantenido una larga conversación con Lyam. El chico había intentado persuadirlo de que no se inmolará, ya que creía que su alma aún tenía salvación. Al convencerse de que Jasón no iba a cambiar de opinión, le dio información para que pudiera sobrevivir en Kámalkut, y le dijo: “Es probable que Yaem tenga que ingresar también para intentar retornar a su cuerpo. Si esto llegara a ocurrir, te ruego encarecidamente que lo cuides y protejas”.

CAPÍTULO 45

EL PORTAL

UNA LARGA Y resplandeciente escalera de piedra caliza blanca conducía hacia el enigmático interior de la Pirámide de Kámalkut. Luego de escuchar la gran explosión que destruyó una parte de Ádyton, Tomás intentó serenarse y comenzó a subir con lentitud los anchos escalones. *¿Qué habrá sido ese tremendo ruido? Sonó muy a lo lejos. Me quedan solo quince minutos, ¡no puedo equivocarme!* Las antorchas iluminaban paredes repletas de misteriosos símbolos. Solo se escuchaban su agitada respiración y sus pasos. Arribó a una recámara redonda de unos cuarenta metros de diámetro. Cuatro pequeñas ventanas, una a cada lado de la pirámide, dejaban entrar la luz. De una de ellas, surgían los rayos rojizos del atardecer, creando una atmósfera surrealista. Respiró profundo mientras analizaba con detenimiento el lugar. *¿Y ahora qué?* En el centro, apoyado sobre un pedestal cuadrado de piedra de más de un metro de altura, se encontraban unos enormes aros. *Ya están casi completamente alineados. ¡Llegué a tiempo! Faltan todavía once minutos... pero no tengo ni la menor idea de qué tengo que hacer.* Comenzó a caminar alrededor del pedestal tratando de descubrir alguna pista que lo orientara. En el otro extremo, encontró una escalera. Subió con cuidado. Los Aros se movían con lentitud, como si fueran engranajes de un inmenso reloj. Estaban alineados con una boca de luz que se encontraba en el vértice superior de la pirámide. Descendió del pedestal desorientado e impaciente, ya que se le consumían los minutos. Sorpresivamente, el eco de una voz ronca sacudió a Tomás:

—¡¿Quién lo autorizó a ingresar?!

De entre las sombras, apareció la figura de un hombre.

—Mi nombre es Yaem y...

—¡Eso ya lo sé!, pero no responde a mi pregunta —interrumpió con intolerancia.

—¿Y cómo se llama usted?, si es que se puede saber...

—¡Mi nombre es Hunah, y estoy a cargo de este lugar.

—¡Ah! Entonces usted seguramente es uno de los dos hermanos que logró escapar de esta prisión —dijo Tomás sorprendiéndolo—. Bueno, yo estoy intentando hacer lo mismo que hizo usted en su momento...

Hunah tenía un rostro atemporal, era corpulento aunque no muy alto, de rasgos fuertes y con una importante nariz aguileña. Estaba vestido con una túnica desgastada por el tiempo.

—¡Qué atrevimiento! Esto no es una prisión, es un Purificador de Almas. ¡¿Qué está pasando acá últimamente?!

—¡Ah! ¡Perdón! Pero se parece mucho a una prisión de almas... ¿Qué está pasando con respecto a qué? Si usted no lo sabe, menos lo podría saber yo...

—No fue una pregunta hacia usted. Solo me estaba quejando en voz alta. En las últimas horas hubo más actividad fuera de rutina que en todas las últimas décadas terrestres. Primero apareció un insolente enkky, buscándote. Decía tener órdenes del Supremo. El pobre ahora está ahogándose en una sangría eterna. En el mismo momento y, por primera vez en mucho tiempo, un alma depurada está pronta a reencarnarse —¡Francisco!, pensó Tomás mientras esbozaba una sonrisa—. Pero eso fue solo el comienzo. Poco después, un rayo destruyó una parte de Equinoccio.

—¡¿Destruyó Equinoccio?! ¿Hubo muertes? —preguntó Tomás angustiado por la suerte de sus amigos

—¡¿Muertes?! —le respondió con sarcasmo, mientras soltaba una carcajada—. No tengo idea de lo que ocurrió. Lo único que sé es que ahora tengo un ingreso de lujo. Como dicen en la Tierra: “ningún mal dura cien años...” Como ve, estoy muy ocupado, así que no puedo perder mucho tiempo con usted.

—¿Se puede saber quién es el “ingreso de lujo”? —Hunah no le respondió, pero su intrincada mirada delataba su complacencia por este hecho.

Tomás observó su reloj, inquieto. Restaban solo tres minutos y los aros ya se veían alineados, formando un solo círculo. Hunah lucía exhausto y desalineado, como si estuviera “de vuelta” de todo.

—Para serte sincero, me sorprende que hayas podido llegar hasta acá. Casi hasta me dan ganas de felicitarte. Es más, estoy feliz de que hayas llegado a reemplazarme —le dijo tuteándolo y con voz cordial.

—Yo no vine a reemplazarlo, solo quiero volver a mi cuerpo en la Tierra.

—¡Eso es algo imposible! Si el destino lo puso acá y lo dejó atravesar todo Kámalkut, es porque está sentenciado a reemplazarme —dijo con firmeza, retomando su tono autoritario.

—¿Por qué dice que es imposible?

—Hace mucho tiempo que no se usa este portal. Además, para que se pueda abrir, debería haber otro abierto al mismo tiempo en la Tierra.

—Y suponiendo que exista ese otro portal, entonces, ¿sería posible?

En ese preciso momento se completó la alineación de los aros. ¡Había comenzado el equinoccio! A través del orificio ubicado en el vértice superior de la pirámide, se podía apreciar el Cinturón de Orión. Tomás aguardó inquieto que pasara algo distinto. Lo observó a Hunah como suplicándole información y este le respondió encogiéndose de hombros. De pronto, los aros comenzaron a girar cada vez con mayor rapidez, hasta crear la imagen de una esfera. La vertiginosa rotación generaba también un intenso zumbido, similar al de una turbina de un jet. Para sorpresa del propio Hunah, la esfera comenzó a elevarse del piso y una luz blanca se encendió en su interior. El resplandor y el zumbido desbordaron la recámara.

—¡No veo nada! ¡Esto va explotar! —gritó Tomás.

—¡Salte! ¡Salte! —le ordenó Hunah.

Se subió a la tarima y, de un brinco, desapareció dentro de la esfera.

Tomás sintió que flotaba en cámara lenta. En un pequeñísimo instante, creyó ver a las pirámides de la Gran Plaza y de Ádyton, y después, a todo Equinoccio. *Ahora comprendo la verdadera forma de Equinoccio...* Una turbulencia lo sacudió con fuerza y, de allí en más, sufrió una aceleración insoportable. Cerró los ojos y apretó sus puños. *No escucho nada. Pareciera que me estoy deteniendo. Me detuve. Estoy flotando de nuevo.* Abrió sus ojos con timidez y pudo distinguir un bosque selvático sumergido en una espesa noche y luego unas escalinatas de piedra. *¡Esta es la Pirámide de los Aros! ¡Lo logré!* Mientras iba tomando altura, descubrió una escena que lo dejó perplejo: sobre la escalinata, yacía el cuerpo de Edwin sobre un copioso charco de sangre, que goteaba escalón a escalón.

Mientras tanto, en la Gran Plaza de Equinoccio, estaban conversando Norx, Lyam, Dru, Ilive, Letus, Simo y Querú. De repente, Letus exclamó, mientras señalaba al cielo:

—¡Ahí ¡Ahí!

A lo lejos, pudieron observar que se había formado un extenso y brillante haz de luz que se desplazaba hacia el Cinturón de Orión. Todos miraron a Norx buscando su confirmación.

—¡Se abrió el Portal! ¡Lo logró! —dijo Norx reprimiendo su emoción.

Los siete se abrazaron. Ilive lloraba sin cesar. Dru levantó su puño al aire y soltó un eufórico:

—¡Bien hecho, *brother!*

Norx lo observó a Lyam, y le susurró:

—¡Muy buen trabajo! —Luego, les dijo a todos—: ¡Los felicito por el excelente trabajo en equipo!

Lyam contempló el cielo y suspiró profundo.

Cumpliendo una Ley de Atracción natural, el alma de Tomás se dirigió hacia su cuerpo a una velocidad indescriptible.

En el hospital:

—¡Tengan preparado el desfibrilador! —ordenó con firmeza el médico a sus asistentes, mientras hacía todo tipo de maniobras de reanimación cardio-pulmonar. El aparato que monitoreaba los latidos comenzó a sonar, indicando que el corazón de Tomás había sufrido un paro. El médico tomó presuroso las paletas del desfibrilador y aplicó las primeras tres descargas. Sin embargo, su corazón no respondió. Continuó con las maniobras de reanimación y luego repitió, sin éxito, un nuevo electroshock.

—¡Vamos, Tomás! ¡Respondé, carajo! —suplicó, con gotas de sudor en su frente, mientras insistía con masajes cardíacos.

En la ciudad de Funes, a quince kilómetros del Hospital, una pareja estaba en una hamaca de un jardín, observando románticamente el cielo estrellado.

—¡Una estrella fugaz! —exclamó la chica.

—¡Pidamos un deseo, amor! —sugirió su novio, tomándole la mano.

Los rostros alrededor del cuerpo de Tomás reflejaban con elocuencia la impotencia que sentían: ¡Tomás había muerto! Con tozudez, el doctor tomó nuevamente el desfibrilador en sus manos y dijo:

—¡Voy a intentarlo una vez más! —Dio la orden de la descarga. En su mirada, se reflejaba la fe del último intento. Sin embargo, el corazón tampoco reaccionó. El médico bajó su mirada en señal de dura derrota, pero la levantó al instante, al percibir una leve aspiración de aire. Sus ojos confirmaron algo mucho mejor de lo que esperaba: Tomás no solo había vuelto a la vida, sino que también había abierto sus ojos.

CAPÍTULO 46

LA NOTICIA

—¿POR QUÉ DEJÓ de venir, Tomás?

—Estuve viajando, intentando resolver algunas cosas... —le respondió secamente al psiquiatra.

—¿Y pudo lograr su objetivo?

—Más o menos...

—Mire, Tomás, si usted no me deja, no puedo ayudarlo.

—Por algo estoy acá, ¿no?

El psiquiatra hizo una larga pausa, ya que quería medir con precisión sus palabras.

—¿Sigue convencido de que todo lo que me contó ocurrió realmente?

—¿Otra vez con eso? Si usted no me cree, no puede ayudarme...

—Ya le di la explicación profesional de lo ocurrido, pero usted tiene ganas de seguir creyendo en su historia... En fin, ¿por qué no me cuenta entonces qué pasó desde la última vez que lo vi? Ya pasaron tres meses.

—Ok, me parece bien. Como recordará, luego de mi milagrosa vuelta a la vida, comencé una larga rehabilitación, sobre todo motriz. En ese período, tuve un fuerte acercamiento con Josefina. La verdad es que ella me ayudó muchísimo.

—¿Qué implicó ese acercamiento?

—Jose me contuvo, estuvo pendiente de todos los detalles. Sin ella, no hubiese podido lograrlo. Yo me sentía muy desorientado. En estas especiales circunstancias, tanto contacto entre nosotros nos acercó muchísimo. Cuando quisimos reaccionar, ya estábamos

viviendo encuentros apasionados de sexo casi desenfrenado, algo muy poco habitual en ella. Como dicen, donde hubo fuego... Pero yo estaba realmente muy mal. La convivencia con el “romano” me estaba volviendo loco, entre otras cosas. No todos los días se vuelve de seis meses de coma y de más de tres minutos de muerto...

—Sin duda que estos padecimientos son siempre por demás traumáticos y dejan secuelas profundas, en todos los casos. Y, cuénteme: ¿le gustó la nueva Josefina que encontró?

—Sin duda que me sorprendió, pero creo que, en ese momento, no estaba en condiciones de darme cuenta de si me gustaba o no. Sin embargo, yo esperaba que se abriera aún más todavía, lo cual no ocurrió. La presioné sin éxito para que lo hiciera. Incluso, hasta estuve un poco violento en algunas oportunidades. Al final, nunca me reconoció lo del aborto y eso me descolocó del todo. Un día, me descontrolé mal y le pegué al doctorcito ese... ¡hijo de re mil puta!

—¿Y no le hizo pensar que, a lo mejor, ese aborto nunca existió?

—¡Por supuesto que existió! Ella no lo reconoce por vergüenza, pero, cada vez que yo lo mencionaba, se ponía muy nerviosa. La cuestión es que todos estos problemas terminaron por distanciarnos. Yo necesitaba respuestas y la única forma de hallarlas era... ¡viajando! De todas formas, a pesar de estos contratiempos, también pude darme cuenta de que la sigo queriendo. Jose tendrá sus cosas, como todo el mundo, pero, sin dudas, ¡es la mujer de mi vida!

—Es una conclusión interesante. ¿Se sigue viendo con otras mujeres?

—Al principio, no. Cuando me distancié de Jose, tuve algunos “encuentros”. Es que cuando uno tiene montado un circo, es muy difícil desarmarlo. Las mujeres suelen ser muy histéricas y, cuando uno quiere cortar con ellas, es cuando más bola te dan. Suena raro, en fin... funciona así. Es un círculo vicioso, ¿vivo? De todas formas, estas relaciones ya no me interesan. Te dan compañía y, a veces, diversión, pero nunca terminan llenándote. No sé si me explico.

—¡Perfectamente! Entonces, ¿qué piensa hacer con Josefina?

—No lo sé todavía. De hecho, en unos minutos, me encuentro con ella. Inesperadamente me llamó ayer y me dijo que me quiere

contar algo importante. Espero que no sea nada grave, porque su tono de voz era muy serio...

—¿Qué fue a buscar en sus viajes? ¿A dónde fue?

—¡Respuestas! Primero fui a Guatemala. Ahí pude llegar hasta la Pirámide de los Aros. ¡Es exacta a como yo la recordaba! Lamentablemente, no pude encontrar a Irina, ni al cuerpo del fallecido Edwin. En el Museo, me confirmaron que había un arqueólogo con ese nombre, pero que ya no trabajaba más ahí. Por supuesto que me negaron con énfasis el episodio ocurrido. Sin embargo, encontré en diarios locales de esa misma noche, relatos sobre avistamientos de ovnis en la zona. Viajé hasta Nueva York, para intentar ubicar a Irina, pero no pude encontrarla. Llegué hasta su padre, sin embargo, no quiso atenderme. Después viajé a Roma. Obviamente, fui directo a la Columna Trajana y estallé en llantos. Fui a muchos museos y junté mucha información. La escena de la lucha que vi en el Reflexionario correspondía a la última campaña del emperador romano Trajano contra los Dacios y el que se suicidaba era el mismísimo Decébalus en el año 106 DC. Incluso, en la misma Columna Trajana, hay una imagen de ese exacto momento. Intenté localizar la villa de Titus, pero ya no existe: un aluvión la destruyó hace muchísimos años. Era mi intención continuar con las averiguaciones, pero mis padres estaban muy preocupados por mí y, entonces, decidí volver por un tiempo para calmarlos. De todas formas, en breve tengo planeado viajar a Rusia, a Brasil y a otros lugares. No voy a parar hasta obtener todas las respuestas posibles.

—¿Y no le parece que todo esto confirma la explicación científica que le di? Hay estudios muy serios que prueban que este tipo de supuestas vivencias se originan en causas biológicas, principalmente relacionadas con el mal funcionamiento de la dopamina y del flujo sanguíneo, lo que crean sensaciones inexistentes y alucinaciones durante procesos traumáticos, como el que usted sufrió.

Tomás se levantó del sillón, enfurecido, y le dijo:

—¡Usted no me puede ayudar si no me cree! Lo que me tocó vivir fue un privilegio y ¡ocurrió de verdad! Además, si es como usted dice: ¿cómo explica todo lo que sé? Conozco datos precisos y concretos de personas, lugares y cosas, que antes no conocía...

—¡Cálmese, Tomás! Por favor siéntese y continuemos conversando. Es cierto que algunas cosas que me contó son sorprendentes. Sin embargo, como le dije anteriormente, lo más probable es que se originen en causas biológicas y en su subconsciente. Analicemos por partes. Casi todos los fantásticos lugares que describió tienen alguna semejanza con sitios que ya había visto alguna vez. Usted mismo me comentó que era fanático de Roma y que había ido a visitar esa ciudad cuantas veces había podido. El río Dorado es muy parecido al río Duero en Portugal, con sus hermosas viñas escalonadas en las montañas, lugar que usted visitó hace unos años. Por lo que me describió, Equinoccio no tenía mucha lógica: estaban mezclados edificios de la Antigua Roma con grandes pirámides. Es decir, en un mismo lugar, había representaciones de lugares y culturas que nada tenían que ver entre sí. Por otra parte, ¿no le parece que el Reflexionario y los Navegadores eran demasiados cibernéticos como para ser el Cielo? Además, durante toda esta fascinante historia, estaba demasiado estereotipado el bien y el mal: por un lado estaba Norx, un hombre justo y aplomado. Por el otro, Dre-mont, despiadado, manipulador, soberbio y omnipotente. Respecto de la historia de su abuelo, usted me contó que lo extraña mucho, así que, sin dudas, le encantaría volver a encontrarlo en cualquier parte que fuere... Y con relación al centurión romano, la historia que me relató se asemeja demasiado a una escena de la famosa película *Gladiator*, que supongo habrá visto más de una vez... Creo que el Gladiador es un lado de su personalidad que siempre tuvo reprimido y que deseaba salir a flote. Tenemos que trabajar mucho sobre ese aspecto, hasta lograr un punto de equilibrio en su nueva personalidad...

—*Latine loqui potero et meminisse prorsus illorum temporum?* —dijo Tomás en perfecto latín, sorprendiendo al psiquiatra—. Como ve, puedo hablar en latín y tengo recuerdos exactos de cómo se vivía en el Imperio Romano. ¡¿Cómo lo explica?! En mi vida estudié latín, una lengua muerta hace más de mil años... Con respecto a Roma, yo era fanático de esa increíble ciudad porque llevaba un romano dentro de mí. Ahora lo entiendo claramente. Por eso cada vez que

la visitaba sentía que estaba en *mi* lugar y una inexplicable nostalgia me invadía; por eso siempre quería volver y también por eso vi *esa* película mil veces... Por otra parte, nunca dije que Equinoccio fuera el Cielo, ¡está muy lejos de serlo! Con relación a los lugares, es verdad lo que usted dice y ya se lo expliqué varias veces: lo que yo veía estaba influenciado por mis recuerdos y mi ser. Todo era muy cibernético porque yo soy un apasionado de la tecnología. Mi alma necesitaba adaptar lo que percibía a parámetros ya conocidos por mi consciente terrenal. Incluso, cada alma en Equinoccio percibía algo diferente. Estuve averiguando y me contaron que a los médiums les pasa algo parecido: perciben cosas del Más Allá e, inevitablemente, también lo mezclan con vivencias propias. En fin, agradezco su esfuerzo pero, como le dije antes, no me va a servir de mucho hacer terapia si usted no me cree. Tengo que irme, Jose me espera en un bar y estoy algo inquieto por lo que me pueda decir...

—Por supuesto, Tomás. Vuelva cuando usted lo sienta necesario.

—Ah, me olvidé de comentarle algo: finalmente, pude... ¡ubicar a Sashita! Llegué a ella gracias a que reconocí el escudo de su colegio. Lo había visto en su momento en imágenes del Navegador. Me costó mucho trabajo rastrearla pero, por suerte, ¡ayer me respondió a través del Facebook! ¡Planeo verla pronto! ¿Y cómo me explica esto? Ella vive a más de trece mil kilómetros de acá... La pude ver en fotos del Facebook y es exactamente igual a como la recordaba. ¡Ah, claro!, debo estar imaginando también el mensaje que ella me mandó... Incluso, en estos momentos, a lo mejor estoy imaginando esta charla con usted...

Tomás le sonrió con suficiencia al psiquiatra, mientras este lo observaba, sin saber qué responderle. Lo saludó con cordialidad y se dirigió presuroso al encuentro con su exesposa.

A unas cuadras del consultorio, en una mesa de un bar frente al río, estaba Josefina muy inquieta, esperándolo. Tomás la detectó desde muy lejos. *¡Qué feliz que estoy! ¡Necesitaba verla!* Se cruzaron miradas mientras él se aproximaba. *¡Uy! ¡Qué sería que está!*

—¡Jose! —exclamó Tomás a modo de saludo, mientras le daba un beso en la mejilla. Ella no le contestó y simplemente se limitó a responderle con otro beso. El rostro de Josefina lucía extraño: una luz muy especial en sus ojos húmedos delataban que algo grave había ocurrido—. ¿Te pasa algo, Jose? ¿Estás bien?

Josefina intentó hablar, pero un nudo en la garganta se lo dificultaba. Las lágrimas comenzaron a surcar su bello rostro.

—¿Qué te pasa, amor? —le preguntó con ternura, mientras le secaba una de sus mejillas con una caricia.

Josefina respiró profundo, lo observó con sentida dulzura y le respondió con voz entrecortada:

—¡Estoy embarazada!

FIN

EPÍLOGO

EL INEXPLICABLE Y abrupto fin de un calendario maya hizo que el 20 de diciembre de 2012, fuera una de las fechas más mencionadas de los últimos tiempos. En torno a ella, giraron con insistencia todo tipo de hipótesis, que iban desde los supuestos más apocalípticos, hasta el comienzo de una Nueva Era.

Después de una larga espera, ese día finalmente llegó y nuestro Mundo, a pesar de los malos augurios, ¡sobrevivió!

Para alivio de todos y regocijo de los más escépticos, la jornada transcurrió sin pena ni gloria.

Sin embargo, el 20 de diciembre de 2012, no iba a ser un día más:

Josefina se encontraba recostada en una camilla, pujando con todas sus fuerzas. Tomás, ansioso e impotente, le sostenía una de sus manos.

—¡Vamos, que ya sale! ¡Una vez más! —insistió el médico.

Josefina pujó otra vez. Su rostro reflejaba dolor y entrega total.

—¡Vamos, Jose! ¡Vos podés! —dijo Tomás, mientras le apretaba aún más su mano.

—¡Ya sale! ¡Ya sale! —exclamó el obstetra, acompañando el alumbramiento con suma delicadeza y profesionalismo. La cabeza del bebé comenzó a asomarse de a poco. Segundos después, un estruendoso llanto invadió los corazones de los presentes. Tomás estalló en lágrimas. Josefina, extenuada, esbozó la sonrisa más amplia que pudiera existir. Después de cortar el cordón umbilical y de que

las enfermeras acicalaran al bebé, el médico lo colocó en el pecho de la orgullosa madre.

—¿No es hermoso? —le preguntó emocionada Josefina a Tomás.

—¡Sí! ¡Es perfecto! ¡El más lindo del Universo!

Tomás acarició con ternura su pequeña espalda. Al hacerlo, descubrió con sorpresa un insignificante defecto sobre el delicado cuello: *tiene la misma marca que... ¡Lyam!*

En ese mismo instante, en todas las terminales de Equinoccio, salió publicado lo siguiente:

“NUEVA PREDICCIÓN CUMPLIDA: EL ALMA DE AQUEL QUE NO DEBÍA ESTAR VOLVERÁ A SU CUERPO Y PODRÁ PROCREAR SEGÚN “EL PLAN”. LOS HECHOS PREVIOS INVOLUCRADOS EN ESTE RETORNO DERIVARÁN EN EL FIN DE LA ARROGANCIA Y SALVARÁN AL MUNDO DE UNA CATÁSTROFE GLOBAL. PROFETA RÁDHAMUS.”

